



MEMORIAS

2014

TOMO

XL

M

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS
2014

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



TEXTOS DE:
Roger Bartra
Jaime Labastida
Aurelio González Pérez
Margit Frenk
Guillermo Sheridan
Adolfo Castañón
Hugo Hiriart
Diego Valadés
Yolanda Lastra
Ascensión Hernández Triviño
José Luis Díaz Gómez
Ruy Pérez Tamayo
Silvia Molina
Vicente Quirarte
Jesús Silva-Herzog Márquez
Gonzalo Celorio
Concepción Company Company
Mauricio Beuchot
Tarsicio Herrera Zapién
Leopoldo Valiñas Coalla
Margo Glantz
Fernando Serrano Migallón

MEMORIAS 2014

TOMO XL

VIDA ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

TRABAJOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

Academia Mexicana de la Lengua

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua .—
México: Academia Mexicana de la Lengua, 2018.
338, [5] pp. ; 17 x 23 cm.

Tomo XL (2014)

1. Academia Mexicana de la Lengua – Publicaciones periódicas.
2. Literatura mexicana – Ensayo. 3. Español – Lingüística.
4. Español – Gramática. 5. Cultura mexicana. 6. Hispanismo. I. t.

Dewey 460.6

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión ordinaria los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días sesiona su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas. Las comisiones de Consultas y de Lexicografía se reúnen semanalmente, los jueves, de 11:30 a 13:30 horas y de 10:00 a 12:00 horas (cuando no hay sesión plenaria) y de 16:00 a 17:30 horas (cuando sí la hay), respectivamente. Con igual frecuencia, de 13:30 a 15:00 horas, sesiona el Gabinete de Comunicación. El Gabinete Editorial se reúne el primer y tercer miércoles de cada mes, de 12:30 a 15:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

La Academia atiende al público en sus oficinas, de lunes a viernes de 10:00 a 18:00 horas; y recibe consultas lingüísticas a través de su página electrónica: www.academia.org.mx

La Biblioteca Alberto María Carreño y el Archivo Histórico prestan sus servicios previa cita.

D. R. © 2018 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.

Iztaccíhuatl 10, Col. Florida, Alcaldía Álvaro Obregón,
01030 Ciudad de México

Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526

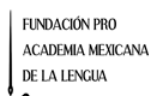
C. e.: academia@academia.org.mx
editor@academia.org.mx

Sitio electrónico: <http://www.academia.org.mx>

La edición de esta obra se hizo con el apoyo de



CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología



Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[2014]

MESA DIRECTIVA

Director: Jaime Labastida
Director adjunto: Felipe Garrido
Secretario: Gonzalo Celorio
Censor estatutario: Diego Valadés
Bibliotecario-archivero: Adolfo Castañón
Tesorero: Ruy Pérez Tamayo

ACADÉMICOS DE NÚMERO:

Miguel León-Portilla	Patrick Johansson Keraudren
José Pascual Buxó	Leopoldo Valiñas Coalla
Tarsicio Herrera Zapién	Vicente Leñero
Margit Frenk	Carlos Prieto
Ramón Xirau	Hugo Gutiérrez Vega
Margo Glantz	Germán Viveros
Mauricio Beuchot	Javier Garcíadiego
Elías Trabulse	Hugo Hiriart
Vicente Quirarte	Roger Bartra
Julieta Fierro	Aurelio González Pérez
Concepción Company Company	Yolanda Lastra
Fernando Serrano Migallón	José Luis Díaz Gómez
Eduardo Lizalde	Jesús Silva-Herzog Márquez
Ascensión Hernández Triviño	

ACADÉMICOS ELECTOS:

Eduardo Matos Moctezuma
Alejandro Higashi
Rosa Beltrán

ÍNDICE

VIDA ACADÉMICA

Vida académica año 2014.	15
----------------------------------	----

DISCURSOS DE INGRESO

Roger BARTRA	
<i>Traducción, traición y tradición</i>	19
Jaime LABASTIDA	
<i>Roger Bartra y la traducción</i>	33
Aurelio GONZÁLEZ PÉREZ	
<i>El romancero en América: cómo las palabras de la tradición se hicieron nuestras</i>	37
Margit FRENK	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Aurelio González</i>	65
Guillermo SHERIDAN	
<i>Tráquea traquetea: la poesía y la furia.</i>	69
Adolfo CASTAÑÓN	
<i>Respuesta al discurso de Guillermo Sheridan</i>	93
Hugo HIRIART	
<i>Pompas fúnebres.</i>	101

Diego VALADÉS	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Hugo Hiriart</i>	113
Yolanda LASTRA	
<i>Las terminologías de las fiestas religiosas en el área de San Miguel de Allende</i>	119
Ascensión HERNÁNDEZ TRIVIÑO	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de doña Yolanda Lastra.</i>	135
José Luis DÍAZ GÓMEZ	
<i>La naturaleza de la lengua.</i>	145
Ruy PÉREZ TAMAYO	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de don José Luis Díaz Gómez.</i>	167
Silvia MOLINA	
<i>La presencia de Campeche en Los grandes muertos de Luisa Josefina Hernández</i>	173
Vicente QUIRARTE	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de doña Silvia Molina</i>	191
Jesús SILVA-HERZOG MÁRQUEZ	
<i>La palabra y la ciudad.</i>	195
Hugo HIRIART	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Jesús Silva-Herzog Márquez</i>	209

HOMENAJES

Gonzalo CELORIO	
<i>José G. Moreno de Alba, in memoriam</i>	215

Concepción COMPANY COMPANY	
<i>José G. Moreno de Alba. Maestro, colega, jefe y amigo</i>	225

TRABAJOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

Mauricio BEUCHOT	
<i>Filosofía y poesía. Una ontología comprometida</i>	235

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN	
<i>Las honras a dos magnos poetas centenarios.</i>	
<i>Octavio Paz alaba a Manuel Ponce</i>	241

Concepción COMPANY COMPANY	
<i>La inevitable relatividad de la norma gramatical.</i>	
<i>Cambio lingüístico y valoración social</i>	251

Leopoldo VALIÑAS COALLA	
<i>Sobre los nombres propios del español, en especial los de origen náhuatl</i>	279

Margo GLANTZ	
<i>Otra posible autobiografía de sor Juana Inés de la Cruz y la verdadera</i>	
<i>hagiografía de Inés de la Cruz</i>	289

Fernando SERRANO MIGALLÓN	
<i>Balbino Dávalos. Diplomático, hombre de letras y universitario</i>	305

ÍNDICE ONOMÁSTICO	329
-----------------------------	-----

VIDA ACADÉMICA



VIDA ACADÉMICA

AÑO 2014

Durante el año que abarca este tomo XL (2014) se celebraron 19 plenos ordinarios, tres extraordinarios y 13 públicos solemnes. Leyeron su discurso de ingreso seis académicos de número: don Roger Bartra el 16 de febrero, don Aurelio González el 27 de febrero, don Hugo Hiriart el 8 de mayo, doña Yolanda Lastra el 22 de mayo, don José Luis Díaz Gómez el 12 de junio y don Jesús Silva-Herzog Márquez el 11 de septiembre. Les dieron la bienvenida, respectivamente, don Jaime Labastida, doña Margit Frenk, don Diego Valadés, doña Ascensión Hernández Triviño, don Ruy Pérez Tamayo y don Hugo Hiriart. También lo hicieron don Guillermo Sheridan, el 27 de marzo, y doña Silvia Molina, el 26 de junio, como académicos correspondientes en Austin, Texas, y en Campeche, respectivamente; dieron respuesta a sus discursos don Adolfo Castañón y don Vicente Quirarte.

El 24 de noviembre en el Palacio de Bellas Artes Emilio Lledó presentó su discurso por la recepción del Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña en su primera edición y fue saludado por don Jaime Labastida. Las cuatro sesiones conmemorativas fueron una para la recordación de don Rubén Bonifaz Nuño, el 30 de enero, con la participación de don Vicente Quirarte, don Eduardo Lizalde y don Hugo Gutiérrez Vega; la segunda, en memoria de don Octavio Paz, el 3 de abril, con la intervención de Jaime Labastida, Adolfo Castañón, Eduardo Lizalde y Jesús Silva-Herzog Márquez; la tercera, para recordar a don José G. Moreno de Alba, el 7 agosto, en palabras de doña Yolanda Lastra, doña Concepción Company Company y don Gonzalo Celorio; y otra más, el 30 de octubre, donde don Fernando Serrano Migallón, doña Ascensión

Hernández Triviño, Javier Garciadiego y Roger Bartra leyeron textos alusivos a la conmemoración de los 75 años del exilio español en nuestro país.

En 2014 se presentaron siete lecturas estatutarias a cargo de distintos académicos, conforme al orden siguiente: don Mauricio Beuchot el 9 de enero, don Tarsicio Herrera el 23 de enero, doña Concepción Company Company el 10 de abril, don Leopoldo Valiñas Coalla el 14 de agosto, don Eduardo Lizalde el 28 de agosto, doña Margo Glantz el 23 de octubre y don Javier Garciadiego el 27 de noviembre.

El día 3 de diciembre tuvimos la pena de perder a nuestro académico de número don Vicente Leñero, y el 4 de ese mismo mes a nuestro académico en retiro don Silvio Zavala. También en el curso del año fallecieron dos académicos honorarios: don José Emilio Pacheco el 26 de enero y don Luis Villoro el 4 de marzo; así como tres académicos correspondientes: don Ernesto Flores el 4 de marzo, don Serge I. Zaitzeff el 12 de junio y don Herminio Martínez el 17 de agosto. Don Liborio Villagómez Guzmán, quien trabajaba al frente de la biblioteca desde 2008, murió el 1º de julio.

DISCURSOS DE INGRESO

D

TRADUCCIÓN, TRAICIÓN Y TRADICIÓN*

Roger Bartra

Quiero confesar que para mí fue una sorpresa que me propusiesen ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. No porque sea ajeno a los temas de la literatura y de la lengua; por el contrario, vengo de una familia de escritores y yo mismo considero mi trabajo parte de la literatura, sin por ello renunciar a mi vocación científica. Me sorprendió porque la Academia no es un territorio que haya sido transitado por antropólogos y sociólogos, que son los oficios en los que me desempeño. De hecho, me parece que no ha habido antes en la Academia ningún sociólogo o antropólogo. Así que debo agradecer al director de la Academia, Jaime Labastida, por la sorpresiva invitación, lo mismo que a los tres académicos que me propusieron, Hugo Gutiérrez Vega, Vicente Quirarte y Leopoldo Valiñas.

Sin embargo, no tardé en comprender que mi antecesora en la silla XII, doña Clementina Díaz y de Ovando, bien podría ser considerada una antropóloga; estupenda practicante de una etnografía de la literatura, de la educación, de la cocina y de los espectáculos. Su oficio de etnógrafa lo aplicó con éxito a las costumbres decimonónicas en México, lo que ha dado como resultado una impresionante serie de libros muy bien documentados y prolijos que reúnen sus vastos conocimientos. La doctora Díaz y de Ovando fue una documentalista de primer orden y el resultado de sus investigaciones constituye un extenso corpus de hemerografía costumbrista muy bien estructurada, que bien puede ser la materia prima para los estudios antropológicos.

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el 13 de febrero de 2014.

A ella le interesaba especialmente la vida cotidiana y por ello sus fuentes preferidas de información fueron los diarios más que las revistas literarias o académicas. En su célebre historia de la Escuela Nacional Preparatoria rescata lo mismo ceremonias y actos oficiales que anécdotas de la vida estudiantil. Consigna tanto actos públicos de Gabino Barreda y Justo Sierra, como descripciones pintorescas de personajes como *El Popocho*, estudiante fósil y pícaro; o como *El Molusco*, alumno aplicado pero tonto que muere prematuramente de tifo.

Cuando aborda los que llamó “escenarios gastronómicos”, Clementina Díaz advierte que los banquetes y convites del siglo XIX resumen “la historia de las costumbres y de la vida de los mexicanos”. Para ella “un banquete es un viaje de los sentidos” con una gran carga simbólica. Su crónica de una inversión norteamericana en 1879, que fue una quimera como ella dice, es una monografía hemerográfica de gran interés. Muy rica es también la inmensa recopilación de datos sobre espectáculos, rituales y artes en el México decimonónico. Es, como ella dijo en el título de su libro, una verdadera “invitación al baile”. Es también una amplia etnografía de las costumbres de las clases adineradas.

No quiero dejar de mencionar que la admiración que le tenía al escritor Vicente Riva Palacio la llevó no sólo a rescatar su obra olvidada, sino también a reflexionar sobre el problema de la identidad nacional. De hecho, su discurso de ingreso a esta Academia lo dedicó a este tema y en él descubro que Vicente Riva Palacio, en su famosa serie de crónicas titulada *Los cerros* (1882), afirmaba que el “fondo de nuestro carácter es profundamente melancólico”, una idea que se extendió durante el siglo XX y a la que he dedicado un libro.

Se comprenderá que el planeta intelectual en el que se movía Clementina Díaz es muy distinto del mundo en el que yo circulo. Y si damos un vistazo a la serie de académicos que han ocupado la silla XII veremos también algunas discontinuidades. Antes de la doctora Díaz la silla fue ocupada por María del Carmen Millán, crítica literaria que más bien se interesó por la poesía. Su entrada a la Academia significó un salto, pues antes de ella nunca había habido una mujer. Entró a la Academia hace 40 años y tomó el relevo de Julio Torri, un escritor con una obra breve pero sustanciosa. Sus cuentos son magníficos. Torri heredó la silla de otro escritor, Rubén Romero, famoso por su novela *La vida inútil de Pito Pérez*, uno de los cimientos literarios de esa forma de identidad nacional que gira en torno a la figura del pelado cantinflasco. La llegada de Rubén Romero fue un salto en la línea, ya que su anterior ocupante fue un sacerdote,

el padre Federico Escobedo, que también escribía versos y tradujo del latín al español la *Rusticatio mexicana* de Landívar. Su antecesor, Rafael Delgado, también era poeta, pero es conocido sobre todo por su novela costumbrista *La calandria*, de 1890. Por último, cabe mencionar al primero de toda la cadena, Manuel Pereda, un intelectual muy conocido en el ambiente del teatro de la segunda mitad del siglo XIX, que mantuvo durante años una columna de crítica teatral y que incluso se aventuró a escribir y estrenar una pieza dramática.

Se dirá que esta silla ha servido de asiento a una cadena un tanto incoherente, sin continuidad. Acaso sea así, pero se trata de las incongruencias propias de la vida social e intelectual. Sin ellas la cultura sería un lugar llano y árido muy poco estimulante. Al aventurarnos en la exploración de la obra de estos académicos ya fallecidos nos inquieta la idea de que, aunque forman parte de una tradición, a veces parecen necesitar una traducción que nos ayude a entender su época y sus creaciones, pues la lejanía vuelve borrosa su imagen.

Pero a veces los intérpretes cometen alguna traición. Menciono esto porque quiero dedicar las reflexiones que leeré enseguida a esta inquietante trilogía: la traducción, la traición y la tradición.

Hace unos años, para discutir los problemas de comunicación y de lenguaje que ocurren entre científicos y humanistas, se me ocurrió inventar la historia de las relaciones en un lejano futuro entre los habitantes de la Tierra y los extraños seres de un planeta lejano que llamé Odorn. Cuando un día los extraterrestres llegan a nuestro planeta, los científicos humanos logran elaborar un sistema cibernético para traducir las señales olfativas con que se comunican los odornios. Su lenguaje usa señales similares a aquellas con las que se comunican insectos como las hormigas. Usan olores con funciones significativas, llamados feromonas, que son sustancias semioquímicas. Los científicos han logrado por casualidad encontrar una clave estructural para programar la traducción y poderse comunicar con los visitantes de otro mundo. Gracias al aparato traductor se inicia una larga y fructífera relación entre los dos planetas. Al cabo de muchos años una expedición de antropólogos terrícolas hace un viaje de investigación a Odorn, el lejano planeta. Descubren asombrados que casi todos los nombres, verbos y adjetivos expresados en forma olfativa no corresponden a los significados que les atribuye el artilugio electrónico. Se dan cuenta de que la eficacia de la supuesta traducción depende de procesos metafóricos que no entienden bien. Los antropólogos deciden ocultar su descubrimiento con el objeto de mantener sin problemas la relación entre los dos

mundos. A fin de cuentas, piensan, los humanos vivieron felices y muy contentos creyendo en el falso modelo de Ptolomeo para descifrar los movimientos de los astros. Se niegan a impulsar una revolución copernicana en las relaciones interplanetarias. Así, durante varias generaciones los antropólogos guardaron celosamente el secreto, no se sabe si para bien o para mal.¹

Este ejemplo imaginario me pareció útil para describir lo que sucedía con el antiguo modelo de la melancolía, basado en la teoría humoral hipocrática griega. Aunque el modelo sirvió durante muchos siglos para explicar los disturbios mentales de personas aquejadas de lo que hoy se suele llamar depresión, la explicación que ofrecía del padecimiento tenía muy poco que ver con la realidad natural. Lo interesante e inquietante de la teoría humoral es que fue retomada y traducida en épocas y contextos culturales muy diferentes. Aparentemente, médicos como Galeno, griego que escribió y ejerció su oficio en la Roma del siglo II de nuestra era, entendían y aplicaban los textos de Hipócrates escritos a finales del siglo V y principios del siglo IV antes de Cristo. El sistema humoral fue retomado por la medicina medieval árabe y persa, cuando Avicena y Averroes, en los siglos XI y XII se inspiraron en los antiguos textos griegos. Es curioso que la teoría humoral vuelva a ser usada por médicos medievales europeos en gran medida gracias a las traducciones que se hicieron en el siglo XI de los textos médicos árabes. Constantino el Africano, un musulmán que se había convertido al cristianismo, impulsó el conocimiento en Europa de Hipócrates y Galeno mediante sus traducciones latinas de las versiones árabes de los antiguos médicos griegos.

La teoría humoral fue una especie de sistema traductor que permitió que filósofos y médicos se comunicaran a través de los siglos y de fronteras culturales. En el siglo XVI grandes médicos como el italiano Giovanni de Monte, el francés Jean Fernel y el español Juan Huarte de San Juan se entendían entre ellos y comprendían a los clásicos griegos y árabes gracias a ese aparato traductor de ideas que fue la teoría humoral. Todavía en el siglo XVIII, cuando Kant se interesó por las enfermedades mentales, usó el antiguo sistema humoral.

El famoso adagio italiano se puede invocar aquí para abrir paso a nuestras reflexiones: “traduttore, traditore”. Toda traducción contiene una traición. Podemos asumir que los médicos romanos traicionaron al canon hipocrático

¹ Esta historia imaginaria la reproduce en *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Anagrama, Barcelona, 2001, p. 198.

lo mismo que los pensadores árabes cuando retomaron a Hipócrates y Galeno. Y nos podemos preguntar: ¿cuántas traiciones cometieron los médicos renacentistas cuando adoptaron las ideas de los médicos árabes? Cuando llegamos a las interpretaciones europeas más modernas como la de Kant, la cadena de traiciones ya es de una gran complejidad y, sin embargo, podemos reconocer el antiguo arquetipo hipocrático, aunque mucho se haya perdido por el camino. Nos enfrentamos al mismo problema de traducción cuando estudiamos la transmisión de mitos. En la historia de un mito podemos comprobar cómo es retomado y refuncionalizado en diversas culturas y en épocas diferentes. ¿Acaso los románticos europeos entendieron los mitos clásicos de la misma manera que los griegos? Seguramente traicionaron a los originales.

La palabra traición tiene connotaciones muy negativas que los diccionarios relacionan con la comisión de delitos. Presupone la existencia de un lazo que ata o compromete al sujeto traidor con una persona, una comunidad, una institución, una religión, una cultura o una ideología. Se trata de un lazo que se rompe intencional y voluntariamente para lograr un beneficio. El proverbio italiano es un juego de palabras basado en el hecho de que *traición* y *traducción* tienen una raíz latina similar; forman parte de un conglomerado de ideas que incluye también la palabra tradición, y en cuyo eje se encuentran las nociones de continuidad y ruptura, de un objeto que cambia de manos o de un sujeto que cambia de ideas. El ejemplo ficticio con que inicié estas reflexiones sugiere la existencia de un aparato traductor que en realidad es un sistema de incomunicación que sirve para comunicarse. Es un caso extremo y exagerado de algo que ocurre realmente en la sociedad, donde hay un grado variable de incomunicación y de mala interpretación que a veces tiene consecuencias trágicas. Mi reflexión parte de la idea de que si no hubiera un cierto grado de incomunicación no se podrían desarrollar la cultura, el lenguaje o la ciencia. Los humanos carecemos de un nicho ecológico definido, como lo tienen otros animales. Por ello no hay una restricción tan fuerte como en otras especies que limite la pluralidad de hábitos y conductas. Podemos comprender que la gran diversidad resultante genera una profunda diferenciación en los humanos y, con ello, aparece un sentimiento de soledad desconocido en el resto del mundo animal. La soledad acompaña e impulsa la búsqueda de medios de comunicación. Por ello se puede postular que la sociedad humana sólo existe a partir de la incomunicación y la soledad. Los otros animales rara vez están solos y la comunión con sus semejantes debe ser perfecta, pues en caso contrario los amenaza la

extinción.² De aquí se desprende la propuesta de que no puede haber tradición sin traición. Si en las redes de comunicación no hubiera vacíos, cambios, saltos, errores y ruidos no nos servirían para entendernos.

El hecho de que en las cadenas de comunicación haya eslabones rotos o faltantes es un fenómeno extendido de gran interés y muy significativo. Los estudios antropológicos y sociológicos han hecho un gran énfasis en la idea de que la sociedad no podría existir si no hubiese medios simbólicos generalizados de comunicación. Niklas Luhmann, el conocido sociólogo alemán, ha afirmado que los medios simbólicos de comunicación son dispositivos o mecanismos que permiten que la improbable comunicación se realice con éxito. Al traspasar el umbral de improbabilidad estos medios simbólicos permiten que la sociedad pueda funcionar. Los símbolos forman las matrices semánticas que permiten la comunicación. Así se forman matrices sobre el amor, la verdad, el poder, el dinero y muchas otros temas. La melancolía y la teoría humoral son un ejemplo de estas matrices. Luhmann ha explorado con agudeza una de ellas, el amor pasional, que es un conglomerado simbólico muy cercano al de la melancolía.³

Para que la matriz que sustenta a los medios simbólicos generalizados de comunicación pueda funcionar con eficacia, paradójicamente debe contener rupturas y formas de incomunicabilidad. La evolución de los mitos, especialmente aquellos que han durado siglos, es un buen ejemplo de la manera en que se forman largas cadenas de señales que comunican, de una época a otra y de una cultura a otra, los elementos básicos de la estructura mítica. La transmisión implica no sólo una continuidad sino también mutaciones y rupturas. Un mito es transmitido y traducido, y con ello cristaliza una tradición. Pero también hay rupturas y traiciones, por así decirlo, al arquetipo original. La melancolía a la que me he referido, además de ser un concepto creado por la medicina es un mito de larga duración. La historia de los mitos es un excelente laboratorio para explorar sus líneas de continuidad y las rupturas que sufre.

La continuidad de los mitos ha sido explicada por Claude Lévi Strauss como un resultado de la existencia en el cerebro de todos los humanos de una especie de módulo que genera estructuras míticas similares en diferentes cul-

² Esta idea la expresé originalmente en 2001 en *Cultura y melancolía...*, citado en la nota anterior.

³ Niklas Luhmann, *Love as Passion*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1986.

turas. La larga duración de un mito, según la interpretación estructuralista, se explicaría por el hecho de que los signos serían los transmisores de significados antiguos; estos signos son los llamados mitemas, similares a los fonemas, que formarían un conducto que uniría una supuesta arquitectura espiritual generativa con la cristalización histórica de los mitos. La continuidad de los mitos no sería debida a una cadena de comunicación sino a la presencia universal de un módulo cerebral emisor de mitemas.

De acuerdo con este modelo, los mitos se ligarían en una larga línea sin necesidad de traducción de una época a otra y de una cultura a otra. La traducción se daría en el cerebro de cada ser humano cuando los códigos internos generasen expresiones míticas adaptadas a cada circunstancia, pero conteniendo la misma estructura original. Esta explicación estructuralista me parece insuficiente y no permite entender ni la continuidad ni las transformaciones de los mitos. Yo he adoptado una visión evolucionista que rechaza la presencia de un código estructural impreso en la mente. Nos enfrentamos a una especie de selección cultural que no sigue un camino predeterminado por instrucciones generadas en un módulo cerebral. La extensión y la continuidad de los mitos se explica *ex post facto*, una vez que un mito sobrevive. Es entonces cuando podemos comprender por qué se ha refuncionalizado y estudiar las causas que lo han vuelto apto en un nuevo contexto.

Quiero ahora abordar el problema desde un ángulo muy diferente y que también he explorado en mis investigaciones. Me refiero a los mecanismos de legitimación del poder político basados en redes imaginarias, como las he llamado. Estas redes son estructuras de mediación que conectan y comunican a las esferas del poder con la población. Con frecuencia se alude a estas mediaciones como la vinculación entre el “gobierno” y el “pueblo”. Podemos comprender que entre estas dos instancias crecen formas de representación y de comunicación. Se trata de estructuras mediadoras que traducen los intereses de la población a los intereses de la clase política hegemónica. En otras palabras, traducen las aspiraciones “populares” a las expresiones políticas de los sectores dominantes. Pero sabemos muy bien que entre la base social y las élites políticas no solamente hay mecanismos de representación y comunicación; hay también vacíos, interrupciones y ruidos que con frecuencia son considerados como traiciones. Hay en estas estructuras mediadoras una peculiar alquimia que transforma o traduce una voluntad o una realidad a formas que permiten a otros comprenderlas o creer que las entienden; y permiten, sobre todo, manipularlas

en su provecho. Este tipo de fenómenos mediadores ocurre tanto en sistemas autoritarios como en regímenes democráticos.

En las democracias modernas los partidos políticos cumplen estas funciones mediadoras, que pueden ser vistas como una peculiar combinación de traducciones y traiciones a la que sin duda podemos añadir los ingredientes de tradición que cada organización política acumula en sus usos y costumbres. La legitimidad de un sistema político depende, en buena medida, de la peculiar combinatoria de traducciones, tradiciones y traiciones que se genera en las estructuras mediadoras.

Los mecanismos de mediación no solamente son característicos de las estructuras democráticas. Resulta fascinante e inquietante comprobar que en las dictaduras y en los regímenes autoritarios también funcionan sofisticadas y complejas redes mediadoras que conectan a la masa popular con los poderes gubernamentales. Aun en las condiciones menos democráticas podemos encontrar en las relaciones entre el Estado y la sociedad civil un denso tejido mediador que complementa a los instrumentos represivos. Mi ejemplo preferido han sido los caciques mexicanos quienes tanto en el medio rural como en el sector obrero han trenzado muy complicadas tramas mediadoras para proteger al sistema autoritario de las peligrosas sacudidas que provoca una sociedad cruzada de tensiones y contradicciones. Hoy en día, cuando el tejido mediador se encuentra muy deteriorado, podemos comprobar la importancia que ha tenido en el mantenimiento de los equilibrios sociales. El resultado de la decadencia de las mediaciones sociales es una violencia extendida en vastos territorios de México; el ejemplo más reciente y dramático es lo que está ocurriendo en muchas regiones de Michoacán donde el Estado retrocede y se encoge ante la expansión de grupos violentos armados. Allí se han roto las tradiciones políticas, han dejado de surtir efecto las traducciones y el ruido traicionero invade sin contrapesos a la sociedad civil. He dicho que ciertas dosis de desconexión son necesarias para que operen procesos mediadores. Pero cuando predominan la incoherencia, las fracturas y las discontinuidades el sistema político se enfrenta a serios peligros.

Ahora quiero dar un salto para enfocar el problema desde una perspectiva muy diferente. Comenzaré con una anécdota. En 1881 Nietzsche se encontraba en Génova, enfermo, y la vista le fallaba. Le costaba mucho leer y escribir, pues sus ojos no enfocaban bien. Para poder seguir trabajando compró un curioso artefacto, la llamada bola de escribir Malling-Hansen, inventada y fabricada

en Copenhague. Se trataba de una especie de esfera con 52 teclas dispuestas en forma concéntrica, un diseño concebido para escribir a gran velocidad. Debajo de las teclas se colocaba una bandeja para el papel la cual se movía un espacio cada vez que se apretaba una tecla. Nietzsche se acostumbró muy pronto a escribir con esta máquina. Estaba tan contento que incluso le escribió un poema a la bola de escribir. Pero al cabo de un tiempo un amigo le hizo notar que el artefacto tenía una ligera influencia en su obra: ahora su prosa era más telegráfica y apretada. Su amigo, el compositor Henrich Koselitz, le comentó que los instrumentos para escribir y el papel tenían un efecto en sus composiciones. Nietzsche le contestó que la bola de escribir “participaba” en la formación de sus pensamientos.⁴

Nietzsche se percató de que las prótesis e instrumentos que usaba para escribir formaban parte de su mente. Son una pieza de lo que he llamado el exocerebro, un sistema simbólico de sustitución que permite, digámoslo así, traducir las señales electroquímicas de nuestro cerebro a símbolos compartidos con nuestros semejantes para comunicarnos.⁵ Nuestra conciencia no se encuentra únicamente dentro del cráneo: se extiende en un continuum que une los tejidos neuronales con las redes culturales que nos envuelven. Si dividimos las partes de esta cadena separando lo interno de lo externo, lo biológico de lo cultural, no podremos comprender bien el funcionamiento de la conciencia. He dedicado dos libros a explorar esta idea, *Antropología del cerebro* y *Cerebro y libertad*, y aquí solamente quiero señalar que la conciencia es una cadena híbrida biocultural en la que también encontramos las traducciones, las tradiciones y las traiciones de las que he estado hablando.

Podemos preguntarnos si la conexión que une al cerebro con las prótesis culturales no es algo similar al aparato cibernético traductor del odornio, al que me refería al comenzar. Surge la inquietante pregunta: ¿acaso lo que escribimos y hablamos no corresponde a aquello con lo que nuestro cerebro funciona? ¿Habrá un lenguaje interior que es falsificado durante el proceso de traducción de las señales químicas a los símbolos culturales? Podría ser que cuando nos sumergimos en las profundidades de nuestro yo, como quería Rousseau, en lugar de encontrar las pulsiones naturales libres de la artificialidad

⁴ Véase Christian J. Emden, *Nietzsche on Language, Consciousness, and the Body*, University of Illinois Press, Champaign, 2005, pp. 27-29.

⁵ Véanse Roger Bartra, *Antropología del cerebro*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006; y Roger Bartra, *Cerebro y libertad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013.

social y cultural, encontremos que el habla auténtica ha sido traicionada y mal traducida. Derrida ha interpretado el pensamiento de Rousseau para afirmar que la misma voz interior no es en realidad una expresión natural sin mediaciones. Se trata más bien de una textura de signos infinita que nunca llega al fondo de la naturaleza humana.⁶

Así, por más que ahondemos en las profundidades cerebrales, según estas ideas jamás podremos llegar al fondo de lo humano. Ya lo había advertido Roland Barthes al declarar que no hay autores, sino solamente textos generados en la cadena de sucesivas lecturas y en las interpretaciones que se van depositando con el tiempo en un gigantesco palimpsesto. Sin embargo, desde la perspectiva neurocientífica actual sí podemos bucear en las profundidades más allá de los símbolos, del lenguaje y de la escritura para conectarnos con el espacio de las señales químicas y eléctricas con las que trabaja nuestro cerebro. El problema es que aún no se ha descubierto la clave que podría permitir la traducción de estas señales, ni se ha logrado explicar su funcionamiento. Pero cuando al fin la ciencia encuentre las claves, acaso no llegaremos a una explicación última de lo humano, pues la dimensión humana está formada por toda la cadena, la que une la artificialidad de la cultura con la naturalidad de los circuitos neuronales. Las claves de aquello que nos hace humanos están en las traducciones, las traiciones y las tradiciones con que está tejida la red que une indisolublemente la cultura con la biología.

Así, si pensamos en la bola de escribir que usaba Nietzsche podemos comprender que los artilugios que hoy empleamos —como las computadoras, los teléfonos inteligentes, la internet, las inmensas bases de datos— son parte de nuestra conciencia como creyó Nietzsche. Se agregan a viejas prótesis como los libros y los mapas, así como las artes y la música.

Los problemas de comunicación entre los humanos de alguna manera son la prolongación social del enigma que es la cadena de signos, señales y símbolos con que se forma la conciencia individual. Cuando Ortega y Gasset abordó el espinoso problema de la traducción concluyó que traducir es un mero afán utópico, lo mismo que todos los quehaceres humanos. Los humanos son para Ortega seres extraños y equívocos, como si fueran unos orangutanes melancólicos: una rareza y una contradicción, pues los animales normalmente son

⁶ Véase una discusión más amplia de este tema en Roger Bartra, *El mito del salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 413-416.

felices. No así los humanos, que “andan siempre melancólicos, maniáticos y frenéticos” debido a que sus quehaceres son irrealizables.⁷ Para Ortega escribir bien es subvertir los usos establecidos vigentes y es también un acto de rebeldía contra el entorno social. Si el traductor encierra al autor en la prisión del lenguaje normal, forzosamente lo traicionará, ya que el estilo personal implica desviarse del sentido habitual de las palabras. Por tanto, la verdadera traducción es algo improbable: sólo logramos aproximaciones. Para Ortega no sólo la traducción es una faena utópica: lo es también el habla. Por eso afirma que “el habla se compone sobre todo de silencios”. Aunque, dice Ortega, “al conversar vivimos en sociedad, al pensar nos quedamos solos”. Allí radica la paradoja, y Ortega se aprovecha de ella para proponer que la traducción, a pesar de todo, tiene un sentido.

Ortega se enfrenta a la famosa disyuntiva de Friedrich Schleiermacher: o bien se traduce trayendo al autor al universo lingüístico del lector, o por el contrario se atrae al lector al universo del autor. Como sabemos, cuando Lutero tradujo la Biblia usó la primera alternativa. Schleiermacher y Ortega preconizaron el segundo camino. La traducción es un viaje al extranjero, al absoluto extranjero. Hay que hacer este viaje.

Octavio Paz ofreció una interpretación muy diferente, pues le repugnaba la idea de que los textos —especialmente los poéticos— fuesen intraducibles. Paz admite que traducir es difícil, pero no es imposible. Aun los versos preñados de connotaciones se pueden trasladar a otra lengua. Los significados denotativos presentan menos dificultades. A Paz le parece estrafalaria la idea que expresa Unamuno cuando habla de “el tuétano intraducible / de nuestra lengua española”.⁸ La naturaleza inexpugnable de la identidad de la lengua le parece, con razón, un absurdo. Pero reconoce que la traducción es esencialmente un trabajo literario y creativo que provoca transmutaciones. La más difícil de las traducciones —la que se aplica a la poesía— es posible porque según Paz los poetas europeos y americanos “escriben el mismo poema en lenguas diferentes”. No estaba lejos de las ideas estructuralistas, que ya he mencionado, que postulan la presencia de una arquitectura espiritual universal (aunque Paz la limita a Occidente).

⁷ José Ortega y Gasset, “Misericordia y esplendor de la traducción”, *Obras completas*, Taurus, Madrid, 2006, t. v, pp. 433-434.

⁸ Octavio Paz, “Literatura y literalidad”, *El signo y el garabato*, Mortiz, México, 1973, p. 61.

El peso de la tradición con frecuencia cristaliza en la exaltación de los valores patrios y en la reivindicación de una esencia eterna de las lenguas. Las identidades nacionales son consideradas por muchos como estructuras que no cambian y que expresan las peculiaridades del alma inmortal del pueblo. Cualquier modificación, cualquier traducción a la vida moderna es vista con sospecha. La Real Academia Española tiene como misión “velar” para que los cambios “no quiebren la unidad que mantiene [la lengua] en todo el orbe hispánico”. La Academia Mexicana de la Lengua, más sensata, renuncia a una postura vigilantista y se propone el “estudio” de la lengua española y los modos en que se habla y se escribe en México. En un caso se vigila la unidad esencial; en el otro se estudia la diferencia.

Las ideas esencialistas sobre la identidad nacional parten de la idea —explícita o implícita— de que la sustancia de que se compone el alma de un pueblo es intraducible. Y cuando hay intentos de traducción aparece de inmediato el fantasma que denuncia la traición al verdadero espíritu nacional, que cristaliza en una estirpe o una raza. Hoy muchos hemos abandonado estas ideas fundamentalistas, pero hay que reconocer que permanecen enquistadas en algunos sectores de la sociedad sea en Alemania, en China, en Egipto, en Francia o en México. Es curioso comprobar que cada nacionalismo subraya el carácter irrepetible y único de la identidad de su pueblo y al mismo tiempo todos se parecen.

Hay varias maneras de criticar los nacionalismos. Esta crítica la han abordado los historiadores que rastrean su origen común; los sociólogos han observado los efectos desastrosos que en ocasiones han producido; los filósofos han estudiado sus inconsistencias y sus absurdos. Yo he preferido emprender la crítica de las identidades nacionales —especialmente la mexicana— desde otro ángulo, que se encuentra estrechamente ligado a la práctica de la traducción. Me refiero a la ironía. Uno de los más complejos problemas que enfrentamos es el hecho de que quienes interpretan las peculiaridades de un momento histórico, una sociedad o una expresión ideológica como el nacionalismo, descifran los signos de una época para enseguida volverlos a codificar con las claves de su propio estilo y de sus interpretaciones. Cuando pase el tiempo estas interpretaciones tendrán a su vez que ser interpretadas.

Estamos encerrados en un círculo hermenéutico. La exaltación de la identidad nacional que expresa, por ejemplo, Vicente Riva Palacio en el siglo xix, acaso es retomada por José Vasconcelos en el siglo xx, pero la traduce a otro

lenguaje. A su vez, la tradición vasconceliana influye en Octavio Paz, pero el poeta la transforma radicalmente. Y así, sucesivamente y de manera muy compleja, se va formado un denso tejido. Estamos ante una serie de traducciones y traiciones que forman una tradición. Hay un método para tratar de escapar del círculo hermenéutico. Se trata de la antigua manera de decir algo diferente (y aún contrario) a lo que se quiere significar. Se dice una cosa para dar a entender otra. No es un truco: el objeto es invitar al lector o al que escucha a un trabajo de interpretación. Los románticos, que rescataron la antigua ironía, creyeron que ante un mundo esencialmente paradójico solamente lo podían entender con una actitud ambivalente. Como las identidades nacionales son extremadamente paradójicas, una manera de enfrentarlas es con una actitud irónica. Por ello me ha gustado afirmar que la identidad del mexicano puede representarse perfectamente con la figura del ajolote.

He aprovechado el problema de la traducción —junto con sus sombras inseparables, la traición y la tradición— para hacer un recorrido por algunos de mis temas preferidos de investigación. Creo que he mostrado que hay íntimos vínculos entre el mito de la melancolía, la antigua teoría humoral, las mediaciones sociales y políticas, los medios de comunicación, las teorías sobre la traducción literaria, las estructuras neuronales y las prótesis exocerebrales.

El periplo me ha servido para proponer una idea que me parece central: que la cultura y la sociedad existen gracias a la incomunicación, a las discontinuidades y a las interrupciones. Parafraseando lo que Séneca decía del genio y la locura podría afirmar que no hay relaciones humanas sin un toque de incomunicación; no hay compañía sin un punto de soledad. Por ello, la tradición y la traducción siempre van acompañadas de la traición. Por tanto, a modo de conclusión, diré que en la Academia Mexicana de la Lengua —y por extensión en todas las academias— debemos admitir e incluso estimular dosis de traición en el uso del lenguaje. Ello redundará en el fortalecimiento de las tradiciones necesarias y en la vitalidad de la cotidiana traducción que debemos emprender para interpretar a nuestros semejantes y para entender el mundo que nos rodea.

ROGER BARTRA Y LA TRADUCCIÓN*

Jaime Labastida

Permítanme iniciar estas palabras, queridos amigos, con una anécdota personal: conozco a Roger Bartra desde que él era adolescente. Fui amigo de sus padres, el poeta Agustí Bartra y la escritora Anna Muriá. Añado que tengo una deuda poética, que nunca podré saldar, con Agustí Bartra: prodigaba su tiempo con el poeta en ciernes que yo era, apenas un joven de 18 años de edad. A Roger y a mí nos separan tres años, pero por entonces yo lo veía como si fuera niño. No me asombra que aquel adolescente sea ahora un investigador de gran mérito, un ensayista maduro, razones por las que ingresa en nuestra institución. Estoy seguro de que en ella rendirá su mejor esfuerzo y le brindará las pruebas de su talento.

Añado, con brevedad, un rasgo más. Roger Bartra es, desde su más tierna infancia, hablante de dos lenguas. Escribe en español y se podría decir que ésta es su lengua materna. Sin embargo, no es posible olvidar que en su casa se hablaba en catalán y que sus padres se comunicaban, entre ellos y con sus hijos, en esa lengua. Tiene, por tanto, el privilegio de ser bilingüe. Acaso en la intimidad se expresa en la lengua que heredó de sus padres. Pero su lengua científica es el español.

No intentaré hacer una biografía intelectual por la que reconstruya los hitos que ha seguido el desarrollo de Roger Bartra. Me limitaré a trazar algunos rasgos, a mi juicio esenciales. Antropólogo de formación, Bartra pronto encontró caminos más amplios para sus inquietudes de investigador: se doctoró en Sociología en la Sorbona. Sus intereses son vastos y complejos. Uno de sus libros iniciales sometió a la discusión la posible vigencia del *modo de producción*

* Respuesta al discurso de ingreso de don Roger Bartra a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el 13 de febrero de 2014.

asiático en las sociedades mesoamericanas (hizo una antología de ensayos sobre ese tema que arrancaba por los textos clásicos de Marx y Engels). Continuó luego en esos empeños y publicó un breve libro con ensayos a propósito del mismo asunto. Pronto desplazó su interés hacia las formas de la práctica política. Publicó un libro sobre la estructura agraria y las clases sociales en el México actual y examinó el ejercicio del poder político. No omito decir que sus críticas al llamado socialismo real y a lo que se llama izquierda mexicana le ocasionaron no pocos descontentos. Creo que su honestidad intelectual lo obligó a ser leal con su propia conciencia, antes que con la ortodoxia de una doctrina. Dejó de creer, si alguna vez lo hizo, de modo fideísta o dogmático en las propuestas de un partido para someter a una duda rigurosa el conjunto de sus tesis. *Se hizo amigo de la verdad, no de Platón*. La ruptura con nuestro pasado ideológico es, a un tiempo, una fractura con nosotros mismos. Se pierden amigos, acaso convicciones, pero se obtiene a cambio de ello congruencia y sensatez.

Su campo reflexivo, por consecuencia, se amplió. Discutió las ideas forjadas alrededor de la supuesta identidad del mexicano, en un libro que pronto fue objeto de discusión académica. Sin embargo, a mi juicio, sus afanes encontraron una vía más sólida aún en un ensayo ejemplar, *El salvaje en el espejo*. El libro supone una investigación de largos años. Hay en él, gracias a una iconografía pertinente y por supuesto amplia, la expresión de preocupaciones que tienen estrecha relación con la teoría y la práctica de los mayores antropólogos contemporáneos, los decisivos: un Marcel Mauss, un Claude Lévi-Strauss, un Mircea Eliade, un Georges Dumézil.

Pero entremos ahora en aquello que nos propone en su *Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*. Sin duda, advirtieron ustedes la paradoja en la que desea sumergirnos. Bartra desarrolla el antiguo adagio italiano que sostiene la equivalencia entre *traductor* y *traidor*. Si traducir es traicionar, la comunicación debe apoyarse, por necesidad, en su contrario, en una suerte de incomunicación. Jamás podremos lograr una traducción completa. La tesis me recuerda, de súbito, la propuesta de Martin Heidegger que indica la necesidad de escuchar el silencio. De acuerdo con el filósofo de la Selva Negra toda palabra en verdad profunda debe estar apoyada en el silencio. ¿En qué medida son ciertas estas proposiciones?

El asunto es demasiado complejo y está lleno de aristas. Un concepto pone el acento en apenas un rasgo de lo que intenta designar. La vieja ilusión de lograr una lengua matemática totalmente nítida y precisa ¿es posible? En la tra-

dición grecolatina, se le dice *Luna* al satélite nocturno. En griego, Σελήνη y en latín, *Luna*, aluden a *luz*: la Luna es la luminosa; este es el rasgo que se pone en relieve. Se trata de un sustantivo femenino. Antes, su nombre era masculino y estaba asociado a las cuatro fases de su movimiento. Luna y *Mens* designaban al satélite nocturno, pero una palabra ponía el acento en su luz, en tanto que la otra mentaba el cambio de sus fases. De la voz *Mens* se deriva nuestra palabra *mes*. Recordaré que los pueblos nómadas y pastores miden el tiempo por lunaciones y que los sedentarios lo hacen a través del movimiento aparente del Sol por equinoccios y solsticios.

Lo que deseo subrayar es que todo sustantivo pone en relieve sólo alguno de los aspectos del objeto que designa, mientras hace abstracción de los restantes. Es un modo de evocación o, para decirlo como lo dice Bartra, es una traducción (de lo que es real a la palabra) que traiciona. No sólo toda traducción es, y no puede ser de otro modo, una traición. También es una traición que le demos una palabra a los hechos de la realidad: traducimos los hechos reales a sonidos articulados: le damos una voz a lo que carece de palabras. Pero toda traición verbal es una creación.

Permítanme aducir algunos ejemplos de lo que he dicho. La palabra latina *sapientia* traduce la voz helena σοφία. Sin embargo, σοφία guarda relación directa con la capacidad manual de suerte que un buen constructor de naves es un σοφία, no solamente Sócrates. La palabra *sapientia* es un neologismo que se debe a Ennio, que la construyó a partir del verbo *sapio*, *-is*: *saborear, gustar, degustar*. En latín y en las lenguas romances el verbo y el sustantivo *saber* están asociados a la lengua como órgano anatómico de la fonación y como instrumento que saborea la comida. En latín *se saborean las palabras*. Aún más, en tanto que *pensar* tiene la misma raíz de *pender*, en español *sopesamos* las palabras. La palabra posee peso, es grave. Así, en tanto que en griego la sabiduría se vincula a la mano y a los oficios manuales, en latín, como dije, a la lengua. La diferencia es grande y la traducción de Ennio es, por ello, una verdadera audacia, el fruto de una pura creatividad.

Veamos lo que sucede con la palabra griega ζῷον de prosapia filosófica y política. Aristóteles sostiene que el hombre es un ζῷον πολιτικόν, sintagma que en español suele traducirse como *animal político*. ¿Qué dice Aristóteles que, empero, en la traducción española se empaña? ¿Acaso que el hombre es un animal que por definición (o por naturaleza) se dedica al oficio que hoy se denomina la política, lo que alude a los asuntos públicos? Examinemos con

brevedad el concepto ζῶον: está formado por dos raíces; por un lado el verbo ζῶν, que significa *vivir*, y por otro lado el concepto filosófico extremo ον, *ente, ser*; ζῶον quiere decir llanamente ser vivo. Los latinos trastocaron el concepto y lo tradujeron por animal y, así, los libros de la *Física* aristotélica que se dedican al examen de vegetales, animales y humanos, los seres vivos, se llamaron *De anima, Del alma*. Si Aristóteles los hubiera querido llamar así, los habría denominado περι ψυχῆς. Ciertamente, igual la voz ψυχή que la palabra *anima* tienen relación con el *hálito*, el *aire*, la *respiración*, el *aliento vital*. El vegetal es también ζῶον. Aristóteles dice que el hombre es el ser vivo que habita, por naturaleza, en la πόλις; sabe que la πόλις es un producto social. Sin embargo, para él, *naturaleza*, ψύξει, no significa lo mismo que para nosotros, ya que lo último en el orden de la generación es primero en el orden de la naturaleza: se acerca a su causa final. A diferencia de nuestra manera de pensar Aristóteles no opone sociedad y naturaleza, opone a ψύξει a νόμος.

He aquí, pues, que a Bartra le asiste la razón. Hay terrenos sombríos que el lenguaje es incapaz de traducir. No sólo de una lengua a otra existen traiciones. Del campo de lo *real* al espacio de la palabra abundan las *líneas de sombra* imposibles de colmar. El error hace que resplandezca la verdad. Acaso el mayor de los errores de *traducción* suceda en el nivel orgánico. Establece Jacques Monod, Premio Nobel de Biología: “La física nos enseña que, salvo en el cero absoluto, límite inaccesible, ninguna entidad microscópica deja de sufrir perturbaciones de orden cuántico cuya acumulación, en el seno de un sistema macroscópico, alterará la estructura de modo gradual pero inexorable”. Y añade: “Los seres vivos, pese a la perfección de su maquinaria, que asegura la fidelidad de la traducción, no escapan a esta ley”. Por eso “La muerte de los organismos pluricelulares se explica por la acumulación de errores accidentales de traducción que degradan poco a poco la estructura de los organismos”. A la vida le es necesaria la muerte. Los errores de traducción se presentan, pues, en el nivel básico de toda organización material. Lo que sucede en el habla es consecuencia, quizás, de lo que acontece en física, química y biología. Acaso no pueda servirnos de consuelo, pero conviene asumir nuestra condición de seres frágiles y perecederos para gozar, de modo pleno, los escasos instantes de delicias (y terrores) que significa estar vivos.

Bienvenido, querido Roger Bartra, a tu nueva casa académica. Tus iguales te recibimos con los brazos abiertos.

EL ROMANCERO EN AMÉRICA: CÓMO LAS PALABRAS DE LA TRADICIÓN SE HICIERON NUESTRAS*

Aurelio González Pérez

El honor de ingresar a esta Academia me hace recordar con sinceridad y admiración a mis ilustres predecesores en la silla XXX, a don Agustín Yáñez y a don Arturo Azuela. Como sucede cuando se recuerda —honrando su memoria— a alguien lo primero que viene a la cabeza es la relación personal que se tuvo con la persona recordada, y los encuentros y, si cabe, las coincidencias y similitudes. No escapo a esta situación: yo conocí a Arturo Azuela —mi predecesor inmediato— en la facultad, término que designa a la única para muchos de nosotros, esto es, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Debía ser el año 1986 y Arturo había sido nombrado hacía poco director de la misma; nos conocíamos de años atrás, pues también tuvimos en común nuestro paso por Bellas Artes, y recuerdo que al encontrarnos en un pasillo (yo ya estaba en El Colegio de México, pero seguía con mis cursos en la UNAM) me dijo: “Estoy aquí para hacer que los muchachos lean. Espero que me ayudes”. La frase se me quedó grabada, pues compartía la idea. Esa idea era una de las facetas más acusadas de Arturo: la lectura, hacer que la palabra se hiciera de todos, que los múltiples prismas de la literatura iluminaran a más lectores.

En este honroso encargo de la Academia Arturo Azuela representa el valor de seguir el camino de la difusión de la palabra. Por otra parte, con mi ilustre predecesor tengo varias coincidencias, no sólo nuestro paso por la facultad. Yo también, como él, vengo del área científica, mi primera formación es de ingeniero químico y también, como él dijo de sí mismo, fui formado como lector por Julio Verne, Salgari y ese extraño libro de lecturas infantiles que es *Corazón*.

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el 27 de febrero de 2014.

Además de nuestros encuentros en la facultad después coincidimos en algunas ocasiones en Madrid, en el Fondo de Cultura Económica, y siempre hizo gala de su calidez y amistad con quienes pasábamos por la capital española.

Sin embargo, Arturo Azuela para mí, además de la persona que conocí, es también el escritor que sorprendentemente cierra o concluye un género y una forma literaria. ¿A qué me refiero? Cuando leíamos, allá en los primeros años setenta, en aquel tesoro editorial que fue Joaquín Mortiz, su magistral novela *El tamaño del infierno*, sentíamos que la novela de la Revolución había llegado a su fin, pero tal vez también llegaba a su fin, con el esplendor de su brillante manejo de la palabra, el México derivado del movimiento revolucionario. Como es bien sabido, en *El tamaño del infierno* se vive a través de la mirada de Mariano Azuela, del tío Jesús y de los tres búhos que observan vigilantes a la familia, desde la Revolución mexicana hasta el cruel despertar de Tlatelolco en 1968. Esta novela, la que posiblemente sea su obra más importante y con la que obtuviera en 1974 el Premio “Xavier Villaurrutia”, está fechada en 1973, año del centenario del nacimiento de Mariano Azuela, su abuelo. El punto de partida de la novela es la biografía de este escritor germinal del género de la novela de la revolución para después seguir por 100 convulsos y turbulentos años de la vida de este país que es México, surgido a la modernidad por los avatares del conflicto bélico fratricida que la historiografía oficial consagró y mitificó como revolucionario. Pero lo que escribe Arturo Azuela es un texto que rebasa el referente histórico, la novela de la Revolución, el costumbrismo y la biografía familiar, para adentrarse en los vericuetos de la historia contemporánea y de la sociedad mexicana, mostrando por medio de su palabra abierta, múltiple y prismática, personajes mitificados —históricos y cotidianos— vicios, virtudes, valores y, en general, la vida multifacética de un país que crece y por tanto se desengaña.

Haciendo más las palabras de otro ilustre académico, don Ernesto de la Peña, a propósito de la obra de este matemático, historiador, novelista, escritor, músico, académico y gestor cultural se puede decir que

Lo que nos queda es la espléndida prosa, la inquietante trama de palabras que Azuela ha sabido urdir... Y con este lenguaje, de extraordinaria originalidad, de insospechable vivacidad, verdaderamente vivo y candente, Arturo Azuela sabe comunicar, antes que nada, los avatares internos de sus personajes [...].

A pesar de su importancia como escritor y novelista Arturo Azuela dijo en alguna ocasión: “La ciencia no sólo ha sido mi talón de Aquiles, sino mi debilidad y el trabajo al que más años le he dedicado, más que al violín, más que a la literatura y que a las mismas matemáticas”. Sin embargo, también lo podemos y debemos recordar por la multiplicidad de su palabra y por el manejo extraordinario de la construcción de una memoria del pueblo, del lugareño, de la colonia, de su barrio de Santa María. En este sentido su literatura fue también la memoria de una tradición, fue un costumbrismo que reflejaba a quien llegaba a la gran ciudad y en ella se instalaba y luchaba por no ser devorado.

Otra faceta en la cual hay coincidencia entre las premisas de la literatura tradicional —abierta por definición y por su transmisión oral— y Azuela, autor de literatura culta, es la recreación que hace, a la manera de la literatura tradicional que vive en variantes y versiones, de su novela *Un tal José Salomé*, publicada originalmente en 1975 (también en Joaquín Mortiz), que tiene en 1982 una nueva versión en la que reescribe diálogos y cuadros buscando nuevos resultados, más profundos e intensos, desarrollando y variando su lenguaje. Yo ahora buscaré, rastreando en la tradición, cómo en América hicimos nuestras las palabras de la tradición hispánica a través de una forma poética: el romance.

El Romancero —conjunto admirable por su permanencia temporal y expansión geográfica— de la expresión hispánica de la balada tradicional internacional ha formado parte importante del acervo cultural no aprendido del mundo de lengua española, gallego-portuguesa, catalana y sefardí, y seguirá siéndolo mientras se mantengan el saber y la vida colectiva de la comunidad y con ella la cultura tradicional. Sabemos que los textos romancísticos de tradición oral estaban vivos ya hace siete siglos cuando Jaume d'Olessa, estudiante mallorquín en Bolonia, nos dejó por escrito en 1421 en su cuaderno de apuntes el romance de *La dama y el pastor*. Así, como bien dice Menéndez Pidal, “podemos decir con seguridad que un copioso romancero pasó a América en la memoria de aquellos que tripulaban las naves descubridoras y en el recuerdo de cuantos después allá fueron”¹ desde España después de 1492.

Las baladas hispánicas, los romances, acompañaron a los navegantes, misioneros, exploradores, soldados y funcionarios en su traslado al Nuevo Mundo

¹ Ramón Menéndez Pidal, *Romancero hispánico. Teoría e historia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1968, t. I, p. 226.

como parte de su acervo cultural, pues los versos de estos poemas narrativos que habían oído a sus mayores y sabían de memoria reflejaban los valores de su comunidad, además de contener historias fascinantes y ejemplos de vida desde el mundo de la ficción. Los hombres y mujeres que los cantaban, lo mismo en soledad que en las faenas cotidianas o en la alegría de la fiesta, lo hacían de manera natural con la tranquilidad del saber no aprendido y la seguridad de lo que les pertenecía y nos pertenece.

En este sentido, al hablar de la llegada de la literatura de tradición oral hispánica a América es inevitable recordar una vez más el tantas veces citado episodio que recoge Bernal Díaz del Castillo, en el capítulo 36 de su fascinante *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*,² entre Hernán Cortés y Alonso Hernández Puertocarrero al llegar a San Juan de Ulúa, en las costas de lo que hoy es Veracruz en el territorio que llamarían la Nueva España, episodio en el cual ambos dialogan usando versos de romance. Puertocarrero con el de *Montesinos* que se inicia: “Cata Francia, Montesinos, cata París, la ciudad”, a los cuales responde Cortés con el romance de *Gaíferos*: “Denos Dios ventura en armas como al paladín Roldán”.

También se cuenta en esa crónica de la conquista de la Nueva España (capítulo 145) que cuando Cortés recuerda en Tacuba, en abril de 1521, las pérdidas de hombres y compañeros de armas sufridas en su campaña, entre ellas probablemente también las del episodio conocido como la “Noche triste” sucedido un año antes, el bachiller Alonso Pérez, al tratar de consolarlo, hace referencia al romance que empieza: “Mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía”. Este mismo romance aparece mencionado también en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*,³ de Bartolomé de Las Casas, aunque en otro contexto: el escarmiento hecho en Cholula por Cortés.

Más adelante, antes de combatir a los hombres de Pánfilo de Narváez, enviado por Diego Velázquez, gobernador de Cuba, para reprimir a Cortés, según nos dice nuevamente Bernal Díaz del Castillo (capítulos 69 y 122) el capitán extremeño volverá a usar versos de romances, en este caso del

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación Internacional, México, 2005.

³ Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, edición de A. Saint Lu, Cátedra, Madrid, 1989, p. 108.

romance de Roldán en Roncesvalles: “Más vale morir por buenos que deshonrados vivir”.

Sean ciertos o no estos episodios lo que importa es que Bernal, tan preocupado por la verosimilitud, los emplea pensando que a sus lectores no les extrañaría que los capitanes de la empresa dialogaran usando versos de romances, pues es algo que todos hacen, ya que los conocen y manejan con naturalidad. Episodios similares también se pueden recordar en la conquista del Perú donde el uso de un romance salva la vida a Diego de Almagro cuando, profundamente enemistado con Francisco Pizarro por la posesión de Cuzco, se entrevista con él en Mala, población cerca de Lima, en noviembre de 1537, y Francisco Godoy, soldado pizarrista, le avisa de la celada que le han tendido: unos dicen que escribiéndole una carta y otros que haciéndole una seña y cantando, al pasar cerca de él, el romance que dice “Tiempo es, el caballero, tiempo es de andar de aquí”. Esta acción la relata detalladamente Pedro Cieza de León, cronista del Perú, en sus *Guerras civiles del Perú. Guerra de las Salinas* (cap. 38) convencido de su autenticidad.

También atestigua Alonso Enríquez de Guzmán el conocimiento que tenían los soldados españoles de los romances de Roldán —pues los usan como término de comparación al entrar en Cajamarca— o los de *Bernal Francés*, caballero de las guerras de Granada. Por su parte, Hernández Girón, rebelde a la autoridad real, también hace uso de un romance al ver huir a los soldados contrarios cuando derrota al mariscal Alonso de Alvarado en la batalla de Chuquinga: “No van a pie los romeros, en buenos caballos van”, verso que encontramos en el romance de *Isabel de Liar* que dice: “Doña Isabel se pasea en su palacio real, / mirando sus campos verdes romeritos ve pasar. / No van a pie los romeros, en buenos caballos van”. Llama la atención este último verso, pues no se encuentra en las versiones viejas; sin embargo, en la tradición oral moderna donde este romance sigue vivo este verso aparece sobre todo en versiones catalanas.

Todas las referencias anteriores atestiguan la presencia del Romancero en América en los primeros tiempos del descubrimiento y la Conquista, y su vitalidad en el lenguaje coloquial. Desde luego esto no excluye la vida del Romancero en su forma habitual como conjunto de historias que se escuchan con placer; así como nos cuenta el cronista novohispano Pedro Gutiérrez de Santa Clara, en su novelada crónica de las guerras del Perú, que Francisco de Carvajal en 1547 pidió que le cantaran “el romance de Gaíferos o las

coplas del Marqués de Mantua”⁴ cuando estaba enfermo en la villa peruana de Andahuaylas.

El Romancero debió haber sido parte del bastimento que traían las naves al Nuevo Mundo. En las travesías desde las Canarias o las demás islas atlánticas, de tres o cuatro semanas de duración, el aburrimiento se combatía de diversos modos: en las naves grandes incluso se hacían representaciones teatrales y, sin lugar a dudas, había la presencia de músicos y con ellos de la canción. Así nos lo hace saber fray Francisco Ximénez de Quesada, primer traductor del *Popol Vuh*, quien recuerda en su crónica de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala que cuando en 1544 retornaban a España personajes como doña María de Álvarez de Toledo y Rojas, la primera virreina americana por su matrimonio con Diego Colón, el hijo del descubridor, nombrado gobernador de La Española y después virrey de la misma en 1508; o fray Bartolomé de las Casas, el defensor de los derechos de los naturales, en las naves iban “los seglares tañendo guitarra y cantando romances y cada uno a su modo [...] otros leyendo libros”.⁵ Con toda seguridad, aquellos libros serían las novelas de caballerías que encendían la imaginación y confirmaban las maravillas que habían oído contar de las tierras allende los mares; y los romances, más novelescos que épicos, sintetizarían valores y códigos de comportamiento, asumidos por los viajeros como propios, y encarnados en los protagonistas de las historias que contaban o cantaban.

Pero no hay que idealizar la llegada de la vida de la cultura tradicional al Nuevo Mundo con perspectivas que saben a romanticismo. Es claro que al continente recién descubierto llegaron también, y muy pronto, no sólo transmisores comunes sino también algunos que, aunque venían como soldados, eran también transmisores más o menos profesionalizados como Porras, cantor; Alonso Morón, vihuelista; y Ortiz, músico: hombres de armas, que formaron parte de la expedición de Cortés a México, pero que primero se asentaron en Cuba, concretamente en Bayamo y Trinidad. Es natural, por la importancia y valoración que tenía en esa época el género romancístico, que entre los textos que formaban su repertorio musical se hayan contado los romances, tanto aquellos famosos que estaban en boga en Madrid o Sevilla como algunos otros

⁴ Pedro Gutiérrez de Santa Clara, *Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1904, t. II, p. 459.

⁵ Francisco Ximénez, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 5 vols., 1999, vol. I, p. 29.

tradicionales viejos, tal vez oídos desde su niñez. Este repertorio seguramente lo cantaron primero durante su estancia en Cuba, pues ahí se dedicaron más a la actividad musical, y lo llevaron después al continente.⁶

No fue este el único caso de transmisores más o menos profesionalizados: también se tienen noticias de la presencia de músicos en otras partes del continente apenas descubierto. Por ejemplo, en 1561, el recién nombrado virrey del Perú, Diego López de Zúñiga, conde de Nieva, cuando viajó a Lima llevaba consigo músicos, entre ellos Francisco Lobato y López, Jerónimo Carrillo, tañedor de vihuela y pandereta; Juan de la Peña Madrid, compositor de coplas; Alonso Muñoz y el trompetero Tomás Obras; y lo mismo hará el virrey García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, en 1589.⁷

Pero los romances no llegaron solamente llevados por la memoria colectiva y transmitidos por la voz. Otra forma en la que llegaron al Nuevo Mundo fue en libros y pliegos sueltos de diverso tipo. Por un lado están los libros de música cuya base en el siglo xvi está formada por villancicos y romances tradicionales, base que se refuerza con el auge que adquiere la vihuela. Sabemos del desarrollo y la riqueza que tiene la música por los archivos catedralicios de México, Puebla, Oaxaca, Lima o Bogotá, y es muy improbable que los tocadores de vihuela o guitarra, o los cantores sacros, desconocieran los romances cuya música muchas veces era la pauta para interpretar las composiciones nuevas.

Por otra parte, también está claramente documentada en los siglos xvi y xvii —gracias a la ordenanza de Carlos V del 5 de septiembre de 1550, que exigía que se anotaran los nombres de cada obra y no en bloque— la presencia de impresos con romances en los inventarios de obras despachadas desde Sevilla por la Casa de Contratación para el Nuevo Mundo. Por ejemplo, en el registro número 24 del 6 de junio de 1586, entre otros libros que se envían a Pedro Ochoa de Ondategui, vecino de la ciudad de México, se encuentran dos romanceros con un valor de 60 marcos cada uno, ocho impresos del *Conde Dirlos* a 12 marcos y ocho del *Desafío de don Manuel y el moro* a 10 marcos. Otros libros que llegaron a la Nueva España que contenían romances fueron el *Cancionero general* de Hernando del Castillo y los libros de música de Fuenllana y de Narváez. En el registro 27 del 24 de diciembre de 1591, entre otros li-

⁶ Alejo Carpentier, *La música en Cuba*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, pp. 21-22.

⁷ Guillermo Lohman Villena, *El arte dramático en Lima durante el Virreinato*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1945, pp. 16 y 64.

bros se envían al Istmo de Panamá, a Portobelo, cuatro romanceros, y en enero de 1594 un romancero, las tres partes de *La Araucana* y *El Cid* en verso, entre otras publicaciones. En un contrato del 22 de febrero de 1583, guardado en el Archivo Nacional de Lima, se hace constar el compromiso de Francisco de la Hoz de traer de España para el librero Juan Jiménez del Río numerosos libros; y entre obras religiosas y de ficción se mencionan “25 *Romanceros* de romances franceses y no castellanos, seis ejemplares del *Cid*, seis del romance de *Roncesvalles*, coplas del *Marqués de Mantua* y del *Conde Dirlos*”. También consta que en 1598 se mandaron a Potosí 18 partes de romanceros, esto es de las *Flores del Romancero Nuevo* que estaban de moda en España desde hacía unos cuantos años. Existe registro del envío en diversas ocasiones de romanceros y pliegos sueltos de tema carolingio o de Fernán González a numerosas ciudades de América a lo largo de la segunda mitad del siglo xvi y principios del siglo xvii. También nos dan noticias de la presencia de romances otro tipo de documentos: los notariales, aquellos en que se hace referencia a libros. Por ejemplo, en el pagaré de 1576 de Alonso Losa, mercader de libros de la ciudad de México, a Diego Mejía, vecino de Sevilla, se reconoce el envío de “unos Romances viejos, papelones a 4 reales”.⁸

Por otra parte, obras como *La nobleza de Andalucía* de Argote de Molina o las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, ricas en romances fronterizos y moriscos tanto viejos como nuevos, se siguieron enviando al Nuevo Mundo hasta bien entrado el siglo xviii. A los dos años de publicada la primera edición de esta última obra, en 1595, ya se documenta su envío a la isla Española, y en 1601 se envía a los “reinos de tierra firme”. Otra documentación señala que en 1669 Francisco Martínez envía un embarque para Cartagena y Portobelo en el cual se incluyen las *Guerras civiles de Granada*. En fecha tan tardía como 1735, Ignacio Rodríguez de Sevilla pide permiso para embarcar una remesa de libros para América, entre los cuales se encuentra la obra de Pérez de Hita, lo cual indica que a casi 150 años de su publicación seguía siendo muy popular y, por tanto, los romances viejos y nuevos que contiene seguían gustando.

Los romances vivieron y fueron vigentes durante los siglos virreinales y al terminar esta etapa se adaptaron a las nuevas circunstancias de la América independiente, pues de hecho constituían parte del acervo tradicional y de la cultura

⁸ Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, apéndices.

de la colectividad americana. Después de pocos años de culminado el proceso de independencia, el flujo migratorio español hacia los países americanos se reinició y los emigrantes que salían de España de los puertos de Gijón, La Coruña, Santander y otros lugares especialmente del norte de España buscando un futuro mejor, llevaban las ilusiones y el deseo de hacer fortuna en la nueva patria donde se afincarían, pero también llevaban su cultura tradicional en forma de canciones, cuentos y romances con lo que, al establecerse en Cuba, México o la Argentina, el género se revitalizaba y empezaba a vivir en nuevas variantes creadas por el que Menéndez Pidal llamó “autor legión”.

La formación de una cultura nacional en los nuevos países americanos, impulsada claramente por los escritores liberales, no puede, a pesar del distanciamiento ideológico de lo español, olvidarse del Romancero y así, por ejemplo, en México encabeza esta línea de revalorización de lo popular a partir de la tradición hispánica Guillermo Prieto (1818-1897), escritor y político liberal que se lanza a la tarea de reconstruir una tradición, que desde su óptica particular consideraba perdida. En este proyecto se inscribe su obra *Romancero nacional*, publicado en 1885, el cual es la expresión evidente de un manejo de las formas de la cultura tradicional y popular por parte de los autores liberales mexicanos. Otro liberal, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), en 1869, después del triunfo de la república, fundó y dirigió la revista literaria de mayor trascendencia en aquel momento, *El Renacimiento*, donde puso en marcha su credo: alcanzar un arte nacional que, sin desdecirse de su origen europeo, lograra una unidad formal y temática. En una de sus novelas más conocidas, *Navidad en las montañas*, inserta dos romances religiosos tradicionales: *La buena-ventura de Cristo* y *Pastores de Belén*.

Para su *Romancero* Guillermo Prieto escribe numerosos “romances nacionales” sobre la figura popular emblemática de los “chinacos”, personajes del mundo rural que se identificaron con los liberales y lucharon contra la intervención francesa; en esos romances se mezclan los versos que recuerdan el estilo tradicional con otros de pura cepa romántica y completamente alejados del estilo en que crea la comunidad sus manifestaciones literarias. Guillermo Prieto, a propósito del estilo de su *Romancero* dice:

conservé hasta en sus ápices la verdad histórica; adopté el romance como lo más popular y acomodaticio a todos los tonos; y en cuanto al lenguaje, desviándome de lo inconveniente y rastrero, preferí lo que mejor se

entendiese, sacrificando la metáfora seductora, la alegoría brillante y el apóstrofe conmovedor, al tono de plática y el relato sabroso, pero humilde, del calor del hogar.⁹

El *Romancero nacional* es una larga serie de romances que relatan los episodios y personajes más destacados de la Guerra de Independencia de México, de 1810 a 1821, y su objeto, como plantea Altamirano en el prólogo que escribió para la primera edición de 1886, era dotar en cierta forma a México de una épica popular. *El romance del 15 de septiembre*, ejemplo de la literatura que proponía Prieto, empieza así:

Golpes suenan en la puerta en la puerta
 en la puerta del Curato;
 golpes y voces que llaman
 ansiosas al Cura Hidalgo...
 Se hace luz en las estancias,
 se pasean los caballos,
 entran Allende y Aldama
 del Cura en el pobre cuarto,
 y sin muchas precauciones,
 ni más rodeos, ni preámbulos
 dicen: “Estamos vendidos:
 ¿Qué resolución tomamos?”

En estos versos que tratan de contar un episodio nacional reciente con el sentido épico de las viejas canciones de gesta resuenan las repeticiones y anáforas características del lenguaje tradicional. Aunque la producción de los liberales mexicanos estaba alejada de la veta popular, algunos textos relacionados con la intervención francesa, probablemente más acordes con la estética popular, tuvieron éxito en la comunidad y durante algún tiempo se conservaron en la memoria y entraron en el proceso de transmisión oral.

En Cuba, también motivado por una idea nacionalista, se desarrolló a mediados del siglo XIX el uso del romance como expresión poética frecuente, en lo que Samuel Feijóo ha llamado el movimiento poético de los “romances cu-

⁹ Guillermo Prieto, *El romancero nacional*, prólogo de Ignacio M. Altamirano, Porrúa, México, 1984, p. 227.

banos”. Éstos representaron una reacción a los modelos románticos importados de España, en los cuales la temática reproducía un lejano mundo morisco o recreaba nostálgicamente una Edad Media recién reencontrada. Los autores cubanos, desde Francisco Pobeda (1796–1881) quien escribió en forma de romance sus *Leyendas cubanas*, se acercaron al romance buscando una forma de expresión propia. Ejemplo de estos romances llamados “cubanos” es *Inés y Rosa*, debido a Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido (1809–1844):

La mañana de San Juan
cuando sus largos cabellos
salpican de lindas flores
las jóvenes con esmero;
cuando se cuelgan los patos
untados en grasa el cuello,
y los jinetes se afanan
para disputarse el premio;
[...] ¹⁰

El resultado estaba lejos de la literatura auténtica tradicional, sin embargo, es clara la voluntad de hacer que lo pareciera, y así se percibe la presencia de la tradición con tópicos como “la mañana de san Juan” vital desde el Romancero fronterizo. A pesar de todo, la construcción nacional liberal se impregnaba de tópicos románticos y visiones idealizadas de la naturaleza turbulenta. Los “romances indios” de Ramón Vélez Herrera o la “escuela siboneísta” de José Fornaris (1827–1890) cumplían con su intención nacionalista, mas sólo se aproximaban a la cultura tradicional que pretendían emular.

El asociar el romance con la identidad nacional es una idea difundida en casi toda América, a pesar de la concepción rupturista con España. Así, el romance también está presente en otros países como Santo Domingo donde en 1874 la Sociedad de Amantes de la Luz de Santiago de los Caballeros convoca a los poetas del país para que escriban “producciones sobre hechos de nuestras guerras de Independencia y Restauración, dando preferencia para la forma al romance y a la décima, por ser los géneros más populares”.

¹⁰ Samuel Feijóo, *Romances cubanos del siglo XIX*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 43. Publicado originalmente en 1886.

También en Colombia, en 1883, con motivo del centenario del nacimiento de Simón Bolívar se realizó un *Romancero bolivariano*. El proyecto fue impulsado por el poeta chileno José Antonio Soffia a la sazón embajador de su país en Colombia. Imbuido de literatura romántica representaba todo un reto, pues “Se iba a apelar a un metro tantas veces acusado y proscrito por los admiradores de la perfecta rima”, como escribió el propio Soffia. El propuesto *Romancero* tuvo gran popularidad y en él participó un gran número de poetas colombianos de todo tipo, encontrando en el metro del romance el vehículo para toda clase de patrióticas reflexiones.

Al margen de estos movimientos explícitamente promovidos muchos otros autores hispanoamericanos acudieron al romance para expresar ideas de afirmación nacional y visiones de la propia historia, como el escritor y político conservador chileno Carlos Walker Martínez con sus *Romances americanos* (1870) como este que dice:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado,
Con sólo diez pasó el desaguadero;
El año cincuenta y ocho entrado.¹¹

Ya entrado el siglo xx el romance sigue siendo una forma vigente para las celebraciones nacionales; en este sentido baste recordar el concurso convocado en 1938 en Colombia para conmemorar con un “romancero” el cuarto centenario de la fundación de Bogotá, concurso que fue ganado por Ismael Enrique Arciniegas, autor de textos romancísticos como éste:¹²

Fijaron a Teusaquillo
y cuando llegó Quesada
al lugar que fue escogido
el recuerdo de la vega
de Granada al punto vino

¹¹ Carlos Walker Martínez, *Romances americanos*, Imprenta Litografía y Encuadernación, Barcelona, 1899, p. 81.

¹² Ismael Enrique Arciniegas, *Romancero de la conquista y de la colonia*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1938.

a su mente, vega hermosa
en donde jugó de niño.

En este texto se relaciona a Teusaquillo, paraje tradicional (y hoy referente típico bogotano) y lugar escogido por Gonzalo Jiménez de Quesada para fundar la ciudad de Bogotá, y la vega granadina, ubicación espacial tónica de múltiples romances fronterizos y moriscos. Así se conserva en el romance culto del siglo pasado que persigue emular la literatura tradicional el marco referencial que mantiene una tradición de temas, fórmulas, motivos y tópicos, que se difunde por más de siete siglos y que se extiende por un amplio espacio geográfico que abarca América, la Europa mediterránea y el norte africano.

Diversas recolecciones hechas en distintos puntos de la geografía americana, a partir del casi legendario viaje por América en 1905 de Menéndez Pidal, muestran que la memoria colectiva de este lado del Atlántico conservó los temas del Romancero tradicional hispánico, pero también es evidente y necesaria la adaptación de estos temas y de sus referentes a este continente, así como de su léxico al español que se habla en estas tierras. Adaptación lógica, ya que se trata de textos que están vivos en el acervo comunitario y que, por tanto, corresponden a los valores de esa colectividad y se expresan en el lenguaje literario que se sabe propio, y que por poseerse se puede recrear y variar. La reformulación también es necesaria por tratarse de un nuevo contexto espaciotemporal y afecta los diferentes niveles de significación de los textos romancísticos.

Además de la actualización de las historias que cuentan los romances es evidente la actualización que de manera general podríamos definir como lingüística. Esta adaptación se lleva a cabo en distintos planos que tienen que ver con el léxico, la sintaxis y la morfología de la lengua. Así encontramos la integración de los giros expresivos locales en el verso del romance; por ejemplo, esta versión argentina de *La dama y el pastor* que reproduce rasgos del habla típica de esa zona como la exclamación “¡Pucha!”: “—*Pucha* con este pastor, tan duro para querer, / tanto que ti he enamorado no te he podido vencer”.¹³ O como el uso del coloquial “tata” para referirse al padre —muy frecuente en Argentina— empleado por el narrador de la triste historia de Delgadina: “Se

¹³ Ismael Moya, *Romancero. Estudios sobre materiales de la colección de folklore*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1941, t. II, pp. 78-79.

llega a otra ventana, con el tatita se encontró, / alzó la cabeza el rey, de verla se enamoró. / —Delgadina, hija mía, sírveme de enamorada; / serás reina en Castilla, madrastra de tus hermanas”.¹⁴

No hay que olvidar que los personajes, aunque sean de un universo literario, hablan como los transmisores. Así, el diminutivo, también frecuente en España, en América se usa profusamente (como ya lo señalaba Rafael Lapesa),¹⁵ por lo que es evidente que el lenguaje tradicional romancístico se impregna de diminutivos como una forma de adaptación y apropiación de la tradición y su lenguaje literario. El diminutivo en -ito se vuelve dominante desde México hasta Colombia, aunque el Caribe prefiere el terminado en -ico. El uso frecuente de diminutivos puede ser una característica del habla de ciertas áreas; por ejemplo, esta versión de Dominicana de *El marinero* emplea tres diminutivos en un par de versos: “—¿Qué me das, *marinerito*, si te saco de estas aguas? / —Yo te doy mi *barquichuelo cargadito* de oro y plata”,¹⁶ pero esta costarricense de *Las señas del esposo* va aún más lejos con cuatro diminutivos en los dos versos iniciales del romance: “¡Pobrecito el *soldadito*! paradito en el cuartel, / con el riflicito al hombro esperando al coronel”.¹⁷ O esta otra versión de *Delgadina* en la que el narrador usa para referirse a las hijas del rey el diminutivo afectuoso, en un *incipit* con resonancias de cuento tradicional, que es común a varias versiones cubanas de este romance; el segundo verso intensifica aún más la pequeñez de la hija menor para la que no se usa el nombre de Delgadina. La presencia de diminutivos a lo largo de todo el texto es constante en los diálogos de los personajes: “Pues señor, éste era un rey que tenía tres *hijitas* / y la más *chiquirritica* Ambarina se llamaba. / [...] / —*Criadita, criadita*, dame un *poquito* de agua, / [...] / —*Mamaíta, mamaíta*, dame un *poquito* de agua, / [...] / —Corran, corran, mis vasallos, a darle agua a Ambarina, / en el *platico* de plata y el *platico* de cristal”.¹⁸

¹⁴ *Delgadina*, La Rioja, Argentina; Gloria B. Chicote, *Romancero tradicional argentino*, Queen Mary University of London, Londres, 2002, p. 78.

¹⁵ Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Gredos, Madrid, 8ª ed., 1980. Más recientemente lo han hecho desde este lado del Atlántico Concepción Company y Luis Fernando Lara.

¹⁶ *El marinero*, Ciudad Trujillo; Edna Garrido, *Versiones dominicanas de romances españoles*, Pol Hermanos, Ciudad Trujillo, 1946, p. 77.

¹⁷ *Las señas del esposo*, Alajuela, Costa Rica; Michèle S. de Cruz-Sáenz, *Romancero tradicional de Costa Rica*, Juan de la Cuesta, Newark, 1986, p. 18.

¹⁸ *Regla*, La Habana; Maximiano Trapero y Martha Esquenazi Pérez, *Romancero tradicional y general de Cuba*, Gobierno de Canarias—Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, Madrid, 2002, p. 175.

Los diminutivos también se emplean para designar —afectivamente— los alimentos que debe tomar la niña o, incluso, el castigo que debe recibir en esta versión colombiana de *Hilitos de oro*, recogida en la región de Santander, que conserva el tratamiento del vosotros: “—¡Me la tratáis muy bien! Éstos son cuidados míos: / por la mañana *caldito*, por el mediodía panecito / y en la tarde *juetecito* [fuetecito, azotes], si lo fuere menester”.¹⁹

El Romancero en América también adopta los cambios de acentuación de formas verbales o con pronombres enclíticos, habituales en el habla coloquial de varios países. Los romances, a pesar de su construcción de lenguaje literario, deben sonar naturales, tal como se hace en estas versiones recogidas en Guatemala de *Blancaflor y Filomena*: “—*Apurate* Filomena, *vestíte* de buen color”, y de *Bernal Francés*: “*Perdoná*, esposo querido, *perdoná* mis desventuras, / *mirá* que quedan sin madre llorando mis dos criaturas”.²⁰

Como es lógico, en las versiones americanas de los temas romancísticos más frecuentes de la tradición hispánica en general, se conservan elementos temáticos y léxico habitual en España, pero al hacer suyas las historias que se narran la colectividad americana lleva a cabo una adaptación al léxico del español (o, en el caso de Brasil, al portugués) hablado cotidianamente en estas latitudes. Es la llegada de palabras como *bailongo* (para decir fiesta), *caporal* (para el capataz rural o de vaqueros), *chaparrita* (bajita), *charqui* (cecina), *celazo* (salazón), *chigua* (red), *chula* (bonita), *gualato* (pico o azadón de madera), luego (en el sentido de en seguida), *huacal* (cajón rústico de varillas o tablillas de madera), *huarache* (sandalia), *platicar* (charlar), *ojotas* (especie de abarcas), *petate* (esterilla), *sarape* (frazada), *talmantito* (esclavina), *tápalo* (chal), etc. Estas palabras, habituales en el habla cotidiana de las comunidades donde perviven los textos romancísticos, se incorporan naturalmente a éstos como parte de un lenguaje literario. Esta voluntad de cotidianidad hace que incluso se cambien los nombres de los personajes de los romances proponiendo algunos más comunes: Albaniña se vuelve Martina, Juana Luna o Felisa; Bernal Francés es Fernando el Francés o Fernández Francés; Delgadina puede ser también Ambarina, Angelina, Angerina o doña Blanca; y se

¹⁹ Gisela Beutler, *Estudios sobre el Romancero español en Colombia*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1977, p. 383.

²⁰ *Blancaflor y Filomena*, Antigua Guatemala; y *Bernal Francés*, Guatemala; Carlos Navarrete, *El romance tradicional y el corrido en Guatemala*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987, pp. 26 y 39.

sustituyen otros nombres con afectivos según el uso americano: Chabelita, Lupita.

Los ejemplos de versiones que han integrado estos términos americanos son muchos. Por ejemplo, en México abundan las “chaparritas” no sólo en los romances, también en la canción lírica. Aunque en sentido estricto el término quiere decir baja de estatura, por lo general simplemente designa afectivamente a la mujer: “Andándome yo paseando por las orillas del mar / me encontré una *chaparrita* que a su casa me llevó”.²¹ Es una chaparrita aquí la que pasea por la playa en la versión de este romance de la esposa infiel, recogida en la población de Los Tres Ojitos, Mora County, en Nuevo México,²² lugar muy distante del mar. En otras versiones mexicanas de este romance la esposa adúltera que se pasea por las orillas del mar es una “abajeña”, esto es, natural de la región de El Bajío que se extiende por los estados de Guanajuato, Michoacán y Jalisco.

Otros objetos designados con términos locales son por lo general los de uso común, habituales en el medio rural. Así, el pastor que rechaza a la dama, en una versión chilena recogida en 1961 en La Cisterna, Santiago, de boca de un obrero que la había aprendido en Chillán en 1925 (siglos después del testimonio del estudiante Jaume d'Olessa y a miles de kilómetros de Bolonia), usa un calzado sencillo y rústico —tipo alpargatas— que se designa con el término “ojotas”, habitual en Chile: “—Como estás acostumbrado a andar con esas *ojotas*, / si te casaras conmigo te pondría lindas botas”.²³

Otros términos particulares de Chile como la red llamada chigua o el azadón de palo —gualato— a los que nos referíamos antes, están integrados a otra versión del mismo romance, pero ahora en voz del pastor arrepentido: “—Te ofrezco dos *chiguas* de oro, mis *gualatos*, mi sombrero / tan sólo porque me digas si esta noche yo me quedo”.²⁴

Incluso en el romance *Delgadina* la hija, que está cautiva por negarse a las pretensiones incestuosas del padre, finalmente cede a dichas pretensiones y en

²¹ *La adúltera*, publicada originalmente por Vicente T. Mendoza sin indicación de lugar. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *Romancero tradicional de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986, p. 55.

²² Arthur L. Campa, *Spanish Folk-poetry in New Mexico*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1946, p. 34.

²³ Versión de *La dama y el pastor*, Chillán, Biobio, Chile; Raquel Barros y Manuel Danne-mann, *El Romancero chileno*, Universidad de Chile, Santiago, 1970, p. 45.

²⁴ Valdivia, Chile. Julio Vicuña Cifuentes, *Romances populares y vulgares*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1912, pp. 119-120.

la mayoría de las versiones le llevan de beber y de comer en “vasos dorados y otros de cristal de China”; en en una versión guatemalteca, cuando el padre la castiga ordena que le lleven de comer en algo bastante cotidiano: “—Llévenle un *huacal* de agua y este pan que me ha sobrado, / que aún tengo la esperanza que el castigo haya bastado”.²⁵

En una versión de Antioquia, Colombia, la desdichada esposa infiel de Bernal Francés termina muerta y “La carne quedó en *celazo* [salazón], el cuero lo embalsamó, / para escarmiento del pueblo de las mujeres quedó”.²⁶

Y el caballo que en el corral relinchó era para ir a la supuesta boda de la hermana de la esposa infiel, y la fiesta está definida con el mexicanismo “*bailongo*” de uso también en Guatemala: “Que regalado es tu padre que antes nada me mandó. / —Es porque hoy es el *bailongo* de mi hermana que casó”.²⁷

A fin de cuentas el romance es una canción narrativa, casera, de las reuniones familiares y las fiestas, así que lo normal es que aparezcan los objetos de uso cotidiano como el machete o el pocillo (taza), y desde luego, si de dinero se trata, éste se expresa en pesos, no importa si se trata de una versión de Tejas en el sur de Estados Unidos, de México o de Perú donde también se usaron hasta el siglo XIX los pesos: “Yo te doy cuatro mil *pesos*, y de *pesos* cuatro mil, / tan sólo porque te quedes esta noche aquí a dormir”.²⁸ Los productos y materiales locales desplazan a los habituales en la tradición española y así, en Chocó, Colombia, la tapa del ataúd donde llevan a la Sildanita muerta deja de ser de marfil y está hecha delpreciado palo de Brasil: “El cajón era de oro y la tapa de *brasil*, / el manto que la cubrían, eran rosas y jazmín”.²⁹

La introducción de usos y productos locales puede llevar a la reelaboración de un texto, lo que Mercedes Díaz Roig —mi maestra de quien aprendí tanto del Romancero— llamaba “bordado”, llegando en algunos casos a modificar su sentido global original, tal como sucede en esta versión peruana, muy acortada, de *Monja a la fuerza*: “salieron cuatro niñas, todas vestidas de blanco. / Me tomaron de la mano y me dieron chocolate. / Bate que bate chocolate,

²⁵ Versión de San Felipe, Antigua Guatemala. Carlos Navarrete, *op. cit.*, p. 29.

²⁶ Gisela Beutler, *op. cit.*, p. 362.

²⁷ Versión de Jutiapa, Guatemala. Carlos Navarrete, *op. cit.*, p. 46.

²⁸ *La dama y el pastor*, versión de Tejas. Américo Paredes, *A Texas-Mexican Cancionero. Folk-songs of the Lower Border*, University of Illinois, Chicago, 1976, pp. 7-8.

²⁹ Gisela Beutler, *op. cit.*, p. 346.

muele que muele el tomate”,³⁰ y en esta de la tradición mexicana del romance conocido en España como *Buscando novia* o *Hilo portugués* en la que abundan los términos locales de objetos, alimentos y animales caseros:

Y que muela en el metate *nixtamal* y *chocolate*,
y si se pone en un brete, avientele el *molcajete*,
síntemela en el dosel que es hija de un coronel,
síntemela en un *huacal* que es hija de un *caporal*,
síntemela en un *petate* que es hija de un *pinacate*.³¹

Las referencias históricas locales o nacionales: el imperio francés en México o las formas modernas de gobierno como la república presidencialista se reflejan en la adaptación y apropiación de los romances por la comunidad. En el picante romance de *La bastarda* la tradición argentina suprime a los reyes, a los condes o al Santo Padre que tienen una hija bastarda de las versiones españolas para sustituirlos por algo más inmediato, aunque alejado —por si acaso se hieren susceptibilidades locales— de la realidad social de ese momento; y entonces es la autoridad del país vecino —Chile— o el “presidente de Lima”, un poco más alejado, el progenitor de la atrevida muchacha que le pide al segador que trabaje en su cebada: “El presidente de *Chile* tiene una niña bastarda, / por tenerla más segura la tiene dentro una sala”.³²

La apropiación de la tradición que se refleja en el lenguaje es evidente que tiene relación con el contexto real de la comunidad que la transmite. Ejemplo de esta adaptación es el final de *Delgadina* en una versión que está absolutamente cubanizada, hecha “criolla”, aunque la mención de los plátanos maduros en el velorio sea un tanto absurda y chusca: “Angerina se murió en un cuarto muy oscuro / y por velas le pusieron cuatro plátanos maduros”.³³

En otros casos los referentes de estatus social o de actividad son distintos de los que estaban en la tradición en España. En esta versión costarricense de *Las señas del esposo*, la esposa con naturalidad va al mercado y la riqueza tiene que

³⁰ Versión de Lima. Emilia Romero, *El romance tradicional en el Perú*, El Colegio de México, México, 1952, p. 106.

³¹ Versión de *Hilitos de oro*, Ciudad Guerrero, Chihuahua, México; Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, pp. 148-149.

³² La Rioja, Argentina. Gloria B. Chicote, *op. cit.*, p. 44.

³³ Alejo Carpentier, *op. cit.*, p. 35.

ver con el café: “—Yo tengo oro y mucha plata y manzanas de café, / si usted se casa conmigo todo eso será de usted. / Nos iremos pa’l mercado y en son de comprar verdura, / pa’que toda la gente diga ¡Qué guapa quedó la viuda!”.³⁴

Otro nivel de adaptación corresponde a la nueva realidad geográfica, lo que implica la introducción de nuevos topónimos reales americanos de países, Chile, Nicaragua, Honduras: “—Tal vez fue un hombre valiente que en Honduras me encontré, / sangre tenía en la mano, en el poncho y el corcel. / [...] / En tierra de Nicaragua lo mató un traidor inglés”.³⁵

La geografía local también se hace presente con referencias a las regiones: Bajío en México o Jutiapa en Guatemala; ciudades grandes y pequeñas como Morelia, La Habana, Puebla, Colima, Cartagena, Callao o Nueva York:

—Levántate, hijita mía, ponte tu vestido de seda
pa’que vayamos a misa a la ciudad de Morelia.³⁶

En La Habana hay un palacio que se llama la Isabel,
allí vive una muchacha que se llama Isabel.³⁷

Por las señas que me ha dado su marido muerto es
que en el sitio de la Puebla lo mató un traidor francés.³⁸

Estos últimos versos posiblemente relacionan la acción romancística de la ficción con la histórica batalla del 5 de mayo de 1862 durante la intervención francesa. Las versiones mexicanas de este romance de *Las señas del esposo* abren un enorme abanico de posibilidades para situar la supuesta muerte del marido, unas relacionadas con acciones bélicas que pueden tener un trasfondo histórico, otras absolutamente ubicadas en la geografía imaginaria. Así, el esposo puede morir en la toma de Acapulco, ya rumbo a Puerto Marqués (Tlachapa,

³⁴ Barbacoas, San José, Costa Rica. Michèle S. de Cruz-Sáenz, *op. cit.*, pp. 20–21.

³⁵ *Las señas del esposo*, versión de la ciudad de Guatemala. Carlos Navarrete, *op. cit.*, p. 53.

³⁶ *Delgadina*, Tamazula de Gordiano, Jalisco, México. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 98.

³⁷ *Rico Franco*, Cruces, Cienfuegos, Cuba. Maximiano Trapero y Martha Esquenazi Pérez, *op. cit.*, p. 162.

³⁸ *Las señas del esposo*, Teziutlán, Puebla, México. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 35.

Guerrero); en la guerra de Valencia lo mató un cabo francés (San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas); en la guerra de Valencia le dio muerte un japonés (Coyuca de Catalán, Guerrero); en la ciudad de Valencia lo ha matado un japonés (Lagos de Moreno, Jalisco); en el sitio de Cuautla lo mató un traidor francés (Teziutlán, Puebla); y en el sitio de Querétaro lo mató un traidor francés (México, D. F.); lo mataron allá en Valencia los del Imperio Francés (Tuxtla Chico, Chiapas); lo mataron en Colima los soldados de Avilés (Huixquilucan, México); lo mataron en Colima los rurales de altivez (s. l.).

Desde luego no se pierden las versiones que dicen que lo mataron en Valencia en casa de un genovés, tal como narra la versión vieja publicada en 1605 por Juan de Ribera, que es muy frecuente en casi todas las regiones de la tradición americana. Pero la muerte en la casa de juego también puede adaptarse y hacerse local: “—Señora, ese caballero, aquel que fue, muerto es, / en una mesa vedada quedó muerto en Chiloé”.³⁹

En algún caso la precisión geográfica llega al detalle y el marido es “jaltevano”, esto es de Jalteva, barrio de la ciudad de Granada en Nicaragua.⁴⁰

Dos ejemplos extremos de la adaptación geográfica serían, por un lado una versión argentina (recogida en la Colección de Folclor de 1921) de *Las señas del esposo* en la que la acción se ubica en un país ausente en la tradición española, pero bien conocido como referencia en Sudamérica: Paraguay: “En una noche de luna estando en el Paraguay”,⁴¹ y una versión guatemalteca de *Conde Olinos* en la que éste da de beber a su caballo “a la orilla del Pululá”, río poco conocido de la región de Jutiapa, Guatemala, pero de americana sonoridad: “—*Vení, mi chula* a oír las sirenas del Pululá”.⁴²

Otras versiones de *Las señas del esposo* acercan la acción a su contexto geográfico y así, en una versión guatemalteca, la mujer le pregunta al desconocido que se acerca sobre la guerra en Nicaragua: “—Oiga usted, señor soldado que de la guerra ha venido, / en campos de Nicaragua ¿no me ha visto a mi marido?”.⁴³ Y, por el contrario, en una versión nicaragüense la guerra se sitúa

³⁹ Curicó, Chile. Julio Vicuña Cifuentes, *op. cit.*, p. 50.

⁴⁰ Ernesto Mejía Sánchez, *Romances y corridos nicaragüenses*, Imprenta Universitaria, México, 1946, p. 91.

⁴¹ *Las señas del esposo*. Ismael Moya, *op. cit.*, t. 1, p. 481.

⁴² Celso Lara Figueroa, “La décima y la copla en la poesía popular de Guatemala”, *Folklore Americano*, núm. 28, 1979, pp. 106-107.

⁴³ Carlos Navarrete, *op. cit.*, p. 191.

en Guatemala (específicamente en Jutiapa, departamento de ese país): “—Soldadito, venga acá, ¿de Jutiapa viene usted? / ¿No me ha visto a mi marido, que en la expedición se fue?”.⁴⁴

Son muchas las guerras que dan marco histórico a la historia de este marido que quiere probar a la esposa fiel; además de las que hemos mencionado son guerras que tienen lugar en España, en Francia, en Brasil; pueden ser acciones bélicas como la Invasión francesa, las guerras de Independencia, o incluso del periodo de la conquista como en la versión recogida en 1913 por Ciro Bayo en Bolivia que dice: “En la punta de la lanza, lleva un pañuelo bordés, / que cuando yo era *chotita* en la escuela le bordé. / Mi marido fue a la guerra con don Cañete el virrey”,⁴⁵ posible alusión a Andrés Hurtado de Mendoza y Cabrera, marqués de Cañete quien fue el tercer virrey del Perú entre 1556 y 1560. Además, como otro elemento de americanización del romance está el término “chotita” que designa familiarmente en Perú a las jovencitas.

Las referencias geográficas pueden ser casi desconocidas más allá de su propio ámbito como Zanjón, ignorado pueblo de Santiago del Estero, donde se sitúa la ermita de San Simón a donde acuden damas y galanes a oír un sermón, en el romance de *La bella en misa*: “En Zanjón hay una ermita que llaman San Simón, / donde damas y galanes acuden a oír sermón”,⁴⁶ o hacer referencia un lugar concreto de una ciudad, como es este caso de La Habana: “Y si acaso nace hembra, la mujer de Santa Clara, / y si nace varón, será chulo el Malecón”.⁴⁷

En una versión cubana de *La adúltera* tenemos un buen ejemplo de este trabajo de variación geográfica y de apropiación local. En ella, ya que la esposa infiel ha perdido las llaves, se plantea la sustitución de las llaves de plata por otras de oro. En una dimensión simbólica se subraya el poder o valor del marido con la mención de quien hará el trabajo de sustitución, orfebre que naturalmente está situado en esa geografía fantástica que otorga valor a las cosas que de ahí proceden: “Se me han perdido las llaves de tu rico comedor. / —Si de plata se han perdido, de oro las tengo yo; / un platero tengo en Francia y otro

⁴⁴ Versión recogida en Jinotega. Ernesto Mejía Sánchez, *op. cit.*, p. 98.

⁴⁵ Chuquisaca y Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Ciro Bayo, *Romancerillo del Plata*, Victoriano Suárez, Madrid, 1913, p. 25.

⁴⁶ Santiago del Estero, Argentina. Gloria B. Chicote, *op. cit.*, p. 46.

⁴⁷ Versión de *Polonia y la muerte del galán*, recogida en Las Tunas. Maximiano Trapero y Martha Esquenazi Pérez, *op. cit.*, p. 254.

tengo en Aragón”.⁴⁸ En este ejemplo la tradición cubana conserva la referencia a Francia (en la América decimonónica, como en la Europa medieval este país era lugar de referencia obligado a propósito de lujo, refinamiento y exquisitez caballeresca) y a Aragón. Este último, aunque más local en la perspectiva española, probablemente por la lejanía de Cuba, empieza a ser un lugar exótico (aunque poco adecuado como lugar extraordinario o de maravillas). En cambio, la siguiente versión actualiza la referencia en una perspectiva cubana y utiliza como ubicación el mítico lugar del sueño americano: Nueva York: “Se me han perdido las llaves de tu rico mirador. / —Un platero tengo en Francia y otro tengo en Nueva York, / si se han perdido de plata, de oro las traigo yo”.⁴⁹

La siguiente versión del mismo romance, pero de la tradición venezolana, convierte a España en un lugar legendario, paralelo a la misteriosa “Iroró” en la que transforma el común Aragón de la tradición peninsular, que probablemente no le decía nada al transmisor: “se me han perdido las llaves de tu rico almirador / —Si de plata eran mis llaves, de oro las mando hacer yo, / tesoros tengo en España, plateros en *Iroró*”.⁵⁰

También el lugar que se abre o cierra con las llaves de plata de la adúltera presenta una amplia gama de posibilidades de variación: para la tradición de Nuevo México, México y Nicaragua se trata de un “rico tocador”; en Cuba encontramos un “rico mirador” o un “rico comedor”, en Uruguay un “amante bastidor”, en Venezuela un “rico almirador” y en Chile simplemente se perdió una llave no sabemos de qué lugar, pero la pérdida de las llaves es finalmente lo que importa pues es al pretexto para el retraso de la esposa en abrir la puerta y es a la sustitución de llaves a la que se le puede atribuir un valor simbólico.

La geografía se vuelve entorno local cuando se introducen con toda naturalidad en la narración romancística los términos particulares o regionales que designan lugares cercanos. En *Blancaflor y Filomena*, en una versión colombiana

⁴⁸ Beatriz Mariscal, *Romancero general de Cuba*, pp. 151-152. Recogido y publicado originalmente por Carolina Poncet y de Cárdenas en “El romance en Cuba. Consideraciones sobre la poesía popular cubana”, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* (La Habana, 1914).

⁴⁹ *Ibidem*, p. 159. Versión que Carolina Poncet recogió antes de 1969 y apareció publicada en el apéndice de sus *Investigaciones y apuntes literarios*, Letras Cubanas, La Habana, 1985.

⁵⁰ Mercedes Díaz Roig, *Romancero tradicional de América*, El Colegio de México, México, 1990, p. 31. Originalmente lo publicó Lourdes Dubuc de Isea, *Romería por el folklore boconés*, Universidad de los Andes, Mérida, 1966, pp. 210-211.

de Barbacoas, se dice: “Y ya de haberla gozado a un guaico la rumbió”,⁵¹ donde “guaico” es la designación local de un valle oculto de la Tierra Caliente de Nariño y “rumbió” se usa con el sentido de llevar.

El cambio del entorno no sólo es geográfico, también implica la flora y la fauna locales, y en el lenguaje romancísticos no son extraños términos como el durazno (melocotón), el zopilote (ave carroñera de plumaje negro llamada en algunos lugares “aura”), el coyote, los pinacates (insectos rastrosos), la flor de araguaney (árbol nacional de Venezuela, llamado en otros lugares “guayacán”) o el saraguato (mono aullador):

Me casó mi madre con un *saraguato*
que yo no quería ni conocía
y todas las noches el pícaro se salía
con *sarape* al hombro y espada ceñida.⁵²

¡Mariquita, Mariquita, linda flor de *araguaney*,
éstas son mis tres hijitas, tú, mi querida mujer!⁵³

O podemos encontrar el arcaizante término de pejes (peces) que está presente en el mágico romance del *Conde Arnaldos* que nos cuenta de la nave que llega a la ribera una mañanita de san Juan y los efectos que produce: “Los *pejes* que andan n’el hondo, arriba los ha de sacar, las aves que andan volando, n’el mastel las haz pasar”.⁵⁴

En otros casos la tradición hace inteligible un término desconocido como el *jato* (ternero) de algunas versiones españolas convirtiéndolo en pato o gato, animales poco propios para el rebaño de un pastor, pero comprensible; cambio que encontramos en una versión de *La dama y el pastor* recogida en Nuevo México: “—Te pago el perro y el *pato*, el gato y el almirez / tan sólo porque te quedes, esta noche y otras tres”.⁵⁵

⁵¹ Gisela Beutler, *op. cit.*, p. 356.

⁵² Versión de *La malcasada del pastor de Yucatán*, México; Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 51.

⁵³ Versión de *Las señas del esposo* de Altigracia de Orituco, Guárico, Venezuela; R. Olivares Figueroa, “Romances coloniales recogidos en Venezuela”, *Diario Ahora* (Caracas), 3 de octubre de 1943; Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 240.

⁵⁴ Versión de Córdoba, Argentina. Gloria B. Chicote, *op. cit.*, p. 42.

⁵⁵ Bernalillo, Nuevo México. Arthur L. Campa, *op. cit.*, p. 44.

Otra forma de apropiación de la tradición más profunda es la que lleva el romance a volverse corrido, expresión mexicana de la balada derivada del romance. Así, el popular romance sobre Bernal Francés —que no está recogido en las colecciones antiguas, pero cuya tradicionalidad está comprobada desde el siglo xvi, pues Góngora cita algunos versos en una composición burlesca de 1597, Lope de Vega lo utiliza en *Amor secreto hasta los celos* (1614) y Calderón lo emplea en su comedia burlesca de *Céfalo y Pocris* (1691)— mantiene su vitalidad en México bajo la forma de corrido. Posiblemente el referente histórico del romance antiguo sea un capitán de las guerras de Granada⁵⁶ que en México, posiblemente por el nombre de Bernal Francés, la tradición lo transformó en don Fernando de la Francia, un militar de la intervención francesa del siglo xix, “un soldado muy valiente / que combatió en el Bajío cuando Bazaine salió”, según la recreación de Eduardo Guerrero, el popular editor de hojas volantes y pliegos sueltos de la primera parte del siglo xx, que ubica la acción en Plan de Barranca, Jalisco.

En la tradición mexicana se ha asimilado el romance tradicional de Bernal Francés al nuevo género baladístico y es conocido como *Corrido de Elena*, introduciendo las fórmulas, el estrofismo y las características introducciones y despedidas de narrador que identifican al corrido:

Ahora les voy a decir a las señoras honradas,
no den su brazo a torcer cuando se encuentren casadas;
ya ven lo que le pasó a la infeliz Elena,
quiso tratar en latín teniendo su letra buena.⁵⁷

[...]

Vuela vuela, palomita, vuela y sigue tu volido,
anda a ver cómo le fue a Elena con su marido.⁵⁸

Ya con ésta me despido de ver mi suerte tan buena,
aquí se acaba el corrido de la señorita Elena.⁵⁹

⁵⁶ Juan Bautista Avallé Arce, “Bernal Francés y su romance”, *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 3, 1966, pp. 327-392.

⁵⁷ Versión del estado de Guerrero, México. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 68.

⁵⁸ Versión de San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas, México, recogida por Vicente T. Mendoza. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, pp. 73-74.

⁵⁹ Versión de Tehuantepec, Oaxaca. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 66.

Otro romance muy “acorridado” en sus finales es *Delgadina*, que también utiliza una amplia gama de despedidas del narrador: “Ya con esta me despido, blancos azahares de lima, / aquí termina el corrido ‘La muerte de Delgadina’”.⁶⁰ Este tipo de despedidas normativas, típicas de los corridos, no sólo se encuentra en la tradición mexicana, pues tenemos ejemplos en versiones recogidas en otros países, como esta versión peruana de *Las señas del esposo*, recogida por Menéndez Pidal del investigador Mariano Cornejo en su viaje por el continente americano de 1905: “Así se acaban los versos de una famosa mujer, / hablando con su marido sin poderlo conocer”.⁶¹

Pero no imaginemos románticamente al pueblo creador absoluto. En ocasiones, es cierto, la tradición es ingenuamente creativa, pero en otros casos casi llega al absurdo. Así, en el romance del *Conde Olinos*, el protagonista es el conde Niño (llamado también conde Lirio); pero en algunas versiones colombianas —probablemente por confusión fonética— se transformó en un “corderillo” con lo que obviamente la acción que lleva a cabo es incomprensible: “Se levanta un *corderillo* la mañana de san Juan / a darle agua a su caballo a las orillas del mar. / La madre le dice a su hija —¡Levantate, no durmáis!”.⁶²

También, en su afán por enaltecer algo, la tradición puede llegar a crear un color “azul carmesí”, lo cual no deja de ser extraordinario, pero desafortunadamente no podemos imaginar cual sería ese color al que hace referencia para el manto de la difunta Merceditas una versión argentina de *¿Dónde vas Alfonso XII?*:⁶³ “El cajón que la llevaba, era de oro y de marfil, / y el manto que la cubría, era de azul *carmesí*, / recamado en oro y perlas y con hojas de jazmín”. En este mismo romance, en una versión nuevomexicana, el color carmesí sigue dando problemas, pero el transmisor interpreta que debe tratarse de algo muy elegante y así modifica el término que indica un matiz del rojo en el neologismo “cortesi” que intuimos debe referirse a algo de la corte y por tanto algo valioso. El verso en cuestión dice así: “El coche en que la llevaban era de oro y *cortesi*”.⁶⁴

En diferentes versiones nicaragüenses de *Delgadina* la sala cuadrada por la que pasea la muchacha se transforma, por el simple desplazamiento de una

⁶⁰ Versión de la ciudad de México. Mercedes Díaz Roig y Aurelio González, *op. cit.*, p. 86.

⁶¹ Emilia Romero, *op. cit.*, p. 69.

⁶² Versión de Chocó, Colombia. Gisela Beutler, *op. cit.*, p. 342.

⁶³ Versión de Tucumán, Argentina. Gloria B. Chicote, *op. cit.*, p. 37.

⁶⁴ Versión de Socorro, Nuevo Mexico, Estados Unidos. Aurelio Macedonio Espinosa, *Romancero de Nuevo Méjico*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1953, p. 24.

letra, y hace a Delgadina un ser alado ¿angelical?: “Delgadina se paseaba con sus *alas bien cuadradas*”.⁶⁵

El verso que ha dado lugar a la variante anterior: “Delgadina se paseaba por una sala cuadrada”, con variantes menores y menos impactantes se encuentra en varias versiones mexicanas de Durango, Chihuahua, Jalisco, Zacatecas y Guanajuato. En este mismo romance, pero en una versión argentina, se nos dice por posible transformación pensando en creación poética y reinterpretación del transmisor, o en otra perspectiva, incompreensión de “adoradas” que “El rey tenía tres hijas y las tres eran doradas. / La menorcita de ellas Delgadina se llamaba”.⁶⁶ Sin embargo, todas estas variaciones, un tanto ingenuas o absurdas, son creación poética (obviamente de valor muy discutible) y siguen siendo formas de apropiación americana de la tradición hispánica y muestra de la vitalidad de los textos en este continente. Durante siete siglos los romances han sido dichos o cantados en todos los rincones de la península Ibérica y se han transmitido oralmente en español, catalán, portugués o gallego y ladino, y su presencia se encuentra incluso en baladas vascas. Los temas surgidos en la Edad Media, y especialmente difundidos a partir del siglo xv, con el paso de los siglos se han refuncionalizado para explicar nuevos tiempos; al lado de los antiguos temas épicos castellanos los romances también han expresado temas más universales presentes en la balada internacional. Los romances, como casi toda la poesía narrativa, se han sentido más cómodos en la montaña que en la costa. Por razones que se nos escapan, las costas y el mar no han sido espacios geográficos habituales de los romances, y han preferido la canción lírica y la copla.

De los valles umbríos de Asturias y Galicia, y de las reuniones al calor del fuego en los largos inviernos nortños o en las faenas de la siega en los campos abiertos castellanos, vinieron los romances como los emigrantes a los valles de Tierra Caliente, a las rancherías del Bajío, a los llanos de Colombia y Venezuela, y en la pampa platense se asentaron al igual que en las reuniones en las plantaciones cubanas de caña y tabaco.

Los romances, textos abiertos por excelencia, vitales en la variación, se integraron al Nuevo Mundo; y el hombre americano al variar palabras, fórmulas, estructuras y asuntos hizo suya la vieja tradición hispánica. América se apropió

⁶⁵ Versiones de Sabana Grande y Granada, Nicaragua. Véase Mejía Sánchez, *op. cit.*, pp. 119, 121, 123.

⁶⁶ Versión de La Rioja. Ismael Moya, *op. cit.*, t. 1, p. 429.

de la palabra y a las de todos agregó la suya. El romance tradicional vive en variantes que se extienden por el amplio horizonte americano, y el transmisor de la nueva tierra como el marinero de la nave de Arnaldos sólo dice su canción a quien va con él. Y así la he dicho yo a ustedes.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON AURELIO GONZÁLEZ*

Margit Frenk

Nacido en México en 1947, Aurelio González es descendiente de inmigrantes asturianos, hecho que en varios sentidos ha marcado parte de su vida. Hizo la licenciatura en la UNAM y el doctorado en El Colegio de México, donde es profesor-investigador desde 1985 y fue director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios entre 2003 y 2009. Además es profesor de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Plenamente asentado, pues, en la ciudad de México tiene, por otra parte, múltiples contactos con España. Su formación se centró en la literatura española de la Edad Media y del Siglo de Oro, como era común en nuestra facultad hasta hace varias décadas (las generaciones actuales se interesan sobre todo por la literatura mexicana moderna y, en menor medida, por la latinoamericana). Y muchas de sus investigaciones han girado en torno a temas de la literatura medieval, renacentista y áurea. De modo que actualmente es Aurelio uno de los pocos representantes mexicanos en los congresos sobre esos temas.

Aurelio ha desplegado y sigue desplegando una enorme, incansable actividad. Siempre da cursos y siempre está asesorando a gran cantidad de tesis, en los tres niveles universitarios. Pero también es un gran organizador de congresos, de investigaciones colectivas, de ediciones y coediciones de libros sobre los temas que le interesan. Con Concepción Company Company y Lillian von der Walde va editando, casi cada año, las actas de los congresos de Medievalia que publican la UNAM y El Colegio de México; y él solo las actas de los congresos que organiza en El Colegio. Aurelio es, por cierto, un excelente editor y es

* Respuesta al discurso de ingreso de don Aurelio González a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el 27 de febrero de 2014.

otras cosas como, por ejemplo, director teatral en el Centro Asturiano. Entre todas estas actividades destaco la de sus variadas investigaciones, que han venido cuajando en libros y en abundantes artículos aparecidos en publicaciones especializadas. Sus temas preferidos parecen ser el teatro español del Siglo de Oro, y sobre todo, el Romancero tradicional hispánico. Es éste, sin duda, el tema al que más se ha dedicado y sigue dedicándose en su vida profesional. Como ayudante y colaborador de mi gran amiga Mercedes Díaz Roig preparó *El Romancero en México*, publicado en 1986, cuando Aurelio ya había publicado un libro dedicado a un aspecto del Romancero viejo y preparaba su tesis doctoral en torno al Romancero tradicional moderno. Muchas son sus investigaciones y publicaciones en torno al Romancero y no sólo dedicadas al Romancero viejo y al de tradición oral, sino también a los romances llamados “nuevos” que a fines del siglo xvi inventaron Góngora, Lope de Vega y muchos otros poetas y que se publicaron anónimamente. Le ha interesado, en menor medida, el corrido mexicano.

Como la madrileña Mercedes Díaz Roig, Aurelio es un discípulo indirecto de Ramón Menéndez Pidal. Las notables publicaciones que este gran filólogo español (1869-1968) dedicó a la poesía épica medieval y al Romancero antiguo crearon escuela en España y Latinoamérica y todavía hoy cuentan con discípulos que hacen perdurar muchas de sus ideas y sus interpretaciones. Cito un ejemplo. La distinción que, en cierto momento, estableció Menéndez Pidal exclusivamente para España entre poesía popular y poesía tradicional ha sido adoptada por propios y ajenos. Lo curioso en este caso es que sus seguidores la aplican con mucho mayor rigor que él mismo. En efecto, Menéndez Pidal incurrió en fluctuaciones y contradicciones; llegó a decir que la palabra popular tiene dos sentidos, “divulgado” y “tradicional”, incluyendo lo tradicional dentro de lo popular, cuando originalmente contrapuso las dos categorías. *Popular*, junto a *oral*, es la palabra que para designar las manifestaciones folclóricas emplean italianos y franceses; y los ingleses y los alemanes no han necesitado otra para la poesía oral que *folk-poetry* y *Volksdichtung*. Quizá no hacía falta un término especial para la poesía popular en lengua española; pero, en fin, el término tradicional se ha impuesto para ella casi en todas partes (algunos herejes seguimos hablando de *poesía popular*).

Se trata, si se quiere, de una cuestión meramente terminológica; pero la influencia de Pidal ha calado más hondo. Su justificada exaltación de los romances llamados “viejos”, que surgieron en el siglo xiv y tuvieron su mayor auge en el

xvi, lo llevó a despreciar un género de romances muy diferente y de creación posterior: los llamados “romances vulgares” o “de ciego” o “de pliego” y que él prefirió llamar plebeyos, “pues son destinados al pueblo abatido e inculto”. Esos romances que cantaban los ciegos y vendían impresos en baratos pliegos de cordel y que, por cierto, están en el origen del corrido mexicano, tienen su propio interés y han sido objeto en nuestros días de valiosas investigaciones. Pero quienes han seguido de manera más o menos ortodoxa las ideas del maestro continúan menospreciándolos o simplemente los dejan fuera de su discurso.

Por fortuna, esa ortodoxia ha tenido un límite y no se ha extendido al desprecio pidaliano por el Romancero de tradición oral, es decir, por los romances viejos que han perdurado, con modificaciones, entre las comunidades sefardíes y en las poblaciones rurales de España y de Latinoamérica. Menéndez Pidal, que conoció la tradición oral moderna y que la impulsó personalmente en Sudamérica, tenía de ella una opinión adversa. Habla repetidamente de “la decaída tradición moderna” y dice que a partir del siglo xvii ya no se crea, sino que sólo se repite, “y tal repetición queda en el siglo xviii reducida a las clases más incultas, cuya descuidada memoria remedia sus olvidos y satisface algún elemental deseo de novedad mediante inhábiles retoques, invenciones y contaminaciones con otros romances”. Los romances que hoy se cantan sólo interesaron a Menéndez Pidal en la medida en que proporcionaban variantes y aun textos no recogidos en el Siglo de Oro, o sea, en la medida en que contribuyen a perfilar la imagen de aquel maravilloso Romancero viejo, único digno de su interés y de su estima.

Pues bien, desde hace unos 50 años se ha venido cambiando esa concepción, y una serie de estudiosos se ha dedicado a reivindicar a los romances que se cantan actualmente y a definir su peculiar poética. Como leemos en el excelente estudio preliminar de la antología *Romancero de la tradición moderna* (Sevilla, 1987), de Pedro M. Piñero y Virtudes Atero, hay en los cantores de esos romances, además de un afán por adaptarlos a la realidad cotidiana de las diversas regiones, “una clara tendencia a completar la historia que se narra, remontando su desarrollo al principio, o inventando un desenlace [...]. Se crean nuevos sentidos o se toman otros pertenecientes a diversos temas”. Muchos textos tienden, por influencia de la copla lírica, a organizarse de cuatro en cuatro versos, a variar de rima, a llevar estribillos, etc., etc.

El principal paladín de esta nueva concepción del Romancero oral de nuestros días fue Diego Catalán Menéndez Pidal (1928-2008), nieto de don Ramón, director de la Fundación Ramón Menéndez Pidal y del Seminario

Menéndez Pidal, que formó parte de la Universidad Complutense de Madrid. Para Diego Catalán y sus seguidores el romance tradicional es un poema permanentemente abierto a cambios que lo van adaptando a las circunstancias en que se canta, y gracias a ello ha podido sobrevivir durante siglos en los más diversos lugares. El seminario se dedicó a la recolección y publicación de romances cantados en España, y la Fundación Menéndez Pidal publicó —cosa notable— un volumen intitulado *El Romancero vulgar y nuevo*.

Durante cinco veranos (de 1980 a 1985) participó Aurelio González en los trabajos de campo en que el seminario de Diego grababa romances en aldeas de la península ibérica, además de asistir a varios cursillos. Estas experiencias fueron, sin duda, decisivas para Aurelio. Entre otras cosas —como la adopción del concepto clave de “texto abierto”—, esas experiencias lo llevaron a una exploración del Romancero americano, que culminó en el libro intitulado *El Romancero en América*, publicado en Madrid en 2003. Esta obra está en la base del discurso que acabamos de escuchar. Como hemos visto, Aurelio se detiene ahora en las variadas manifestaciones lingüísticas de la americanización y en la adaptación de los viejos romances a situaciones, objetos y referencias culturales, geográficas y ecológicas de muchos países americanos. Hemos visto desfilar la impresionante variación de romances muy divulgados, como los de *Delgadina* y *Las señas del esposo*. Y Aurelio ha sabido ahora enriquecer su exposición sazónándola con sabrosos ejemplos de nuestra tradición romanceril. Yo añadiría que esta tradición quizá no sea tan “ingenuamente creativa”, como dice Aurelio, sino poéticamente creativa.

Con su libro, con su discurso y con sus muchos estudios sobre el Romancero de la tradición oral moderna Aurelio se suma a los investigadores que, desde ambos lados del Atlántico, están continuando y superando la gran labor de don Ramón Menéndez Pidal al apreciar esa poesía, a la vez vieja y nueva de nuestras poblaciones rurales. Como escribió Paul Bénichou ya en 1968 en su admirable libro *Creación poética en el Romancero tradicional*, “El privilegio creador no perteneció exclusivamente a la edad de oro del romancero”, y “mientras se canten romances, serán y tendrán que ser por fuerza poesía actual”. Porque “en la poesía tradicional [...] es donde se ve, mejor que en cualquier otra parte, nacer y vivir *la* poesía”.

Gracias, Aurelio, por estudiar el nacer y el vivir de la poesía, y sé muy bienvenido, en este acto solemne, a la Academia Mexicana de la Lengua.

TRÁQUEA TRAQUETEA: LA POESÍA Y LA FURIA*

Guillermo Sheridan

Nadie te aplaca ya, Cólera...

O.P.

“Trabajos del poeta” (xv)

EL INSULTO IMPERATIVO

La Ilíada funda nuestra tradición cantando a la cólera, la primera de las pasiones, y poniendo en boca de Ares un trepidante insulto doble dirigido a Atenea: “mosca de perro” (v. 394). La retórica del vituperio se sirve del lenguaje para descargar la propia furia e incitarla en el rival. Fuera de sí (el *sitio* furioso por definición) Aquiles busca insultos proporcionales a su cólera para azuzar a Agamenón: “¡Odre de mal vino, ojo de perro y corazón de venada!” (I, 255). Insultos a tal grado sancionados por la convención, que Aquiles mismo percibe la paradoja de expresar su furia singular con retórica colectiva. El trance lo lleva a optar por la acción y a humillar los despojos de Héctor, que ya no es insulto sino agravio al código sacro.

De la épica pasó a la lírica con el jocoso Arquíloco de Paros (vi a.C.), primero en emplear la poesía para insultar a políticos zafios y amantes infieles. Hombre prudente, Arquíloco: cuando las cosas se ponían álgidas huía velozmente del campo de batalla y se insultaba a sí mismo llamándose *ripsaspis*, “el que arroja su escudo”: un cobarde. Expulsado de Esparta por sus invectivas, su tumba la decora un enjambre de avispas. Vestida de ironía o de invectiva la cólera repta entre los cimientos de la comedia romana y, desde luego, en el epigrama, como los muy famosos de Catulo contra César, los de Juvenal filoso y el despiadado Marcial. En esos mismos tiempos, al preguntarse en qué consiste

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico correspondiente en Austin, Texas. Texto leído en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México el 27 de marzo de 2014.

la *iracundia*, Séneca la define como una disposición del ánimo, “la aptitud de reaccionar a la ofensa intolerable y que amerita castigo” (*De ira*, II, xxi, 3). Los epigramistas y el filósofo ya le otorgan al insulto jerarquía de arte mayor. Poesía al rojo vivo, sólo el amor se inflama tan avasalladoramente como el odio (aunque rara vez dura tanto). En esa tierra romana se sembró el árbol frondoso de la violencia poética. Petrarca y Dante están en una de sus ramas; en otra, los pesos pesados de la invectiva castellana, Quevedo, Góngora y Lope.

El retórico Wilhelm Süss ha inventariado los insumos básicos de la fábrica insultante: cualquier persona que entraba en verbal combate sabía de antemano que sería agraviado con, por lo menos, una de estas acusaciones: 1) haber engendrado un esclavo; 2) haber engendrado un extranjero; 3) ser hijo de padres dedicados a una profesión miserable; 4) haber robado o matado; y 5) poseer una conducta sexual vergonzante. También podía esperar que se le agraviasen en razón de: a) su parentela; b) apariencia y modo de ser; c) sus peculiaridades físicas o su vestido; d) su cobardía en el campo de batalla; y e) su ruina financiera.¹ El empleo de cualquiera de estos temas se convertía en un instantáneo avispero que picoteaba el prestigio de alguien con el ejercicio retórico del *psogos*, el arte del vituperio: el envés del *enkômion*. Los medievales y renacentistas reducirán ese arsenal altisonante a la estupidez, la locura y la apariencia, mas sin dejar de enriquecer el arsenal de insultos por analogía con animales o —si las cosas subían de tono— con “las substancias repugnantes como la orina, el vómito y el *drenaje*”.²

La invectiva supone el acatamiento de un código de reglas y, por tanto, es parte de un ritual previo al combate, un propicio disparador de adrenalina: primero se calienta la lengua, luego el brazo. Pierre Pachet explica que el insulto suscita la cólera del adversario al “ponerlo en el mismo nivel psicológico”, ingresándolo a un estado de furia que sólo puede repararse por imitación. Insultar “le causa al insultador un placer mágico, el de ver a su adversario sufrir la herida de la palabra degradante, pues no puede evitar oírlo”.³ Con sus rituales pactados insultar es una inversión de la retórica cortés, el contrincante masculino de las delicadezas amoratorias. El insulto genera un espacio compartido de furia que propicia el diálogo de las armas. Por eso Eneas desprecia las invectivas y le parece que carecen de lugar en el campo de batalla, cementerio

¹ *Ethos: Studien zur älteren griechischen Rhetorik* (1910), citado por David Marsch en su introducción a *Invectives* de Petrarca (Harvard University Press, Cambridge, 2003).

² *Idem*.

³ “Un sursaut de l'être”, *La Colère*, Autrement, París, 1997, p. 37.

latente al que un guerrero debe silencio respetuoso. Apenado por la conducta de Aquiles, Eneas desdén sus insultos y le dice a la mitad del combate: “No me asustas con insultos, no soy un niño; puedo lanzarlos tan bien como tú” (xx, 200-201).

La poesía en cambio suma al acto y al lenguaje, pues es lenguaje *como* acto, pero sólo cuando la cólera no prevalezca sobre el ingenio invectivo como propone Hobbes (*Leviatán*, I, 8) al explicar que un insulto eficaz requiere de ingenio (*fancy*). Lutero, conmovido ante el hecho de que Cristo se haya visto en necesidad de imprecicar (“víboras, ciegos, hipócritas”), y de que su admirado San Pablo no se quede atrás (“hijos del diablo, perros engañadores”) le adjudica una moral: el insulto es un antídoto necesario contra los engaños de la lisonja.⁴ Cyrano se levanta contra el carácter retórico del insulto pues su nariz no es una peculiaridad: todo él es ya nariz. El insulto es que lo insulte alguien con un *psogos* menor a su nariz; lo que Cyrano querría son adversarios con más *fancy*, que la dimensión de su nariz fuese proporcional al ingenio para insultarla. Es decir, lo insulta que su adversario no sea poeta. El insulto como arte prevalece en la modernidad y está lo mismo en Cervantes que en el “Arte de injuriar” de Jorge Luis Borges o entre las ideas de Juan de Mairena quien, lamentablemente, la dejó en agraz: “[...] las voces interjectivas son válvulas de escape de un motor de explosión [...]. Cuando estudiemos más despacio estos fenómenos de la lengua viva nos habremos apartado bastante de la literatura; pero no mucho, como acaso penséis, de la poética”.⁵

Desidioso de análisis, pero propenso a la metáfora, el insulto suplanta la realidad del adversario por la traducción que asesta el insultante (“Tengo para mí, señor, que usted es una mierda”): verbalizar es una forma de propiciar. El iracundo Schopenhauer (que tanto insultó al “filosofrasto” Hegel) explica el proceder en su *Parerga*: enjuiciar supone premisas que conducen a una conclusión lógica; el insulto asesta la conclusión sin necesidad de premisas ni de lógica. En tanto que es la verbalización propiciatoria de un deseo insultar emparenta con la magia y, en efecto, con la poesía (en Irlanda y en Gales hubo entre poetas un arte de la invectiva rimada que, mezclado con magias y conjuros capitosos, al parecer era muy eficaz, como narra Robert Graves).⁶ Si la retórica

⁴ *Sobre la libertad cristiana* (carta a León X).

⁵ *Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín*, xxxix.

⁶ *The White Goddess*, I.

cortés propone la metáfora por reducción sémica —como, digamos, entre los dientes y las perlas—, en la fantasía del injuriante funciona por ampliación: el adversario todo es mierda antropomorfa en trance de regresar a su origen.

Para José Bergamín entre escritores se trata de una “generosidad maldiciente”, pues “como hasta para decir el mal tenemos necesidad de decirlo bien, empezamos por deshacer el daño que aparentemente causaríamos”.⁷ Entre gente de pluma el poder incantatorio aumenta con el aliño y el esmero rompedientes, como lo prueban los grandes del Siglo de Oro. Diseñar cuidadosamente la invectiva, atinar con el adjetivo devastador o con la analogía pasmosa que hiera definitivamente al adversario, se asemeja a tocar un objeto con una metáfora inaudita e impecable. Así como la violencia se reitera en golpes sucesivos, lanzar insultos, uno por verso, es una forma de pugilato: el *jab* del adjetivo y el *uppercut* de la comparación. Es intrigante que la eficacia del denuesto se convierta en una pericia poética que aumenta en la medida del odio o desprecio que están en juego. El insulto en verso bien asestado se quedará para siempre con la víctima, que lo arrastrará en un prolongado *knockout*. Y entonces ¡cuidado!, porque al honor averiado le da por lavarse con sangre y hay quienes, a falta de palabras, responden al insulto con espadas. Ya Séneca, en el mismo tratado, advierte que la avispa muere al clavar su aguijón...

IRA CLARA, CÓLERA OSCURA

Octavio Paz decía que era el suyo un temperamento saturnal: “Soy colérico, tengo el *genio irritable* de los poetas” (cita a Horacio: *genus irritabile vatum*)⁸ y era cierto: como Horacio, Quevedo o Neruda, su violencia invectiva danza y quema.

En uno de sus primeros poemas Paz coloca a la ira como uno de los tres disparadores del quehacer poético, junto al goce y la tristeza.⁹ Es un muchacho y su ira es *clara* (su adjetivo favorito entonces) pues brota de la conciencia ante la injusticia social: “No se sabe qué subleva y oprime más: si la odiosa

⁷ Cf. mi ensayo “Refugachos”, *Letras Libres*, Madrid, abril de 2002.

⁸ En *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer, 1966-1997*, Seix-Barral, México, 1999, p. 361. La cita de Horacio viene de las *Epístolas*, 11, v. 103.

⁹ “Encuentro”, *A la orilla del mundo*, recogido en *Miscelánea I: primeros escritos*, t. XIII de sus *Obras completas* (edición de Octavio Paz), Galaxia Gutenberg-Fondo de Cultura Económica, Madrid-México, pp. 101 y ss. En adelante, habré de referirme a esta edición como O.C.

injusticia del mundo actual, o la perfecta y estúpida inutilidad de esa injusticia estéril).¹⁰ Se trata de una ira “legítima”¹¹ sustentada por la piedad hacia las víctimas, una forma de la *nemesis* aristotélica (*Ética eudémia*). La injusticia social cataliza esta ira adolescente de Paz y toda su generación. Sagrada y moralmente hospitalaria Paz suele cifrarla con términos antitéticos: es “la cólera pura de los desesperados”,¹² la ira de los “coléricos y tiernos”, “la violencia hermosa” que, como imagen poética, apenas si llega a “la rosa airada”.¹³ Es también una indignación colectiva de cómodo trámite que genera fraternidad, fortalece la autoestima, protege de la angustia de madurar y defiende de las abstracciones. Se advierte en poemas juveniles como “Ni el cielo ni la tierra”¹⁴ donde los ricos, “sentados a las mesas”

beben la sangre de los pobres:
la mesa del dinero, la mesa de la gloria y de la justicia,
la mesa del poder y la mesa de Dios...

Ante ella los jóvenes *somos* una colectividad indignada de ‘justos’. A la capacidad de odiar con que retorna de España la llama *blasfemia*: una “esperanza desesperada”.¹⁵ La misma *nemesis* anima “Entre la piedra y la flor”,¹⁶ su primer poema extenso (1937). El paisaje es imagen del sufrimiento social, el yermo es la piel de la historia y la ardua cosecha del henequén arisco una alegoría de la producción. La ira es efecto de la injusticia histórica: el campesino es “un árbol hermoso y ultrajado” por el capital que víctimas iracundas convierten en combustible de sublevación. El poema se inflama de cólera adversa al dinero, “la única criatura viva del mundo burgués”, que el joven lector de Engels define como “una abstracción sin savia ya, un signo hueco y mágico”, el monstruo que mastica a las “bestias puras” de los hombres.¹⁷

Pasadas las guerras que forjaron su talante —la civil española y la segunda mundial—, Paz ingresa a otros registros saturnianos. La transición desata al

¹⁰ “Vigilias II”, O.C., t. XIII, p. 114.

¹¹ Aristóteles, *Retórica*, libro II, cap. 9, 1386b.

¹² En *Obra poética 1 (1935-1970)*, t. XI de las O.C., p. 102.

¹³ “Encuentro”, O.C., t. XIII, p. 102.

¹⁴ O.C., t. XI, pp. 65-66.

¹⁵ *Ibidem*, p. 278.

¹⁶ O.C., t. XIII, pp. 106 y ss.

¹⁷ “Vigilias II”, en *ibidem*, p. 153.

“Soliloquio de medianoche”, poema de 1945.¹⁸ La *nemesis* colectiva se ha desbaratado en el escepticismo de un hombre que ingresa a la mediana edad cargado de abatimiento. La soledad ha desplazado a la solidaridad, la turbiedad a la transparencia, el abatimiento a la esperanza y el tedio al amor. Ahora, el gozo seazona con dolor y el amor se templea en la ira. Ha ingresado a su guerra civil íntima, y sembrar la ira en la indignación sociopolítica se complica. La ira lo aleja del paraíso, pero subraya el imperativo de buscarlo e introduce el correlato de la responsabilidad moral. Su ira contiene un ingrediente que lo acompaña desde que era un niño, que “crece del odio” que “nubla las voces de ternura”.¹⁹

El Paz que deja de ser joven entiende que la ira es un elemento constitutivo de la razón, no sólo el efecto que responde a una causa externa sino una pulsión intrínseca del ser: cólera y melancolía comparten raíz. Durante las guerras, al preguntarse de qué está hecha su persona, reconoce en sí el humor viscoso de esta iracundia contingente. La violencia destila el jugo rancio de la furia. *Nemesis* inflamaba al camarada José Bosch, que alzaba su “pura voz de odio” contra la adversidad de la historia; ahora Paz experimenta además un

...odio pantanoso
como relámpago caído y agua
prisionera de rocas y negrura”.²⁰

La sustancia de la ira puede ser la misma, pero no ya sus atributos: la claridad acabó en pantano. La atropellada sintaxis de la estrofa y la escenografía de opereta enfatizan el contraste con la clara agua lustral. La *nemesis* constructiva del joven y justo Abel (olas, luz, libertad) se topa con el reptante tumor del lodoso Caín. La justiciera linfa juvenil es ahora zumo de odio. El mundo encendido de la utopía comunitaria —seguimos en “Soliloquio de medianoche”— se ha convertido en un “pequeño cuarto”; el poeta, antes lúcido intérprete de la transparencia, es ahora un “roedor civilizado”; su conciencia es un cónclave de fantasmas. Las palabras sagradas (“Dios, cielo, Amistad, Revolución o Patria”) son ahora “elocuentes vejigas ya sin nada”. Todo se colapsa:

¹⁸ En *Calamidades y milagros*, O.C., t. xi, pp. 104 y ss.

¹⁹ “Repeticiones”, O.C., t. xi, p. 267.

²⁰ En “Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón”, O.C., t. xi, p. 94.

...soñé en un mundo en donde la palabra engendraría
y el mismo sueño habría sido abolido
porque querer y obrar serían como la flor y el fruto.
Mas la gloria es apenas una cifra, equivocada con frecuencia,
el amor desemboca en el odio y el hastío,
¿y quién sueña ya en la comunión de los vivos
cuando todos comulgan en la muerte?

La comunión de los vivos ha sido borrada por las piras de Güernica, Auschwitz, Hiroshima... La idea del joven Marx, “la ira se vuelve contra uno mismo”²¹ entra a las convicciones que atenazan al poeta. La furia ante la guerra, y ante su impotencia, lo orillan a lanzar su primera letanía iámbica. La sangre no crece ya en el árbol del deseo (como en *Bajo tu clara sombra*), sino en la máquina del poder

...sangre para bautizar la nueva era que el engreído profeta vaticina,
sangre para el lavamanos del negociante,
sangre para el vaso de los oradores y los caudillos...

Con la llegada del amanecer todo empeora en el “Soliloquio”: la conciencia es un desierto, están muertos “el sol y el mundo... todos y todo éramos fantasmas de esa noche interminable”. El Adán de su juventud cede su sitio a un ángel astillado. Había citado a Novalis, “los fantasmas nacen donde han muerto los dioses”, y él mismo atestigua su ocaso: no hay fe en Dios, y los valores han sido arrasados por los dictadores. Paz es otro y hospeda a otro, alguien capaz de odiar no como un ángel ofendido, sino como uno moderno de conciencia escindida: su ira se ha vuelto contra sí mismo.

IRA GREMIAL

Las tensiones del periodo 1937-1944 entre el retorno de España y su auto-exilio a los Estados Unidos engordan el carcaj de su invectiva. Es claro que este

²¹ “La vergüenza es una especie de cólera replegada sobre sí misma. Y si realmente se avergonzara una nación entera, sería como el león que se dispone a dar el salto”, escribe Marx en una carta a Arnold Ruge, recogida en *Escritos de juventud* (Fondo de Cultura Económica, México, 1963).

cambio de actitud hacia el poder subversivo de la violencia verbal tiene que ver con la libertad que —por fin indiferente al juicio de los comisarios— Paz se otorga para explorar su filiación surrealista. La espectacular práctica surrealista del insulto y la lección bretoniana, “una verdad siempre ganará si, para expresarse, adopta un giro infamante”, van de la mano con su decisión de “enfrentar el problema de la expresión en todas sus manifestaciones”, algo que la guerra hacía urgente.²²

Un ejemplo de esta nueva actitud se halla en la enumeración que cierra “Poesía de soledad y poesía de comunión” (que apareció en la revista *El hijo pródigo* en 1943),²³ inventario de saldos adversos y manifiesto ante sí mismo, previo al ostracismo al que se ha condenado él solo. Ante la devastación bélica reivindica el compromiso poético como “la revelación de la inocencia que alienta en cada hombre y en cada mujer”. Al mismo tiempo explora —en san Juan de la Cruz y en Francisco de Quevedo, así como en los románticos alemanes e ingleses— la naturaleza de esa “inocencia” sagrada y social. Pero en una decisión a contrapelo con los tiempos decide explorarla desde su soledad y alejarse de la poética comprometida, perdida en “...un rigor externo, puramente verbal o geométrico, o el pobre balbuceo del inconsciente [...] discursos académicos [...] vómitos sentimentales [...]”. ¿Y qué decir de los discursos políticos, de las arengas de los editoriales de periódico que se enmascaran con el rostro de la poesía?”.

Encuentra “imposible enumerar a todos” los que a su parecer practican una poesía interesada, pero a la vez comienza a hacerlo, afecto a la preterición como es. El resultado es una retahíla contra diversos protagonistas de la nómina poética de la hora:

Los erotómanos que confunden sus manías o sus desdichas
con el amor.
Los que se fingen niños y lloriquean porque la tierra es redonda.
Los fúnebres y resecos enterradores de la alegría.
Los jugueteros, novilleros, cirqueros y equilibristas.
Los jorobados de la pedantería.

²² Como lo enfatizó Jean Paulhan en su ensayo sobre el terror y la retórica, *Les Fleurs du Tarbes* (1941). Las citas de Breton vienen de “Breton and Others: The Power of Insult” de Richard Short, en Ramona Fotiade, *André Breton: The Power of Language*, Exeter, Elm Bank, 2000.

²³ Recogido en O.C., t. XIII, pp. 234-245.

Los místicos onanistas.
Los neocatólicos que saquean los armarios de los curas para ataviar
sus desnudas estrofas con cíngulos y estolas.
Los papagayos y culebras nacionalistas.
Los hampones que se creen revolucionarios sólo porque gritan
y se emborrachan.
Los perros de la poesía con alma de repórter.
Los pseudosalvajes de parque zoológico.
Los panamericanos e intercontinentales olorosos a guanábana
y mango.
Los búhos y buitres solitarios.

Una curiosa exhibición de furia por parte de alguien que se siente acorralado por la fiscalía que lo ha juzgado como desviacionista. El juicio de los mentideros —desde su colaboración con los poetas de la revista *Hora de España* y su encontronazo con Pablo Neruda por las disputas alrededor de la antología *Laurel*—²⁴ ya era inapelable. Días después, en el mismo espíritu, lanza otro ataque. La enumeración anterior, en la revista culta, se complementa con esta otra que aparece en el diario *Novedades* como parte de su serie sobre “La mentira de México” (14 de junio de 1943). Entre la turba de los poetas, escribe Paz, abundan:

Ociosas comadres disfrazadas de literatos. Anacrónicos Antonio Plazas que confunden sus sórdidos conflictos erótico-cabareteros con la poesía y pretenden hacernos creer que esa chabacanería de hampones es expresión del sano espíritu del pueblo. Señoritos y señoritas de la clase media que disfrazan su cobardía de imparcialidad, su beatería de narcisismo, su ocio de literatura y nos quieren vender otra vez su vieja mercancía colonialista, ahora ungida por rótulos filosóficos que compran en el expendio de la Facultad de Filosofía y Letras. Náufragos europeos que pretenden escapar del Diluvio convirtiendo a América en una teosófica arca de Noé en la que caben la paloma, el toro, el buey Apis, la Virgen de Guadalupe y Vladimir Lenin.

²⁴ Que firman, además de Paz, José Bergamín, Xavier Villaurrutia y Juan Gil Albert para la editorial Séneca (México, 1941). Narro esa historia con detalle en mi libro *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz* (México, Era, 2004, pp. 377 y ss.).

Han convertido a la literatura, sobre todo a la poesía, cuando más se necesitaba de su integridad, en gesticulación. Han logrado “una época abyecta” de las letras en la que cada capilla de escritores, amparados en categorías como “América, la democracia o la guerra”, incapaces de realizar una crítica creadora y honrada optan por la injuria. Pero con estas dos retahílas Paz se asume también, conscientemente, como otro “*gangster* literario”, con el descargo de que su iracundia se exhibía públicamente, fuera de los cafés y las capillas. Una consecuencia de esa forma radical de romper lanzas, y del autoexilio que le siguió, fue la de trasladar una vez más la ira contra sí mismo.

LA IRA HACIA ADENTRO

A lo largo de la poesía de Paz la ira se expresa en un preciso índice de representaciones: si interiorizada, lo hace como insomnio; si desea figurarla, la representa como una piedra; si es una súbita ebullición, es un relámpago. La fuerza de su odio no lo excluye y forma parte de su diccionario privado:

A la palabra *odio* la alimento con basuras durante años, hasta que estalla en una hermosa explosión purulenta, que infecta por un siglo el lenguaje... lleno de arena la boca de las exclamaciones. Suelto a las [palabras] remilgadas en la cueva donde gruñen los pedos. En suma, en mi sótano se corta, se despedaza, se degüella, se pega, se cose y se recose. Hay tantas combinaciones como gustos.

Curiosa autopunición, pues esa violencia termina por encontrar el lado oscuro de la expresión, un amasijo de ruidos, basca y regüeldos, latigazos de sílabas punzantes en una poesía erizada de cacofonía y garabato.

El ejemplo previsible es el poema v de “Trabajos del poeta”, la primera parte de *¿Águila o sol?* (1950).²⁵ Aunque emparentado con un relativo automatismo, el poema cede la expresión más que al inconsciente al hervor embrionario donde se cocina el lenguaje, el instante en el que el grito o el gemido transitan hacia la lengua. El texto arranca (y termina) como “jadeo”, como un “viscoso aleteo”, y la pluma ácida corre sobre renglones de adrena-

²⁵ O.C., t. XI, p. 148.

lina: “Buceo, voceo, clamoreo por el descampado. Vaya malachanza. Esta vez te vacío la panza, te tuerzo, te retuerzo, te volteo y voltibocabajeo, te rompo el pico, te refriego el hocico, te arranco el pito,²⁶ te hundo el esternón. Broncabroncabrón”.

La escritura urde una réplica del cuerpo, hace del cuerpo analogía del lenguaje iracundo. No es la psique que balbucea, sino de la *tráquea que traquetea*. El momento en que la tráquea que deglute o jadea recorre el milímetro darwiniano hacia la articulación verbal, cuando a duras penas significa más que un ruido, ese *abajo verbal* equivalente al *abajo corporal* del que la cultura tiende a separarse.²⁷ La paronomasia *tráquea que traquetea* propone que la voz misma es ruido cuando, poseído por la cólera, el cuerpo todo —manotazos, sacudimientos, ahogos— se convierte en boca. Y más que en boca, en *tráquea*, el subsuelo animal del aparato fonador que equivale, fisiológicamente —esfínteres ambos al fin—, al subcuerpo de la cloaca. De ese modo, el *traqueteo* es un lenguaje enunciado desde el muladar del lenguaje, la voz *antes del comienzo*; la voz de la *mulhadara*, la chacra anal.²⁸ “Sopa de sapos, cepo de pedos, todos a una, bola de sílabas de estropajo, bola de gargajo, bola de vísceras de sílabas sibilas, badajo, sordo badajo. Jadeo, penduleo desguanguilado, jadeo”.

²⁶ *Pito* es mexicanismo para falo. En las siguientes citas hay otros mexicanismos: *desguanguilado* significa blando, carente de tensión o fuerza; *campamocha* es una mantis (el insecto que en España llaman santateresa); *mocho*, en esta acepción, significa amputado, cortado.

²⁷ Los evolucionistas atentos al lenguaje, como Guy Deutscher en *The Unfolding of Language: An Evolutionary Tour of Mankind's Greatest Invention* (Heinemann, Londres, 2005) piensan que el desarrollo fisiológico del aparato fonador está relacionado con el lenguaje “obsceno”. Kate Burridge y Keith Allan, en *Forbidden Words: Taboo and the Censoring of Language* (Cambridge University Press, 2009), proponen que la expresión obscena es relevante para la formación del cerebro: funciona como eslabón entre las regiones “bestiales” primarias y las regiones “superiores” del intelecto.

²⁸ La interpretación psicolingüística del asunto rebasa la esencial *escatología* (en el sentido vulgar de la palabra). Julia Kristeva propone (*La Révolution du langage poétique*, Éditions du Seuil, París, 1974) que el objeto excorporeizado freudiano (es decir, la mierda), *le rejet*, pasa por un estadio fisiológico equivalente de carácter oral: “le rejet investissant la cavité buccale éveille en elle et à travers elle la pulsion ‘libidinale’ ‘unifiante’, ‘positive’, qui caractérise, lors de phases plus archaïques, cette même cavité dans son mouvement initial de ‘fouissement’. Le rejet devient, par le nouveau réseau phonématique et rythmique qu’il produit, une source de plaisir ‘esthétique’”. Ainsi, sans quitter la ligne du sens, il la découpe et la reorganise en lui imprimant le parcours de la pulsion à travers le corps: de l’anus à la bouche” (p. 141). Kristeva propondrá, pues, que la producción fonética se asocia a las “pulsiones primarias”, en especial las de carácter anal y, de hecho propone un conflicto entre la “analidad destructiva” y la “oralidad incorporativa” (pp. 133-150).

Es un exabrupto con pedigrí psicoanalítico, lingüístico, cultural —el culto al “primitivismo”— y obviamente literario, desde Alfred Jarry;²⁹ desde Rimbaud, Dadá y Artaud: las analogías gástricas, táctiles y sexuales trenzan un retroceso al hipo primario de la expresión (en esto, parecido al carácter fundacional de la carcajada); al ámbito coprolálico o al balbuceo infantil, o bien a su versión amaestrada, las rimas para acompañar la ronda mágica: “Doña Campamocha se come en escamochó el miembro mocho de don Campamochó. Tli, saltarán cojo, baila sobre mi ojo [...]”.

La sección “Trabajos del poeta” de *¿Águila o sol?* es, como dice Paz, un *sótano*: un muladar donde se vacían la razón y la sensatez y un descargo estrepitoso hacia la mierda; un inventario de pesadillas donde la voz dice voces de borra y hojalata. Es también una recapitulación sobre la naturaleza bivalba —logos y caos— del hecho poético; un recorrido sórdido por el insomnio y hacia el delirio iluminado:

La noche se llena de patas, dientes, garras, ventosas. ¿Cómo defender este cuerpo demasiado grande? ¿Qué harán a mil kilómetros a distancia, los dedos de mis pies, los de mis manos, mis orejas? Me encojo lentamente. Cruje la cama, cruje mi esqueleto, rechinan los goznes del mundo [...]. Zumba el enjambre de engendros. Copulan coplas cojas [...].

Estos poemas se uncen a una cuadrilla de caballos contradictorios: algunos tiran hacia formas de expresión extrema, y otros hacia el silencio, pero todos están desbocados. Se tiene la impresión de que Paz es un espectador más del carnaval de esperpentos que su propia poesía va despertando, y que lo descubierto es tan atroz que decide llamarse a enmienda y desandar camino. Nunca hizo Paz chillar a las palabras como en ese raro libro.

Solo en París, abatido por la atmósfera densa de la posguerra, abrumado por su amor derruido, se halla ante un predicamento del que no está excluida su vocación. La poesía furiosa atisba el país de la sinrazón y roza la zona limítrofe de

²⁹ Recuérdese, sobre todo, en *Dr. Fraustroll* el capítulo “De mille sortes des chosses” (xxx), que se liga con el análisis que hace Paz en *Conjunciones y disyunciones* (1974) de las relaciones entre el culo y la cara: la cara de Bosse-de-Nage, el simio imaginado por Jarry, es suplantada por su culo gracias a una cirugía patafísica. Bakhtin, desde luego, también analiza el “reemplazamiento del rostro por el trasero, de lo de arriba por lo de abajo” (*L’Œuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*. Gallimard, París, 1970, p. 370).

lo enunciable. Ante el vacío del silencio o el guiño del suicidio, Paz desciende al origen tartamudo de la expresión “infectada” y colapsa en la cacofonía original. Y una de las estaciones de ese descenso es la capacidad del lenguaje para zaherir y ensuciar. “Trabajos del poeta” arriesga una poética del “no ser” y la explora y ejerce con morbo frenético. El lenguaje cumple una misión paradójica: es la red que lo salva de la caída en la Nada, pero es también el sedimento mismo de la Nada, el cúmulo de lo sabido y lo soñado es nada; la palabra y el alimento se mastican, se degluten y se rechazan como heces:

No bastan los sapos y culebras que pronuncian las bocas de albañal. Vómito de palabras, purgación del idioma infecto, comido y recomido por unos dientes cariados, basca donde nadan trozos de todos los alimentos que nos dieron en la escuela y de todos los que, solos o en compañía, hemos masticado desde hace siglos.

Es interesante también cómo la imaginación de Paz, cuando se hincha de furia, comienza a *afilarse*. Los semas de lo punzante y lo cortante que, con frecuencia, se concentran en la boca, el colmillo/cuchillo, la boca fétida, la pudrición dental, una *bocaca* cariada que desgarrar y mastica. Siempre que la temperatura del poema se acerca a la ira aparecen esos colmillos soltando tarascazos. Quebradiza vicaria de la calavera, vidrio vivo en el cuerpo blando, cuchillo interno: los colmillos de una boca que insulta y devora, estuche de navaja *corporeizada*.

Tiene relieve que Paz haya hollado ese territorio durante la posguerra cuando no sólo la razón de ser de la poesía, sino el sentido mismo del lenguaje, se encuentran en entredicho. Todo ha sido castrado con la navaja del prefijo *ex*:

Hoy sueño un lenguaje de cuchillos y picos, de ácidos y llamas. Un lenguaje de látigos. Para execrar, exasperar, excomulgar, expulsar, exheredar, expeler, exturbar, excorpiar, expurgar, excoriar, expilar, exprimir, expectorar, exulcerar, excrementar (los sacramentos), extorsionar, extenuar (el silencio), expiar.

Un lenguaje que corte el resuello. Rasante, tajante, cortante. Un ejército de sables. Un lenguaje de aceros exactos, de relámpagos afilados, de esdrújulos y agudos, incansables, relucientes, metódicas navajas. Un lenguaje guillotina [...]

En su filo se desangran los pronombres decapitados y las palabras emasculadas. El prefijo *ex* como onomatopeya de la hoja de la guillotina. Las palabras sagradas (revolución, fe, familia, templo, biblioteca) acuden en su fila de carretas a la Bastilla de la significación.

La caída en el desencanto es brutal y el escenario no puede ser más sombrío. Se suponía que la resignificación del lenguaje por medio de la poesía, la asunción de toda palabra a su inicial limpidez, iba a acompañar a cada *yo* rumbo al concierto de los *pronombres enlazados*. En lugar de eso la palabra ha sido degradada al sótano sordomudo, convertida en la ramera de la mentira. Pero la búsqueda del reino de los *pronombres enlazados* había exigido esa catabasis previa, una expedición al Hades de la lengua con su albañal verbal. “Trabajos del poeta” es la crónica de ese descenso sin pedagogía y sin redención, y lo que Paz presintió ahí debió aterrarlo. De haber seguido esa ruta quizás habría sido un poeta maldito extemporáneo.

“Himno futuro” es uno de los poemas que marcan la salida de esa temporada en el infierno. En una visión cargada de signos apocalípticos, el poeta ya no solamente mira la boca llena de suciedad ni sus palabras-cuchillos, sino que ha sido tragado por ella: “sólo es boca y grandes muelas negras, gáznate sin fondo, caída animal en un estómago animal”. Desde ahí observa que su escritura es una cosa llena de “gatos insidiosos, razonamientos de medianoche, sonrisillas en fila india, la jauría de las risotadas. Cuando deriva hacia lo más oscuro se percata de una luz superior que “arde inmóvil” allá arriba: es el “himno libre del hombre libre”. Como suele ocurrir a la caída responde una resurrección y, en el horror hipnótico de su colapso, percibe la luz que emana de la libertad amorosa. Si la cacofonía había sido su descenso al Cocito, las palabras renovadas son su escala de salvación: “Déjame contar mis palabras, una a una: arrancadas a insomnio y ceguera, a ira y a desgano, son todo lo que tengo, todo lo que tenemos”. Estas líneas al final de *¿Águila o sol?* vuelven a apostar que “el reino de los pronombres enlazados”, esa armonía romántica que siempre conmovió a Paz, es asequible. Una nueva “tú” comienza a manifestarse en algunos poemas a partir de 1953. Nueva Beatriz le recuerda como a Dante la suya que “entre sí, las cosas tienen orden” (*Paraíso*, I). Ante su tibieza bienhechora, Paz detiene su vuelo en el lomo del buitre y apuesta por la reconciliación amorosa y social. Entusiasmo reverdecido proporcional a la hondura del predicamento, la esperanza cumplida se percibe al final de “Himno entre ruinas”, el primer poema de *La estación violenta* (1958): luego de evocar su “chapoteo en aguas muertas”

...se reconcilian la dos mitades enemigas
y la conciencia-espejo se licúa,
vuelve a ser fuente, manantial de fábulas...

Fe en la fuente, el árbol de agua del lenguaje, el yo sumergido en la garganta soledad que reconoce otras presencias y pronombres. El infierno del *yo* se atenúa en el *tú* y, al sumarse ambos en un *tuyo* y un *nosotros*, se instaura un plausible paraíso. Todo acto amoroso es comunión, pero antes conjugación. El reino de los *pronombres enlazados* que vislumbra *Piedra de sol* (1957) consagra el deseo de que ese reino permanezca: la ira ante la posibilidad de perderlo es la zona oscura de su goce. Para lograrlo, ese reino tiene que erigirse en libertad y sobre la libertad. El agua como árbol, o el árbol como agua, que lo mismo apaga el fuego que bautiza y lava, nace como emblema privilegiado del sistema simbólico de Paz: una columna de signos que atraviesa el desierto y conduce a una tierra prometida, y un árbol lustral que canta signos: “Pero tú, himno libre del hombre libre, tú, dura pirámide de lágrimas, llama tallada en lo alto del desvelo, brilla en la cima de la ira y canta, cántame, cántanos: pino de música, columna de luz, chopo de fuego, chorro de agua. ¡Agua, agua al fin, palabra del hombre para el hombre!”.³⁰

La reconciliación no supone la ausencia de la ira, antes bien se agazapa sobre la cima de la ira y así la desplaza, reubicándola en el sistema poético. La ira prevalece como materia poética, mas no ya para perderse en ella, sino para reconducirla hacia el propósito laudable de una renovada y necesaria *nemesis*. Buscar los “pronombres enlazados” por el árbol/agua necesariamente pasa por la derrota de los pronombres averiados y torcidos por la injusticia. “Hacia el poema”, el último de *¿Águila o sol?*, inventaría una serie de “puntos de partida” que preparan “el chorro de agua”, la “palabra del hombre para el hombre”. Y uno de ellos es la ira justa, la necesaria para detectar a los adversarios de un nuevo orden “la benévola jeta de piedra de cartón del Jefe, del Conductor, fetiche del siglo; los yo, tú, él, tejedores de telarañas, pronombres armados de uñas; las divinidades sin rostro, abstractas. Él y nosotros, Nosotros y Él: nadie y ninguno. Dios padre se venga en todos estos ídolos”.³¹

³⁰ “Himno futuro”, O.C., t. XI, p. 192.

³¹ O.C., t. XI, p. 193.

FETICHES DEL SIGLO

No es infrecuente la ira del rebelde Paz para enfrentar y afrontar al *jefe* y a cualquier manifestación ominosa de la autoridad. Arraiga en el imperativo surrealista total de la violencia contra todo lo establecido: el Estado y la Iglesia, las escuelas y las academias, la familia y los manicomios. Paz se ensañó con todos: desde el jefe onnipotente en el reino de los cartapacios hasta el dictador de pueblos y padre de patrias (el “fetiche del siglo”) el jefe es una figura odiosa en su poesía.

“El cántaro roto” (1955) retoma la invectiva hacia afuera. Ante el paisaje desolado del norte de México, estéril y calcificado, el poeta se pregunta si todo ha muerto, si sólo hay “cántaros rotos al borde de la fuente cegada”. En ese escenario atroz sólo es inmortal “el sapo verduzco” del poder, “el cacique gordo de Cempoala”. El huidizo y nocturno, lamoso aliado del conquistador, paradigma del traidor en la historia e icono activo del autoritarismo a la mexicana, el sapo es la caricatura croante del autarca, inescrutable en su uniforme de sebo que, abanicado por sus esclavos, entra al poema en un desfile de filos:

He aquí a la rabia verde y fría y a su cola de navajas y vidrio
cortado,
he aquí al perro y a su aullido sarnoso,
al maguey taciturno, al nopal y al candelabro erizados, he aquí
a la flor que sangra y hace sangrar,
la flor de inexorable y tajante geometría como un delicado
instrumento de tortura
he aquí a la noche de dientes largos y mirada filosa, la noche
que desuella con un pedernal invisible [...]

El largo recorrido en *Piedra de sol* por el tiempo, la memoria, el deseo y los dobles espejeantes de cada instancia tiene cierta violencia emparentada con estos poemas y, de hecho, puede ser su exacerbación. En él la ira se dirige a personas y situaciones específicas. En el canto que comienza con “frente a la tarde de salitre y piedra” hay un tono similar al de “El cántaro roto”: es el paisaje mismo de la no-vida representada por un terrible cuerpo de mujer, Melusina, Lilith o Cuatlicue, antiBeatriz fatal que señala la ruta del cadalso. Una vez ahí, el poeta escucha

...tus palabras afiladas cavan
mi pecho y me despueblan y vacían,
uno a uno me arrancas los recuerdos,
he olvidado mi nombre, mis amigos
gruñen entre los cerdos o se pudren
comidos por el sol en un barranco,³²

El poeta hace cuentas: él y su patria están roídos. Prematuramente anciano, mira fotos viejas; su sueños adánicos se han dispersado como un puñado de ceniza; el sueño de la fraternidad ha quedado sepultado detrás del muro de

...las leyes comidas de ratones,
las rejas de los bancos y las cárceles,
las rejas de papel, las alambradas,
los timbres y las púas y los pinchos,
el sermón monocorde de las armas...

Al llegar a ese verso se desata una enumeración iracunda que descansa en buena medida en invectivas zoomorfas, ese hospitalario recurso que, desde Solón y Semonides —el palatino experto en equiparar defectos humanos a la virtud animal— insulta con parangón animal, compara y degrada, pero también conjura:

...el escorpión meloso y con bonete,
el tigre con chistera, presidente
del Club Vegetariano y la Cruz Roja,
el burro pedagogo, el cocodrilo
metido a redentor, padre de pueblos,
el Jefe, el tiburón, el arquitecto
del porvenir, el cerdo uniformado,
el hijo predilecto de la Iglesia
que se lava la negra dentadura
con el agua bendita y toma clases
de inglés y democracia...

³² *Idem*, p. 223.

El arrebató está aprendido de Neruda, si no es que, en cierta forma, compite con él; el Neruda experto en emplear “palabras como balas”, como escribe Saúl Yurkievich; el que en “El General Franco en los infiernos” (“estiércol de siniestras gallinas de sepulcro, pesado esputo, cifra de traición [...]”)³³ había fijado el horizonte en materia de usos y prácticas poéticas de la invectiva en castellano; el insulto en racimo cuya trepidación se halla eficazmente potenciada por la herencia de la letanía católica. La sección II del *Canto general*, ese vértigo adoratorio reciclado como denuesto y poblado de animales, le enseñó a vituperar a Paz:

Grotescos, falsos aristócratas
de nuestra América, mamíferos
recién estucados, jóvenes
estériles, pollinos sesudos,
hacendados malignos, héroes
de la borrachera en el Club,
salteadores de banca y bolsa,
pijes, granfinos, pitucos,
apuestos tigres de Embajada,
pálidas niñas principales,
flores carnívoras, cultivos
de las cavernas perfumadas,
enredaderas chupadoras
de sangre, estiercol y sudor,
lianas estranguladoras,
cadenas de boas feudales.³⁴

La comparación con la bestia supone una fantasía de degradación mágica: si no eres ya un animal, habrás de serlo pronto. Insultar con analogías animales es tan viejo como la angustia cultural ante el poder arrasador de los instintos: una degradación a esa etapa primaria que representa *la bestia*. Jung ha explicado³⁵ que la nutrida simbología animal en todas las culturas quiere integrar a la vida hu-

³³ En *España en el corazón* (1937). El comentario de Yurkievich está en su introducción general a las *Obras completas*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999.

³⁴ “La crema”, en la citada edición de *Canto general*, p. 585.

³⁵ *Man and his Symbols*, Thames, Londres, 1964, p. 238.

mana, de manera positiva, la carga psíquica del instinto. *Domar* al “ser animal” que vive en nosotros e integrarlo como “psique instintiva” al carácter es encomiable lo mismo para el guerrero, el yoruba o el piloto de un F-15. Cuando el insulto análoga con una bestia tal atributo del carácter o del comportamiento, con esa apariencia física o aquella actitud moral, lo que se está haciendo es descalificar el intento de apartarse de esa zona primaria. *Animalizar* con un insulto consiste en desandar esa diferenciación. Quien insulta así se convierte imaginariamente en Circe, afecta a convertir hombres en bestias (sobre todo en cerdos, el animal degradado por excelencia: esa mezcla de mierda, vanidad y libido).

En un poema titulado “Imprecación”, Paz envidia esa facultad de Circe: ante una multitud de turistas que “ha dejado un *picnic* de basura”, parodiando la omnipotencia del mago, condena a la multitud “a renacer cien veces en un muladar”.³⁶ Paz insulta como Circe hace magia: los demócratas que dejaron sola a España son buitres o zorros; los nacionalistas son papagayos y culebras; el tiranuelo es un sapo; el político un “chacal que diserta entre las ruinas”; los retóricos, los intelectuales y las “cofradías de universitarios” suelen ser perros. De *Piedra de sol* en adelante la analogía animal es más laboriosa. Los profesores ahora son “el escorpión meloso y con bonete”, una crujiente quimera con algo de Ruelas y algo de El Bosco. “Entrada en materia”³⁷ (1960) muestra al poeta perdido en sus cavilaciones nocturnas: en su mesa se sientan “la conciencia y sus pulpos escribanos”, el plural de plurales que es el pulpo singular. En “Augurios” divierte que las mujeres sean “pulgas vestidas a la moda en las metrópolis” y que los bañistas sean “mariscos erotómanos”. La andanada principal se dirige a los abogados, la cofradía paterna de la que Paz desertó en el último momento, y a los políticos posteriores:

...los licenciados zopilotes
los tapachiches
 alas de tinta mandíbulas de sierra
los coyotes ventrílocuos
 traficantes de sombra
los beneméritos
 el cacomixtle ladrón de gallinas
el monumento al cascabel y a su víbora

³⁶ *Hacia el comienzo* (1964–1968) O.C., t. XI, p. 411.

³⁷ O.C., t. XI, p. 265.

los altares al máuser y al machete...
el mausoleo del caimán con charreteras³⁸

Es interesante la zoología mexicana en la estrofa: los *xopilotes*, esos buitres a la doble potencia cuyo mero nombre ya es rapiña, marcan nuestra confusa heráldica; el *cacomixtle* (un tejón hediondo, abundante en Mixcoac) y el *coyote*, híbrido de lobo degradado y perro ascendido. Y al final, la cascabel y el caimán, filos reptantes.

LA CIUDAD QUEBRADA

Una variedad de la ira paciana es la que reserva para manifestar su desconcierto ante la Ciudad de México, capital averiada por el tiempo, la historia, la política. Cada retorno a la ciudad lo lleva a mirarla como la astrosa equivalencia urbana del desorden intelectual y moral de su historia. A ese tema pertenece “Petrificada petrificante”,³⁹ elevado pico pasional en el mapa de su poesía furiosa. Indignación hecha poema, la ciudad medusa petrifica de espanto: pesadilla demográfica, vaciadero social, nudo gordiano político, error hecho sistema. Pero la *petrificación* de los errores/horrores ideológicos se halla en deuda también con una manera de ser mexicana hecha con “el rencor, la envidia. Pereza mental y mala leche”.⁴⁰ Escrito a cinco años de Tlatelolco y a tres del “halconazo”, Paz era sujeto de ataques furibundos de la derecha, sobre todo en el semanario *Siempre!* Más recientemente, en 1973, había hecho algunas enérgicas declaraciones contra Fidel Castro y el apoyo que le daban Jean-Paul Sartre y Neruda.⁴¹ Si la renuncia a la embajada de México en la India, en octubre de 1968, le había merecido el respeto de las conciencias democráticas; en el México de Echeverría de 1973 las izquierdas lo tramitan como “enemigo”.

La palabra *muladar*, sucinto *leit-motiv* de “Petrificada petrificante”, es frecuente en sus declaraciones de ese año. El país es un muladar y, de nuevo, “un país de espinas y de púas”. La furia avanza a velocidad tal que la escritura, incapaz de seguirle el paso, se triza en cacofonías, un frenesí furioso que fabrica

³⁸ *Obra poética II*, t. XII. de las O.C., p. 36.

³⁹ *Ibidem*, pp. 42-47.

⁴⁰ En carta recogida en *Memorias y palabras, cartas a Pere Gimferrer, 1966-1997*, op. cit., p. 54.

⁴¹ “Enérgico ataque de Octavio Paz contra Sartre, Neruda, Fidel Castro y su actitud”, *Novedades*, México, D.F., 15 de julio de 1973, p. 1.

tragaldabas y ahogos neologistas. En la ciudad pútrida (“Terramuerta / terri-sombra nopaltorio temezquible [...]”), las palabras son “silabarios de arena”, la expansión urbana es “lluvia de chatarra” y la convivencia una lucha de “abeles en jirones” y “caídos cáines neblinosos”. El antes luminoso Valle de México es escenario de una violencia cuya descripción evoca la caída de Tenochtitlán:

Imágenes reventadas
imágenes empaladas
salta la mano cortada
salta la lengua arrancada
saltan los senos tronchados
la verga guillotizada
tristrás en el polvo...

Todos hemos colaborado a desecrar el lenguaje y a estrangular la verdad, escribe:

...las ideas se comieron a los dioses
los dioses
se volvieron ideas
grandes vejigas de bilis

Vejigas que al estallar convierten al país en un paisaje de

ideas armadas
idearios ideodioses
silogismos afilados
caníbales endiosados
ideas estúpidas como dioses
perras rabiosas
perras enamoradas de su vómito...

La cadencia de horrores se detiene de golpe ante una frase que es a la vez la explicación y el espanto: *hemos desenterrado a la Ira*,⁴² híbrida perra ancestral enterrada

⁴²Supongo que piensa en Ira o en su hermana Eris (Discordia, entre los romanos), daimona pandoriana del odio y la furia, que lanzó la manzana de oro entre las diosas. Es la madre de

bajo la psique; excavada, como los monolitos aztecas, de una prehistoria cruda de exabruptos: el *muladar* del origen y el portal del destino. El muladar que es lo mismo el “sol genital” que la “fuente de agua lunar” que su suma: el “parque de los enamorados”. Y en el centro de ese muladar...

La biblioteca es una madriguera de ratas feroces
 La universidad es el charco de las ranas
 El altar es la tramoya de Chanfalla⁴³
 Los cerebros están manchados de tinta
 Los doctores discuten en la ladronera
 Los hombres de negocios
 manos rápidas pensamientos lentos
 ofician en el santuario
 Los dialécticos exaltan la sutileza de la sogá
 Los casuistas hisopean los sayones
 Amamantan a la violencia con leche dogmática
 La idea fija se emborracha con el contra
 El ideólogo cubiletero
 afilador de sofismas
 en su casa de citas truncadas
 trama edenes para eunucos aplicados...

FINAL

En 1992, al cumplir 78 años, en una recapitulación sobre su larga vida de polemista, Paz apuntó que ese ánimo nacía del entusiasmo o de la cólera. Nací, explica, “en un siglo batallador y en un acerbo país de peleas encarnizadas”.

todos los males, según Hesíodo (*Téogonía*, 226). Virgilio la trata de “lunática” y también la ubica en los infiernos (*Eneida*, lib. 6, v. 280). En su *Hercules furens*, Séneca pone en boca de Hera que Eris está “siempre enterrada en oscuridad profunda, bajo el lugar de destierro de las almas culpables, en una amplia caverna sellada por una montaña” (90). Otro aspecto de Ira/Eris: su yelmo está decorado con una cabeza de perra rabiosa.

⁴³Se recordará que Chanfalla, en *El retablo de las maravillas* de Cervantes, tima a los espectadores advirtiéndoles que verán maravillas en su retablo, salvo si son judíos. Nadie ve nada, pero todos se abstienen de decirlo. Si alguien (un *ex illis*) lo dijese, se delataría y sufriría persecución.

Algo positivo, pues “nadar contra la corriente fortalece el ánimo y rejuvenece el espíritu” y reconoce, sin ánimo expiatorio: “En ocasiones me dejé arrastrar por la violencia verbal, aunque busqué siempre que me iluminase la razón, que está más allá de las pasiones y de las opiniones. Fui vehemente, no mezquino; colérico, no rencoroso; excesivo a veces, nunca desleal. Como todos, acerté y me equivoqué”.

En una carta a Jaime Torres Bodet, fechada en Nueva Dehli el 10 de abril de 1952, en la que su jefe le pide que reflexione “sin cólera y rencor” sobre la edición francesa de la *Antología de la poesía mexicana* (Paz se oponía denodadamente a que el imperialista Paul Claudel hiciera el prólogo), Paz escribe:

La cólera, en el mundo actual, no me parece una mala pasión —cuando no es la cólera de los fuertes—. Más bien es un indicio de salud moral. Su otro nombre es: indignación [...]. Creo que en esta época es indispensable la intransigencia ante todos aquellos que, siendo dueños de la palabra poética, defienden causas que son la negación misma de la poesía. Porque la poesía es inseparable del hombre.

El viento, dice Paz, es como yo: *acumulada cólera sin desenlace*.⁴⁴ El sustrato de la cólera no tiene resolución: no va (como el viento) de un lado al otro, va nada más, o más bien se queda, se acumula, se convierte en una pesadumbre etérea, una piel encima de la piel. En su retrato de Breton, dice de su amigo lo mismo que se podría decir de él: “Se le acusó de ser intolerante y riguroso; se olvida que ese rigor lo ejerció, ante todo, sobre sí mismo”.⁴⁵ En eso, como en tantas otras cosas, Breton y Paz se parecían. Tuvieron en abundancia la más encomiable forma de la cólera: la de quien se obstina en nadar contra la corriente.

⁴⁴ “Viento y noche”.

⁴⁵ “André Breton: la niebla y el relámpago”, *O.C.*, t. XIV, p. 36.

RESPUESTA AL DISCURSO DE GUILLERMO SHERIDAN*

Adolfo Castañón

“En eso, como en tantas otras cosas, Breton y Paz se parecían. Tuvieron en abundancia la más encomiable forma de la cólera: la de quien se obstina en nadar contra la corriente.” Con estas palabras Guillermo Sheridan concluye su alocución sobre la invectiva de Octavio Paz con la cual hace su ingreso formal como académico correspondiente, en Austin, Texas, a la Academia Mexicana de la Lengua. La lección de retórica de la increpación y la invectiva que ha compartido con nosotros Guillermo Sheridan sólo la podía haber dado alguien que, como él, conoce a Octavio Paz en la forma privilegiada en que los biógrafos conocen las vidas que examinan. El texto de Sheridan cabe ser leído en tres registros: como una reconstrucción de la biografía de Octavio Paz a través de las edades de su ira y de su indignación moral contra el mundo, contra el lenguaje, contra su amor y contra sí mismo; en una segunda clave, como un manual de retórica literaria del profeta armado de palabras y de procedimientos, y, en tercer lugar, como una escritura especular en la que por la tangente se asoma y asombra la silueta del testigo, él también personalidad saturnal, él también cautivo de la melancolía y de la acidia. Un “depositario de palabras ásperas”, para citar al joven Paz de 21 años, en una carta de 1935 a su novia Elena Garro.

Detrás del nombre de André Breton se insinúan, desde luego, los de Charles Baudelaire y del Conde de Lautréamont, autores que Octavio Paz leyó con

* Respuesta al discurso de ingreso de don Guillermo Sheridan a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico correspondiente. Texto leído en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México el 27 de marzo de 2014.

ávido fervor desde sus primeros hasta sus últimos años: tras los nombres de Pablo Neruda, de César Vallejo y de Jorge Luis Borges, mencionados por Sheridan, están, desde luego, los de Francisco de Quevedo —imán poético de las generaciones hispanoamericanas posteriores a las del 27, como señaló clarividentemente Giuseppe Bellini— y los de François Rabelais, François Villon, Petrarca y Dante. Vibra el arco de la imprecación helénica y de la sátira romana, pero también la furia santa de los profetas del Antiguo Testamento —de Isaías a Jeremías— con los cuales tanto Paz como Baudelaire y Lautréamont tienen tantas afinidades en sus enumeraciones caóticas.

El discurso de Sheridan siembra en el oyente no pocas preguntas a la condición y la responsabilidad del escritor o más bien, en torno a la responsabilidad, la ética del escritor hacia sus propios sentimientos; sobre todo cuando éstos se estremecen en el aire público como una “espiga amotinada” contra sí misma y contra el campo en el que prospera. Es claro que ese estremecimiento sólo puede desembocar en un proceso de purga, ascesis y purificación del lenguaje; que esa violenta imprecación sólo puede redundar en una decantación y purificación del idioma de la tribu:

Las palabras:

Dales la vuelta,
 cógelas del rabo (chillen, putas),
 azótalas,
 dales azúcar en la boca a las rejegas,
 ínflalas, globos, pínchalas, órbeles sangre y tuétanos,
 sécalas,
 cápalas,
 písalas, gallo galante,
 tuérceles el gaznate, cocinero,
 desplúmallas,
 destrípallas, toro,
 buey, arrástralas,
 hazlas, poeta,
 haz que se traguen todas sus palabras.

Lo que las palabras se traen a sus palabras es una formulación donde ya está punzando la invitación filosófica y ascética a que el lenguaje se purgue y se depure

a sí mismo, como quieren los budistas y los positivistas lógicos, y como practicó en algunos de sus últimos momentos el propio Paz al renunciar a la aspereza y optar por la conciliación.

Al igual que Amado Nervo, Guillermo Sheridan nació un 27 de agosto de 1950 en la Ciudad de México, donde inició su formación para proseguirla en Guadalajara y en Monterrey. Estudió la licenciatura en Letras en la Universidad Iberoamericana, la maestría de la Universidad de Anglia del Este (Inglaterra) y en la Universidad Nacional Autónoma de México donde hizo su doctorado. Desde 1978 es investigador titular del Centro de Estudios Literarios de este Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Actualmente se desempeña como investigador visitante en Austin por un convenio entre la UNAM y la Universidad de Texas.

Lo conocí en 1971, en casa de Huberto Batis, entonces profesor de Teoría Literaria que impartía cursos nadando obstinadamente a contracorriente de las convenciones didácticas y escolares; como nos acaba de decir que hacían André Breton y Octavio Paz. Gracias a Batis busqué la amistad de aquel joven airado aspirante a escritor que se interesaba por Huysmans y Baudelaire; leía a Enid Starkie, era aficionado a la literatura norteamericana e inglesa que leía en su idioma, y que se distinguía entre todos por su cáustico e ingenioso sentido del humor, una mezcla de Hamlet y de los hermanos Marx. Tenía algo de actor. Era sobrino de la actriz Beatriz Sheridan y él mismo, años antes, había dirigido algunas obras de teatro en Monterrey, y hasta escribió un auto-no sacramental, una obra teatral cómica inspirada en Ionesco y templada por el humor del absurdo, que yo me apresuré a publicar en una revista estudiantil. Más tarde, me tocó ser, desde el Fondo de Cultura Económica, el agente no tan secreto, el cómplice conjurado que indujo a don Jaime García Terrés a editar en el FCE, su admirable libro *Contemporáneos ayer*, que lo situó de inmediato como una de las piezas clave de la crítica literaria en México por su manejo fluido e inteligente de las fuentes, su inventiva historiográfica y por una prosa ágil, a veces punzante y polémica, heredera de las de Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta. Más tarde el mismo sello le encargaría la biografía de López Velarde, *Un corazón adicto*, que lo seguiría acreditando como arqueólogo acucioso de las mentalidades, historiador de la sensibilidad, y, desde luego, como conocedor de las esencias poéticas cautivas en las redomas del poeta jerezano a quien, por cierto, Huberto Batis había consagrado en Bellas Artes publicaciones memorables.

Una cierta imantación sincrónica nos llevaba a cultivar las mismas o algunas amistades en distintos momentos o por distintos motivos. Un ejemplo es el de Octavio Paz cuya obra el mismo Batis nos había obligado, sin mucho esfuerzo, a releer o a leer de otra forma en sus clases, talleres y reuniones; otro ejemplo es el del grupo de escritores constelados en torno a la *Revista Mexicana de Literatura*: Juan García Ponce, Tomás Segovia, Salvador Elizondo, Inés Arredondo, Gabriel Zaid, Jorge Ibargüengoitia, José de la Colina, Juan Vicente Melo, Eduardo Lizalde. El “nosotros” del que hablo estaba compuesto por Alberto Ruy Sánchez, Margarita de Orellana, Alberto Blanco, Luis Cortés Bargalló, José Manuel Pintado, Maricruz Patiño, Jorge Cubria, entre otros que compartieron ese horizonte de la indignación y de la crítica a la cultura y de la sociedad sobre la cual se levantan en buena medida, no sólo la admirable obra en prosa y en verso de Octavio Paz, sino también, las obras de estos otros escritores en quienes aquella pasión crítica encontraba eco activo, coro y compañía.

Como nos ha mostrado Guillermo Sheridan, la pasión crítica que acicatea y edifica la obra disidente y rebelde de Octavio Paz, es el impulso ético y profético político que lo llevó a buscar no sólo la amistad de esos disidentes llamados surrealistas, encabezados por André Breton, el amigo y hermano mayor, sino que lo llevó a fundar el entusiasmo poético en canteras editoriales como las revistas *Plural* y *Vuelta* en cuyo seno Guillermo Sheridan se encontraría con el mismo Paz, con su propia vocación a contracorriente, y con las voces de esos compañeros de viaje crítico que serían Enrique Krauze, Aurelio Asiain, Fabián Bradú, Cristopher Domínguez, Jaime Moreno Villarreal y el de la voz, entre otros.

El encuentro con Octavio Paz no fue meramente social: le tocó sostener con él una relación de amistad y de trabajo, y acompañarlo como lugarteniente en la guerra santa y profana de la poesía y de la crítica, desde una posición digamos operativa, sobre todo en los últimos años y en los primeros después de la muerte, a la cabeza de la extinta Fundación Octavio Paz.

Años después de muerto el poeta, Sheridan publicó un libro que, al igual que su obra sobre los Contemporáneos, se impuso como una referencia ineludible para adentrarse en los primeros años y letras de la obra y biografía de Octavio Paz: *Poeta con paisaje* (2004). Y presumiblemente piensa continuar en vista de lo que ha venido publicando en revistas y libros. Fuera o alrededor de este texto principal, pero completándolo y actualizándolo, Guillermo ha hecho numerosas y admirables contribuciones eruditas y filológicas sobre José

Juan Tablada, la revista *El Hijo Pródigo*, Efraín Huerta, entre los más visibles, para no hablar de su legendario “Buzón de fantasmas” en *Vuelta*.

Guillermo Sheridan no sólo es un erudito confinado en la Academia: su nombre suscita temblor y, en algunos casos incluso enojo, pues se le ha querido transformar para evocar la expresión de Emilio Abreu Gómez sobre Jorge Cuesta —*cave canem*— en el perro de presa de esa cofradía editorial, y no ha temido dar la cara, exigir cuentas valientemente hasta increpar, fustigar y lanzar burlas sobre aquella humanidad que a sus ojos le parece degradada o desviada. Esto, desde luego, lo emana, desde adentro, con Octavio Paz y lo afina a esa prosodia y sintaxis de la imprecación que, con quirúrgica exactitud, nos acaba de esbozar.

“Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles” dice el primer verso de la *Ilíada* de Homero. La cólera y el canto están unidos desde el origen mismo de la literatura. Al himno lo mueve el duelo y la indignación, no sólo la voluntad entusiasta de exaltación. Sheridan baraja los motivos de la indignación, la invectiva, la imprecación, el insulto y la injuria que encienden y ponen en movimiento, en prosa y en verso, la obra y la escritura de Octavio Paz. La cólera es un estado saturnal que va en contra del otro y que se vuelve contra sí mismo y contra el lenguaje.

La injuria, el insulto son heridas que se reciben o se infligen, desgarraduras, cortes, deslindes para firmar una distancia, castigos, ofensas, degradaciones.

“En eso, como en tantas otras cosas, Breton y Paz se parecían. Tuvieron la más encomiable forma de la cólera: la de quien se obstina en nadar contra la corriente.” Con estas palabras Guillermo Sheridan cierra su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua como miembro correspondiente, en Austin, Texas, dedicado al discurso y la gramática de la violencia en la obra de Octavio Paz, obstinado nadador a contracorriente. En ese ejercicio se dan las voces de la injuria, el insulto, la invectiva, la blasfemia:

Y más que en boca, en *tráquea*, el subsuelo animal del aparato fonador que equivale, fisiológicamente —esfínteres ambos al fin—, a subcuerpo de la cloaca. De ese modo, el *traqueteo* es un lenguaje enunciado desde el mular del lenguaje, la *voz antes del comienzo*; la voz de la *mulhadara*, la chacra anal: “Sopa de sapos, cepo de pedos, todos a una, bola de sílabas de estropajo, bola de gargajo, bola de vísceras de sílabas sibilas, badajo, sordo badajo. Jadeo, penduleo, desguanguido, jadeo”.

Guillermo ha intentado, de un lado, reconstruir esa gramática de la ira y, del otro, al sesgo y por la tangente, proponer como en un relicario una microbiografía o vida mínima de Octavio Paz, a partir de esas expresiones calcinantes. Guillermo se mueve principalmente en el espacio de la violencia, el insulto o la injuria hacia el otro. Pero la injuria, la herida de la violencia viene, se da, en otros ámbitos: contra sí mismo, contra el otro, contra el lenguaje mismo. Por eso Paz tiene un sueño imposible:

[...] soñé en un mundo en donde la palabra engendraría
y el mismo sueño habría sido abolido
porque querer y obrar serían como la flor y el fruto.
Mas la gloria es apenas una cifra, equivocada con frecuencia,
el amor desemboca en el odio y el hastío,
¿y quién sueña ya en la comunión de los vivos
cuando todos comulgan la muerte?

La idea de que el lenguaje está prostituido y de que en consecuencia es preciso someterlo a una limpieza, exponerlo a una terapia o un exorcismo, someterlo a diversas torturas mueve a Octavio Paz en su búsqueda impasible de la libertad, así sea con una libertad condicional, una *Libertad bajo palabra*. A su vez, esta limpieza que pone en marcha la máquina célibe, la maquinaria infectada del insulto, no se da como algo gratuito, una tentación o una provocación caprichosa, una catarsis. Está dictada por la aspiración a restituir al lenguaje su fecundidad, su capacidad adánica, su poder de nombrar y a devolver un sentido más puro a las palabras de la tribu para que las palabras puedan volver a ser “semillas para un himno”. La violencia de la limpieza se resuelve en una delicada responsabilidad de hacerse cargo y reconocerse, practicar el reconocimiento del otro a partir de la designación y la aceptación del orden escatológico. A través de la luz que arroja esta palabra en la complejidad de su sentido —lo visceral y lo profético y lo mesiánico— el discurso de Guillermo Sheridan cobra un inquietante, estremecedor significado.

En su discurso, Sheridan no sólo ha ido a contracorriente de las visiones neutras o acartonadas de Octavio Paz. También ha puesto sobre la mesa su arsenal de polemista y de guerrero de la pluma. De perfil sale su sombra de helenista y de académico familiarizado con la cultura clásica griega y nos ha recordado en su discurso la relación vital que tienen la poesía y el canto con la cólera, la indignación, la vergüenza, el asco. Ciertamente, en su discurso

apreciamos las referencias a la cultura griega y latina antigua. No sé si debemos agradecer que Sheridan haya fijado demasiado su mirada de filólogo en los profetas iracundos, en los padres enojados, indignados y avergonzados de la humanidad de la literatura clásica hebrea, y aun de los “Padres del Desierto” del cristianismo primitivo. Las voces de Isaías, Jeremías y los Proverbios, no sólo creo que están presentes en la prosodia de Octavio Paz, sino en esa idea o creencia afectiva que lleva asociar un lugar, un pueblo, una lengua y una cultura con un sentimiento de celosa o recelosa conciencia por los avatares de la herencia, y las vicisitudes de la patria hecha cenizas. Lo que está en juego es precisamente esa “raíz del hombre”—para citar el título del primer libro de Octavio Paz— heredada y por heredar y cuya custodia produjo a lo largo de la obra ejemplar de Octavio Paz, ese genio e ingenio vindicativo cuyo breviario Guillermo Sheridan ha buscado evocar aquí para nosotros, al recordar, él también, a contracorriente como el salmón, para depositar su semilla en lo más alto.

A Octavio Paz le debemos el habernos mostrado el camino de esa purificación. A Guillermo Sheridan el habernos enseñado el alto precio que el poeta pagó por esa limpieza. Bienvenidas sean tus palabras, bienvenida tu persona, querido Guillermo.

A nombre de la Academia Mexicana de la Lengua, muy querido Guillermo Sheridan, te doy la bienvenida a esta corporación, en este 27 de marzo de 2014 en que se recuerda un aniversario más del encarcelamiento de fray Luis de León por haber traducido *El cantar de los cantares*.

POMPAS FÚNEBRES*

Hugo Hiriart

Antes que otra cosa declaro que me abruma que en este clima, en esta ciudad y a esta hora hayan ustedes llegado hasta aquí, lo asumo como un acto de amistad de su parte y, por eso, es interminable mi gratitud. Y declaro que me abruma también sentarme en la silla que ocupó el grande historiador de la conquista de México, don Silvio Zavala. Dicho esto, entro en mi asunto.

I

El difunto hace mutis del gran teatro del mundo, sale definitivamente de escena, pero deja ahí su cuerpo inanimado. ¿Qué hacer con él? La verdad es que no hay muchas maneras de deshacernos de un cadáver. El paganismo grecolatino optó por quemarlo y luego dar sepultura en un túmulo de los huesos mondos. Judaísmo y cristianismo en cambio, opina el gran Paul de Saint Victor, “tratan con dureza los cadáveres: vuelven la carne a la tierra y la arrojan ahí, desnuda y sin defensa”. Job dice a la podredumbre: “Tú eres mi madre” y dice a los gusanos: “Ustedes son mis hermanos y hermanas”. La práctica del entierro, tan común entre nosotros, habría horrorizado a un griego clásico, ya veremos por qué.

Además de estas canónicas formas, ¿qué otras hay? Se puede echarlo al mar, como en las largas travesías, pero este procedimiento es ocasional. Puede disolverse el cuerpo en ácido, pero esta química, además de repulsiva, es cara,

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología el 8 de mayo de 2014.

complicada y está penada por la ley. Queda devorar el cuerpo en algún guiso, pero ni qué decir que es de mal gusto y contrario a las buenas maneras. Ya aco-rralados, podríamos entregarlo en alguna azotea a la voracidad de las aves de rapiña, según prescribe el Zend-Avesta de los persas, pero este procedimiento de aves carroñeras es desagradable, inmundo e infeccioso, detalle de salud pública que no previó Zoroastro.

Podríamos no desaparecer el cuerpo, esto es, volver a las melancólicas devociones de la momificación. En Egipto el frenesí embalsamador preservó todo: no sólo faraones, sino locos, esclavos, enanos y leprosos, niños y embriones, pájaros y huevos de serpiente, escarabajos y ratas, todo preservado cabalmente gracias a una farmacopea enérgica e incansable. En materia de pompas fúnebres, nadie ha igualado a los egipcios.

II

Ahora bien, todo rito funerario está en función de un dualismo delicado, a saber, en la muerte permanece el gravoso cuerpo; en esto hay unanimidad. Pero no hay siquiera mayoría de votos acerca de cierto elemento sutil, cierto soplo etéreo, cierto hálito delicado que no muere, y tampoco nace, sustancia eterna, a juicio de los indostanos que la llamaron *atman*. Esta cosita ingrátida, digo, abandona el cuerpo y se va al más allá. Los griegos la llamaron *psique*, nosotros la llamamos *alma*.

¿Qué es eso que deja el cuerpo a la hora de nuestra muerte? La suposición incrédula según la cual no deja nada y con el final de la fábrica del cuerpo acaba todo, propia del ateísmo burgués, fue desconocida entre los antiguos, si hacemos excepción de Epicuro.

Si quiere comprenderse el ritual funerario griego, objeto de esta modesta disertación, conviene tener claro qué se entendía, en los tiempos heroicos, por *psique*.

La *psique* homérica no corresponde a nuestra idea de alma o espíritu. Esta *psique*, por ejemplo, no es inteligente, tiene muy adormecidas conciencia y voluntad, y apenas sabe ya quién es. Es *psique* pachicha.

Sombra del difunto, imagen, reflejo, otro yo, yo amortiguado y deficiente, paralelo al yo del humano vivo, la *psique* permanece fundida al yo consciente, pero puede separarse, y se separa, como dijimos, en la muerte y, antes,

decimos ahora, durante el sueño: en sueños “esta imagen o sombra del durmiente”, sostiene Erwin Rodhe, el amigo de Nietzsche, en su indispensable tratado sobre el asunto,

ve y vive en sueños muchas y extrañas cosas (como ni más ni menos nuestro nahual). Las ve y las vive él mismo (no hay duda) y no las ve y vive, sin embargo, su yo visible [...] pues este yo yace muerto, inasequible a cuantas sean sus impresiones. Esto quiere decir que vive en él, alojado en su interior, otro yo, el que obra en sueños, mientras él duerme.

La psique sobrevive a la muerte sólo en calidad de imagen, algo así como nuestro reflejo en el espejo. La idea de una felicidad o dolor de ultratumba, así como la idea de una justicia post mortem que desploma a los malos en el infierno y remonta a los buenos al cielo, en el más allá, es aportación cristiana, y por eso nos es tan familiar, pero fue desconocida tanto para los griegos como para los judíos, cuyo más allá es elemental y confuso.

¿A dónde va la psique?, ¿cómo es la tierra de los muertos? En primer lugar, el Hades puede localizarse, es decir, es lugar en el espacio, no como el Infierno cristiano que no puede localizarse porque es lugar espiritual y no está en el espacio (incluso, como sabemos muy bien, hay un infierno en la tierra, entre los vivos).

¿Dónde está? Hesíodo sitúa el abismo del Tártaro, como le llama, cuando dice que si arrojas un yunque desde la Tierra durante nueve días y nueve noches va a desplomarse sin parar antes de alcanzar el más allá, muy abajo, hasta allá, donde están las raíces del mar y de la tierra.

¿Y cómo es este Tártaro? Cuando Ulises baja a hablar con los muertos las almas se precipitan hacia él en multitud dando alaridos, este ulular de las almas es detalle horrible, el miedo hace palidecer al héroe, pero se recompone y desenvaina la espada y, así como el domador en la jaula del circo con látigo y silla va imperando sobre los leones, Ulises con la espada va obligando a las almas a ponerse en hilera para responder a sus preguntas.

En el Hades los muertos han conservado cuerpo, vestido, armadura, pero sólo en imagen, “como figuras en un museo de cera”, puntualiza Jan Kott, y por ahí, en imagen infernal, deambula “Hércules, semejante a la tenebrosa noche, lleva desnudo el arco, con la flecha sobre la cuerda, y vuelve los ojos atrozmente” buscando a quién matar. Aunque, claro, no puedes matar a un muerto. Este absurdo del Tártaro recuerda el de otro forzado en otro infierno, Johnny

Weissmuller, Tarzán, que en la noche del inmundo manicomio de Acapulco, donde ya viejo y loco está recluso, hace resonar su grito característico que llama en la selva a los animales.

III

Canta Píndaro: “Sigue a la muerte todopoderosa el cuerpo, permanece viva la imagen del viviente, porque sólo ella desciende de los dioses”.

¿Qué pasa con la psique una vez que se desliga del cuerpo? La idea operativa es ésta: después de la muerte la psique vaga, alma en pena, sin poder entrar a hallar descanso en el Hades hasta que el cadáver al que pertenecía es purificado en la hoguera ritual según, esto es importante, los rituales apropiados. Es decir, las elaboradísimas pompas fúnebres, que examinaremos, responden a la necesidad de calmar a la psique errabunda del difunto, ayudándolo a entrar a su última morada, apaciguando así su cólera y posible resentimiento.

Dije resentimiento del difunto, creencia común entre las supersticiones sobre la muerte. El difunto es peligroso. Las tumbas se cubren con lápidas para guardar no la memoria, sino al propio difunto, para evitar que el peligroso sujeto escape de su prisión y vuelva a la luz.

Que la psique siga *post mortem* atada al cuerpo es siniestro, porque el alma continúa vagamente sintiendo lo que le sucede al cadáver. Si, por ejemplo, el cuerpo es arrojado a los perros para que lo devoren, la psique (reflejo, imagen, otro yo) sentirá todavía cada tarascada. Y, peor que eso, vagará errabunda sin descanso. Esta posibilidad, que aterraba aun a los héroes homéricos más valientes, explica la petición de Héctor que vamos a oír.

En el canto 22 de la *Ilíada* muere Héctor a manos de Aquiles. ¿Qué habrá sentido Homero al matar a Héctor, flor y espejo de héroes, domador de caballos y matador de hombres, esposo, hijo, padre y guerrero ejemplar? El arte impone sacrificios: el poema exige que Héctor muera y a Homero, de seguro, no le tembló la mano. Con sentimentalismos no se llega a nada en literatura, Héctor muere.

Homero, con esa grave materialidad anatómica tan suya, describe esta trayectoria de la lanza de Aquiles: “La punta penetró derecha a través del delicado cuello; y el asta de fresno, pesada por el bronce, no le cercenó la tráquea, con lo que todavía pudo responderle y decir unas palabras”. Estas palabras son las que nos interesan y estamos exponiendo. Dicen así: “Te lo suplico [...], no

dejes a los perros devorarme junto a las naves de los aqueos; acepta bronce y oro en abundancia, regalos que te darán mi padre y mi augusta madre, y devuelve mi cuerpo a casa, para que me hagan partícipe del fuego ritual”. Aquiles, “mirándolo con torva faz”, no sólo se niega, sino permite una acción de inesperada vileza, a saber, que se profane el cadáver de Héctor: “Los hijos de los aqueos acuden corriendo, admiran talla y envidiable belleza de Héctor, y nadie hubo de ellos que no le clavara su lanza”. La soldadesca cebándose en el cuerpo indefenso del héroe es indigno de un poema épico. Pero así es el realismo homérico: muerto el león se acercan a olisquear los perros. La negativa de Aquiles a devolver el cadáver abre espacio al ruego del anciano rey Príamo, padre de Héctor.

IV

Aquiles mata a Héctor. Simone Weil en su ensayo *La Ilíada, poema de la fuerza*, define “fuerza” como “aquello que hace cosa a cualquiera que cae bajo su poder o influencia”. El verdadero protagonista de los cantos de Homero es esta fuerza. El humano vivo nunca es cosa, la manera más directa de volverlo cosa es, claro, matarlo. Cadáver es cosa. En la *Ilíada* se registran más de 70 distintas maneras violentísimas de transformar a un humano en cosa.

Pero en el vertiginoso mundo de Homero la fuerza acecha a todos por igual, grandes o pequeños, débiles o poderosos, de uno u otro bando, la total imparcialidad del poeta es admirable. Y observemos, es una de las claves del poema, que en sus versos nadie es malo, no hay ninguna maldad, todo es como tiene que ser.

Rey suplicante, de eso se trata. Zeus mismo comunica a Príamo que ha de ir solo a rogar a Aquiles que devuelva el cadáver de su hijo. Pero no sólo ha de rogar, también ha de llevar regalos. Los mexicanos somos suspicaces hacia este tipo de negociaciones dadivosas. Homero no. Y así dice Príamo: “Abrió las bellas tapas de las arcas y sacó doce magníficos vestidos, doce mantos, otros tantos tapices y otras tantas túnicas. Sacó y pesó diez talentos de oro, dos fogueados trípodes, cuatro calderos y una copa bella que los tracios le habían procurado”. Estos son los regalos que el padre desolado va a dar al matador de su hijo a fin de ablandar su corazón y recuperar el cadáver.

Una de las características más señaladas, y deliciosas por completo, de la *Ilíada* es que Homero es muy visual y sus cuadros son detallados, lo dice

todo, no se brinca nada. Antes de salir a hacer entrega, el rey reprende a gritos a nueve de sus hijos varones ahí presentes (Príamo engendró en Hécuba 50 hijos varones, entre ellos un tal Polites “bueno en el grito de guerra”, extraña especialidad): “Apúrense, viles hijos, ruines. Ojalá a todos ustedes juntos los hubieran matado en vez de a Héctor junto a las veloces naves”. No muy pedagógico el viejo. Y los hijos “temerosos de los denuestos del padre, sacan una carreta de mulas, de buenas ruedas, bella, por primera vez clave-teada, y atan encima un cesto de mimbre. Luego, uncen los mulos, de sólidas pezuñas”.

Este pasaje da muestra de la naturaleza del arte de Homero, de la nítida transparencia, luminosidad y precisión dignas de un pintor prerrafaelita, un Fra Angélico, un Mantegna, un Botticelli. Nada yace en la sombra, todo está bien dibujado, exacto. De los mulos del carro de Príamo, por ejemplo, informa Homero que son regalo de los misios. Actúa como si tuviera miedo de dejar algo en el aire, sin precisar.

Y bien, allá va el cargado carromato chirriante, ¿qué va a suceder? La *Ilíada*, que arranca con la cólera de Aquiles, una emoción, la ira, desembocará en otra emoción, pero inversa, la compasión. Porque Aquiles, conmovido por el viejo, no pensemos que también seducido por los regalos, devuelve el cadáver de Héctor. El tema de la *Ilíada* no es la guerra de Troya, que duró 10 años y cuyo desenlace no figura en el poema, sino la trayectoria moral del héroe Aquiles de la furia a la compasión.

Estamos explorando un detalle del poema. La *Ilíada* está hecha de detalles fascinantes y explorables, no hay en ella excipiente, relleno, toda ella es principio activo. Por eso es una obra maestra.

V

Pasemos al funeral de Patroclo, pero antes expongamos la secuencia que lleva a la muerte al amigo de Aquiles. Esta secuencia da inicio con Patroclo llorando en escena. Los guerreros homéricos son llorones, y no sienten vergüenza no sólo de llorar, sino de, cuando viene al caso, quejarse a gritos.

¿Por qué llora Patroclo? Lloro de indignación, raro que la indignación haga llorar. Héctor está ya prendiendo fuego a las naves aqueas y Aquiles sigue ahí, impacible.

Ahora, la *Iliada* avanza a través de tres procedimientos literarios: uno es la narración directa de las acciones, donde el poeta es de extraordinaria eficacia; otro lo constituyen las comparaciones, a veces muy elaboradas, siempre bienvenidas y refrescantes; y el tercero, el menos atractivo para nosotros, consiste en “aladas palabras”, esto es, en discursos retóricos emitidos con empaque muchas veces divorciado de la ocasión: el guerrero después del duelo, agonizante, puede, y aun suele, pronunciar un discurso. Y el obstáculo es que la escena del guerrero con la lanza traspasándole el cuello, derecho, pronunciando un discurso con ademanes oratorios, se vuelve ridícula al visualizarse. Sí, claro, pero recordemos que la *Iliada* no es novela psicológica, imitativa, del siglo XIX.

Llora Patroclo y Aquiles pregunta (ojo con el símil): “¿Por qué lloras, Patroclo, cual pequeñuela que corre tras su madre y ruega la tome en brazos, y del vestido le tira, impide que avance y con ojos llorosos suplica que la alce del suelo?”.

Héctor incendia las naves aqueas y Patroclo solicita vestir la armadura de su amigo y salir a combatir al frente a los temidos mirmidones. Aquiles accede al uso de la armadura y a la arenga a los mirmidones, pero prohíbe terminantemente que su amigo entre en combate.

Ni qué decir que Patroclo desobedece, avanza dando gritos acomete a un tal Téstor, hijo de Énope, y sobreviene una escena horrenda: Téstor, que se desplaza en un “bien labrado carro”, se arrodilla, resguardándose en su coche, tan turbado que suelta las riendas, y Patroclo llégase a él, y de cerca, la lanza le clava en la mejilla derecha, traspasa por los dientes la cara, y después tira de él hacia arriba, pasándolo sobre la baranda del carro. “Y como el hombre, sentido en el abrupto peñasco, que saca de la mar un gran pez con la cuerda, así, levantando la pica sacólo del carro boquiabierto, y lo echa en tierra.” Es brutal, pero “si un cuadro es hermoso, dice Picasso, no puede ser bonito”.

Sigue Patroclo matando gente cuando aparece Sarpedón, gran guerrero, hijo de Zeus, nada menos, y de Laodamia o Europa, no se sabe bien. Patroclo lo acomete y “como dos buitres de garras curvadas y picos torcidos, que graznando pelean en una alta roca, de ese modo atacáronse aquellos dos lanzando alaridos”.

Zeus mira angustiado este combate, habla a Hera, su hermana y esposa, diciendo: “Hay de mí que la Parca ha dispuesto la muerte de mi hijo Sarpedón, el mortal más amado, a manos de Patroclo”. Y declara el propósito de alejar a su hijo de ese combate y llevarlo a las “fértiles tierras de Licia”. Hera, de ojos de novillo y sandalias de oro, contradice y argumenta que todos los dioses tie-

nen hijos combatiendo en esa guerra y que todos van a querer sacar del combate a los suyos. Zeus no puede alejar a su hijo y Patroclo arroja su lanza y hierre a Sarpedón “en el tejido que su corazón envolvía”.

Entonces, de Zeus las oscuras voluntades se materializan en la acometida de Héctor. Homero ya no narra, sino se dirige a Patroclo y a él directamente le habla. Mal augurio.

Carga el Matador de Hombres contra Patroclo, lo alcanza con el bronce agudo y le atraviesa el bajo vientre. Siguen, pero cómo no, discursos tanto del agresor como del moribundo. Patroclo, con voz lánguida, formula un augurio: “No habrás de vivir mucho tiempo, Héctor —le dice—, se acercan ahora a tu lado la Parca funesta y la Muerte, morirás a manos del magnánimo Aquiles, nieto de Eaco”. Y como primer paso del cumplimiento de este pronóstico, Héctor despoja a Patroclo de su armadura, que es la de Aquiles, para vestirla él, acto que va a costarle la vida.

Eludamos tratar de esclarecer el llanto de los caballos de Aquiles al saber que su auriga ocasional, Patroclo, yace en el polvo. “Inclinando el testuz, de sus ojos caían al suelo ardientes lágrimas.”

Antíloco, hijo de Néstor, va a comunicar a Aquiles la funesta noticia “de la muerte del amigo a quien él más quería”. Al oírla, envuelve al Pelida una oscurísima nube de pena y echa ceniza en su cabeza, afea su gracioso semblante, se tiende en el suelo y exhala un gemido.

VI

Los funerales de Patroclo ocupan la mayor parte del canto xxiii, penúltimo, de la *Ilíada*. Poco antes, la psique de Patroclo se ha aparecido en sueños a Aquiles. Ahora, visualiza la escena. Estamos a la orilla del mar, en la noche. Los funerales homéricos eran siempre nocturnos. Ha finalizado un festín en el que “nadie careció de porción equitativa”, Aquiles está “dando profundos suspiros” entre sus mirmidones “en un claro donde las olas bañaban las arenas de la playa”. Pero “lo vence el sueño liberador de cuitas”, porque, claro, está muy cansado del combate singular de la mañana, en el que venció a Héctor.

Aparece entonces la psique de Patroclo. “Prodigioso es el parecido”, se asombra Aquiles y Patroclo le reprocha: “Estás durmiendo y ya te has olvidado de mí, Aquiles. En vida nunca te descuidaste, pero sí ahora que estoy

muerto”. Aquiles se duele del reproche, y todo mundo en el campamento se activa.

Y sigue Patroclo:

Entiérrame cuanto antes [después de la cremación, se entiende] que quiero cruzar las puertas del Hades. Lejos de sí me retienen las almas, las sombras de los difuntos, que no me permiten unirme a ellas del otro lado del río [que, en tradiciones posteriores, se cruzaba en la barca de Caronte], y en vano vago por la mansión de vastas puertas del Hades. Dame por piedad la mano, te lo pido, pues ya no volveré a regresar del Hades cuando me hagas partícipe del fuego.

Álzase la pira, se sientan alrededor los dolientes, en masa compacta, y aguardan. Los mirmidones depositan el cadáver en la pira, se cortan el cabello y lo dejan como ofrenda sobre el cuerpo del difunto. Aquiles da la orden de que sus soldados ciñan sus corazas, alisten carros y caballos para que dé comienzo el desfile fúnebre.

El pasaje que sigue trae dos noticias, y dice así: “Se apartó de la pira [Aquiles] y se cortó la rubia melena que se había dejado crecer exuberante para el río Esperqueo”. Primera: Aquiles es rubio, cosa que tampoco se visualiza con frecuencia, rubio y muy joven, el más joven en la expedición aquea, y de larga melena. Segunda noticia: el río Esperqueo es un dios, como es dios el Escamandro, río que fluye por la llanura de Troya. Esperqueo tuvo un hijo, Teucro, rey legendario de la Tróade. Debe ser curioso ser hijo de un río.

Hecho esto dan inicio los sacrificios. Primero reses y vacas bien cebadas, “de torcidos cuernos”, y a todos ellos se les quita la grasa y con ella Aquiles personalmente cubre el cuerpo de su amigo de pies a cabeza. Los cuerpos desollados de las bestias se hacinan alrededor de la pira. Luego añade ánforas de miel y de aceite “que colocó apoyadas en el lecho funerario”. Imposible no pensar que se está “dando de comer al difunto”, costumbre muy difundida, casi generalizada.

Los sacrificios apenas han comenzado. “Cuatro caballos, de erguido cuello, puso, uno tras otro, en la pira entre grandes sollozos.” De nueve perros que tenía, “que comían en su mesa”, degolló a dos y los echó a la pira. Y viene lo más horrendo, y está dicho sin transición alguna: “a doce valerosos hijos de los magnánimos troyanos, aniquiló con el bronce”. Esto es, el ritual funerario incluyó

el sacrificio humano. Así era esta cultura. “Aquiles decapitó —dice Simone Weil— doce adolescentes troyanos en la pira de Patroclo con la naturalidad de quien corta flores para una tumba.”

VII

Después de victimar a los jóvenes Aquiles habla a su amigo y dice: “Te saludo, Patroclo. Ya estoy cumpliendo en tu honor lo que te prometí. Doce hijos de los troyanos está devorando el fuego. Mas a Héctor Priamida no lo entregaré a las garras del fuego, sino a las fauces de los perros”. Con lo que estamos de nuevo en el tema de los cantos finales del poema.

La pira no enciende, hay calma chicha y no sopla el viento. Aquiles se aparta de la pira y eleva una plegaria a los vientos. ¿Cómo hace la plegaria? Por medio de libaciones rituales en copa de oro. Homero, que todo lo dice, describe minuciosamente cómo escucha Iris, la mensajera, la plegaria, y parte a informar a Bóreas y Céfito. Si el río es un dios, el viento también puede serlo. “Los dioses —dice Michaux— oyen con indiferencia las plegarias, pero si huelen la sangre, se acercan a mirar.” Y aquí hay sangre en abundancia. Así que acuden. “Se pusieron en marcha con portentoso estruendo, atropellando las nubes por delante. Al instante llegaron al ponto a soplar, y se erizó el oleaje bajo el soplo de los vientos.” Y llegan hasta la pira y “prendió crepitando el maravilloso fuego”.

Visualiza la escena: es de noche en la playa, arriba el cielo estrellado, abajo, la enorme pira arde y ahí el rubio Aquiles bebe el vino ritual en la copa de doble asa. Así pasó toda la noche. Y “cuando el lucero anuncia la luz sobre la tierra, antes de esparcirse la aurora, de azafranado velo, sobre el mar”, se extingue la pira y los vientos regresan a su morada.

Los blancos huesos de Patroclo son recogidos y guardados en urna de oro. Y da comienzo la parte luminosa del funeral, a saber, esa práctica tan característica de los griegos clásicos, los juegos atléticos. Homero, que no tiene nunca prisa, se demora y complace al describirlos con todo detalle. Primero que nada, carreras de cocheros. Aquiles exhibe los premios: primer lugar, cómo no, una mujer “experta en intachables labores” y un trípode con asa; segundo, “yegua de seis años, preñada de una cría de mula”, y así, en total cinco premios. La carrera va a empezar, Homero enumera y da antecedentes, no sólo de

cada competidor, sino cada caballo, y luego narra la carrera con la habilidad de un locutor de carreras de automóviles. Porque en efecto, son muy parecidas. “Los conductores iban erguidos en las cajas [de mimbre] y a todos les palpita el corazón por el afán de victoria.” Sigue luego, la pelea de box, o “doloroso pugilato” como lo llama Homero, en la que Epeo vence, por nocaout en el primer asalto, a Euríalo y se lleva el premio mayor, una mula “tenaz para la labor”. Siguen las luchas, en las que empatan Ulises y el gigantesco Áyax Telamonio. En los premios de las luchas se registra una singularidad: primer premio, el consabido trípode y 12 bueyes, segundo, una mujer, tasada, la pobre, en sólo cuatro bueyes de precio.

Sigue luego la carrera a pie, 100 metros planos, en la que vence Ulises, pero con ayuda, como siempre, de Palas Atenea, de azules ojos. El siguiente deporte es el único raro, y peligroso: se invita a dos guerreros a que “cojan el bronce, tajante de la carne, y se pongan a prueba” y el primero que hiera a través de la armadura, gana. Premio, la daga tachonada de plata que Aquiles arrebató a Asteropeo. Este juego tiene que interrumpirse por su peligrosidad.

Los juegos continúan con el lanzamiento de bala, “un bloque de hierro en bruto”, y terminan con una competencia de tiro al pichón con arco. El blanco, “una tímida paloma”.

Y con este flechazo finalizan los juegos funerarios de Patroclo, y con el final de los juegos termina también la trabajosa disertación aquí leída. Muchas gracias por su paciencia.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON HUGO HIRIART*

Diego Valadés

Señor director, distinguidos colegas, señoras, señores.

Dar la bienvenida a don Hugo Hiriart como académico de número para ocupar la silla XVIII de esta corporación es una grata encomienda que agradezco a nuestro director.

Todos los presentes estamos familiarizados con la versátil obra narrativa, dramática, ensayística y plástica de Hugo Hiriart. Conocemos la solidez de su cultura, la profundidad de su pensamiento y los encantos de su personalidad. Hoy nos llenamos de alegría porque aceptó el llamado de la Academia Mexicana de la Lengua para ocupar la silla que dejó vacante por retiro don Silvio Zavala, historiador y jurista que ha dado lustre a la cultura mexicana y en particular a esta Academia, acerca de quien hemos escuchado el elegante elogio hecho por su digno sucesor.

Nuestro nuevo académico llega precedido por múltiples y merecidos reconocimientos. Entre los premios recibidos figuran el Villaurrutia, por *Galaor* (1972); el de la Asociación de Críticos, por *Ginecomaquia* (1980); el Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón (2000), el Nacional de Ciencias y Artes (2009) y el Mazatlán, por *El arte de perdurar* (2011). Ha obtenido, asimismo, el Woodrow Wilson (1988) y un par de arieles: uno por el guión del documental *Xochimilco, historia de un paisaje* (1990) y otro por el del largometraje *Novia que te vea* (1993). Estos filmes fueron acreedores a otras distinciones adicionales que hablan de la creatividad de su directora, Guita Schyfter cuyo diálogo conyugal con Hugo enriquece

* Respuesta al discurso de ingreso de don Hugo Hiriart a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología el 8 de mayo de 2014.

por igual el lenguaje cinematográfico y el lenguaje literario. Las imágenes de la cineasta, llenas de registros sugerentes y seductores, se complementan con parlamentos memorables que resultan de una colaboración artística ejemplar.

Para cosechar tan relevantes triunfos Hugo Hiriart ha trabajado con dedicación. Primero lo hizo como estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México donde tuvo como guías e interlocutores a maestros tan eminentes como José Ma. Gallegos Rocafull, José Gaos, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón, Luis Villoro y Ramón Xirau. Esos estudios de filosofía se alternaron con los de pintura en La Esmeralda. Luego su vocación inquisitiva y creativa puso lo demás. A la edad de 30 años publicó su primera novela y fue una aparición categórica: *Galaor* reflejó el gozo por la escritura.

Más tarde vendría la exploración de nuevos temas y el hallazgo de otros códigos interpretativos. Con cuánta destreza, por ejemplo, se reitera en *Cuadernos de Gofa* (1981) la entrada del profesor al Club Suizo, incorporando en cada caso un nuevo elemento, hasta que por fin el protagonista confiesa: “Ese profesor soy yo. Me he valido de un ardid estéticamente inofensivo para principiar estos escritos porque en ellos puedo ejercer sin ningún peligro mi disposición de poeta clandestino y porque yo también tengo pasión fantasiosa por mirarme desde fuera”.

En su novela, en su cuento infantil y en su ensayo está presente un gran estilo personal de asociar imágenes e ideas a través de una prosa luminosa. Su éxito se extiende al teatro, que cultiva como dramaturgo y como dramaturgista. Sabe ensamblar erudición, análisis, amenidad y buenas letras. Como toda alta literatura, la suya es para ser leída y releída. Seleccioné algunos fragmentos para ustedes. Juzguen por ustedes mismos el uso magistral de la palabra que singulariza a nuestro nuevo académico.

Cuando algo le resulta de tal manera excesivo, nos dice que “Es tan inverosímil [...] que no parece inventado”. Es una forma elegante de aseverar que a veces lo absurdo se confunde con lo real. Por eso deja caer en otra entrega que “La linde entre lo real y lo imaginario nunca es precisa”.

Por mi parte, como abogado, he llegado a pensar, no siempre en broma, que para conocer nuestra realidad es preferible una buena novela, pues para ficción son suficientes las leyes.

El escritor extrae de su experiencia regularidades que también son aplicables a otros campos del quehacer intelectual. Una de ellas es la fuerza de lo

imprevisible que enuncia como el “limpio azar, siempre puro y refrescante, tan superior en inventiva a la vacilante fantasía humana”. Hace años otro ilustre miembro de esta casa, Ruy Pérez Tamayo, examinó el papel del azar en la indagación científica y nos entregó su extraordinario ensayo *Serendipia* donde explica las claves de muchos hallazgos fortuitos. La disposición vigilante del descubridor de formas estéticas o de fórmulas científicas opera con elementos semejantes: conocimientos, intuiciones y accidentes.

El Hiriart filosófico aparece en toda su obra. En la novela, en el teatro y, por supuesto, en el ensayo nos ilustra con sus conocimientos, nos involucra en sus preocupaciones y nos invita a la reflexión. La ética y la teología entran en el rico universo de temas que aborda con soltura y creatividad. En un momento, conjugando a Séneca y a Tomás de Aquino, acuñó un aforismo cuya inspiración les atribuye: “Ninguna cosa se compra más cara que la que se adquiere con súplicas”.

En una afortunada asociación vincula los placeres del atril y de la mesa: libros y viandas. Por eso se declara “lector goloso”, ávido de matices, de detalles. Acerca del tema que hoy ha abordado, hace tiempo dijo que si a algún lector se le interrogara: “¿Ya leíste la *Ilíada*?”, vacilaría al responder. En un sentido sí, desde luego, ya la recorrió. En otro sentido, no, no ha terminado de leerla, y sabe que, dado el número de menudencias deliciosas, nunca va a darle fin a la lectura”.

Con esa perspectiva nuestro académico nos regala ahora una nueva reflexión homérica. El ya mencionado privilegio de expresar estas palabras de bienvenida me significó también el conocimiento anticipado de la oración académica cuya lectura todos escuchamos, deleitados, hace un momento.

La presencia de Homero es una constante en la obra de Hugo Hiriart. *Galaor*, por ejemplo, representa una hazaña literaria donde el autor ensambla con maestría la epopeya troyana, la magia artúrica y la heroicidad caballeresca, aderezando todo con las inquietudes existenciales de la vigésima centuria. En esencia, *Galaor* es una obra poética y filosófica; fluye con gracia y tersura; cada párrafo fue trabajado con fruición y esmero. El manjar literario, para utilizar uno de los frecuentes recursos estilísticos de su autor, es una auténtica obra maestra, si por tal cosa entendemos una expresión artística admirable por su originalidad y por la excelencia de su elaboración.

Como en la disertación de esta tarde, en *Galaor* está presente Homero. Allí encontramos a Automedonte, que en la *Ilíada* aparece en diversos pasajes como escudero, como auriga y como compañero de Aquiles. En *Galaor*

figura, asimismo, Janto, un corcel volador y parlante que balbucea “Troya”, “Criseida”, “Briseida”, y que en la obra de Homero es el caballo de Aquiles (rubio como el nombre indica, conocido en la jerga ecuestre como palomino) también dotado de voz, que volaba como el viento (canto xvi, 226), y que vaticinó la muerte a su amo (aquí utilizo la versión rítmica de Rubén Bonifaz): “Y en verdad, poderoso Aquileo, aun te salvaremos ahora / pero cerca de ti está el día ruinoso, y no somos nosotros / culpables, sino el gran dios y el fuerte destino”, a lo que el héroe respondió “Janto, ¿por qué me adivinas la muerte?” (canto xix, 406 y ss.).

Hugo Hiriart, como todo lector contemporáneo, se estremece ante el que llama “horrible” aniquilamiento de 12 jóvenes, “valerosos hijos de los magnánimos troyanos” (canto xxiii, 181), a quienes Aquiles destinó a la pira donde se consumían los restos de Patroclo. La escena exhibe un extremo de vesania inexplicable desde un punto de vista del moderno derecho de guerra, porque los inmolados eran inocentes de la muerte del amigo y habían sido aprehendidos en combate (canto xxi). Lo llamativo de este cuadro consiste en que los sacrificios humanos fueran vistos con naturalidad en el mundo clásico.

Hace 10 mayo apareció *El actor se prepara*. Es muy afortunado que precisamente en el décimo aniversario de esa novela mayor del estilo *hiriartiano* su autor ingrese a la Academia Mexicana de la Lengua. Conmemoremos por ende la publicación de esta original trama policial que enmarca reflexiones existenciales, metafísicas y estéticas, y que discurre en los dos espacios donde actúa el protagonista: “soy —dice el relator—, dos personas diferentes: una hacia fuera, la otra hacia adentro [...] no sé cual de los dos soy, si el actor que aparece en público, cortés, con empaque, conversador, o el que discurre a solas, asustado, inseguro, desconsiderado, menesteroso y precario”.

En esa notable novela postula que dios es inamisible para quienes lo tienen, alude a la oración religiosa como “atención muy dirigida”, afirma que la experiencia humana es evanescente y sostiene que hacer historia es “vencer la vertiginosa muerte de todo con el recuerdo articulado”. La narración muestra la entraña del poder corrupto, las pulsiones del amor y un rico mosaico de caracteres humanos.

De Hugo Hiriart tenemos muchos retratos. He seleccionado dos para compartirlos con ustedes en esta velada. Uno lo debemos a la inteligente mirada de nuestra colega Silvia Molina. Dice de Hugo que es “un elaborador de teorías (extravagantes, raras, dulces, hermosas), un escritor de nuevas me-

tamorfosis; un escritor inquietante, lleno de devociones, de inteligencia maliciosa, de creatividad y, sobre todo, de generosidad pues cuanto escribe es para iluminar y estimular la imaginación y la creatividad de su lector”.

Otra imagen procede del autorretrato donde nuestro multifacético académico se bosqueja a sí mismo a partir de sus gustos (octubre 10 de 2010). ¿Qué le gusta? Muchas, muchísimas cosas. Entresaco unas cuantas pinceladas de la poética prosa con la que esboza su propio perfil:

Me gustan los trenes y los hoteles breves, ver desarrollarse el paisaje en los viajes por tierra y el arroz con chícharos en las fondas mexicanas [...]. Y los tonos de verde en las translúcidas hojas de plátano heridas por el sol y la vida del doctor Johnson que a lo largo de la suya propia fue redactando el entusiasta Boswell, y el rechinado de la madera de las carabelas en el silencio de la noche, sobre todo en las películas de piratas [...]. Y me gustan los anteojos que ven a través de las paredes y las manzanas que todo lo curan [...] y los caballos blancos que vuelan y los ríos que hablan y cuentan historias y las islas vivientes, siempre peligrosas, y los genios encerrados en botellas [...]. Y también me gusta la timidez de los adolescentes, los trapeartistas de circo [...] y las peleas de box que gana el que va perdiendo [...] y me gusta una metáfora donde se use la palabra “escolopendra” [...] y el timbre del violonchelo [supongo que más todavía cuando es pulsado por Carlos Prieto].

Lo que ese autorretrato nos muestra es que Hugo Hiriart no hace literatura; es literatura. En esta corporación, que se enorgullece al recibirlo, su labor individual enriquecerá el trabajo colectivo, en especial el que ve con la recreación de la lengua. A manera de ejemplo mencionaré uno de sus ingeniosos conceptos. “El tiempo (dice, y esto hará las delicias de la querida colega Concepción Company) consiste en una sucesión de presentes, de ‘ahoras’, y aun de ‘ahoritas’ y ‘ahorititas’.”

Este elogio de bienvenida tiene mucho de subjetivo pero no de parcial; mi objetividad no se quebró ante el afecto ni se venció ante la admiración. No hace falta que me extienda más en citar y en exaltar lo que Hugo ha dicho, porque para eso lo tendremos en esta casa de la palabra, para que él mismo nos lo siga diciendo, aquí, y de aquí en adelante. Bienvenido Hugo, amigo querido, escritor admirado.

LAS TERMINOLOGÍAS DE LAS FIESTAS RELIGIOSAS EN EL ÁREA DE SAN MIGUEL DE ALLENDE*

Yolanda Lastra

Señor director, señores miembros de la mesa directiva, colegas y amigos.

Quisiera expresar mi agradecimiento a los académicos que votaron para elegirme como miembro y especialmente a Concepción Company, a Ascensión Hernández y a Leopoldo Valiñas por haberme propuesto. La silla XI que se me ha asignado fue de don Ernesto de la Peña a quien admiro. Nunca podré igualar su sabiduría y erudición. Todos disfrutamos de sus programas de radio: *Testimonio y celebración* y *Al hilo del tiempo* en los que abordaba los más diversos temas relacionados con la religión, la historia y la filosofía explicando todo con suma claridad.

De sus libros sólo mencionaré dos: *Castillos para Homero* y *La rosa transfigurada*. En el primero de ellos dice que expondrá algunas de las más llamativas correspondencias homéricas con ciertas culturas del cercano Oriente así como los posibles contactos internos con el mundo egeo; ofrece su meditación y sus conclusiones al padre de la poesía occidental.

Desde el punto de vista lingüístico, lo que dice De la Peña de la lengua de los poemas homéricos es que su lenguaje era artificial lleno de préstamos, fruto de diversas combinaciones, mezclas e hibridaciones que se originaron en las condiciones histórico-geográficas del mar Egeo. También señala que hay que estar conscientes de que esa lengua homérica no se habló nunca ni se empleó jamás como vehículo de comunicación. Es razonable suponer que el luviano, lengua íntimamente relacionada con el hitita, fue probablemente la lengua materna de los troyanos; los griegos la entendían sin hacer demasiado esfuerzo.

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académica de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el jueves 22 de mayo de 2014.

La rosa transfigurada nos conduce por diversas literaturas a través de la historia, notablemente al Paraíso de Dante con Beatrice donde la rosa mística se convierte en luz. Se suele decir que “El Infierno” es más divertido y más interesante que los otros cantos, sin embargo De la Peña nos hace desear leer otra vez “El Paraíso” y tal vez compartir la admiración que le tiene a Dante.

Aquí dejo estos comentarios sobre mi ilustre predecesor, lexicógrafo notable, conocedor del español popular, según nos dice Concepción Company, y paso a esbozar ante ustedes un trabajo sobre “La terminología de las fiestas religiosas en el área de San Miguel de Allende”.

La investigación que presentaré ante ustedes tiene dos aspectos. El primero de ellos es el que permite ofrecer una aportación al conocimiento de la diversidad del español de México. El segundo es que señala la diversidad existente en el marco de su uso oral y de sus significados culturales particulares. Acercarnos a nuestra lengua por medio del trabajo de campo es acercarnos a sus hablantes y a los usos y significados que adquiere en diferentes contextos. En el caso presente me referiré a las fiestas religiosas en un territorio particular. Ofrezco por lo tanto un fragmento de nuestro idioma que no deja de llamar la atención por los diferentes significados que adquiere y las variadas funciones culturales que lo acompañan. Espero animar a otros estudiosos a continuar con el estudio del español oral de México.

Trataré de detalles léxicos, dialectológicos, en el sentido geográfico, y al mismo tiempo de variedades asociadas con prácticas rituales. Lo que llamo área de San Miguel se refiere a comunidades dentro del municipio de San Miguel de Allende y a la Misión de Chichimecas que se localiza en San Luis de la Paz, Guanajuato. La razón para escoger este último sitio y no otros en los municipios aledaños (San José Iturbide, Comonfort, Juventino Rosas, Dolores Hidalgo así como los municipios colindantes del oriente de Querétaro) es el hecho de que hay personas en San Luis de la Paz que tienen una estrecha relación con Cruz del Palmar, una ranchería de San Miguel. Durante sus fiestas patronales se visitan recíprocamente y ambos grupos comparten ritos y costumbres.

En la década de los noventa buscaba yo hablantes de otomí en Guanajuato y, como quedan pocos, consideré un gran hallazgo conocer a un hombre en Cruz del Palmar que dominaba la lengua. Posteriormente me invitaron a asistir a la fiesta en honor a su patrono, el Santo Entierro, que se celebra a fines de diciembre y principios de enero. Así empezó mi interés por las fiestas.

Para este trabajo seleccioné 95 términos que me parecieron de interés y entrevisté a 23 personas para que los explicaran, en el caso de que fueran de su conocimiento. Doce de los entrevistados viven en diferentes barrios de la ciudad de San Miguel; tres fuera de ella, pero dentro del municipio; seis en la Misión de Chichimecas y una señora en la ciudad de San Luis de la Paz. Además entrevisté a una joven otomí que vive en el Mezquital con el objeto de tener un punto de comparación. Esto sirvió para demostrar que no hay ritos otomíes uniformes.

Entre los entrevistados que viven en la ciudad de San Miguel, una mujer de 90 años es hablante de otomí, proveniente de una ranchería que está cerca de la presa de Allende; cinco de ellos son descendientes de otomíes; respecto a los otros cinco, estoy segura de que dos no son descendientes de ellos y los tres restantes podrían serlo. Los tres de las comunidades de fuera de la ciudad son descendientes de otomíes, pero no hablan la lengua.

En cuanto a los de la Misión, tres hablan chichimeco y tres no; uno de los no hablantes es el mayordomo de los chichimecas que organizan la fiesta de San Luis Rey, pero su padre, a quien conocí, sí hablaba la lengua; hay dos mujeres entre los que ignoran la lengua, pero una está casada con el encargado de la fiesta de la virgen de Guadalupe y la otra estuvo casada con un hablante de chichimeco.

Creo que en el caso de la Misión lo más importante es saber quiénes participan en la fiesta de San Luis y quiénes en la de la virgen de Guadalupe porque los primeros visitan la Cruz del Palmar, en tanto que los otros se quedan en San Luis y no tienen contacto con otomíes.

Lo anterior da una idea de la heterogeneidad existente en el área; ahora pasemos a considerar algunas de las fiestas en sí mismas. No habría tiempo de hablar de todas ellas por lo que trataré de dar una idea de algunos de los rituales existentes empleando las palabras que utilizan los propios participantes.

Lo primero que se debe hacer un mes antes de que llegue la fecha de la fiesta es pedir *permiso* a las *ánimas* benditas para celebrarla. Según el principal organizador de la llamada Reseña del Señor San Miguel las *ánimas conquistadoras* son los ancestros que nos dejaron estas santas devociones *levantando* a mucha comunidad. [Para la fiesta de la Santa Cruz, nos dice, se va al puerto de] “Calderón a pedir que nos abran las puertas, que no tengamos ningún contratiempo”; se va primero al *calvario* que tiene una cruz de gran tamaño; la encargada la *soma* con *copal* primero enfrente, después atrás y posteriormente a los lados;

otro encargado coloca dos *bastones* de carrizo adornados con *cucharilla* amarándolos a la cruz mientras otros dejan *ofrendas* de fruta, dulces, galletas y flores; entonces los *mayordomos* de las comunidades representadas persignan con *copal* a todos los presentes uno a uno. Los que *acompañan* lo hacen para expresar con su presencia la *unión* y *conformidad* o sea la armonía y buena voluntad necesarias para celebrar el rito.

Después se va a otro calvario situado enfrente de la capilla, se sahúma y se dejan ofrendas; todo esto se hace mientras otra persona toca la mandolina y canta *alabanzas* y los asistentes, los respectivos estribillos.

Entonces se sahúma la puerta de la capilla en caso de que no se pueda entrar y se dejan otros bastones y ofrendas. Un rito semejante se hace enfrente de otra cruz que está un tanto alejada, así como en el sitio donde según la tradición murió un franciscano flechado por chichimecas. En un acantilado donde hay una cueva murió otro fraile y ahí también se sahúma, se canta y se reza. Es notable el que se conserve esta tradición que, en realidad, es un hecho histórico retomado por Jiménez Moreno de fray Juan de Torquemada quien relata que fray Francisco Doncel vino a la Nueva España procedente de Andalucía. Por sus méritos lo hicieron guardián del Convento de la Villa de San Felipe. Tuvo que viajar a México a tratar con el virrey don Martín Enríquez [1568-1580]. Volviendo a su monasterio pasó por Celaya donde se le unió fray Pedro de Burgos, anciano sacerdote. Partieron de Celaya para San Miguel y al pasar de un portezuelo que llaman de Chamacuero, dieron sobre ellos unos chichimecas infieles que los mataron a flechazos (p. 625).

Después de una pausa para comer, todo el grupo se dirige al panteón de Nuestra Señora de Guadalupe, primero a una capilla y luego, frente a una tumba central, los mayordomos de las comunidades colocan y encienden 100 velitas de sebo junto con monedas de limosna. Consumidas las pequeñas velas y ya limpio el sitio, la encargada principal da las gracias a todos finalizando sus palabras diciendo “¡Él es Dios!”; si otros se dirigen a los presentes también terminan con esa invocación.

La fiesta de la Santa Cruz se celebra en muchas comunidades de los barrios. Cada una tiene su *mesa* que es el grupo organizador. Entre los barrios más antiguos está Guadiana, algunos de cuyos miembros suben al monte de Uma a adorar y bajar una cruz. Otros barrios son la Palmita, Ojo de Agua y Valle del Maíz. En este último se preservan muchas tradiciones; además, un día antes de la fiesta, un jueves, invitan, desde hace varios años a dos grupos de la sierra de Xichú.

El viernes durante el día se hacen los preparativos para el ensaye real, que empieza al atardecer. Después de una ceremonia a los *cuatro vientos* en el atrio con la presencia de todos los *cargueros*, la *Santa Cruz peregrina*, como se denomina a una cruz de madera que representa a la de cantera que se queda en el altar, inicia la procesión del ensaye real que también se llama *entrada de la flor* porque en su recorrido a la gente del Valle se le van agregando vecinos con flores las que después servirán para adornar el altar.

Además de un cohetero, la procesión va encabezada por la *rosa* que consta de la *palabra* que es el sahumerio llevado por el mayordomo, la *demandita* que es la imagen, en este caso la *cruz*; la pasión, bandera roja ceremonial, nunca desplegada, portada por una mujer, que también toca una *campanita*; flores rojas y dos velas. La rosa va por el Callejón del Valle y sube hasta la cruz arriba del Palo del Cuarto (así llamado porque ahí sepultaron la cuarta parte del primer mayordomo existente que fue descuartizado por chichimecas). Dicha cruz está situada por la salida a Querétaro. El mayordomo sahúma la cruz por enfrente haciendo la ceremonia de los cuatro vientos: se arrodilla, hace la señal de la cruz dos veces con el sahumerio frente a la imagen; da media vuelta, repite la operación; da un cuarto de vuelta y vuelve a sahumar; da media vuelta y sahúma a la cuarta dirección. Mientras el mayordomo sahúma, los que acompañan hacen las vueltas y flancos muy respetuosamente y la campanita no deja de tocar. En todo esto participan los grupos de flauta y tambor denominados *tunditos* que provienen de Dr. Mora.

Detrás de la rosa vienen las danzas: *Apaches*, cuyo *viejito* es un soldado con un oso encadenado; *Sonajeras*, niñas con sombrero de ala relativamente ancha adornado de flores; *Rayados y franceses* con dos muertes con machetes; *Enfermeras* (mujeres con indumentaria semejante a la de la Cruz Roja) y hombres de taparrabo; *Soldados* (hombres con uniformes modernos). Estos dos últimos grupos no tienen conjunto musical en tanto que los primeros sí.

Los llamados *viejitos* son personajes graciosos que acompañan a todas estas danzas. Pueden ser personas disfrazadas de muertes, diablos o viejitos. Su función aparente es la de hacer reír, pero la más profunda es recordar la muerte y que “si son malas gentes se los tiene que llevar el diablo”.

La comitiva baja hasta el mirador donde bailan las danzas durante un tiempo bastante largo y después regresan al barrio y al entrar al atrio repican las campanas.

Entran las danzas de rodillas. Les pasan una canastita donde ponen su limosna. Entregan alguna ofrenda, todos se persignan, se levantan y se van caminando para atrás en señal de respeto. Con cada danza se repite el ritual.

Mientras todo esto se lleva a cabo en la iglesia, en una casa se hacen preparativos para *tejer el súchil*, también denominado *crucero*; se trata de un arco de madera maciza (semejante a la de las vigas que sostienen un techo) que se decora con *cucharilla*, flores e hinojo. Generalmente ostenta una cruz como remate. La cucharilla es la parte blanca en forma de cuchara de un agave especial que se produce en los cerros aledaños. Se empieza a decorar el crucero en la noche cuando la cucharilla ya se ha bendecido. Mientras se trabaja hay música especial de los conjuntos de flauta y tambor. Esto constituye lo que se llama la *velación del súchil*.

El sábado en la madrugada hay alborada, que consiste principalmente en música y cohetes. A las 11 de la mañana se hace la ceremonia de la puesta de los bastones a las cruces del cuarto. A las tres de la tarde, después de sacralizarlo con copal, se para el crucero, hecho la noche anterior, frente al salón de actos junto de la iglesia. En cuanto lo paran repican las campanas. Los danzantes entran a la iglesia a persignarse y salen caminando para atrás. En un llano cercano se hacen *guerritas* entre soldados y apaches. Se reparte a todos los asistentes un sabrosísimo *atole* de cáscara de cacao.

Todos los danzantes bailan, cada grupo por su lado con sus respectivos conjuntos, excepto un cuadro de *locos* disfrazados y enmascarados que tienen equipo de sonido y bailan al compás de música moderna junto con varias mojigangas.

Ya al atardecer, como tres horas y media después de su llegada, se van retirando los participantes, los apaches llevando a sus prisioneros. A las nueve de la noche empieza la velación general. Para entonces la capilla está muy adornada con flores rojas y blancas. Hay gente que visita la cruz incluyendo *concheros* que van a tocarle y a cantarle alabanzas.

Por la noche van entrando las comunidades que llegan de visita con su rosa y para darles la bienvenida tocan los concheros. Cuando terminan de recibir las ofrendas de la primera comunidad, les ofrecen comida, llamada *reliquia*, a los visitantes y sale el mayordomo con los concheros a recibir a la siguiente y así, sucesivamente, hasta que llega la última.

A veces hay mayordomos de comunidades que se dirigen a todos los asistentes para saludarlos y otros mayordomos rezan junto con las personas que los acompañan. En todos estos casos se termina con la invocación a la santa cruz: “¡Él es Dios!”. Y todos contestan: “¡Él es Dios!”.

El domingo hay alborada, mañanitas y misa. Después se inicia un desfile al centro de la ciudad, con todas las danzas. Esta vez se lleva a la cruz en un carro alegórico. Todo el desfile baja al pueblo y reparten dulces al pasar.

Unas horas más tarde entran los *parandes* especie de marco de madera como del tamaño de una pequeña cama, al que se le pone una tela, por ejemplo un mantel, para darle cuerpo. Ahí se cuelgan piezas grandes de pan dulce que se manda a hacer especialmente. Algunos parandes están adornados y otros tienen los panes exclusivamente. Se colocan recargados contra la pared en la esquina del Callejón del Valle y de la salida a Querétaro donde está otra de las cruces del Palo del Cuarto. La rosa y las danzas salen hasta ahí donde se hace la ceremonia de los cuatro vientos ante cada parande. Después regresan al atrio las danzas; los parandes se colocan afuera de la iglesia para su venta. El objeto de hacerlos es recabar dinero. La persona que hace un parande da de limosna el doble de lo que le cuesta el pan. Otra persona compra el parande, es decir los panes, y se los lleva a su casa más tarde. El comprador está obligado a ofrecer un parande el año siguiente, pero aumentándole tres piezas de pan al número que recibió.

A las ocho de la noche empieza la que será la última actividad de la fiesta que es la representación del Coloquio del Tesoro Escondido. Simultáneamente hay *palo ensebado*, fuegos pirotécnicos con un gran *castillo*. Después de su quema, se empieza a ir la mayoría de la gente, y sólo quedan los coloquiantes y su público que se va haciendo cada vez menos numeroso porque la representación termina a las 6:30 de la mañana.

Últimamente, además de la fiesta ya descrita, un grupo decidió celebrar otra, también para honrar a la Santa Cruz, pero más sencilla y menos larga, el 3 de mayo en lugar de esperar a la fecha que se le había asignado al Valle del Maíz, último domingo de mayo. La víspera hubo velación. Al comienzo el sargento prendió cuatro velitas de sebo colocándolas en forma de cruz sobre unas ramitas de hinojo. Otra velita se pone un poco separada de las demás y simboliza *l'ánima sola*, una que no tiene quien rece por ella; no todos conocen el término, pero sí conservan la costumbre. Se hacen *limpiás*, que suelen llamar bendiciones, cada vez que llega un mayordomo de otra comunidad. Es decir, el mayordomo que recibe o el sargento encargado toman las flores que el devoto recién llegado lleva a ofrendar, o si no, escoge algunas del altar y con ellas toca la cabeza del devoto y las pasa por sus brazos y su cuerpo y luego se las da a besar. En vez de flores esto se puede hacer con una veladora que el devoto ofrezca. Al mismo tiempo el oficiante reza y pide que se aleje el mal y se proteja a la persona.

Ya que llegaron los representantes de las 22 comunidades invitadas se procedió a asignar los trabajos correspondientes para que *levantaran la palabra* (aceptaran el trabajo) los nombrados.

Otra fiesta interesante es la de la ranhería de la Cruz del Palmar, que fue de habla otomí hasta hace muy poco, con la peculiaridad de que la comunidad que llega de visita es de San Luis de la Paz como ya se mencionó. Algunos de los visitantes hablan chichimeco, otros son mestizos de la ciudad que últimamente se autodenominan guachichiles. Los visitantes llegan por el lado de un lecho de río con capelos en los que llevan imágenes de su patrón San Luis Rey; la gente de la Cruz los va a recibir con imágenes de su propio patrón, el Santo Entierro. Acuden el mayordomo y la *tenancha*, que lleva la pasión y la campanita junto con muchos devotos. El encuentro que celebran sahmando y besando a los respectivos santos es muy ceremonioso y conmovedor. Posteriormente todos se dirigen a la iglesia adonde los que tienen una manda entran de rodillas.

Hay dos velaciones simultáneas, la de la flor y la de la cucharilla; en las que algunos aceptan trabajar durante la velación en preparar varios bastones y dos *custodias*, también llamadas *ramilletes*, decorando una base de madera (de forma semejante a la que se utiliza en la iglesia católica para exhibir una hostia consagrada) con cucharilla y flores que adornarán el altar a la mañana siguiente. Se sirve atole y se reparte pan a los asistentes que cantan alabanzas, y cuando se dirigen a algún participante lo tratan de compadre o comadre aunque no haya propiamente un lazo de compadrazgo.

Al día siguiente se paran los cruceros, uno enfrente del calvario que está arriba de un monte que fue *cuicillo* prehispánico y otros dos en el lugar que tienen asignado en el atrio de la iglesia. En Cruz del Palmar, como parte de la danza de apaches y franceses, que simulan combates con verdaderos machetes, se escenifica una representación de captura de indios, uno a uno, en la que la muerte le saca el menudo al indio y se lo avienta a la concurrencia; de todos modos revive y se vuelve a su lugar.

También hay danzas de sonaja en las que participan niños y niñas que al bailar una especie de minuetos siguen el ritmo de la música de un violín con sonajas de hoja de lata que llevan dentro piedritas de hormiguero. Hacia el atardecer, en uno de los últimos días de la fiesta, un *flashico* se pega con una vara de membrillo logrando que la gente le aviente monedas que posteriormente ofrecerá al templo.

La víspera del día del cambio de cargos por la mañana se lleva a cabo el paseo de la vaca, un animal que se adorna con una *cuelga* de verduras y se pasea por los lugares sagrados con el objeto de sacralizarlo, ya que servirá para

preparar un *caldo* que todos consumirán la noche siguiente cuando se celebra el cambio de cargos. Dicha ceremonia comienza con la recogida de los panes: el mayordomo encabeza gente de la comunidad para ir casa por casa a visitar a los *cargueros* salientes quienes ofrecen un pan y varios pilones de piloncillo que posteriormente entregarán a los *cargueros* entrantes. Al final de toda la fiesta se lleva a cabo el *combate*, que no es más que el lanzamiento de dulces a cargo de los danzantes.

Para terminar se quema un castillo, se lanzan bombas y también hay *toritos*, armazones de carrizo en forma de toro; tienen pólvora y una persona los maneja para asustar a los presentes. A veces, alguno de los organizadores comenta que está satisfecho de haber *cumplido* con la *obligación*.

La cabecera del municipio, San Miguel Allende, tiene como patrón a San Miguel Arcángel en cuya fiesta participan no sólo habitantes de la ciudad sino muchas comunidades aledañas. Cada una prepara un *súchil* y acude con alguna danza. Las hay de pluma o *danza azteca*, de rayados y franceses, y algunas otras. Es espectacular la llamada entrada de los súchiles que últimamente está perdiendo su significado religioso, ya que la municipalidad establece el orden en el que han de entrar junto con danzas traídas de fuera. Sin embargo, todavía se hace un encuentro tradicional solemne frente a la llamada Cruz de la Carrera, que es otra de las del Palo del Cuarto. Anteriormente la Cruz de Calderón encabezaba el desfile, pero como ha sido robada, ahora hay mojugangas que van por delante.

Por lo que respecta a San Luis de la Paz, las dos fiestas principales, las de la virgen de Guadalupe y la del santo patrón, San Luis Rey (25 de agosto), ambas inician en la Misión de Chichimecas donde se elaboran *chimales*, nombre que se les da a los que en San Miguel se llaman súchiles. Ambas fiestas comparten muchas de las características de las de San Miguel, pero no se piden permisos para celebrarlas; durante las velaciones hay música, pero no se elaboran bastones ni custodias. En la de San Luis van los mayordomos y las danzas al encuentro con los provenientes de la Cruz del Palmar a una capilla en la colonia San Ignacio. Por la tarde se baja el chimal a la ciudad para pararlo frente a la pequeña iglesia de San Luisito. Suele haber otro, aportado por la comunidad de El Toreador.

Durante los días siguientes la demandita del Santo Entierro es recibida de visita en casas particulares donde se le arregla un altar y se hace una velación durante la cual algún devoto que así lo desee puede *coronarse* como *esclavo* del Santo Entierro. Para ello escoge un padrino (o madrina, si se trata de una mujer) de

Cruz del Palmar y promete acudir ahí durante la fiesta siempre que le sea posible y visitar a su padrino. Luego reza un Padrenuestro y le besa la mano al padrino.

Para la fiesta de la virgen de Guadalupe un mayordomo, o su representante, seguido de danzas y tambora van por la noche del 10 de diciembre a hacer el recorrido, es decir, acudir a la casa de cada uno de los esclavos de la virgen a recordarles que al día siguiente hay que terminar de tejer el chimal y hacer otros preparativos para pararlo enfrente del Santuario.

Al día siguiente se recibe, haciendo un encuentro con copal y música, lo que será el remate del chimal que no es una cruz sino un águila de cucharrilla que ahí llaman también chimal. La elaboración, sacralización y colocación de este símbolo se realiza con rituales especiales. Sigue la repartición de la reliquia, término que designa la comida que se ofrece en las fiestas en toda el área. Entonces unos 14 hombres cargan el chimal para llevarlo hasta el atrio del Santuario donde se le coloca el águila y se logra pararlo.

Doce de los términos que he utilizado al describir algunos de los rituales son conocidos por todos los entrevistados; pertenecen al español general (palo ensebado) o al mexicano (atole). El resto tiene diversas acepciones y los hablantes definen cada uno a su manera, o simplemente lo desconocen.

Hay un grupo de términos que yo consideraría como especializados y que todos los de San Miguel conocen, exceptuando a una maestra y un contador de la ciudad de San Miguel. Entre estos términos están: alabanza, ánima conquistadora, apache, atole, compromiso, concha, conchero, conformidad, francés, otomí, mayordomo y danza de pluma.

Lo más interesante es la diferencia que existe entre los dos municipios; salvo los provenientes de la Misión o de la ciudad de San Luis que visitan Cruz del Palmar con cierta regularidad, hay términos que solamente se usan en el área de San Miguel: bastón, custodia, ramillete, crucero, súchil, cuelga, demandita, parande, paseo de la vaca (toro), pasión, permiso, rosa. A la inversa, los de San Miguel por lo general desconocen San Luisito, chimal, esclavo, recorrido.

Casi todos los entrevistados usan *somador* y *somar*, pero algunos dicen *somerio* y *someriar*. Solamente los muy cultos reconocen *sahumador* y *sahumar*.

Por otra parte hay palabras exclusivas de Cruz del Palmar: changos (para viejitos o mascarudos), tenancha, cuisillo; flashico aparece también en la Cienegueta. Entre los términos usados por todos hay bastantes que aparecen en el *Diccionario de la Real Academia Española*, pero que tienen un significado especializado entre los participantes de los rituales; otros, sencillamente no aparecen.

El *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana de la Lengua incluye algunos de dichos términos, pero no todos, y entre los incluidos se podrían hacer algunas precisiones en la definición. En seguida se señala en qué categoría se hallan los términos. Los que no encontré en el *DRAE* son: ánima conquistadora, apache, chimal, cohete conchero, cucharilla, flashico, levantar la palabra, otomí, parande.

Espero ya haber tratado cada uno al describir brevemente algunos de los ritos. Otros que me parecen de interés son Cuicillo y ¡Él es Dios!

Cuicillo es diminutivo de cu, templo o adoratorio de los indígenas prehispánicos (montículo artificial según el *Diccionario del español de México, DEM*). Los conquistadores oyeron cu en el área maya y extendieron su uso a otras regiones. Según Lucero Meléndez, especialista en huasteco, dicho término está presente en varias lenguas mayas: cholano clásico, textos de yucateco y huasteco. Está atestiguado como *k'uh* en algunas inscripciones y en diversas fuentes coloniales.

¡Él es Dios! Exclamación de los chichimecas cuando vieron en el cielo una cruz luminosa y a Santiago apóstol en su caballo. Dicho mito forma parte de las creencias que mucha gente tiene en Querétaro: se trata del final feliz que tuvo la batalla entre chichimecas paganos y conquistadores cristianos en el cerro de Sangremal. Otro mito semejante se cuenta en San Miguel de Allende: iba a librarse una batalla entre otomíes cristianizados y chichimecas en el actual Arroyo del Fraile, cuando se apareció una cruz resplandeciente y todos dijeron: “Él es Dios”. En las velaciones se utiliza esta frase al aceptar el trabajo que se realizará durante la noche y al terminar especies de discursos, por ejemplo, agradeciendo la hospitalidad.

Aquellos que tienen un significado especial para los que participan en los rituales son:

alabanza. Definido en el *DRAE* como expresión o conjunto de expresiones con que se alaba. U. m. en pl., pero no como cantos que se entonan en velaciones y en algunos otros rituales.

bastón. Definido como: 1. m. Vara, por lo común con puño y contera y más o menos pulimento, que sirve para apoyarse al andar, pero no como carrizo adornado con cucharilla y flores elaborado generalmente durante velaciones y que se utiliza para decorar alguna cruz al día siguiente amarrando dos formando una equis enfrente de la cruz.

cargo. Definido como: 17. m. *Perú*. Responsabilidad rotativa de organizar la fiesta patronal; habría que añadir que en México también se usa.

carguero. Definido como: persona que se dedica a llevar cargas. Pero habría que añadir: persona que tiene una obligación determinada durante la fiesta o durante los preparativos. Sin embargo, hay que señalar que en la Misión de Chichimecas así les llaman a los que cargan el chimal.

chango. Definido como: *Méx.* mono. En Cruz del Palmar, graciosos que acompañan a las danzas.

concha. Definido como: 2. f. Caparazón de las tortugas y de los cladóceos y otros pequeños crustáceos.

Pero en el vocabulario de esta área, por lo menos, se refiere a un instrumento musical cuya caja de resonancia está hecha con un caparazón de armadillo.

conchero. Definido como: 1. m. Depósito prehistórico de conchas y otros restos de moluscos y peces que servían de alimento a los hombres de aquellas edades. Generalmente se hallan a orillas del mar o de los ríos y cerca de las cuevas o cavernas.

En nuestro caso habría que definirlo como: persona que toca la concha; persona que baila en una danza en la que hay algunos que tocan la concha.

coronación. Definido como: 1. f. Acto de coronar un soberano.

Pero en Cruz del Palmar y San Luis de la Paz: ceremonia para que una persona que así lo desee se convierta en esclavo del Santo Entierro, patrón de Cruz del Palmar.

crucero. Definido como: 1. m. Encrucijada (|| lugar donde se cruzan calles o caminos). 2. m. Cruz de piedra, de dimensiones variables, que se coloca en el cruce de caminos y en los atrios. Suele alzarse sobre una plataforma con peldaños y tiene esculpido el crucifijo y, frecuentemente además, la Piedad o Quinta Angustia. Abundan en Galicia, Irlanda y Bretaña.

En nuestro caso su significado, relacionado con el anterior, es: ofrenda cuyo armazón consiste en vigas paralelas unidas por otras menos gruesas perpendiculares a las primeras que se adorna con cucharilla y flores y se ofrece frente a alguna iglesia.

cruces del cuarto. No pretendería yo que este término tan especializado figurara en un diccionario. Se refiere en San Miguel Allende a cruces que conmemoran a un cristiano converso descuartizado por chichimecas. Cada cuarto de su cuerpo se enterró bajo una cruz en diferentes lugares.

cuatro vientos. Aparece en el *DRAE* la locución adverbial a los cuatro vientos que quiere decir en todas direcciones.

Pero si se trata de las fiestas del área y tal vez de Mesoamérica, en general, los cuatro vientos están relacionados con los cuatro puntos cardinales. Hay muchas maneras de definir el término. Se trata de uno de los rituales más importantes para los que participan en este tipo de fiestas y ritos. Una mujer de 90 años que vive en San Miguel, en la colonia Allende, habla otomí y proviene de una rancharía cercana a la presa, lo explicó así: “l’oriente, poniente, norte, sur; santo aire, cuatro lugares, está en todas partes, padre Dios”.

cucharilla. La registra el *DRAE*: 1. f. Cuchara pequeña.

Según hemos visto: es la parte blanca o color marfil de un tipo de agave que se recoge especialmente en el monte. Tiene una especie de piña de la que se van arrancando las pencas con la parte de abajo que es blanca y tiene forma de cuchara y un trozo verde que servirá para entretejer la cucharilla una vez que se le quitan las espinas.

cuelga. *DRAE*: 1. f. Acción y efecto de colgar frutos u otros comestibles para su conservación.

En nuestro caso: especie de collar de frutas y verduras que se le pone a una res que se va a sacrificar para hacer caldo. También se utilizaba la palabra para los adornos que les colgaban a los bueyes de las yuntas el día de San Isidro (15 de mayo).

custodia. *DRAE*: 4. f. Rel. En el culto católico, pieza de oro, plata u otro metal, donde se expone la hostia consagrada a la adoración de los fieles.

En algunas comunidades de San Miguel: artefacto que se teje con cucharilla y flores sobre una base de madera que tiene la forma de una custodia.

En seguida, sin detenerme a definirlos todos, señalo que hay otros 26 términos que a pesar de estar en el *DRAE* tienen otro significado al referirse a las fiestas en cuestión: sonaja (danza de) demandita, encuentro, hinojo, limpia, loco, mojjiganga, palabra, papel picado, paseo de la vaca, pasión, permiso, danza de pluma, ramillete, rayado, reliquia, rosa, somar, somerio, San Luisito, santa cuenta, súchil, torito, velación, yuntas.

Por lo que respecta al *Diccionario de mexicanismos* de la Academia (2010) no encontré los siguientes: apache, chimal, cucharilla, damandita, parande, pasión, tunditos, flachico, crucero, cuatro vientos.

Hay otros 31 que tienen significados especiales en el área. Los siguientes no aparecen en ninguno de los dos diccionarios consultados: apache, chimal, cucharilla, parande, tundito, flachico.

En el *DEM* aparece apache, bien definido como grupo, pero los otros términos tampoco están. Además, algunos de nuestros términos realmente requieren de una explicación aunque tengan algún significado ya sea en español general o en español mexicano: carguero, conchero, chichimeca, cuicillo, demandita, pasión, crucero.

Para terminar trataré de dar alguna explicación etimológica de aquellos cuya etimología no aparece en el *DRAE*:

apache. Según la tercera edición del *Webster*, la palabra probablemente viene del zuñi (atabascano) *ápachu* “enemigo”. Se refiere al grupo indígena que habitó el norte de México y el sur de los Estados Unidos antes de 1848; en el siglo XIX atacaban poblaciones de ambos países. En el área, denomina a un danzante de un grupo que es rival de los franceses. Así se ha transformado la danza de moros y cristianos; los cristianos son “los otros”, primero eran españoles, pero por la Intervención francesa los europeos eran más bien franceses. Si indaga uno hoy en día resulta que a muchos de los participantes de las fiestas les da lo mismo español que francés, lo importante es que unos son indios y los otros no.

chimal. Del náhuatl *chimalli* “escudo, adarga o pavés”, según Molina. Sin embargo, el chimal actual no sirve para protegerse físicamente; como se

trata de una ofrenda tal vez proteja de manera espiritual. La palabra se usa en Querétaro y en la Sierra Gorda.

En Sahagún encontramos que el primer día del décimo signo [equivalente a semana de 13 días] se lo atribuían a Huitzilopochtli, dios de la guerra, y a Camaxtle que era dios de los Huexotzinco. En su honor, sobre mantas ricas tendían capas hechas de plumas ricas de diversos colores. Ofrecíanle comida y al rey o señor ofrecían diversas flores y “finalmente ofrecíanle flores de todo género, compuestas de diversas maneras y con diversos labores: unas llaman chimalxúchitl” [...] (p. 258).

Los chichimecas jonaces que son los que sobreviven en San Luis de la Paz nunca estuvieron sujetos a los mexica, pero la lengua náhuatl tuvo tanta importancia que de alguna manera influyó en la terminología de las fiestas. En todo caso, en la Misión de chichimecas también se le llama chimal a lo que en San Miguel se conoce como cucharilla y en Molina encontramos *chimalacatl* “cierta hierba grande y redonda”.

flachico. Probablemente del español flagelar que proviene del latín *flagellaare*, pero aún no entiendo cómo la /g/ dio /s/; la palabra la encontré en Cruz del Palmar y en la Cieneguita y la conoce una persona de la colonia San Rafael. Pero sé que se usa en Querétaro, en Pedro Escobedo, y que la ha registrado Abel Piña. En un glosario que aparece buscando en internet se dice que viene del otomí, cosa que no puede ser porque en otomí no hay /f/ excepto en préstamos del español y en las palabras que tenían /ph/, pero en todo caso el grupo /fl/ sería impronunciable.

otomí. Del náhuatl *otomitl*. Hay varias hipótesis al respecto, la más probable es la de Jiménez Moreno (1939). La palabra *otomí*, según este autor, viene del náhuatl *totomitl* porque Sahagún la emplea así en algunos casos. *Tototl* significa “pájaro” y *totomitl* “flechador de pájaros”. Entonces todos los nombres de persona o de lugar que empiezan con *toton/m* se refieren a otomí.

La propuesta de Jiménez Moreno se confirma al ver en el *Códice de Huichapan* y en la *Historia Toltteca Chichimeca* varios glifos de otomíes que tienen sobre la cabeza pájaros atravesados por flechas.

parande. Según Fernando Nava, especialista en purépecha, la palabra proviene del purépecha *parça!*-, raíz posicional, es decir, que se refiere a

la forma. Se usa para objetos esféricos partidos a la mitad tales como una jícara; -nti (con una /t/sonorizada) es un referente espacial para el área del hombro. Es decir, la palabra significa una especie de batea que se lleva al hombro y así es como se llevan las ofrendas. Entonces, se puede pensar que los otomíes tomaron la palabra para significar un tipo de ofrenda y el parande actual es una ofrenda aunque su forma difiera considerablemente de la que sugiere la palabra purépecha.

tundito. Tal vez sea una onomatopeya. No he podido encontrar nada sugente ni en español ni en otomí.

tenancha. Probablemente del náhuatl: *te-* posesivo indefinido “de alguien”, *nan-* de *nan-tli* “madre” -*tsin*” (honorífico). En un glosario de las fiestas patronales de Querétaro que aparece en internet se incluye *tenanche* definido como persona del género femenino —generalmente esposa del mayordomo— que asiste al mayordomo en la organización y realización de las distintas actividades en relación al santo patrón de la comunidad, barrio o pueblo y sus fiestas. En Cruz del Palmar la *tenancha* tiene la única función de llevar la pasión y la campanita en las procesiones y puede no tener ningún parentesco con el mayordomo.

Concluyo confesando mi ignorancia del purépecha. Sería muy útil saberlo para aclarar las etimologías, pero no cabe duda de que hubo tarascos enviados a San Miguel al principio de la Colonia y que en épocas prehispánicas hubo mucho contacto entre éstos y otomíes. Por lo que respecta a las palabras provenientes del náhuatl, me supongo que algunas entraron a través del español durante la Colonia o más bien después, pero súchil es reciente porque muchos de los entrevistados afirmaron que antes se utilizaba la palabra “cruceiro”, pero que ahora se usa más “súchil”. De todas maneras, espero que los detalles léxicos de los que he hablado señalen que la variación lingüística no se limita a lo fonológico y a lo sintáctico, sino que existen también variedades léxicas vinculadas con prácticas rituales. Muchas gracias.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DOÑA YOLANDA LASTRA*

Ascensión Hernández Triviño

Señor director de la Academia Mexicana de la Lengua don Jaime Labastida.
Amigos y colegas.

Hoy celebramos con júbilo el ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de doña Yolanda Lastra quien llega a esta corporación como reconocida investigadora de varias lenguas indígenas y en alto grado también de las lenguas española, inglesa y francesa. Este doble saber de lenguas indoeuropeas y amerindias le confiere un conocimiento sólido de las diversas estructuras de las lenguas y del lenguaje, un saber que será muy provechoso para la Academia, que desde hoy cuenta con varias lenguas más en su repertorio lingüístico.

Doña Yolanda nació en la ciudad de México y desde joven se asomó al mundo de las lenguas. En su temprana juventud, casi adolescencia, ganó una beca para hacer el bachillerato en los Estados Unidos, concretamente en el Smith College, en Massachussets, donde obtuvo su título en 1954. En aquellos cuatro años de bachillerato aprendió bien el inglés y se adentró en la lengua y la literatura francesas. El hecho de abrirse tan joven a dos lenguas, además de la propia, estimuló su vocación por el estudio de un saber que a la larga se convertiría en una profesión, la de lingüista.

Con su título de *Bachelor* bajo el brazo regresó a su ciudad, dispuesta a entrar en la universidad, pero desafortunadamente no pudo revalidar el grado y, mientras tomaba una decisión, aprovechó para estudiar más francés en el IFAL y dar clases de español en la embajada de los Estados Unidos. Poco duró su estan-

* Respuesta al discurso de ingreso de doña Yolanda Lastra a la Academia Mexicana de la Lengua, como académica de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el jueves 22 de mayo de 2014.

cia en esta ciudad pues pronto le ofrecieron una beca para cursar la maestría en Georgetown. En aquella universidad tomó contacto con las nuevas corrientes de la lingüística derivadas del estructuralismo, de labios de reconocidos maestros que despertaron en ella el interés por meterse en esta disciplina del conocimiento tan en boga en el siglo xx. Allí tuvo su primer gran entrenamiento en la lingüística sincrónica de la mano de dos grandes: el norteamericano Charles Trager (1919-1994) y el checo Paul L. Garvin.

De nuevo, al terminar la maestría en 1957 volvió a México con el deseo de quedarse y cursar aquí el doctorado. Y de nuevo se topó con los imposibles de la revalidación; entonces, regresó al norte, esta vez a la Universidad de Cornell donde obtuvo su título de doctora en 1963. En Cornell selló su destino: se adentró en el estudio de las lenguas americanas dentro de una línea de lingüística descriptiva sincrónica, siempre con un trasfondo antropológico. Trabajó de la mano de Charles Hockett (1916-2000), un reconocido lingüista autor de estudios en el campo de la fonología y la morfología dentro de la línea de pensamiento de Leonard Bloomfield (1887- 1949) según afirma el propio Hockett en su *Curso de lingüística moderna*, publicado en inglés en 1958 y traducido al español en 1971. Allí vivió el vendaval de la naciente lingüística generativa de Chomsky que conmovió los cimientos del estructuralismo a partir de su libro *Syntactic Structures*, 1957.¹

En definitiva, durante sus años en Cornell, que fueron siete en total pues se quedó un tiempo como profesora, Yolanda realizó una honda investigación en la lengua quechua que cristalizó en lo que fue su tesis de doctorado y más tarde un libro publicado con el título de *Conchabamba Quechua Syntax* (The Hague, Mouton, 1968). Este trabajo de tesis revela ya el dominio de un modelo y un método: el estudio de la lengua hablada a través de textos recogidos en trabajo de campo y el análisis fonológico y morfosintáctico de ellos, además del registro de un vocabulario. Y revela también una línea de estudio clara: la dialectología.

En 1968 Yolanda deja la Universidad de California, en Los Ángeles, donde había estado dos años como profesora y regresa definitivamente a México, a la recién creada sección de Antropología en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. La sección estaba bajo la jefatura de Juan Comas (1900-1979),

¹ Una biografía bastante completa de Yolanda Lastra es la de Pedro Martín Butragueño “Lingüística descriptiva y lingüística social en la obra de Yolanda Lastra: historia de un compromiso científico”, en Martha Islas (comp.), *Entre las lenguas indígenas, la sociolingüística y el español. Estudios en homenaje a Yolanda Lastra*, LINCOM Europa, Muenchen, Múnich, 2009, pp. 4-43.

amigo de Yolanda, quien la recibió como investigadora para enriquecer la rama de lingüística. De repente, la fortuna se le presentó con doble rostro: por un lado, un buen trabajo en su país; por el otro, encontró a un destacado lingüista a quien ya conocía desde sus tiempos de Cornell: Jorge Alberto Suárez (1927-1985). Con él se casó en 1968 y con él formó una familia de cuatro hijos, Braulio, Manuel, Andrés y Emilio. Comenzaba así una doble vida, familiar y académica, una vida estable y prometedora, propicia para poner en práctica todo el saber acumulado en más de una década de peregrinar por universidades, congresos, viajes de estudios y trato con estructuralistas, chomskianos, generativistas, funcionalistas y transformacionalistas.

Llegaba a un espacio en el que se hablaban muchas lenguas: era la antigua Mesoamérica, una pequeña Babel en la gran Babel americana, un espacio en que cualquier lengua elegida era buena para analizar el tejido del habla con el saber teórico adquirido en los años de estudio. Y así fue como empezó su tarea con una lengua poco hablada y poco explorada, en la cual recuerda ella que sólo había algunos trabajos de Moisés Romero. Esta lengua era el chichimeco, lengua hablada por los antepasados de Nezahualcóyotl y ahora reducida a un rincón de Guanajuato, a una reliquia viviente. Este fue su primer amor, un amor que duró para siempre, al que dedicó uno de sus primeros trabajos en 1969.² Pero pronto fue seducida por el náhuatl, la lengua que había sido general entre las generales, lingua franca como se dice hoy, durante muchos siglos. A ella dedicó su esfuerzo en la década de 1970 y parte de la siguiente con el objetivo de conocer su variedad y vitalidad en el centro de México.

Para ello emprendió un prolongado trabajo de campo con un famoso filólogo y nahuatlahto, Fernando Horcasitas (1924-1980). Ambos a dos trabajaron durante el día en numerosas comunidades nahuas del Distrito Federal y estados cercanos. Salían una vez a la semana durante el día; en la noche, siempre regresaban a la casa. Organizaron su trabajo conforme a un método geográfico, en círculos concéntricos. Llevaban itacate, supongo, para aprovechar un tiempo precioso que es el que marca el sol. Con los datos obtenidos integraron un corpus de lengua hablada en el que quedaron registrados multitud de elementos de lingüística descriptiva, sociolingüística y dialectología, con los cuales los autores pudieron marcar identidades y límites de las variantes del

² El trabajo versa “Notas sobre algunos aspectos sintácticos del chichimeco jonaz”, *Anales de Antropología*, 1969, vol. vi, pp. 109-114.

náhuatl moderno del centro de México. El resultado de la investigación fue una serie de artículos publicados en *Anales de Antropología* entre los años de 1975 y 1980. Más allá de los artículos Yolanda publicó además dos monografías, una sobre el náhuatl de Texcoco y otra sobre el de Acaxochitlán.³

Culminación de esta etapa de estudio de la lengua mexicana es un extenso libro de casi 800 páginas titulado *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, que salió a la luz en 1986.⁴ El libro está sustentado en un cuestionario de 431 palabras elegidas por Jorge Suárez y la autora con el consejo de Leonardo Manrique. Es muy interesante acercarse al cuestionario construido, a su vez, sobre el referente próximo e íntimo del ser humano: mundo exterior, paisaje, clima, cuerpo humano, parentesco, plantas y animales cercanos, comida y verbos usuales. Otro dato interesante del cuestionario es la pregunta correspondiente a la forma del pretérito, dato que nos lleva al primer diccionario de la lengua náhuatl de fray Alonso de Molina, en el que se da a conocer la forma de este tiempo en cada lema verbal. Con este cuestionario trabajó un grupo de investigadores que hoy son lingüistas famosos en universidades mexicanas y del extranjero, inclusive uno de ellos, don Leopoldo Valiñas, es miembro de esta Academia.⁵

Con los datos de los encuestadores, Yolanda integró un cuerpo de variantes dialectales de 16 estados de la República Mexicana más el Salvador y, hay que recordar, que tuvo muy en cuenta el náhuatl clásico. A pesar de las dificultades de delimitar las isoglosas que marcan las áreas, pudo definir cuatro áreas con varias subáreas y, de esta forma, dibujar un mapa en el que claramente se reconocen las formas de habla del náhuatl moderno. Las áreas son: Periferia occidental (costa pacífica, Durango, Nayarit, occidente del Estado de México); Periferia oriental (Sierra de Puebla, Istmo y pipil); Huasteca y Centro (Puebla, Tlaxcala y Guerrero).

Importante es saber que la lengua no ha cambiado mucho desde 1571 y que el trabajo de fray Alonso de Molina (1510-1579) es exhaustivo, según afir-

³ *El náhuatl de Acaxochitlán*, Hidalgo, El Colegio de México (Archivo de Lenguas Indígenas, 10), México, 1980; *El náhuatl de Tetzaco en la actualidad*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1980.

⁴ Yolanda Lastra, *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1980.

⁵ Los principales encuestadores fueron Leopoldo Valiñas, Jeff Burham y la autora, según avisa la propia Yolanda. Otros que colaboraron activamente fueron Una Canger, Wick Miller, Karen Dakin, Carl Wolgemuth, Lyle Campbell y Guido Munch. La lista completa puede consultarse en la página 10 del libro citado.

ma ella (p. 137). En suma, el libro de Yolanda, por la cantidad de datos y la forma de interpretarlos es una aportación al conocimiento de la lengua y, a su vez, es fuente para otros estudios particulares sobre muchos rasgos lingüísticos de las variantes del náhuatl moderno.

Al terminar este gran proyecto Yolanda regresó a su primer amor, las lenguas otomianas, que son parte de un enorme tronco llamado otomangue porque se extiende desde el otomí hablado en el Centro de México hasta el mangue que se habló en lo que hoy es Nicaragua. El tronco otomangue es muy antiguo en Mesoamérica y forma un profundo sustrato lingüístico con grandes civilizaciones en el periodo Clásico como es la zapoteca de Monte Albán. Yolanda ha trabajado mucho la familia nortea de este tronco, la llamada otopame, que además del otomí cuenta con otras dos lenguas, el pame y el chichimeco.

El chichimeco está muy lejos de Monte Albán, en el ejido de Misión de Chichimecas cerca del pueblecito de San Luis de la Paz, Guanajuato. Con esta lengua, recordemos, Yolanda entró en el mundo mesoamericano cuando llegó a México recién doctorada. A ella le siguió dedicando esfuerzo y cariño y un completo estudio publicado en el *Handbook of Middle American Indians* en 1984. Y mientras se adentraba en el chichimeco emprendía un gran proyecto sobre el otomí, lengua difícil por sus particulares fonemas y tonos. Ello requería un intenso y sostenido trabajo de campo, ya que el otomí lleva siglos pulverizado en regiones y comunidades del centro de México. Así que a partir de 1981 Yolanda no dudó en emprender una campaña de salidas al campo con ánimo de documentar esta lengua en las comunidades más importantes y ofrecer un panorama lingüístico, descriptivo y dialectológico de ella. Su primer destino fue el otomí de Toluca; siguió el de Tlaxcala, el de Hidalgo, y después el de otros estados de la República, hasta terminar con el de Michoacán, dentro del cual recogió una narración muy bonita del cuento de Alí Babá. El número de trabajos que Yolanda publicó sobre esta lengua en las décadas finales del siglo xx es tal que forman un corpus único de textos orales en los que se registra toda clase de elementos lingüísticos de las hablas otomíes y permiten reconocer tres grandes zonas dialectales: los dialectos orientales (Sierra Madre Oriental, Tlaxcala, Ixtenco), los noroccidentales (Mezquital, Querétaro) y los suroccidentales (San Felipe, Amealco).⁶ Culminación de este proyecto es el

⁶ Las publicaciones sobre el otomí ocupan una parte importante de su currículum, Las primeras versan sobre *El otomí de San Andrés Cuexcontitlan*, Toluca, 1989; y *El otomí de Toluca*,

libro *Los otomíes, su lengua y su historia*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2006. El libro, de casi 800 páginas es un rescate de la lengua y de las creaciones culturales de los otomíes y de su presencia en la vida de México. En él la autora reúne un saber adquirido en horas de escuchar a los hablantes de muchos rincones apartados que manejan hablas diferentes y que, a veces, no se entienden entre sí. Oficio de Yolanda fue volver a unir aquella lengua pulverizada, buscar la forma original de aquellos rasgos desfigurados por el cambio lingüístico y reconstruir el artificio para encontrar las estructuras universales de la propia lengua, los fonemas y los morfemas y su articulación en el tejido del habla y de esta manera entender la variación dialectal de una lengua rica en rasgos fonológicos muy propios y en la que quedan muchos papeles por estudiar.

Pero además, el libro es también una historia de la lengua y de sus hablantes desde sus orígenes hasta nuestros días, elaborado con una finalidad que ella explica muy bien en la introducción: “Se ha hilado una historia de manera sencilla para que cualquiera que tenga interés pueda leerla y darse cuenta de la profundidad temporal de la cultura otomí sin perder la cosmovisión de muchos siglos”. También para que los otomíes supieran unos de otros, del valor de su lengua, del pasado teotihuacano, de su papel en la colonia como fundadores de pueblos, de su papel en México independiente. “Que no se sientan menos con la historia escrita, en la cual —piensa ella—, muchas veces son minusvalorados; necesitan saber que son un pueblo de vieja raíz mesoamericana que ha sabido adaptarse a los avatares del devenir.” En fin, el prólogo de Yolanda es el de una investigadora que no sólo sabe la lengua sino que con ella adquiere las vivencias humanas y culturales de la gente que la habla.

Aún no terminaba su proyecto sobre el otomí y ya había puesto la mirada de nuevo sobre las lenguas otopames. Y así, en 1998 vuelve sobre el chichimeco Jonás, su primer amor; y lo hace con un estudio sobre la obra de un misionero dieguino que codificó la lengua chichimeca en el siglo XVIII llamado José

Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. Trabajo importante es el dedicado a “Los dialectos del otomí”, que la autora presentó como conferencia inaugural del X Congreso de la ALFAL celebrado en Veracruz, en 1993. Otros dignos de recordarse son *El otomí de Ixtenco*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997; y *Unidad y diversidad de la lengua. Relatos otomíes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001, en el que recoge textos en más de 30 variantes. Estos datos se pueden completar con la introducción de Pedro Martín Butragueño a los *Estudios en homenaje a Yolanda Lastra*, ya citado, pp. 19-26.

Guadalupe Soriano quien escribió un *Arte de los idiomas otomí y pame: vocabularios de los idiomas pame, otomí, mexicano y jonáz*, 1776, Arte que ella acaba de publicar.⁷ En realidad en lo que va del siglo Yolanda ha consolidado su trabajo sobre esta lengua que ahora es también suya, pues en 1996 adquirió una casa en San Miguel de Allende y con frecuencia se traslada a San Luis de la Paz, población cercana donde se conserva el chichimeco. Como siempre, trabaja en el día y regresa en la noche a su casa donde, yo creo, ella ha creado un espacio muy agradable de “ocio y sosiego”, como decía Nebrija, para poder entregarse con gusto y tranquilidad a la lengua que ama. No es extraño que en estos últimos años Yolanda haya publicado un cúmulo de trabajos en los que se estudian aspectos relevantes del chichimeco, relativos a lexicografía, morfosintaxis y fonética, además de un corpus de textos sobre topónimos, conversaciones, fiestas y rituales religiosos, cuentos y relatos y hasta una fábula de Esopo.

Todos estos trabajos se enmarcan en un gran proyecto que tomó vida en 1995 cuando ella y otros investigadores organizaron los Coloquios Internacionales de Estudios Otopames que han dado a estas lenguas una proyección académica internacional. Corolario de los coloquios es la revista *Estudios de Cultura Otopame*, que ella edita en colaboración con colegas del Instituto de Investigaciones Antropológicas. Y cabe recordar que en este proyecto entran también las primeras codificaciones hechas por misioneros en el siglo xvi, concretamente las de fray Pedro de Cáceres (1510-?), autor de una *Gramática de la lengua otomí cogida de las migajas de los padres beneméritos della* (ca. 1580), y fray Alonso Urbano (1522-1608), *Arte de la lengua otomí y vocabulario trilingüe* (ca. 1608).⁸ Con estos estudios, Yolanda entró de lleno en la lingüística misionera, una nueva disciplina en el campo de la lingüística que se está consolidando y en la que México tiene mucho que decir.

Además de todas estas lenguas, Yolanda ha sido y es estudiosa del español, lengua a la que ha dedicado desde su juventud horas de enseñanza y de

⁷ El primer trabajo sobre este tratado se intitula *El vocabulario de fray Guadalupe Soriano* y fue presentado en el IV Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste, en 1998. Poco después dedicó un estudio a la gramática de este mismo misionero en *Anales de Antropología*, 2005, vol. 1, pp. 207-218. La publicación reciente del arte de Soriano lleva el título de *Tratado del arte y unión de los idiomas otomí y pame; vocabularios de los idiomas pame, otomí, mexicano y jonáz*, estudio crítico de Doris Bartholomew y Yolanda Lastra, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2012.

⁸ Ambos tratados se publicaron en el siglo xx. El de Cáceres en 1907, por Nicolás León; y el de Urbano en 1990 por René Acuña.

investigación, sobre todo como lengua hablada en zonas de contacto y, en los últimos años, lengua hablada de mil maneras en esta megalópolis que es como un país comprimido, la ciudad de México. Con un colega de El Colegio de México, Pedro Martín Butragueño, ha emprendido un nuevo proyecto, *Estudio sociolingüístico del español de la ciudad de México*, en el que se pretende “ofrecer una descripción actualizada de los principales flujos lingüísticos presentes en esta ciudad”.⁹ El proyecto puede verse también como la suma de dos intereses de Yolanda presentes en muchos de sus trabajos: el primero, estudiar las lenguas per se, a partir de un corpus oral y desde una perspectiva sincrónica; el segundo, enmarcar el estudio desde un sustrato social, es decir, desde una perspectiva sociológica. No en balde es una de las pioneras de la sociolingüística desde su entrada a la vida académica cuando esta disciplina tomaba cuerpo y definía campo de estudio. De aquellos años data su *Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística*, 1974, elaborada en colaboración con su profesor de doctorado, el ya citado Paul L. Garvin. Años después, y a través de muchas publicaciones, Yolanda publicó *Sociolingüística para hispanoamericanos. Una introducción* (1992), que sigue siendo una fuente de datos y reflexiones para cualquiera que tenga deseos de saber la evolución de la esta disciplina en los países americanos de habla hispánica.

En suma, la vida académica de Yolanda es muy rica y su currículum, interminable. Su interés por las lenguas está ahí, en su extensa obra. No es menor su actividad en el mundo de la docencia y su presencia en congresos, cursos, conferencias y actos académicos. También ha sabido llevar una vida institucional muy completa como organizadora de coloquios, miembro de comités científicos, de consejos de revistas, de comisiones dictaminadoras, de jurados, y de mil juntas y reuniones dentro y fuera de la UNAM, además de editora de grandes series como el *Archivo de lenguas indígenas de México* que supone un proyecto de rescate y salvaguarda de lenguas en peligro.

Hoy nos ha hecho partícipes de un capítulo del trabajo en que se ocupa en estos años. Lo tituló *La terminología de las fiestas religiosas en el área de San Miguel Allende*. En él se recoge un conjunto de actividades religiosas de varios pueblos cercanos a San Miguel, sobre todo Santa Cruz del Palmar, San Luis de la Paz y

⁹ Así lo define Pedro Martín Butragueño en la citada introducción al libro en homenaje a Yolanda Lastra (*Entre las lenguas indígenas...*, p. 33). El proyecto cuenta en la actualidad con grabaciones de 250 informantes de todas las edades y condiciones sociales y más de 400 horas de grabación.

Misión de Chichimecas. Son pueblos que comparten fiestas, que hablan otomí y chichimeco y que se comunican en español. Gracias a una red de informantes y colaboradores que ha sabido cultivar, Yolanda nos ha hecho un relato de las fiestas que dan vida a los habitantes de esta región: la fiesta de la Santa Cruz Peregrina, la de la Virgen de Guadalupe, san Luis Rey, el Santo Entierro. En unas cuantas páginas recoge siglos de tradición, ya que las fiestas implican un ritual muy complicado y largo, a veces de varios días, un ritual en el que se plasma multitud de elementos culturales que se van transmitiendo de generación en generación. El ritual tiene un orden y un ritmo y se desliza por un camino sagrado en el que hay muchos espacios, cada uno con sus ritos propios.

Hay también un espacio intangible que abre la fiesta: es el lugar de las ánimas benditas de los ancestros que dan permiso para sacar la fiesta. Después del “ensaye real”, se viste la cruz con flores y ofrendas, hay mucho copal, música, flauta, tambor y hasta mandolina. Y hay también procesión, guerritas entre soldados y apaches, entre franceses y rayados, hay danzas, limpias, reparto de pan, mucho sahumerio y mil cosas más que unen a la comunidad y que hacen posible la concordia de todos, la armonía de cuerpos y almas.

En los cantos y oraciones hay muchas palabras canónicas que van abriendo cada paso, cada etapa de la fiesta y con ellas se abren la mente y el corazón de los presentes para que vengan la unión y la armonía. Estas palabras atraen mucho a Yolanda, pues siempre ha sido lexicógrafa. Proviene, dice ella, de varias lenguas, la mayoría del español; pero algunas son del náhuatl, del chichimeco, del otomí y hasta del purépecha. Dice ella que algunas no están en el *Diccionario de la Real Academia* ni en el *Diccionario de mexicanismos de la Academia Mexicana de la Lengua*. Esto me lleva a pensar que ya tenemos tarea fresca los que estamos en la Comisión de lexicografía, la tarea de arrancar el secreto a palabras como *flachico* y *tundito*, y aun algunas más difíciles. Lo bueno es que Yolanda está en la citada Comisión y ayudará en la talacha.

En fin, no quiero alargarme en comentarios a este bello discurso que hemos disfrutado en el que doña Yolanda nos enseña a descubrir y registrar lo más profundo de las lenguas, pero también el alma de sus hablantes y la realidad cultural que cada lengua crea a su alrededor. No queda más que darle la bienvenida a esta casa que es la “casa de la palabra”. Desde ahora, tu palabra sonará en esta casa y dará luz a todos los que en ella moramos. Me es muy grato en nombre de todos decirte ¡bienvenida. Yolanda!

LA NATURALEZA DE LA LENGUA*

José Luis Díaz Gómez

ALOCUCIÓN INICIAL

El honor y la satisfacción que siento al ocupar una silla en la Academia Mexicana de la Lengua debe tener algo que ver no sólo con mi afición por analizar el comportamiento, por la neurociencia cognitiva o por la teoría del problema mente/cuerpo, sino por mi tentativa de examinar y comunicar estas y otras ramas del conocimiento de la manera más pulcra posible. La vocación de la letra y la ciencia me acometió desde la Facultad de Medicina, cuando la fiebre de leer a García Lorca y a Neruda se plasmó en encendidos poemas adolescentes, al tiempo que memorizaba los núcleos del cerebro de nombres tan graciosos como putamen, tan opacos como *zona incerta* o tan sensuales como tálamo. Eventualmente el dudoso coplero dio paso al científico, pero lo infectó de un prurito creciente por devanarse los sesos en busca de la conciencia y la expresión; afán que encontró en el ensayo académico-literario un cauce incitador y sin fin. Décadas más tarde comprendí que, junto a la poesía y las demás artes, las ciencias son otra representación inspirada y estremecedora del mundo y ahora vislumbro que secretamente revelan la arquitectura de la mente humana que las genera. Las ciencias, las artes y las humanidades se han mantenido distantes y a veces recelosas, pero esta lejanía es nociva para una cultura incluyente de todas las manifestaciones creativas, como bien lo interpreta la Academia Mexicana de la Lengua.

Agradezco a mi querido maestro y amigo Ruy Pérez Tamayo haber tomado la iniciativa de invitarme a esta ilustre casa, a Concepción Company, a Julieta

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el jueves 12 de junio de 2014.

Fierro y a Vicente Quirarte por haber propuesto mi candidatura y al pleno de la corporación por su asentimiento, pues ha resultado una delicia ensanchar mis horizontes a través de sus lúcidas miradas. Los seis académicos que me han precedido en la silla VI fueron hombres de letras, pero de diversos orígenes. Mi antecesor inmediato, D. Miguel Capistrán (1939-2012), quien no llegó a tomar posesión, fue un especialista en la generación de Los Contemporáneos. El quinto ocupante, D. Enrique Cárdenas de la Peña (1920-2010) fue médico del Seguro Social, historiador, ensayista, poeta y autor de una historia de esta Academia en la segunda mitad del siglo pasado, publicada en tres tomos (Fondo de Cultura Económica/Academia Mexicana de la Lengua) entre 2005 y 2010. El cuarto ocupante, D. Edmundo O’Gorman (1906-1995), historiador de inclinación filosófica, mantenía una noción humanista de la historia, seguramente afín al aliento del magno mural de la biblioteca de la UNAM, diseñado por su hermano Juan. Tradujo el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, al que haré referencia pronto, y dijo alguna vez que lo mejor que podía hacer por México era encerrarse a escribir el mejor libro que le fuera posible. El tercer ocupante, D. Manuel Romero de Terreros (1880-1968), creador de una extensa obra, fue historiador del arte colonial y decimonónico desde el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, ensayista y escritor de teatro y de cuento fantástico. Ocupó la silla por casi 50 años hasta 1968. El segundo ocupante, D. Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916), estudió medicina y terminó como antropólogo, uno de los primeros en el país a fines del siglo XIX; dominaba el náhuatl y rescató la obra hasta entonces perdida de Bernardino de Sahagún. Encuentro en esta columna de hombres de letras provenientes de la UNAM, de la medicina, de la antropología, de la filosofía o de la historia muchas afinidades que se disipan al localizar al primer ocupante de la silla, D. Juan Bautista Ormaechea y Ernáiz (1812-1884), canónigo de la catedral metropolitana, primer obispo de Tulancingo, regente del Segundo Imperio, valedor de Maximiliano, opositor de las leyes de Reforma y autor de admonitorias cartas pastorales.

Y así, al amparo de casi todos los ancestros de la silla VI, del recuerdo de mi principal maestro Dionisio Nieto, integrante del exilio español, y con la venia de los presentes, me aboco a desarrollar el tema de la naturaleza de la lengua que he elegido para esta iniciación.

INFORMACIÓN, COMUNICACIÓN, LENGUAJE

La lengua no se limita a la palabra, al enunciado o al argumento; se asienta y engarza con múltiples lenguajes disponibles gracias a la evolución de los seres vivientes, a la fisiología del cerebro y a los sistemas perceptuales y expresivos del cuerpo. Hay comunicación y lenguaje en el gesto y el aroma, en la música y en el lienzo, en el mapa y en el edificio. Se atribuye un lenguaje bioquímico a los ecosistemas por el cual las plantas atraen al polinizador que las propaga o disuaden al defoliador capaz de arrasarlas. El etólogo y premio Nobel Konrad Lorenz encontró fundamentos de diálogo en los rituales de cortejo o agresión que realizan muchas especies de aves.¹ La etología ulterior ha vislumbrado profundos rudimentos del lenguaje en el canto del pájaro, pues, entonado en dialectos regionales, previene a otros machos o requiebra a las hembras de su especie. Más claramente, se manifiestan elementos del habla en los cantos de la yubarta o ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae*) que, en secuencias coherentes de notas, le permite cazar en grupo bancos enteros de peces mediante una *red de burbujas* generada coordinadamente entre muchos individuos.² La etología cognitiva detecta inicios aún más cercanos en tres gritos distintos de alarma que profiere el mono verde en la sabana de África para alertar a su tropa sobre la aparición de predadores. Así, lejos de separarlos de la naturaleza por la facultad del lenguaje, estas evidencias crecientes vinculan a los seres humanos recíprocamente a ella, pues los coloca en el centro del contorno natural de información, comunicación y lenguaje.³

Al tiempo que reconocemos este vínculo semiótico con las criaturas del mundo, también damos cuenta de las diferencias que transcurren desde la vastedad de la información inmanente hasta la estructura del cosmos, pasando por la elaborada comunicación animal, para llegar a la expresión intencional y simbólica del lenguaje verbal humano. Solicito al escucha o al lector imaginar tres

¹ Una de las últimas obras traducidas de Lorenz es *Estoy aquí ¿dónde estás tú?*, traducción de Manuel Vázquez, Plaza & Janes, Barcelona, 1989, en la que, con la colaboración de Michael Marlys y Angelika Tipler, comenta ampliamente sus investigaciones durante más de cinco décadas sobre la conducta del ganso gris. El título implica el significado comunicativo del graznido, justificado mediante observaciones etológicas.

² D. Wiley *et al.*, “Underwater Components of Humpback Whale Bubble-net Feeding Behavior”, *Behaviour*, núm. 148, 2011, p. 575.

³ Sobre las bases etológicas del lenguaje véase Boris Cyrulnik, *Del gesto a la palabra: la etología de la comunicación en los seres vivos*, traducción de Marta Pino Moreno, Gedisa, Barcelona, 2004.

círculos concéntricos, uno dentro de otro, como el blanco de un arquero. Sea el mayor y más externo el mundo de la información, la red de formas y señales que se manifiesta desde la telaraña que mantiene la estructura de los supercúmulos de galaxias, hasta la instrucción que expresa el ADN para determinar la forma y las funciones de cada célula. Este es un mundo de información que permea la estructura del cosmos como un adherente casi inmaterial.

Ahora bien, dentro de este colosal universo de información se ubica el círculo más acotado de la comunicación donde la información transcurre en forma de señales producidas por un emisor y decodificadas por un receptor. Esta es característica crucial de la vida terrestre, pues los vivientes son exquisitamente sensibles a las señales que les son significativas y las discriminan sobre un fondo de “ruido”. La detección de los estímulos caracteriza la sensibilidad de la materia viva y la provee no sólo de activación y respuesta, sino de sentido, pues su réplica al medio ambiente tiene dirección y objetivo, factor indispensable de la evolución. La vida entraña comunicación en el interior de cada célula, entre tejidos, órganos y sistemas, entre el organismo y su nicho, o entre individuos mediante mensajes químicos o físicos y eventualmente semánticos y simbólicos. En el libro *Wisdom of the Body*, de 1932, el eminente fisiólogo Walter Cannon⁴ señala que la cooperación funcional de tejidos distantes a través de señales nerviosas y moleculares provee al organismo de una especie de inteligencia flotante reflejada en la homeostasis.⁵ Estos enjambres funcionales y densamente imbricados del cuerpo son semióticos porque constituyen redes organizadas de señales que pueden llegar a constituir significados cuando se enlazan con el mundo en tramas simbólicas.

Finalmente, en el centro de este círculo de comunicación se ubica la diana del lenguaje hablado, definida por el valor simbólico de las señales. A diferencia del círculo anterior, la palabra es rótulo que permite la recreación, el manejo y la transmisión de información en ausencia del objeto denominado, una proeza evolutiva que requiere de significación, memoria, imaginación, representación o intención, facultades cognoscitivas que facilitan la acción de pensar y comunicar el pensamiento. El lenguaje es un sector restringido aunque culminante de la comunicación, pues involucra señales cuyo contenido

⁴ *La sabiduría del cuerpo*, traducción de Augusto Pi Suñer, Séneca, México, 1941.

⁵ Este importante concepto fue acuñado por el propio Cannon y luego aplicado por la cibernética a los sistemas de control del equilibrio mediante flujos de retroinformación presentes en los ecosistemas, la biosfera o las estructuras sociales, entre otros.

ya no está en relación directa con su constitución física. La capacidad lingüística aumenta en órdenes de magnitud la información que es posible procesar y transmitir, pues mediante actos de habla y comprensión los emisores y receptores del lenguaje comparten representaciones y saberes, tal y como acontece en este momento. Así, conforme nos acercamos de la periferia al centro de los círculos concéntricos, los estratos que separan a la información de la comunicación y a ésta del habla están marcados por una condensación de mensajes y al mismo tiempo de conocimiento y de conciencia que permite, en un juego de espejos, concebir a la información, a la comunicación y al propio diagrama imaginario que acabamos de invocar.

Conviene distinguir una conciencia básica, la capacidad de sentir, de la extendida y de más alto orden, la capacidad de saber. Los seres sintientes, la mayoría de los vivientes móviles, son capaces de sentir pues muestran excitabilidad, sensibilidad y sentido, en tanto que los sentientes, los encefalizados, agregan la facultad de saber y expresan señalización, cognición, mapeo, memoria y representación. Es posible discernir más finamente entre un saber no proposicional, cuando la representación no está codificada en forma de lenguaje y un saber proposicional recopilado en un sistema simbólico que finalmente permite la autoconciencia semántica: ese saber que sabe de sí. En tanto se considera un sistema de signos o sonidos articulados que permiten la comunicación de estados mentales, el habla involucra al oído y a la cavidad bucofaríngea, en particular a la lengua, órgano y metáfora universal del lenguaje. Pero sucede que el lenguaje es algo más que hablar y comprender locuciones, es una interacción retórica múltiple que involucra actores, distancias, voces, tonos o gestos, actos del habla⁶ que ocurren en un contexto social pletórico no sólo de normas de interacción, sino de cosmovisiones derivadas y moduladoras del lenguaje. Pero, como bien lo estableció Ferdinand de Saussure en 1916,⁷ el meollo de toda lengua es el significado, entendido como el contenido mental que se da a un signo o significante. ¿Cómo se estipula y se comprende el significado de una palabra, de una locución? He aquí el meollo de la semántica.

Por un largo periodo se consideró el significado como la asociación entre un concepto y una imagen mental: la palabra gato genera en la mente de un hablante de español la imagen de un bicho de ciertas características y esa imagen

⁶ John Searle, *Actos de habla*, Cátedra, Madrid, 2001.

⁷ En su *Curso de lingüística general* (Payot, París, 1995), publicado póstumamente.

constituiría el significado. Sin embargo a finales del siglo XIX el matemático y filósofo Gottlob Frege aseveró que el significado no es una simple asociación mental y privada entre una imagen y una palabra, pues la referencia y el sentido, que según su teoría conforman el significado, rebasan al individuo.⁸ En los años treinta, el psicólogo soviético Lev Vygotsky consideró a la palabra como sustituto convencional de la acción de señalar, en la que el significante sería el dedo índice y el significado el objeto indicado.⁹ De manera más célebre, Ludwig Wittgenstein planteó que el significado de una palabra está en su uso.¹⁰ Estas son aportaciones trascendentales en el sentido de que el empleo de una palabra y sus múltiples vínculos sociales son elementos contextuales necesarios para estipular el significado —el asa externa de la lengua— pero no parecen suficientes, pues es preciso que ocurra la asociación de un concepto con una señal acústica: el asa interna de la lengua. Esta asociación es algo intrínseco del pensamiento, facultad que permite la aprehensión del significado convencional de un signo lingüístico, lo que se denomina el contenido de una locución. Charles Peirce había expresado a finales del siglo XIX la íntima conexión entre pensamiento y lenguaje al proponer que al pensar somos conscientes de algún sentimiento, imagen, concepción o cualquier representación que funcione como un signo;¹¹ ¿cómo ocurre este portento?

Los sentidos permiten a una criatura adquirir ciertas características de un objeto: color, tamaño, forma, sabor, olor, textura, peso. La organización de estos datos se constituye en una unidad cognitiva que abstrae características esenciales del objeto, lo cual lleva a la formación de un concepto no proposicional. Pero cuando el concepto se asocia a una palabra, a un nombre, adquiere propiedades sorprendentes pues mediante una abstracción se establece una conexión causal mediada en una comunidad de hablantes.¹² De

⁸ Véase “Sobre el sentido y la referencia”, *Estudios sobre semántica*, traducción de Ulises Moulines, Orbis, Barcelona, 1962.

⁹ *Pensamiento y lenguaje*, traducido por María Margarita Rotger, La Pléyade, Buenos Aires, 1987.

¹⁰ Véase *Investigaciones filosóficas*, traducido por A. García Suárez y C. Ulises Moulines, Instituto de Investigaciones Filosóficas (Universidad Nacional Autónoma de México)—Crítica, México, 1988.

¹¹ Véase “El icono, el signo y el símbolo”, traducción al castellano de Sara Barrena, 2005, en: <<http://www.unav.es/gep/IconoIndiceSimbolo.html>>.

¹² El concepto se establece en gran medida gracias a un nombre. En la propuesta de Saul Kripke el nombre es un *designador* que se refiere a un objeto. Cuando se refiere a la misma entidad en todos los mundos posibles en los que la entidad existe, lo denomina *designador rígido*.

manera no bien comprendida, la palabra proporciona un acceso mental o *insight* a la naturaleza de lo que signa y así se puede entender lo que quisieron decir Borges al afirmar que “en las letras de ‘rosa’ está la rosa”,¹³ o Umberto Eco con el críptico título de *El nombre de la rosa*. Además, el concepto entraña grados de comprensión que permiten concretar, categorizar y clasificar otros conceptos, pues el significado no reside en un término por sí mismo, sino en la red de sentidos que establece con otros en ese metódico y maleable archivo que es la memoria semántica. El neuropsicólogo ruso Alexander Luria consideró a la palabra como una red de conexiones y relaciones potenciales a las que remite un objeto.¹⁴ Aún más extraordinario es el hecho de que un acto verbal del lenguaje, como el enunciado de una frase, pueda ser considerado verdadero o falso según se encuentre o no en conformidad con los hechos del mundo, lo cual es uno de los temas más espinosos de la filosofía del lenguaje, plenamente anticipado por John Locke.¹⁵

Hasta este momento, al sondear la naturaleza de la lengua he vinculado la etología con la semántica. Propongo ahora avanzar por dos rutas de las ciencias naturales: la evolución de la comunicación, bosquejada ya con ejemplos de la etología, y la neurociencia del lenguaje y el significado.

LA EVOLUCIÓN DEL SABER

Vale la pena referir a dos individuos de especies distantes que han mostrado notorias habilidades de categorización y expresión semántica y aritmética: un loro gris llamado Alex (*Psittacus erithacus*) y un bonobo de nombre Kanzi

Véase Saul Kripke, *Identidad y necesidad*, traducción de Margarita M. Valdés, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978.

¹³ En la primera estrofa de *El golem*, que dice así: “Si (como afirma el griego en el Cratilo) / el nombre es arquetipo de la cosa / en las letras de ‘rosa’ está la rosa / y todo el Nilo en la palabra ‘Nilo’”.

¹⁴ Alexander Luria, *Conciencia y lenguaje*, traducción de Marta Shuare, Visor Libros, Madrid, 1984, pp. 37 y ss. Luria examina las características e implicaciones de los campos semánticos, conjuntos de términos relacionados que proporcionan significados más precisos a sus componentes.

¹⁵ En el capítulo xxxii “De las ideas verdaderas y falsas” del libro II del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, traducción de Edmundo O’Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 1956 (1690).

(*Pan paniscus*) quienes,¹⁶ mediante ingenioso u arduo entrenamiento, han sido capaces de aprender y reconocer símbolos abstractos. Alex respondía a preguntas verbales de Irene Pepperberg¹⁷ sobre objetos presentes y Kanzi interactuaba con Sue Savage-Rumbaugh mediante un tablero lexicográfico con más de 300 símbolos y obedecía órdenes verbales complejas sin mediación de gestos.¹⁸ Alex desarrolló un vocabulario de unas 100 palabras, identificaba 50 objetos distintos, reconocía hasta siete cantidades, siete colores y cinco formas; entendía la diferencia entre pequeño y grande, igual y diferente, abajo y arriba. Mediante una orden verbal podía identificar y escoger correctamente un objeto cuadrado y amarillo entre otros de diferentes formas y colores. Alex y Kanzi no solo *repetían como loros* o *imitaban como monos* sino que procedían con la razón y la abstracción, pues las dedicadas investigadoras demostraron que eran capaces de identificar, elegir y manejar palabras, frases y objetos.¹⁹

Ahora bien, ¿para qué sirven en el hábitat natural estas capacidades lingüísticas reveladas en el laboratorio? Los monos verdes de la sabana de África (*Cercopithecus aethiops*) emiten un grito particular al divisar un leopardo. Cuando escuchan esta voz los otros monos trepan velozmente a los árboles. Si aparece un águila, el mono avizor produce un llamado de alarma diferente y los oyentes miran hacia arriba mientras se esconden entre los arbustos. Finalmente, cuando alguno localiza a una serpiente emite un tercer aullido y los escuchas adoptan una posición bípeda y escrutan el suelo. Estas conductas diferentes ocurren igual en ausencia del depredador mediante la reproducción sonora de cada uno de los gritos previamente grabados.²⁰ Ahora bien, para considerar estas vocalizaciones como palabras sería necesario determinar si la voz está precedida por una intención o deseo de avisar, pues aunque los monos verdes

¹⁶ La cursiva aquí es intencionada.

¹⁷ Irene Pepperberg, "Hablando con Alex: lógica y conversación en loros", *Scientific American*, 18 de mayo de 1998.

¹⁸ Par Segerdahl, William Fields y Sue Savage-Rumbaugh, *Kanzi's primal language. The cultural initiation of primates into language*, Palgrave Macmillan, 2006.

¹⁹ Una evaluación histórica y filosófica del lenguaje aprendido de los simios se encuentra en Jorge Martínez Contreras, "Problemas en torno al lenguaje de los póngidos", en Víctor Manuel Alzaraz (coord.), *Una mirada múltiple sobre el lenguaje*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000, pp 135-159.

²⁰ Dorothy L. Cheney y Robert M. Seyfarth, *How Monkeys See the World: Inside the Mind of Another Species*, University of Chicago, Chicago, 1998. De los mismos autores y en castellano véase: "Mente y significado en los monos", *Investigación y Ciencia. Temas 32. La conducta de los primates*, 2003, pp 56-63.

ostensiblemente clasifican las tres vocalizaciones de acuerdo a los objetos que denotan, quizás el emisor no tiene idea del estado mental de su audiencia y rotula un estímulo sin tener la autoconciencia y la *heteroconciencia* o alteridad que presupone el lenguaje humano. La capacidad para inferir emociones, intenciones o motivaciones ajenas es lo que constituye la llamada “teoría de la mente”²¹ y existen indicadores en múltiples especies de esta capacidad como son el juego social, el engaño táctico o la llamada inteligencia maquiavélica en los chimpancés y sus intrincadas estrategias sociales que han sido calificadas de políticas por el destacado etólogo contemporáneo Frans de Waal.²²

Otras conductas sugieren simbolización ritual en chimpancés y en bonobos.²³ Éstas incluyen “rituales funerarios” (comportamientos inusuales, enfáticos, dirigidos e iterativos en referencia al cadáver de un congénere), la “danza de la lluvia” (movimientos rítmicos peculiares en el momento del inicio de las primeras lluvias de la temporada o ante una cascada), el “juego con muñecas” (la adopción de un objeto al que se trata como a un infante por parte de hembras chimpancés juveniles) y la “conducta de señalar” (la dirección de la mano o del índice para llamar la atención de congéneres hacia un objeto particular y distante).

En 1982 Nicholas Humphrey propuso que el origen de la conciencia humana dependió crucialmente de la capacidad para atribuir y compartir experiencias en los simios y los homínidos, en especial aquellos que vivían en grupos y dependían de ellos para sobrevivir.²⁴ Robin Dunbar postula que los cerebros voluminosos y las habilidades cognitivas de los humanos han evolucionado mediante intensa competencia y estrategias sociales crecientemente elaboradas.²⁵ La aparición hace unos 70 000 años en grupos ya globalmente distribuidos de *Homo sapiens* de representaciones externas en petroglifos, en pinturas

²¹ A una chimpancé llamada Sarah se le mostraron fotos de una persona en una jaula y en diferentes situaciones para poder o no alcanzar un plátano fuera de la jaula. Si acaso la chimpancé se puede poner en el lugar de esta persona debe señalar cuál es la fotografía con la posibilidad de alcanzar el plátano. Sarah pasó satisfactoriamente la prueba. David Premack y Guy Woodruff, “Does the Chimpanzee Have a Theory of Mind?”, *Behavioral and Brain Sciences*, núm 1, 1978, pp. 515-526.

²² Véase Frans de Waal, *Primates y filósofos*, traducción de Vanesa Casanova, Paidós, 2007.

²³ James B. Harrod “A Trans-Species Definition of Religion”, *Journal for the Study of Religion, Nature and Culture*, 2011, pp. 1749-4907.

²⁴ Nicholas Humphrey, *La mirada interior*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.

²⁵ Robin Dunbar, *Grooming, Gossip and the Evolution of Language*, Harvard University Press, 1997.

rupestres o en instrumentos musicales marca una simbolización y comunicación abstracta cuya relación directa con el desarrollo del lóbulo frontal del cerebro ha sido repetidamente subrayada.²⁶ Roger Bartra (2007) propone estas manifestaciones simbólicas externas, que denomina prótesis cultural o exocerebro, como un recurso evolutivo de la conciencia humana.²⁷ Julian Jaynes había argumentado en 1976 sobre el origen reciente de la conciencia humana con el requerimiento del lenguaje para la memoria episódica y especialmente con la lectoescritura.²⁸ En ambos casos se trata de la conciencia sentiente, pues el sentir y el sentido propios de la conciencia sintiente son de origen mucho más remoto en la evolución de las especies.

Los más antiguos indicios de expresión simbólica humana han sido hallados en los grabados de la gruta Blombos en Suráfrica que datan de hace 77 mil años. Los grabados presentan claras señales de conciencia sentiente porque ostentan animales pintados de memoria, máscaras que revelan representación o simulacro y figuras humanas que parecen organizar una narrativa. Este tipo de representaciones se pueden considerar adaptativas pues están basadas en circuitos neuronales que generan recursos cognitivos en coordinación con el medio.²⁹ La evidencia arqueológica, histórica y etnográfica indica que los sistemas culturales humanos han tenido un alto grado de evolución convergente, pues los complejos jerárquicos y ceremoniales que rodean a las clases dirigentes, el uso de minerales escasos en forma de joyas, las pirámides con cámaras funerarias y muchos otros elementos comunes entre civilizaciones lejanas y desligadas muestran una convergencia cultural que incluye símbolos como el *axis mundi*, el mandala y muchos otros. En adición al materialismo cultural, que postula una base práctica, eficiente y útil de los caracteres convergentes entre las culturas,³⁰ habría que sustentar una necesidad cognitiva-afectiva-imaginativa, a veces designada como *espiritual*, para explicar la convergencia simbólica. Ésta debe fundamentarse en una tendencia de atribuir significado a

²⁶ Véase Dunbar, *op. cit.*

²⁷ Roger Bartra “Antropología del cerebro”, *La conciencia y los sistemas simbólicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007.

²⁸ Jaynes, J., *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*, University of Toronto Press, Toronto, 1976. Versión en español, *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, traducción de Agustín Bárcena, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

²⁹ Peggy La Cerra y Roger Bingham, *The Origin of Minds. Evolution, Uniqueness and the New Science of the Self*, Harmony Books, Nueva York, 2002.

³⁰ Marvin Harris, *El materialismo cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

los objetos naturales a través de una comunicación que ha dado origen a contenidos conscientes grupales y a manifestaciones estéticas. La convergencia simbólica supone que ciertos significados, emociones, valores y motivos para la acción son co-creados por individuos que intentan dar sentido a una experiencia común y se manifiestan en la construcción de imaginarios y retóricas sociales mediante una interacción cohesiva.³¹ Esto sucede con la música o con el lenguaje que tienen elementos evolutivos y cognitivos comunes para la especie, pero que se revisten de la lengua o de las manifestaciones particulares a los que el individuo está expuesto en su desarrollo. En su *Human Universals*, de 1991, el antropólogo Donald Brown³² revisó una serie de investigaciones comparativas entre culturas diversas para mostrar que todas las lenguas y culturas humanas expresan metáforas, personifican fenómenos externos, califican un territorio conocido como hogareño, cocinan, proscriben el incesto y la violencia intragrupo, practican la adivinación, realizan juegos competitivos, etc. Entre estos universales el que más interesa al tema de la naturaleza de la lengua es la capacidad metafórica y simbólica del cerebro humano, lo cual conduce a la neurociencia del lenguaje.

CEREBRO Y LENGUA

La historia de la base cerebral del lenguaje se inició en 1861, cuando Pierre Paul Broca acudió a un congreso de la Sociedad Antropológica de París con el cerebro de un enfermo que había muerto con afasia y a quien llamaban Tan porque ésta era la única sílaba que podía pronunciar. El cerebro de Tan tenía una lesión circunscrita al pie de la primera circunvolución frontal del hemisferio izquierdo. Esta región es llamada hasta hoy zona de Broca y es crucial para hablar y articular el lenguaje, incluso el de signos. La modularidad del lenguaje³³ se reafirmó unos años más tarde con la zona de Wernike para la comprensión del lenguaje, convenientemente situada en la primera circunvolución temporal izquierda justo atrás de la zona de recepción auditiva. Las dos áreas

³¹ Ernst G. Bormann, "Symbolic Convergence Theory: A Communication Formulation", *Journal of Communication* 35 (4), 1985, pp. 128-138.

³² Donald E. Brown, *Human Universals*, McGraw-Hill, Nueva York, 1991.

³³ La tesis de la modularidad cerebral se ha extendido a los procesos mentales, particularmente en Jerry Fodor, *La modularidad de la mente*, Morata, Madrid, 1986.

están unidas por un grueso haz de fibras, llamado fascículo arcuado, y trabajan en estrecha relación. La lateralización izquierda es manifiesta para la gramática y el vocabulario, pero el mapa actual del cerebro lingüístico es más bilateral, pues las facultades pragmáticas, connotativas y afectivas del lenguaje, como la prosodia, la acentuación y la connotación involucran actividad del hemisferio derecho y la lectoescritura requiere de la participación de múltiples zonas sensoriales, motoras, afectivas y volitivas de los dos hemisferios.³⁴

Además de la neurología, la lingüística ha venido a enriquecer el panorama de la neurobiología del lenguaje. Hacia mediados del siglo XIX el conocido lingüista y politólogo de afinidad libertaria Noam Chomsky, uno de los patriarcas más celebrados de las ciencias cognitivas, fortaleció la teoría de Wilhelm von Humboldt —padre de la teoría lingüística—³⁵ de una gramática universal al considerar que bajo toda frase proferida existe una abstracción formal relacionada con su sentido. Todas las lenguas poseerían un núcleo común, una estructura profunda conformada en un *dispositivo cerebral de organización innata*, adquirido durante la evolución de los homínidos. Este nativismo implica módulos cerebrales especializados y se apoya en evidencias de que las funciones del lenguaje están procesadas en módulos como el área de Broca o el área de Wernike.³⁶ Sin embargo, hoy sabemos que la modularidad parcial de funciones mentales como el lenguaje ciertamente existe, pero se ve rebasada por el enlace y la integración de las funciones necesarias para la conciencia, el conocimiento y el significado.

Steven Pinker, célebre psicólogo de Harvard, ha empujado el innatismo naturalista de Chomsky en su libro *El instinto del lenguaje* al proponer que la teoría evolutiva provee una explicación causal del lenguaje, pues éste fue seleccionado por y para resolver problemas de comunicación.³⁷ El lenguaje no sería una forma de tecnología semejante al uso de herramientas, sino una adapta-

³⁴ Para una revisión en castellano de los centros cerebrales involucrados en el lenguaje véase Peggy Ostrosky-Solís y Alfredo Ardila, *Cerebro y lenguaje. Perspectivas en la organización cerebral del lenguaje y de los procesos cognoscitivos*, Trillas, México, 1994.

³⁵ Carmen Galán Rodríguez afirma que los conceptos de Humboldt de “forma interna” “enérgeia” han venido a considerarse claves en la lingüística moderna en: <file:///C:/Users/Dr%20Diaz/Downloads/Dialnet-LaTeoriaLinguisticaDeWihelmVonHumboldt-58813.pdf>.

³⁶ Noam Chomsky, *Sobre la naturaleza y el lenguaje*, traducción de Cristina Piña Aldao, Akal, México, 2003.

³⁷ Steven Pinker, *El instinto del lenguaje*, traducción de José Manuel Igoa y Alejandro Pradera, Alianza Editorial, Madrid, 2012.

ción biológica, como el sonar de los delfines o como las telarañas, lo cual es verosímil pero incompleto, pues un determinismo genético de este tipo minimiza los factores sociales y culturales de la comunicación en el largo trayecto de los humanos. Un colaborador de Chomsky, el filósofo del lenguaje Jerry Fodor, elaboró una hipótesis central para la ciencia cognitiva inicial: el pensamiento entendido como procedimiento de tipo computacional que opera sobre representaciones simbólicas. Habría así un lenguaje universal y propio del pensamiento, que bautiza como *mentales* un sistema de representaciones simbólicas que ocurre en el cerebro y que explicaría la habilidad para comprender, procesar o engendrar frases nunca antes oídas o pronunciadas,³⁸ una de las propiedades más espectaculares de la capacidad lingüística de los humanos.

Estas teorías concuerdan con la antigua idea racionalista tan ligada a Kant de que la mente no nace vacía de contenidos ni capta al mundo como una *tabula rasa*, sino que viene equipada con programas o tendencias que la psicología evolutiva ha considerado como moldeadoras de la cognición humana en forma general. Sin necesidad de excederse con estas nociones, se puede rescatar la idea de que los humanos vienen al mundo dotados de programas de dominio específico que son dependientes de contexto y están especializados para resolver problemas que enfrentaron nuestros ancestros arcaicos. Si bien parece aceptable la idea de que ciertas conductas y saberes semejan dotaciones de la especie humana, una pregunta más difícil de resolver es si existen símbolos concretos de origen ancestral o arquetipos que codifiquen o favorezcan contenidos que se expresen con los ornamentos de la lengua, la representación estética y la cultura particulares de grupos e individuos.

Muchos de los programas universales de la lengua operan de manera inconsciente y es probable que se encuentren codificados de manera laxa pero efectiva en redes neuronales de antigua adquisición. Los procesos mentales conscientes y explícitos descansan sobre un andamio de procesos arcaicos que el prominente neurólogo Antonio Damasio considera como el núcleo de la conciencia.³⁹ Es así que la imaginiería emocional de los mitos, los sueños o

³⁸ Jerry A. Fodor, *El lenguaje del pensamiento*, Alianza Editorial, Madrid, 1985. Véase también la evaluación del significado desde la psicología actual en Víctor Manuel Alcaraz Verduzco, “La sonrisa del gato de Cheshire y el concepto del significado en psicología”, en Víctor Manuel Alcaraz (coord.), *Una mirada múltiple sobre el lenguaje*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000, pp. 241-270.

³⁹ Antonio Damasio, *Sentir lo que sucede*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 2000.

las alucinaciones se ha atribuido a una fisiología cerebral más profunda y de adquisición más antigua que las partes de la neocorteza que fundamentan la racionalidad humana.⁴⁰ Estas aportaciones teóricas están sujetas a revisión y ajuste por parte de la neurociencia cognitiva, pues ha ocurrido un desarrollo espectacular de técnicas para la exploración cerebral en sujetos humanos que realizan tareas cognitivas cuidadosamente calibradas. Entre esas técnicas destacan las imágenes cerebrales tanto eléctricas como metabólicas. Vale la pena referir algunas investigaciones relevantes al procesamiento del lenguaje realizadas con estos medios.

La investigación neurocognitiva reciente parece esclarecer algunas características del significado. Por ejemplo, la disyuntiva entre quienes consideraban que el significado de una palabra está en una imagen mental coligada a ella y quienes proponían que se trata de una abstracción puramente lingüística puede comprenderse mejor por el llamado *efecto de concreción*. Éste se refiere a toda diferencia conductual y neurofisiológica relacionada con el procesamiento de palabras en función del grado de concreción o *imaginabilidad* de sus significados. El efecto se manifiesta en mayor rapidez (menor tiempo de reacción) y mayor precisión (menor número de errores) al procesar palabras concretas que prontamente evocan imágenes. De esta manera existe un gradiente de concreción desde los términos que se asocian a imágenes hasta los más abstractos. Por otra parte, las palabras con significado comprensible evocan potenciales auditivos más complejos en el cerebro que las palabras sin sentido y esto es notable en una deflexión del potencial provocado que ocurre entre los 300 y 400 milisegundos de presentada la palabra. Este potencial llamado P300 se asocia a la captación del significado de la palabra y se registra con mayor magnitud en las zonas del lenguaje y es de mayor amplitud y más veloz para las palabras concretas que para las abstractas.⁴¹

En otro tipo de experimentos se ha detectado que existen neuronas situadas en el lóbulo temporal que responden a los nombres de personas y cosas

⁴⁰ Erik D. Goodwyn, *The Neurobiology of the Gods: How Brain Physiology Shapes the Recurrent Imagery of Myth and Dreams*, Routledge, Nueva York, 2012.

⁴¹ José María Ruiz-Vargas e Isabel Cuevas, “Imágenes mentales y memoria: hacia una explicación del efecto de concreción”, *Cognitiva*, vol. 1, núm. 6, enero de 1994, pp. 3-25. Una amplia evaluación de los potenciales evocados en el estudio del lenguaje se encuentra en: T. Harmony Baillet y J. Silva Pereyra, “Estudio del lenguaje por medio de los potenciales relacionados a eventos” en Víctor Manuel Alcaraz (coord.), *Una mirada múltiple sobre el lenguaje*, op. cit., pp. 271-295.

particulares. A finales del siglo XIX William James las predijo teóricamente con el patriarcal nombre de “células pontificales” y luego fueron llamadas “neuronas gnósticas”. Sucede que estas células responden no sólo al nombre de una persona conocida, sino a sus diversas imágenes, poses o personajes que interprete. Se ha llamado neurona Marilyn Monroe a la célula que se activa al ver imágenes diversas de la diva, incluso cuando se le reconoce de espaldas, pero también al oír o leer su nombre.⁴² A pesar de lo sensacional del hallazgo no se debe concluir que el concepto, la representación o el significado residen en una neurona, pero sí que ésta es un nodo crucial de una red genéticamente dispuesta, pero que se acondiciona por aprendizaje repetitivo para procesar información sobre una persona o un objeto, ligada centralmente al concepto.

Se ha averiguado también que los verbos y los sustantivos activan diferentes zonas del cerebro. Los verbos que implican acciones encienden zonas frontales cercanas a las regiones motoras que guían el movimiento, en tanto que los sustantivos que designan objetos activan la corteza del lóbulo temporal entre las regiones de la audición y la visión y que son cruciales para identificar qué es lo que se oye o se mira. Un grupo de investigadores rusos⁴³ reportó el mes de abril que los verbos y nombres que implican acciones como *saltar*, *lanzar*, *patada* o *baile* inducen la actividad de la porción de la corteza motora implicada específicamente por el significado de estas palabras: la zona de la pierna. Esto sucede a los 80 milisegundos de escuchar o leer las palabras, mucho antes de que el sujeto capte el significado, lo cual como ya vimos ocurre después de 300 milisegundos. Este proceso constituye un fundamento neural de la semántica, pues los circuitos motores específicos están comprometidos en el significado de estas palabras de manera automática. De manera congruente con esto, un grupo de neurocientíficos británicos ha visualizado los cerebros de 12 voluntarios sanos cuando escuchan frases comunes, chistes o juegos de palabras. Observaron que las zonas de recompensa se activan de manera mucho más intensa con chistes o juegos de palabras que con frases comunes y la respuesta es proporcional a lo divertido que los sujetos encuentran cada uno de los chistes.⁴⁴

⁴² R. Quian Quiroga *et al.*, “Invariant Visual Representation by Single Neurons in the Human Brain, *Nature*, núm. 435, 2005, pp. 1102-1107.

⁴³ Yury Shtyrova *et al.*, “Automatic Ultrarapid Activation and Inhibition of Cortical Motor Systems in Spoken Word Comprehension”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 2014.

⁴⁴ D. Mobbs *et al.*, “Humor Modulates the Mesolimbic Reward Centers”, *Neuron* 40 (5), 2003, pp. 1041-1048.

Durante un estudio de resonancia magnética funcional⁴⁵ 15 voluntarios cristianos y 15 no creyentes se pronunciaron sobre la verdad o falsedad de locuciones tanto religiosas (ejemplo: “los ángeles existen”) como no religiosas (“Alejandro Magno fue un famoso caudillo militar”). Las imágenes cerebrales de los creyentes y no creyentes eran indistinguibles, lo que sugiere que la evaluación de verdad o falsedad es independiente de su contenido. Si bien desde un punto de vista fenomenológico y semántico es muy distinto creer que los ángeles existen y que Alejandro Magno fue un gran guerrero, por el momento en el cerebro no se distingue más que el acto de creer y no el contenido. Otros experimentos han mostrado que las mismas áreas cerebrales se activan durante el procesamiento de frases tanto literales como metafóricas, en tanto que la conciencia cualitativa de uno y otro es claramente distinta.⁴⁶ Como puede verse queda mucho por conocer respecto a las diferencias en los contenidos de las locuciones y creencias, es decir, el contenido de las representaciones mentales, pero ya sabemos que el significado no se asocia a la actividad de un módulo, sino que engancha las zonas del cerebro cuyas funciones están aludidas por la palabra o el enunciado. Es así que el significado se basa en funciones primarias del cuerpo y su cerebro, pero ¿cómo ocurre la representación?

REPRESENTACIÓN Y SIGNIFICADO

Los neurofisiólogos utilizan el concepto de representación para referirse a las neuronas o sectores nerviosos que se activan durante la ejecución de una tarea cognitiva específica y en particular a las pautas espaciotemporales de actividad eléctrica de las neuronas.⁴⁷ Es permisible suponer que estos códigos de actividad nerviosa se constituyen en procesamientos cognitivos de información porque son la base de una pirámide que incluye niveles cre-

⁴⁵ S. Harris *et al.*, “The Neural Correlates of Religious and Nonreligious Belief”, *PLoS ONE* 5(1), 2009, en: <<https://doi.org/10.1371/annotation/7f0b174d-ab93-4844-8305-1de22836aab8>>.

⁴⁶ Véase Robert Sapolsky, “This Is your Brain on Metaphors”, *New York Times*, 14 de noviembre de 2010.

⁴⁷ Para la neurofisiología la actividad eléctrica de las neuronas constituye el lenguaje del cerebro; véase como ejemplo: José M. Delgado García, *Lenguajes del cerebro*, Letra Áurea, 2006.

cientes de organización en redes, módulos y actividades intermodulares en el cerebro entero y se corresponden con niveles de elaboración cognitiva. En ese escalafón se puede postular la emergencia de representaciones simbólicas a partir de las representaciones neurofisiológicas y plantear una correlación psicofísica entre procesos conscientes y procesos cerebrales de alto nivel de integración.⁴⁸ Las representaciones mentales están entonces enraizadas en niveles de organización, desde los más básicos correspondientes a las proyecciones sensoriales de los objetos del mundo, pasando por un nivel intermedio de representaciones categóricas aprendidas de rasgos invariantes de objetos, hasta un nivel integrado y emergente de representaciones superiores propiamente simbólicas y semánticas. De esta manera se puede plantear la siguiente hipótesis neurosemántica: la representación nerviosa se basa en códigos de disparo de neuronas que se organizan de manera compleja en redes, que el contenido está determinado por el origen y destino de las vías entre los diversos módulos del cerebro y, finalmente, que el significado está definido por la pauta dinámica de las interconexiones entre los módulos todo ello en asociación íntima con los sistemas perceptivos y motores del cuerpo.⁴⁹

La hipótesis del enjambre⁵⁰ propone que la dinámica intermodular del cerebro es necesaria para la conciencia y para el significado, pues es un proceso superorganizado de activación espaciotemporal y por ello es apto para navegar, pulular, girar, escindirse o afluir a través del encéfalo y enlazar sus diversos subsistemas de forma veloz y efectiva para constituir “bulliciosas colmenas” según la elocuente metáfora del pionero de la neurociencia moderna, el sabio español Santiago Ramón y Cajal. En concordancia con esta propiedad, el procesamiento consciente es capaz de acceder, coordinar e integrar múltiples mecanismos locales de información, como sucede, por ejemplo, cuando en un recuerdo se unifican una imagen mental, un pensamiento y una emoción, operaciones segregadas en distintos substratos y módulos nerviosos que se reúnen en un solo contenido y proceso, es decir, en una experiencia consciente.

El proceso consciente es el aspecto mental del desempeño neurológico del más alto nivel de integración, un fenómeno con plenas capacidades causales

⁴⁸ J. L. Díaz, *La conciencia viviente*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007.

⁴⁹ Véase *ibid.*, pp. 436-443 y la introducción del libro de S. W. Kuffler y J. G. Nicholls, *From Neuron to Brain*, Sinauer Associates, Suberland, 1976.

⁵⁰ J. L. Díaz, *op. cit.*, pp. 445-474.

sobre el funcionamiento de los sistemas de menor jerarquía que moldean el habla y la expresión de la conducta en general. Por añadidura, esta capacidad expresiva de los sistemas conscientes a través del lenguaje y la acción del individuo tiene efectos diversos y potencialmente trascendentes sobre el sistema social y cultural. Esto es patente para las actividades creativas que se producen como un procesamiento consciente y luego se plasman o expresan mediante actos, símbolos, teorías científicas, productos de arte o técnica hacia el medio social, cultural y ecológico.

Las pautas físicas externas como el lenguaje oral o escrito, el imaginario social o la música constituyen códigos de información trascendentes que rebasan a los sujetos para perdurar o desplazarse en tiempo y espacio. Estas pautas se pueden concebir como homólogas con las operaciones cerebrales que las asimilan, transforman o expresan, lo cual es la base de la teoría de procesos pautados.⁵¹ Tales procesos, entre los que destacan el flujo de conectividad del cerebro, la secuencia de actos que conforman la expresión de conducta o el procesamiento de elementos mentales que caracterizan a la conciencia, serían transformaciones de información que permean entre los sistemas sociales y neurobiológicos para lograr y compartir operaciones cognitivas. Esas pautas no pueden ser físicamente idénticas en su transcurso por los diversos medios de soporte y la información acarreada utiliza múltiples canales y sufre transformaciones entre los sistemas biológicos, los nichos ambientales y las expresiones sociales. Este intercambio de información mental ocurre gracias a la conducta y los sistemas sensitivo-motores, piezas cruciales situadas entre el cerebro y el mundo.

Los elementos en transición de estos procesos pautados tienen una arquitectura narrativa y cinemática definida por unidades que ocurren en ciertas secuencias, combinaciones, ritmos y cualidades. Se trata de formas en movimiento que se despliegan en el tiempo con una probabilidad de transición semiordenada o estocástica, con una intrincada periodicidad rítmica, con una amplia combinación de unidades y con un factor cualitativo de modalidades particulares de cada proceso definido, como son las cualidades de la conciencia. El caso de la música es paradigmático de un proceso pautado pues incide en la función nerviosa para permitir la emoción y figuración musical por la correspondencia entre las estructuras ondulatorias espaciotemporales

⁵¹ *Ibid.*, cap. XI.

de una ordenación sonora y ciertas estructuras espaciotemporales del procesamiento cerebral mediadas por la conducta para producir y captar el sonido. De esta manera, la música no sólo sería una expresión creativa propia de ciertas actividades mentales afectivas y figurativas, sino esencialmente una formación sonora externa complementaria de una emoción o figuración interna la cual adquiere una “forma” musical que al interpretarse se esparce como prolongación de ciertos circuitos y procesos cerebrales permitiendo que cierta emoción musical se comparta entre el compositor, el intérprete y el escucha. Los efectos emocionales de la música requieren así de mecanismos simbólicos de alta jerarquía del cerebro funcionando o resonando al unísono con cosmovisiones y pautas culturales.

EL LOGOS RECOBRADO

El filósofo hispano-mexicano Eduardo Nicol rescató y actualizó el Logos de Heráclito como el ámbito simbólico humano y argumentó robustamente que no es una capacidad privada y hermética sino, al contrario, está a la vista en el mundo de la cultura. En *La metafísica de la expresión*, de 1957, rescata la función simbólica como la esencia de la expresión y su comunicación entre seres humanos como el mecanismo vinculante de la cultura.⁵² En este sentido hay que agregar que el proceso simbólico —el Logos, el Verbo— es un elemento común y natural a la cultura, a la conciencia y al cerebro y requiere ser explicado en términos de procesos cerebrales que alcanzan a detentar significados o símbolos. El símbolo externo o cultural es un estímulo dual en el sentido de que codifica, por un lado, una liga con el objeto y, por otro, con el agente. Según el estructuralismo biogenético,⁵³ el significado del símbolo está mediado por procesos culturales acoplados a procesos cerebrales mediante una práctica, de tal forma que los elementos complementarios serían, por un lado, un procesamiento cerebral particular y, por otro, una conducta desarrollada y aprendida en el medio cultural.

Algo desconocido y desconcertante unifica la mente y el cuerpo, la conciencia y el cerebro, el significado y el enjambre neuronal, algo que debe

⁵² Eduardo Nicol, *La metafísica de la expresión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

⁵³ Charles D. Laughlin, Eugene d'Aquili y John McManus, *Brain, Symbol and Experience. Toward a Neuropsychology of Consciousness*, Columbia University Press, Nueva York, 1993.

conformar una unidad, una realidad psicofísica que reta y ha esquivado de manera recalcitrante al entendimiento humano. Para conceptuar esta unidad hay que considerar que la conciencia tiene una base o una raíz orgánica nerviosa sumamente peculiar y que el cerebro genera esa propiedad natural alojando el ambiente percibido y manipulado por las peculiaridades distintivas de este órgano maravilloso, el sistema que ostenta la red de comunicación más compleja que se conoce y cuya anatomía conectiva se intenta desentrañar en el magno proyecto del conectoma.⁵⁴ El reto es formidable, pues los eventos mentales conscientes como los significados poseen una naturaleza fenomenológica y subjetiva que difiere drásticamente de los eventos electroquímicos que ocurren entre las neuronas. Esta brecha es el núcleo duro de roer del problema mente cuerpo, pues aún si lográramos, mediante un ingenioso cerebroscoPIO, detectar las frases que piensa un sujeto al decodificar exitosamente sus correspondientes señales eléctricas en el cerebro, esto no constituiría una verdadera lectura de la mente y la experiencia, sino un vistazo indirecto y parcial de sus contenidos, entre los cuales quedarían excluidos el significado preciso de los vocablos para el pensante y todo el cortejo cualitativo, intuitivo, emocional, prospectivo e intencional de su pensamiento.

En sus *Cahiers*, de 1920, Paul Valéry escribió: “Estos pensamientos que escribo no son los pensamientos que tengo” lo cual quiere decir que el enunciado del pensamiento propio en forma de lenguaje natural restringe, disminuye o incluso traiciona al propio pensamiento tal y como fue sentido o experimentado. Para traducir adecuadamente la actividad cerebral en actividad mental se necesitaría establecer una relación bi-unívoca entre un proceso mental y un proceso cerebral.⁵⁵ Pero esto es improbable, pues los mismos actos mentales pueden ser ejecutados por diferentes redes neuronales como, a la inversa, la misma red puede, de acuerdo a variantes sinápticas o neuroquímicas determinadas por su historia, consumir diversos actos mentales, lo cual es muy patente en la recuperación de funciones perdidas por accidentes cerebrovasculares. La cerebroscoPIa requeriría una forma insólita de hermenéutica, una técnica de interpretación que dependería crucialmente de que

⁵⁴ Sebastian Seung, *Connectome: How the Brain's Wiring Makes Us Who We Are*, Houghton Mifflin Harcourt, 2012.

⁵⁵ Donald Davidson, *Essays on Actions and Events*, Clarendon, Oxford, 1980. Traducido al castellano por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y editado en 1995 por la Universidad Autónoma de México y por Crítica con el título de *Ensayos sobre acciones y sucesos*.

los significados de las señales cerebrales se encontraran debidamente establecidos. Además, para realizar la correlación sería inevitable recurrir al informe en primera persona del sujeto, que es el mecanismo tradicional para conocer la mente ajena y que, empleado ya por Homero, ha llegado a una cúspide expresiva en el monólogo interior desarrollado por novelistas como Virginia Woolf o James Joyce.⁵⁶

En este punto solicito un último ejercicio mental por parte del oyente o lector de este texto y es que evoque a su ancestro más querido. En mi caso, si pienso en mi querido abuelo Juan, un cabal campesino gallego, llamado por sus hijos y nietos “papá Juanito”, no sólo vienen a la mente imágenes o escenas sensoriales, en especial visuales y auditivas ocurridas hace 60 o más años, sino que ocurren en vertiginosa asociación con ellas sentimientos, intenciones, fantasías y pensamientos en lenguaje interno, sea como voces de mi añorado abuelo o en forma de comentario paralelo a la experiencia por un yo escurridizo. Una transcripción de las palabras que pasan por la mente sería un logro extraordinario, que quizás alcance parcialmente la neurociencia del futuro, con todos los peligros que eso entrañaría, pero aún insuficiente para revelar la experiencia mental y el plétórico significado que la expresión “papá Juanito” tiene para mí, o del personaje evocado por el lector o el oyente en la intimidad de su conciencia.

En este marco de evocación de mis mayores concluyo con un colofón de cauto entusiasmo, valga el oxímoron. La contribución naciente de las ciencias biológicas, cognitivas y cerebrales coordinadas con las humanidades para comprender la naturaleza de la lengua y el significado del significado⁵⁷ es tan reveladora como desafiante. Lejos de reducir el Logos a conductas compartidas, a módulos cerebrales o a redes neuronales, enaltece la naturaleza de la lengua con evidencias neurológicas y con teorías cognitivas contrastables, dispone al Homo sapiens como Homo loquens entre las criaturas significantes de la

⁵⁶ Al respecto véanse J. L. Díaz, *op. cit.*, cap. xv; y Jorge Volpi, *Leer la mente*, Alfaguara, México, 2011.

⁵⁷ En el célebre ensayo intitulado *The Meaning of Meaning*, de 1923, el lingüista Charles Ogden y el crítico literario Ivor Armstrong Richards propusieron las estrategias de estudio del significado como una labor interdisciplinaria que originalmente incluía a la semántica y la psicología. El modelo, derivado de Charles Peirce, es un triángulo de relaciones entre los procesos mentales, el signo (palabra o significante) y el referente (objeto, realidad) implicados en una locución o enunciado. El libro fue traducido al castellano: *El significado del significado*, Paidós, Buenos Aires, 1964.

Tierra, reconoce el magisterio de la poesía y salvaguarda la incógnita del símbolo y del significado como un reto colosal que requiere de la investigación más osada.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco cumplidamente la atenta lectura del texto, las correcciones y las sugerencias de Jorge Comensal y José Luis Falguera.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON JOSÉ LUIS DÍAZ GÓMEZ*

Ruy Pérez Tamayo

En primer lugar deseo agradecer a mi buen amigo, el Dr. José Luis Díaz, la honrosa invitación que me hizo para dar respuesta a su discurso de ingreso a esta nuestra Academia Mexicana de la Lengua. La distinción no me sorprendió porque José Luis siempre me ha tratado con generosidad, a pesar de que hace algunos años fue alumno mío en la Facultad de Medicina, en la época en que al grupo que se inscribía conmigo se le conocía, en forma totalmente injustificada, como el “escuadrón suicida”.

Al poco tiempo nos encontramos otra vez en el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos donde fuimos colegas investigadores, aunque con diferentes edades y en áreas bien distintas de la biomedicina. En diferentes épocas los dos cambiamos de instituciones de estudio y trabajo, pero no perdimos la amistad, aunque nos veíamos poco. Sin embargo, yo le seguí la pista leyendo y disfrutando los diferentes libros que pronto empezó a publicar, y que infaliblemente me obsequiaba con sendas y afectuosas dedicatorias. Para mi buena suerte José Luis no ha perdido esa afortunada costumbre, por lo que creo conocer bien la mayor parte de su obra escrita. De hecho, también ya leí el libro que tiene en prensa, porque me lo envió el Fondo de Cultura Económica para que emitiera una opinión.

Por estas razones acepté encantado su generosa invitación a comentar su conferencia de ingreso a nuestra Academia, y hace ya varias semanas que José Luis me envió el texto. Cuando lo leí casi se me caen los pantalones ante la casi imposible tarea que había aceptado. Mi primera reacción fue: “¿Y ahora qué

* Respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el jueves 12 de junio de 2014.

digo? ¿Cómo puedo responder, haciendo justicia, a esta catarata monumental de información sobre ‘la naturaleza de la lengua’, escrita en forma no sólo impecable sino elegante, y en un castellano noble, preciso y casi perfecto?”. Durante una semana estuve llorando mi desventura y contemplé varias soluciones posibles para disculparme: demencia grave repentina, cáncer generalizado, muerte súbita. Lo que me salvó fue darme cuenta de que, como sucedía con el Chavo del ocho, José Luis “no contaba con mi astucia”. Se me ocurrió que, para cubrir mi incapacidad para generar una respuesta digna de la majestuosidad y perfección de su discurso de ingreso, yo podría hablar de otros aspectos de la obra de José Luis, no relacionados con el lenguaje y la conciencia. Esto serviría para reafirmar (si todavía fuera necesario) el enriquecimiento de nuestra Academia Mexicana de la Lengua con la presencia de José Luis. Porque a pesar de su aspecto juvenil, José Luis se ha dado el tiempo y ha tenido el interés y la capacidad para explorar otras áreas de la cultura y del conocimiento y ha escrito sobre ellas también con esa precisión, con ese generoso interés y con ese manejo magistral de nuestro idioma con los que nos ha deslumbrado esta noche. Yo voy a referirme con cierto detalle a dos obras publicadas por José Luis que no se refieren a las neurociencias, aunque al final también intentaré decir algo sobre su luminosa conferencia de ingreso.

Las dos obras que quiero comentar de José Luis se titulan *El revuelo de la serpiente. Quetzalcóatl resucitado*, publicada en 2006 por la Editorial Herder; y *Siembra y memoria. Muerte y evocación de un médico republicano*, que apareció en 2010 con el sello del Fondo de Cultura Económica. El primer libro mencionado es un estudio histórico, antropológico y social de la figura de la Serpiente Emplumada desde su aparición en textos primitivos toltecas, anteriores a los nahuas, hasta los tiempos modernos. Este librito (apenas tiene 182 páginas) es fascinante; cuando lo tuve por primera vez en mis manos lo leí de corrido en una sola sentada (era fin de semana) y al final me sentí como iluminado. ¡Había descubierto qué, o quién, o quiénes eran Quetzalcóatl, su presencia permanente no sólo en los pueblos precolombinos de Mesoamérica, sino también en otros países de América Latina (Guatemala, Perú, Uruguay, Brasil y Argentina). También se explican las relaciones de Quetzalcóatl con el Ave Fénix y, en sus últimos párrafos, José Luis nos dice lo siguiente:

El mito de Quetzalcóatl es real y potencialmente gnóstico, porque puede tomar vida en cada uno y simbolizar o articular esa febril batalla interior

por el saber trascendental y la redención final. El espíritu se descubre en esa lucha, auténtica jihat, y para liberarse tiene que transgredir aquellos dualismos y polaridades que tan fácilmente se acomodan a una estrecha racionalidad. Y si bien la búsqueda es individual, radicalmente individual, hay un instrumento social a la altura del reto: el arle, que para los antiguos mesoamericanos era “flor y canto”... El camino de la gnosis es el de encontrar y llegar a conocer a la deidad o al principio trascendente y creativo del mundo en el interior de uno mismo. El momento extático es el de la percepción directa que advierte en el propio ser la chispa divina y la degradación divina. Chispa porque reconoce que la divinidad ahí reside, y degradación pues, porque para hacerlo, la divinidad ha tenido que sufrir una disminución, una limitación y un exilio de la naturaleza. He aquí la doble esencia y el doble símbolo de la serpiente emplumada: el águila como aquella chispa y la serpiente como esta limitación. Se trata, finalmente de una resurrección durante la vida, por la cual se adquiere una nueva vida, de un despertar por el cual las apariencias adquieren nuevos significados. Se trata con toda precisión de una gnosis, es decir, de una sensibilidad particular que opera en el mundo del conocimiento, más que en el mundo de la fe o bien, precisando mejor, en el mundo del saber más que de la creencia... El revoloteo de la serpiente constituye no sólo un torbellino sino una epifanía por la cual se funden dos órdenes antitéticos: los bucles batientes de los ciclos naturales, y la flecha alada de la eternidad. Es el caos domesticado, es la imaginación humana pugnando por desplazar los límites de la naturaleza. ¡Es el revuelo de la serpiente!

El otro libro de José Luis que deseo comentar es muy distinto al anterior. Como ya mencioné se titula *Siembra y memoria. Muerte y evocación de un mé-dico republicano*, y es el relato de una verdadera odisea, realizada por José Luis en la búsqueda de la vida y la muerte de un tío suyo, hermano de su padre, quien nació en 1886 y murió asesinado por los fachistas en 1936, siete años antes del nacimiento de José Luis. El libro se inicia explicando su origen, por lo que lo cito:

Hacia 1956, cuando contaba con 13 años de edad y rondaba con mi perro por los tupidos y bien cultivados campos de la comarca de O Inicio, en el montañoso este de Galicia, un campesino se cruzó conmigo y amablemente

me preguntó quién era. Le respondí de la manera que era usual en aquellos lugares y tiempos: ‘Soy hijo de Luis de Gaste/o’, ‘¿Hermano de Don Manolo?’, inquirió el campesino. Y al asentir a su pregunta se inclinó hacia mí para decirme en voz tan baja como vehemente: ‘¡Algún día le vengaremos!’. Mucho tiempo después, en 1986, hurgando entre documentos antiguos del Gaste/o, la vetusta casa de labranza de la misma región, encontré con inicial sobresalto y consecutiva conmoción una hoja manuscrita por mi abuelo que decía: ‘El 11 de septiembre de 1936 me mataron a Manolo los Fascistas, de Laiosa á Inicio’. Han pasado muchos años de estos graves y seminales incidentes y, aunque no llegué a conocerlo, he investigado con ahínco la historia de la vida y del asesinato del Dr. Manuel Díaz González, mi tío Manolo, estímulo de mi vocación médica inicial [...].

Lo que sigue son 140 páginas de esa investigación, realizada a lo largo de muchos años en distintos pueblos y archivos de Galicia y otras localidades en España, de muchas conversaciones con familiares y amigos del tío Manolo, con descendientes de esos familiares y amigos, en bibliotecas buscando publicaciones antiguas (la palabra *Siembra* en el título del libro se refiere a una revista publicada en O Inicio, en donde el tío Manolo escribió algunos textos reveladores de su posición de izquierda) o en numerosa y extensa correspondencia con parientes cercanos y lejanos del mencionado tío, todo esto matizado siempre por el lúgubre y amenazador inicio de la revuelta franquista de esos tiempos, descrito con todo su realismo brutal y sanguinario por José Luis. Pero el texto en general es claro y equilibrado, repleto de citas históricas que documentan y redondean las descripciones de hechos y de personajes en forma convincente. Además, la vena poética de José Luis surge por todas partes: cada capítulo cierra con un verso breve de algún bardo gallego, a veces antiguo y a veces contemporáneo, pero siempre alusivo al tema o episodio relatado.

El libro tiene 29 ilustraciones, todas pertinentes al texto, algunas tiernas y hasta románticas como la de Regina, la ahijada del tío Manolo, a los 14 años de edad, o la del dibujo de la rosa de María Díaz González; hay dos del tío Manolo que lo muestran serio y determinado, hay una de la brigada falangista asesina y otras más, pero todavía debo mencionar la última figura la que nos muestra a José Luis reconociendo el sitio en donde fue asesinado el tío Manolo.

En este punto solicito un último ejercicio por parte del oyente o lector de este texto y es que evoque a su ancestro más querido. En mi caso particular, si pienso en mi querido abuelo Juan, un cabal campesino gallego llamado por sus hijos y nietos “papá Juanito”, no sólo vienen a la mente imágenes o escenas sensoriales, en especial visuales y auditivas ocurridas hace 60 o más años, sino que ocurren en vertiginosa asociación con ellas sentimientos, intenciones, fantasías y pensamientos en lenguaje interno, sea como voces de mi añorado abuelo o en forma de comentario paralelo a la experiencia por un yo escurridizo [...].

A este papá Juanito de José Luis está dedicado su libro que acabo de comentar, *Siembra y memoria. Muerte y evocación de un médico republicano*, con la siguiente cuarteta:

Papá Juanito, ya en calma reposa
ahora es nuestro tu trágico lamento
ya estalla tu aflicción y se deshoja
en pie resiste la casa de Castelo.

Me complace decirle a José Luis, en nombre de todos sus amigos y ahora colegas de esta nuestra Academia Mexicana de la Lengua, ¡bienvenido! Muchas gracias.

LA PRESENCIA DE CAMPECHE
EN *LOS GRANDES MUERTOS*
DE LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ*

Silvia Molina

Una escritora que no tuvo tiempo —ni ganas— de promoverse: le parecía deshonesto. Que las editoriales no supieron vender y que la crítica fue olvidando, a pesar de haber obtenido el Premio Villaurrutia en 1983 por *Apocalipsis cum figuris*. Sin embargo, Luisa Josefina Hernández es una de las mejores escritoras mexicanas del siglo xx; quizá la más llamativa porque dedicó su vida a la escritura, sin más recompensa que saber que escribía por enamoramiento literario, no por publicar. Cinco décadas produciendo a la par que atendía a sus cuatro hijos y su intensa labor académica.

Retirada, ni siquiera se reconoce como escritora. Cuenta a la doctora Gloria Prado cómo se ve a sí misma: “¿Qué otra cosa puede hacer una maestra jubilada que se pasa una gran parte del día cosiendo, tejiendo, bordando, haciendo tapices y tocando el piano?”.¹

Luisa Josefina Hernández nació en la ciudad de México el 2 de noviembre de 1928. Fue la única hija de don Santiago Hernández Maldonado y de doña Faustina Lavalle Berrón,² ambos de familias conocidas en la ciudad de San Francisco de Campeche, quienes le dieron una educación según los cánones del estado y de su condición social, pues como toda niña campechana de su edad

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académica de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el 27 de junio de 2014.

¹ Gloria Prado y Luzma Becerra (eds.), *Luisa Josefina Hernández. Entre iconos, enigmas y caprichos. Navegaciones múltiples*, Tec de Monterrey–Universidad Iberoamericana–Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México–Universidad Autónoma del Estado de México–Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2010. En “Introducción”, p. 205.

² Faustina Lavalle, *La exquisita cocina de Campeche. 400 recetas experimentadas*, Imprenta Londres, México, 1939.

aprendió a tocar el piano y a hablar otros idiomas. Si su presencia en el puerto no fue significativa; es decir, si no vivió en él, sí se retratan en su obra las visitas a sus familiares, el ambiente de su casa y las historias que contaba su madre, como se verá más adelante. Dice de sus padres:

Mi padre era abogado, juez de lo civil; mi madre, señora de su casa. Eran de distinta clase social. Mi mamá, una mujer pretenciosa de pueblo; mi padre, un hombre humilde. Aunque ambos eran de Campeche, se conocieron aquí [...] Mi padre fue un liberal que había sido precursor del movimiento revolucionario. Antirreligioso. Llevaba una vida tremendamente ascética. Actuó en 1900 a favor de la emancipación de los mayas, a quienes se trataba como esclavos. Fundó en el sureste la Casa del Pueblo, en la que durante muchos días, años y noches instruyó a los que no podían ir a la escuela: cargadores, pescadores, campesinos. Esto acabó cuando la Revolución se hizo institución. [Mi madre] tenía una educación de las muchachas bien de los pueblos en el siglo pasado. A pesar de que era una hábil ama de casa no quiso casarse a la edad que lo hicieron sus parientes. Era una mujer muy independiente. Estaba resuelta a quedarse soltera porque no estaba de acuerdo en ser máquina de tener hijos, no con la misión en que vivían las mujeres de su tiempo. Cuando se casó, lo hizo con un hombre que era capaz de reconocer en la mujer a un ser humano con aspiraciones y derechos.³

Cuenta a Alegría Martínez:

Toda mi familia es campechana. Fui a Campeche muchas veces antes de mis veinte años, antes de 1948, debería decir; y una sola vez en 1949. Después regresé en 1959, y luego, hasta este siglo, en varias ocasiones [...] La casa en que solía alojarme era la de doña Merced Clausell Casteló, mi tía abuela. Allí están mis más vivos recuerdos, los olores, las habitaciones, las voces, los sirvientes indígenas, los muebles y las adorables, amadas personas que iluminaron mi vida en esos años.⁴

³ En Beatriz Pagés Rebollar, “Una infancia en el preámbulo de la razón. Luisa Josefina Hernández hija de madre pretenciosa y padre humilde”, *El Sol de México en la Cultura*, 27 de marzo de 1983, p. 8.

⁴ Alegría Martínez, “Cuando escribo no pienso en géneros”, *Milenio*, Sección Cultura, 6 de abril de 2014.

II. EL TEATRO

Luisa Josefina ingresó a la Universidad Nacional Autónoma de México. “¿Por qué decide estudiar letras inglesas?”, le pregunta Patricia Ávila Loya, a lo que responde:

Por pura casualidad. No tenía vocación de nada, pero sí la sensación de responsabilidad porque uno no puede ser nada en la tierra. Tres compañeras y yo terminamos la preparatoria; que me rompo la pierna y me tenía que ir a inscribir en la carrera. Mis amigas me dijeron que en dónde me apuntaban y les contesté que donde quisieran pero que no fuera en matemáticas. Todas nos inscribimos en letras inglesas, pero yo además estuve en leyes. Durante tres años estudié las dos cosas, luego las dejé y me metí al teatro.⁵

En 1955 obtuvo la maestría en letras, con especialidad en arte dramático. Años después terminó el doctorado en historia del arte medieval, con especialidad en iconografía cristiana: de allí el tema de algunas de sus obras. Y en 1963 dirigió un seminario de dramaturgia en La Habana.

Luisa Josefina perteneció a la generación de dramaturgos de los años cincuenta y, desde luego, a la llamada Generación de Medio Siglo:⁶ autores e intelectuales nacidos entre 1921 y 1935; comparte su labor literaria con las narradoras de los años sesenta: Inés Arredondo y Amparo Dávila, quienes nacieron el mismo año que ella, Rosario Castellanos, Guadalupe Dueñas, Elena Garro, Josefina Vicens, María Luisa Mendoza, Julieta Campos y Elena Poniatowska, entre otras, y con las dramaturgas Maruxa Vilalta, Margarita Urueta y nuevamente Elena Garro quienes, como Luisa Josefina, manejan otros temas en su dramaturgia, más allá de lo hogareño y femenino de las dramaturgas anteriores.

Los personajes que Luisa Josefina plantea en su obra dramática son, a juicio de Estela Leñero, “complejos, al igual que las circunstancias en las que se

⁵ Patricia Ávila Loya, “Luisa Josefina Hernández repone, a pedido de un grupo, su obra *Botica modelo*. La novela la escribo por gusto; el teatro, por encargo”, *El Financiero*, 25 de mayo de 1990, p. 74.

⁶ Edith Negrín, “La cólera exquisita: vislumbre a la narrativa de Luisa Josefina Hernández”, en Elena Urrutia (coord.), *Nueve escritoras mexicanas nacidas en la primera mitad del siglo XX y una revista*, Instituto Nacional de las Mujeres—El Colegio de México, México, 2006.

desarrollan. Su comportamiento psicológico está muy bien definido y la transformación que sufren a lo largo de la obra dinamiza la trama”.⁷

Su primera obra de teatro, escrita en 1950, *Aguardiente de caña*, obtuvo el primer lugar en el Concurso de Primavera de la Ciudad de México, en 1951. Luego escribió *Agonía* (1951), *La corona del ángel* (1951), *Afuera llueve* (1952) y *Botica modelo* (1953). Luisa Josefina empezó a producir cuando la formación de la gente de teatro —explica Socorro Merlín—⁸ estaba tanto en la Escuela de Arte Teatral del INBA —inaugurada en 1946 gracias al empeño de Clementina Otero, con el impulso de Salvador Novo— como en las manos de Seki Sano —su maestro, colaborador, amigo y director— y Charles Rooner; así como en las aulas de la UNAM, bajo la tutela de Rodolfo Usigli y Fernando Wagner, con sus cátedras de teoría dramática.

Del teatro de Luisa Josefina Luis de Tavira ha dicho:

Luisa Josefina Hernández, heredera del proyecto teórico de Usigli, que soñaba con la creación de una escuela mexicana de teatro, construye una obra dramática rigurosamente estructurada, que cataliza la crisis del realismo hacia una dimensión que vincula el texto al desarrollo de una estética actoral congruente y sistemática. Maestra de dramaturgos, cómplice de los directores de escena que protagonizan la renovación del lenguaje teatral, el trabajo de Luisa Josefina Hernández rebasa el ámbito dramático para consistir en uno de los más sólidos fundamentos teóricos del discurso teatral de nuestros días.⁹

Y también ha asegurado que “es una autora capital, clave de la modernidad teatral mexicana [...] con una obra importante”.¹⁰

A la generación de dramaturgos de medio siglo de la Universidad Nacional Autónoma de México pertenecieron Emilio Carballido, Sergio Magaña, Jorge

⁷ Estela Leñero, “Luisa Josefina Hernández, escritora incansable”, en: <www.raco.cat/index.php/AssaigTeatre/article/download/.../260905>.

⁸ Socorro Merlín, “Los dramaturgos de la generación de 1950”, *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 30, en: <<http://espartaco.azc.uam.mx/uam/TyV/30/222160.pdf>>.

⁹ Luis de Tavira, “La superioridad de la actriz”, columna “Proscenio”, *La Jornada*, 15 de octubre de 1989.

¹⁰ Manuel Bello, “Alista la CNT homenaje a la dramaturga Luisa Josefina Hernández”, *Notimex*, 27 de diciembre, en: <<https://mx.mujer.yahoo.com/alista-cnt-homenaje-dramaturga-luisa-josefina-hern%C3%A1ndez-211036241.html>>.

Ibargüengoitia, Héctor Mendoza y Luisa Josefina Hernández; aunque también fueron sus compañeros en la Facultad Rosario Castellanos, Otto Raúl González, Jaime Sabines, Jorge López Páez y Efrén Hernández.

Luisa Josefina insistió varias veces en asegurar que comenzó a escribir por insistencia de Emilio Carballido, quien fuera siempre su gran amigo: “A mí no me interesaba escribir teatro, aunque lo veía desde niña, pero Carballido insistía y llegó un momento en que me fastidió tanto que empecé a hacerlo”.¹¹

En 1952 obtuvo una beca del Centro Mexicano de Escritores, que le fue renovada en la promoción 1954-1955:

Estuve en el CME del 1 de septiembre de 1952 a la misma fecha de 1955, cuando fui becada por la Fundación Rockefeller para ver teatro en Nueva York. El primer año estuve becada junto con Enrique González Rojo, Víctor Adib, Alí Chumacero, Ricardo Garibay, Miguel Guardia y Juan Rulfo. Recuerdo que escribí tres piezas de teatro, algo así como *Sordomudos*, *Botica modelo* y *La corona del ángel*. El segundo año, renovada la beca, lo compartí con Juan José Arreola, Jorge Portilla, Emmanuel Carballo, Héctor Mendoza, Rosario Castellanos y Clementina Díaz y de Ovando. Creo que entonces escribí *La llave del cielo*, *Los duendes* y *Los frutos cálidos*.¹²

En Nueva York asistió a la Universidad de Columbia, donde estuvo bajo la tutela del maestro Eric Bentley. Con esos conocimientos y los adquiridos en la práctica y en la UNAM se convirtió en la sucesora de la cátedra de Rodolfo Usigli en la Facultad de Filosofía y Letras, a la que se entregaría más de 40 años, por lo que fue distinguida como maestra emérita en 1991.

Estuve enseñando cuarenta años la clase que daba Usigli, más dos seminarios, uno de teoría dramática y otro de teoría de la novela. Luego terminé con una sola clase y después ya ni ésa. Pude haberme jubilado a los treinta años, pero me eché diez más por el gusto de mantenerme cercana a mis alumnos.¹³

¹¹ Laura Castellanos, “Rinden tributo a Luisa Josefina Hernández. Ponen a navegar a galán de ultramar”, *Reforma*, núm. 4304, 29 de septiembre de 2005, p. 4c.

¹² En Carmen García Bermejo, “La vida nunca es el teatro: Luisa Josefina Hernández, dramaturga”, entrevista, *El Financiero*, 21 de octubre, sección C, p. 53.

¹³ En César Güemes, “Luisa Josefina Hernández, una dramaturga cuidadosa”, *La Jornada*, núm. 5689, 3 de julio de 2000, p. 4a.

Luisa Josefina formó en la UNAM a varios dramaturgos, directores, actores y teóricos del teatro. Entre sus alumnos más destacados se encuentran José Luis Ibáñez, Martha Zavaleta, Marcela Fernández Violante, Martha Verduzco, Juan Tovar, Hugo Argüelles, Luis Moreno, Juan García Ponce, Nancy Cárdenas, Miguel Barbachano, Hugo Argüelles, Juan Tovar, Armando Partida, Óscar Villegas y Tomás Espinosa.

En opinión del *Inventario teatral de Iberoamérica*, a la luz del conocimiento de los autores americanos y de la puesta en escena de Seki Sano de *Un tranvía llamado deseo*, Luisa Josefina escribió sus primeras obras. Esta publicación asevera que en su teatro destacan la “honda penetración psicológica y la escenificación de problemas familiares”.¹⁴ Y Emilio Carballido asegura:

En 38 años la obra de Luisa Josefina ha sido fecunda y notablemente pionera: precursora del llamado teatro del absurdo (*Los duendes*), también del brechtianismo (*Historia de un anillo*, *La paz ficticia*, *La fiesta del mulato*) y del teatro didáctico latinoamericano, capaz de un realismo refinado y profundo (*Los frutos caídos*, *Los huéspedes reales*) o de un teatro expresionista sacramental (*Auto del divino preso*, *Danza del urogallo múltiple*).¹⁵

Su dramaturgia consta también de obras por encargo. Lo que explica así:

Cuando todavía estaba escribiendo teatro realista, me dio mucha flojera hacer algo que hacían mis contemporáneos y amigos. Y esto es escribir una obra por pura pasión, y luego resulta que tienes que ir con tu obra para ver dónde te la ponen. Esto no lo iba a hacer. La última obra que escribí de buena voluntad fue *Los huéspedes reales*, y ahí lo corté. Entonces decidí que yo escribo una obra el día que me la encarguen.¹⁶

¹⁴ vvAA, *Escenario de dos mundos. Inventario teatral de Iberoamérica*, El Público / Centro de Documentación Teatral (Ministerio de Cultura), Madrid, 1989, en: <<http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=hernandez-luisa-josefina>>.

¹⁵ En: <www.reforma.com/elangel/articulo/250858/default.htm, http://zona_templada.tripod.com/temporada03/id1.html>.

¹⁶ Kirsten F. Nigro, entrevista a Luisa Josefina Hernández, *Latin American Theatre Review*, primavera de 1985, pp. 101-104, en: <<https://journals.ku.edu/index.php/latr/article/download/604/579>>.

III. LA NARRATIVA

Al parecer, la primera producción literaria de Luisa Josefina Hernández fue en el género del cuento. Nos dice Efrén Hernández:

No nos constan los propósitos conscientes que persiguió al trazarlos, sólo sí, lo que consiguiera hacer. Son unos a modo de pormenores confidenciales, de buceos interiores, a través de los cuales acaba casi siempre por pergeñar los lineamientos básicos de un carácter, eso que en literatura se llama un personaje. Y lo que le da de acción, casi no tiene otro objeto que el ofrecerlo en movimiento; esto es, viviente, vivo.¹⁷

Pero en realidad no siguió cultivando este género. Incluso después renegó de él. Al respecto Michele Muncy la interroga:

—¿Por qué no ha escrito cuentos?

—Pues no me gusta escribirlos porque tampoco me gusta leerlos. Me parecen siempre apresurados y cortos. Me gustan los desarrollos largos, y un cuento, por muy bueno que sea, es una píldora.¹⁸

Aseguró de ese modo que prefería escribir novela, incluso, que teatro:

Pasé de un género a otro por un deseo de libertad expresiva, sobre todo por el afán descriptivo que es difícil realizar en el teatro. El teatro es demasiado formalista, no todo se puede poner en él por las limitaciones de tiempo y espacio; lo descarnado se salva por los símbolos; en una prosa se puede decir más, es posible aumentar e intensificar la interioridad de los personajes. [...] Una respuesta personal sobre mi creación en el relato es que empecé a escribir cuentos desde que era muy pequeña.¹⁹

¹⁷ Efrén Hernández, bajo el seudónimo de Till Ealling, *América*, núm. 65, abril de 1951, p. 56. En Efrén Hernández, *Bosquejos*, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana), México, 1995, p. 95.

¹⁸ Michele Muncy, entrevista a Luisa Josefina Hernández, *Latin American Theatre Review*, op. cit., p. 70.

¹⁹ Edith Negrín, art. cit., pp. 103-118. La cita está tomada de Raquel Gutiérrez Estupiñán, *La realidad subterránea (ensayo sobre la narrativa de Luisa Josefina Hernández)*, Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, México, 2000, p. 30.

La primera novela de Luisa Josefina apareció en 1959, y hasta el momento ha publicado 17 obras: *El lugar donde crece la hierba* (1959), *La plaza de Puerto Santo* (1961), *Los palacios desiertos* (1963), *La cólera secreta* (1964), *La primera batalla* (1965), *La noche exquisita* (1965), *El valle que elegimos* (1965), *Nostalgia de Troya* (1970), *Los trovadores* (1973), *Apostasía* (1978), *Las fuentes ocultas* (1980), *Apocalipsis cum figuris* (1982), *La cabalgata* (1988), *Carta de navegaciones submarinas* (1987), *Almeida (Danzón)* (1991), *Las confesiones* (1994) y *Roch* (2004).

La doctora Gloria Prado sostiene que en su obra novelística se pueden distinguir tres constantes:

La vena intimista representada con los problemas familiares; la segunda, de preocupaciones sociales, y la tercera, en donde la fábula se nutre de imágenes de la plástica medieval y de sueños colectivos, novelas que han sido consideradas por la crítica como místicas o religiosas, pero en realidad son fábulas cósmicas.²⁰

Como novelista fue contemporánea de las narradoras de los cincuenta: María Lombardo de Caso (*Muñecos*, 1953; *Una luz en la otra orilla*, 1959), Rosario Castellanos (*Balún Canán*, 1957), Josefina Vicens (*El libro vacío*, 1958), Amparo Dávila (*Tiempo destrozado*, 1959) y Emma Dolujanoff (*Cuentos del desierto*, 1959), entre otras.

IV. OTRAS OBRAS Y CAMPECHE

Cuando Luisa Josefina Hernández vacacionó con la familia en Campeche tuvo la oportunidad de observar la sociedad que la rodeaba y de vivir el ambiente.

En su obra la procedencia familiar es indudable, aunque velada. No fue sino recientemente cuando reconoció que es Campeche ese puerto del sureste que tanto aparece en sus escritos sin nombrarlo. Al respecto, al referirse a la novela *Cabalgata* (1988), Ana Rosa Domenella opina lo siguiente:

Una inmovilidad y belleza que puede extenderse al espacio señorial que la rodea y a la región en que se desarrolla la historia, un Campeche aludido y

²⁰ Gloria Prado y Luzma Becerra (eds.), *op. cit.*, p. 13.

eludido en el texto en una inmovilidad presente en los personajes de Luisa Josefina Hernández, aunque titule su novela *La cabalgata*.²¹

Y Luz María Rivera afirma:

En la penumbra del restaurante de un hotel xalapeño típico la autora de *Apocalipsis cum figuris* habló de la vida con todas sus penas y realidades, como son las enfermedades; de su trabajo actual [año 2000], en el que está recuperando sus recuerdos de infancia y a sus padres, originarios de Campeche, y de cómo vislumbra el camino próximo de México.²²

En realidad, Campeche sólo aparece mencionado por su nombre en *Agonía*, donde escribe: “En Campeche, 1890”; después no menciona la ciudad nunca más. Escribe: “En la sala de una casa de provincia” (*Los frutos caídos*), “En un puerto del Golfo de México”, “En el sureste”, “En un puerto del sureste, sobre el Golfo de México”, “En un puerto del Golfo de México, al sureste”, “En un puerto pequeño del Golfo de México”, “En un rincón del Golfo de México”, etc. Quizá para no ofender a nadie, porque la reacción entre los campechanos a sus primeras obras fue explosiva, pues las historias tienen un punto de partida en la vida de algunos de los habitantes del puerto, de algunos familiares suyos, pero lo que Luisa Josefina Hernández hizo siempre, queda claro, es literatura, y por lo mismo transformó la realidad.

Los campechanos sabemos que *Aguardiente de caña*, *Los frutos caídos* y *Botica modelo* giran en torno a personajes conocidos de la sociedad campechana; que *La plaza de Puerto Santo* se desarrolla en nuestra capital; que *La primera batalla* (1965), texto de corte autobiográfico, está inspirada en el puerto y en su padre, don Santiago, que aparece en la figura de Lorenzo, un abogado nacido en el sureste que defiende a los pescadores; que *Carta de navegaciones submarinas* (1987) y *La cabalgata* (1988) suceden en Campeche, y que nuestra tierra y su gente están vivas en *Los grandes muertos*. Sobre *El galán de ultramar* (1999),

²¹ Ana Rosa Domenella, “Luisa Josefina Hernández. La provincia revisitada. *Carta de navegaciones submarinas* y *La cabalgata*”, en Gloria Prado y Luzma Becerra (eds.), *op. cit.*, p. 87.

²² Luz María Rivera, “Peligroso que el clero recupere influencia con el Estado. La dramaturga y novelista Luisa Josefina Hernández asegura que los mexicanos no estamos malditos por la corrupción que nos consume, la cual debe acabar”, *El Universal*, núm. 30329, 6 de noviembre de 2000, p. F4.

la tetralogía publicada por la Universidad Veracruzana y recogida posteriormente como las cuatro primeras obras en *Los grandes muertos*, Laura Castellanos comenta: “Quien es considerada como la precursora del teatro de protesta latinoamericano reflejó en su serie teatral la indignación que experimentaba cada vez que viajaba a Campeche a visitar a la familia”.²³

Lo cierto es que *El galán de ultramar*, tetralogía trágica, como se ha dicho, parte de *Agonía*, obra en un acto publicada en la revista *América* en 1951,²⁴ donde ya aparecen Romana, Agustina y el abuelo. Aquí el personaje femenino es Adelaida Veroni quien se casa con un hombre del que después se separa. Ella va a “curarse” de una enfermedad que la tiene postrada y a su regreso vemos que no se ha curado y que sigue sufriendo el rechazo, la humillación y la soledad. El desprecio y la indiferencia.

El galán de ultramar fue publicada primero por la Universidad Veracruzana²⁵ y trabajada después por Rosenda Monteros durante un año para adaptarla a una sola pieza que se representó en 2005 en el Festival Cervantino, con el título de *Ultramar*. Tan reducido título que incluso Luisa Josefina hizo una broma: “al rato el título va a quedar en ‘ultra’”.²⁶

V. LOS GRANDES MUERTOS

Marco histórico

Los grandes muertos consta de once obras que van de 1862 a 1909, desarrolladas en una “pequeña ciudad del Golfo”, y una pieza de 1970 que tiene lugar en la ciudad de México; aunque ésta parezca huérfana en el contexto de las anteriores, la une a ellas la intención de la autora de hacerle un homenaje a sus antepasados. De allí el título: *Los grandes muertos*; y, sin duda, el personaje de Belén es una de ellos: la última de aquellas generaciones de finales de siglo. Un conjunto de

²³ En Laura Castellanos, art. cit., p. 4c.

²⁴ Prólogo de Till Ealling (Efrén Hernández), *América*, núm. 65, 1951, pp. 95-110. El estreno de la obra fue en 1951.

²⁵ Luisa Josefina Hernández, *El galán de ultramar. Una tetralogía (El galán de ultramar, La amante, Fermento y sueño, Tres perros y un gato)*, Universidad Veracruzana (Ficción), Xalapa, 2000.

²⁶ En Laura Castellanos, art. cit., p. 4c.

obras ligadas unas a otras por la trama y con continuidad de los personajes que aparecen y desaparecen de pieza en pieza.

Para comprender el contexto en que se desarrollan las obras es necesario dar una pequeña explicación, ya que por sí solas sólo se ocupan del drama humano y no tienen ningún referente a su ambiente social o histórico.

Campeche se había separado de Yucatán en 1857, y en 1862, fecha en que se desarrolla la primera de las obras, *El galán de ultramar*, el presidente Juárez lo había reconocido, por decreto, como nuevo estado, lo que significó el término de los conflictos políticos tanto entre liberales y conservadores como entre las ciudades de Mérida y Campeche, y la esperanza de un mejor futuro social y económico. La península estaba devastada por la guerra civil y por la Guerra de Castas, y sin mano de obra para trabajar en las haciendas, con una selva inmensa habitada por los indígenas rebeldes y los peones que se fugaban de las haciendas; además, tenía que lidiar con Belice, la colonia británica que los amparaba y les vendía pertrechos de guerra. Mientras tanto, sufrió también la invasión francesa.

Los habitantes de la península de Yucatán no podían terminar ellos solos con las amenazas a su seguridad y economía y a la paz, por lo que por primera vez, cuando la península era considerada por los suyos como una nación aparte de la mexicana, tuvieron que someterse al ejército federal en la región con perjuicio de su soberanía e independencia.

En el último cuarto del siglo pasado —nos dicen Alcocer, Encalada y Rodríguez— Campeche era ya un enclave económico centenario en el mercado internacional de materias primas como el palo de tinte; no fue casual el interés que los franceses pusieron en ocuparlo cuando llevaron a cabo la intervención. Para aquellos años el reducido círculo de comerciantes y terratenientes que habían concentrado el capital gestado por la explotación del palo de tinte y por el movimiento comercial de Carmen y Campeche era la fuerza definitiva en el ámbito del poder. Los ayuntamientos de ambas poblaciones estuvieron controlados formal e informalmente por los más acaudalados comerciantes, y sus fortunas estuvieron a disposición de los políticos cuando se trató de luchar por la autonomía y de constituirse en el centro de los poderes.²⁷

²⁷ J. M. Alcocer, E. A. Encalada y M. E. Rodríguez, “El Porfiriato en Campeche”, en Román Piña Chan (dir.), *Enciclopedia histórica de Campeche*, t. III: *Etapa independiente siglo XIX*, Porrúa (Campeche Siglo XXI, 203), México, p. 328.

El primer gobernador fue destituido porque se le atribuían los males políticos y económicos del estado, y subiría al poder Joaquín Baranda quien gobernaría 20 años con el apoyo de Porfirio Díaz.²⁸

El porfiriato campechano es un periodo de la historia local caracterizado por el inusitado incremento de la explotación de los recursos naturales y su desmedida concentración en manos extranjeras y de unos cuantos empresarios locales, por el prolongado dominio político de Joaquín Baranda, por la servidumbre extrema de la población del campo, por una marcada diferenciación social discriminatoria racial y culturalmente, y por la penetración cada día más decisiva del gobierno federal en asuntos estatales.²⁹ En este periodo Campeche tuvo 14 gobernadores.

Así, durante la dictadura porfirista la economía campechana se basó en el cultivo y comercio de sal, maíz, arroz, caña y ganado para el mercado interno; en la exportación del palo de tinte, de sal y de maderas preciosas. La industria naviera declinó hacia fines de siglo.

Reinaba la esclavitud de los peones y sus familiares. Los trabajadores eran retenidos en las haciendas con el pretexto de la baja colonización de tierras laborales; de ahí que se buscara estimular la participación de hacendados en proyectos de inmigración de trabajadores, y por eso llegaron los chinos y los 165 prisioneros yaquis con mujeres y niños.

El proceso de acumulación de tierras en pocas manos se aceleró durante esta primera década, y en las manos de solamente 14 hacendados se acumularon 147 haciendas, que representaban la quinta parte del territorio del estado de Campeche.

No fue sino hasta 1914 cuando terminó en Campeche la disimulada esclavitud de los trabajadores de las haciendas. Fue el gobernador Joaquín Mucel Acereto quien declaró nulas las deudas de los peones y canceladas las cartas de cuentas, y quien les otorgó la libertad para cambiar su residencia.

Mientras la población de escasos recursos padecía jornadas de trabajo intensas, los hijos de las familias acomodadas se educaban en Nueva Orleans, Cuba o Europa; las señoritas tocaban diversos instrumentos musicales, pero fundamentalmente el piano, y aprendían idiomas, y en general, aunque sólo eran educadas para casarse, recibían instrucción privada.

²⁸ Sería su ministro de Instrucción Pública de 1882 a 1901.

²⁹ J. M. Alcocer, E. A. Encalada y M. E. Rodríguez, art. cit., p. 330.

En este periodo se duplicaron las escuelas, se terminó el alumbrado público, se instaló el telégrafo y se multiplicaron los periódicos literarios. Había un tranvía jalado por mulas y la muralla todavía protegía casi por completo el centro de la ciudad. Así, Campeche fue entrando a la modernidad poco a poco.

Los grandes muertos es un volumen constituido, como ya se dijo, por 12 piezas en estilo realista. Contiene cuatro partes. La primera está compuesta por *El galán de ultramar*, *La amante*, *Fermento y sueño* y *Tres perros y un gato*, publicadas por la Universidad Veracruzana;³⁰ la segunda parte la integran *La sota*, *Los médicos* y *Mondo y Lirondo*; la tercera, *El demonio chino* y *Capítulo aparte*; y la cuarta, *Los dos mundos*, *La naturaleza* y *De lealtades y traiciones*.

Emilio Carballido dice sobre *El galán de ultramar* lo que en realidad puede decirse de todo el volumen de *Los grandes muertos*:

El galán de ultramar es el título de la serie de obras que aquí ocurren. De una manera ordenada y sorpresiva. Digo que es el título aunque las obras son independientes; se trata de una saga en que cada cual acontece. Esto es: presenta, abre y cierra de una manera sobresaliente; puede ponerse una de ellas, la que se quiera, y será una fuente de placeres teatrales, también de risa cuando llegue el momento de que las obras sean comedias [...] Nunca he visto a nadie que escriba con tal tino la serie de tanta gente encadenada y reunida por la sangre, el parentesco, las pasiones. La serie de *El galán de ultramar* es única en el teatro mexicano y creo que también del teatro universal [...] Ver cómo los personajes son concebidos, nacen, crecen, maduran. Pero esto no sucede en el vacío: pasa en una ciudad con todas las características de México en el sureste, con todas las dificultades de comunicación de la época, relacionadas con La Habana, más que con el Distrito Federal, y que cruza los tiempos durante medio siglo.³¹

En *Los grandes muertos* aparece el mundo de los padres y los abuelos de la autora. Incluso en la última pieza, en la que se sale de “la provincia” y remata en el Distrito Federal, reconocemos la figura de la abogada y política campechana

³⁰ Luisa Josefina Hernández, *El galán de ultramar*...

³¹ Emilio Carballido, presentación a Luisa Josefina Hernández, *Los grandes muertos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, p. 9.

María Lavalle Urbina. Y en *De lealtades y traiciones* asistimos a la muerte de Belén, quizá la última de una generación de antepasados de la autora transformados y trabajados literariamente.

Las piezas que conforman *Los grandes muertos* están organizadas de tal manera que se leen como si fueran capítulos de una novela. Para Fernando Martínez quien hace el prólogo de la obra: “*Los grandes muertos* son los fantasmas cuyas voluntades siguen nutriendo, a través de las fantasías, decisiones y acciones de sus descendientes, voluntades invisibles a cuyo servicio cada miembro de una generación se convierte en una dimensión, en vehículo para cumplirlas”.³²

El periodista Javier Molina interroga a Luisa Josefina para *Tramoya*; la charla gira alrededor de su línea narrativa y teatral, a lo que ella contesta: “No tengo línea ni en el teatro ni en la narrativa. Si hay alguna intención sería la honestidad. O sea, verdades familiares, verdades políticas o verdades interiores”.³³ Y *Los grandes muertos* es eso, precisamente: “verdades familiares, verdades políticas y verdades interiores”.

En la entrevista que le hicieron las maestras Gloria Prado y Luzma Becerra³⁴ dice, a propósito de la tetralogía *El galán de ultramar*, recogida después en *Los grandes muertos*:

Es una saga familiar, relativamente, sobre la vida amorosa de mi abuelo, y dije si les gusta muy bien, y si no, ni modo. Es una saga familiar, tiene composuras y cambios, pero está muy cerca, muy cerca de la historia de mi abuelo. Yo la había oído ¡tanto! Mi madre hubiera sido una excelente narradora de haber crecido en el ambiente propicio: todo recordaba y contaba con tonos de voz, y un lenguaje preciso, criollo, límpido. Por eso está dedicado a ella este libro. Me contó muchas historias más que pude escribir y publicar en el volumen *Los grandes muertos*, del Fondo de Cultura Económica.³⁵

Y más adelante continúa:

³² Fernando Martínez Monroy, prólogo a Luisa Josefina Hernández, *Los grandes muertos*, p. 12.

³³ Javier Molina, “Luisa Josefina Hernández, una obra pródiga”, *Tramoya*, en: <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/3785/2/19871213P40.pdf>>.

³⁴ “Entrevista a Luisa Josefina Hernández”, en Gloria Prado y Luzma Becerra (eds.), art. cit., p. 195.

³⁵ *Ibid.*, p. 202.

Tuve cuidado de que [las piezas] se pudieran poner solas. Sin embargo, hay dos que deben ponerse juntas: *Los dos mundos* y *La naturaleza*. Constituyen una unidad dividida por varios años. Es la historia de un cura que se robó a una muchacha sin abandonar su profesión, y vivió con ella largamente. Tuvieron dos hijos.³⁶

Luzma Becerra le comenta en esa entrevista que el personaje que más le gusta fue Agustina, a lo que Hernández contesta:

Agustina fue el personaje más trabajado literariamente de todos. Resultó difícil encontrar datos de ella, casi no venía a cuento en las conversaciones de mi madre. Pude escribirla porque vi su retrato: gorda, con una bata suelta bordada, y el pelo muy revuelto, echado sobre la frente como visera. La fea en una casa de muchachas bonitas. Pianista.³⁷

Al comentario de Luzma Becerra: “Maestra, [Fernando Martínez Monroy] dice en el prólogo que su obra [*Los grandes muertos*] es naturalista”. Luisa Josefina responde: “Yo la consideré realista”. Y continúa:

Muy diferente a Agustina era Chona (mi abuela), sobre quien me sobran datos. Efectivamente sabía latín y traducía. Era muy culta, pero estaba casada con un hombre que no la amaba. Todavía tengo retratos de mi abuelo, “el galán”. Se ve un hombre espiritual, sensible, demasiado bien vestido. No lo siento cerca.³⁸

Y a Alegría Martínez le contesta:

Los grandes muertos es una recolección de historias que mi madre siempre me contaba. Al cambiar el siglo, ya en 1999, sentí que ese material no debía perderse, porque tiene un fuerte valor emotivo y también informativo. No he seguido las historias como ocurrieron, rescaté el carácter, el valor de muchas acciones, los sentimientos de las personas y, claro, el ambiente.³⁹

³⁶ *Ibid.*, p. 202.

³⁷ *Ibid.*, pp. 202-203.

³⁸ *Ibid.*, p. 203.

³⁹ Alegría Martínez, art. cit.

La periodista Carmen García Bermejo comenta: “*El galán de ultramar* es una obra en 15 escenas, pero su autora explica a *El Financiero* que se trata de una tetralogía referente al racismo, el sexismo y el clasismo que se vivía en las provincias mexicanas durante el siglo XIX”.

Y respecto a *Los grandes muertos*, Luisa Josefina explica:

Escribí esta obra durante 1999 y 2000. No se trata de la biografía de mi familia, como se ha dicho. Pero he tenido conocimiento directo o transmitido en conversaciones unas seis versiones de cada personaje de mi obra; o sea que son prototipos. Escogí este material porque me pareció adecuado, divertido, interesante; pero la vida nunca es el teatro. No se ha reproducido ningún suceso familiar en forma textual.⁴⁰

Estela Leñero escribió sobre esta obra:

Ambientadas en las grandes haciendas de Campeche en las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, Luisa Josefina Hernández narra la historia de la familia Santander para recorrer varias generaciones. Escritas entre 1999 y el 2001, estas obras se afianzan en el realismo de corte costumbrista donde valora la figura de la mujer emancipada y plantea una exquisita crítica al racismo, las convenciones sociales y la desigualdad.⁴¹

La síntesis de *El galán de ultramar* es la siguiente: llega al puerto Juan José Fierro,⁴² el galán de ultramar, a trabajar en la hacienda de Sebastián Santander, y conoce a la sobrina de la dueña del burdel, llamada Amanda Baeza. Juan José desea casarse con Amanda, pero ésta no sólo lo rechaza, sino que lo empuja a casarse con Chona, la hija de Santander, quien le había pedido la mano de Fierro a su padre. Fierro, un hombre pobre que ama la ropa, y Chona se casan, aunque en la noche de bodas Amanda duerme con Fierro. La verdad es que ella “lo compra”. Este es el nudo de la tragedia de *Los grandes muertos*. A lo largo de las

⁴⁰ Carmen García Bermejo, “Recibe hoy un homenaje en el Cervantino. La vida nunca es el teatro: Luisa Josefina Hernández, dramaturga”, *El Financiero*, 21 de octubre de 2005, Sección C, p. 53.

⁴¹ Estela Leñero Franco, “Homenaje a Luisa Josefina Hernández”, *Proceso*, núm. 1953, 6 de abril de 2014, pp. 66-67.

⁴² De hecho, su abuelo se llamó Juan José Lavalle Fierro, aunque era de origen campechano.

primeras 11 obras no sólo veremos pasar el tiempo y desfilar a los familiares de Chona en otras circunstancias, sino a toda la composición social campechana del siglo XIX.

CONCLUSIÓN

La presencia de la innombrada ciudad de Campeche o el innombrado estado de Campeche es innegable en *Los grandes muertos*, donde encontramos la naturaleza campechana; y con ello me refiero no sólo a su flora y su fauna, a su mar y sus vientos, a su clima y sus productos, sino a la idiosincrasia de los campechanos. Vemos las casas tal y como son, con las nanas mayas, los pisos de mosaico, las ventanas enrejadas que dan a la calle, con las puertas abiertas al exterior, los muebles europeos, las mecedoras, los butaques, los quinqués, los pianos en las casas, los patios y traspacios, las cocinas y las recámaras con las hamacas colgadas o recogidas. Casi podemos oler las aguas frescas, las frutas y los tentempiés que beben y comen los actores. El vestuario campechano de las mujeres de la época está descrito hasta con detalles, lo mismo que la joyería. Vemos a los hombres vestir y calzar lo acostumbrado, incluso la simple camiseta cuando se está en casa. Lo mismo que los sonidos de la selva, los pájaros, las guacamayas. Uno siente el calor y la humedad.

Como campechana, me siento agradecida con Luisa Josefina Hernández por haber atrapado en sus páginas mi historia, la de mis antepasados, la de mi ciudad, San Francisco de Campeche.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DOÑA SILVIA MOLINA*

Vicente Quirarte

Distinguidos integrantes de la Academia Mexicana de la Lengua; señoras y señores. Hace varios años, un par de muchachos tabasqueños, amigos de infancia, cuestionaban a esta Academia, como deben hacerlo dos jóvenes que se precien de serlo. En todos los sentidos la consideraban ajena y distante. Se burlaban seriamente, convencidos de que jamás pertenecerían a ella. José Gorostiza y Carlos Pellicer, que tales eran sus nombres, con el paso del tiempo fueron académicos de la Lengua, dignificaron la palabra con la lealtad a sus emociones y al modo de trasmitirlas en versos que nos dan sustento más poderoso del que podemos percibir en nuestra diaria existencia.

Comienzan estas palabras con la evocación de aquellos enormes poetas porque, toda inmensa proporción guardada, tengo el privilegio de conocer a Silvia Molina desde que ambos éramos muy jóvenes y cuando —hablo por mí— nunca pensé hallarme en este sitio y mucho menos con la gratísima tarea de darle la bienvenida a la Academia Mexicana de la Lengua en nombre de nuestra banda de hermanos.

Varias coincidencias unen nuestras vidas y tal vez ellas expliquen el hecho de que me haya invitado a responder su brillante discurso de ingreso: nuestro amor a los perros, ejemplar en ella y su Claudio porque integran su existencia con una pastora alemana llamada Mora, reverdeciente e inmortal como el laurel de los poetas y en la que han hallado el secreto para vencer el inexorable paso del tiempo. Nuestra cercanía con Rubén Bonifaz Nuño, que nos hizo de su tribu y su linaje. Nuestra pasión por Campeche, mayor y mejor correspondida

* Respuesta al discurso de ingreso de doña Silvia Molina a la Academia Mexicana de la Lengua, como académica de número. Texto leído en el Museo Rufino Tamayo el 27 de junio de 2014.

en ella, esa tierra que le ha traspasado el alma para siempre. Nuestra coincidencia en distintas arenas donde no dejo de aprender de su humildad y su orgullo, su tolerancia y su paciencia, signos de auténtica sabiduría.

Recuerdo a Silvia Molina como una muchacha de cabello suelto y largo, inseparable de sus enormes anteojos, sin los cuales no sería ella; unos anteojos que jamás ocultaron, sino por el contrario, acentuaban su fresca belleza. Discreta mas no tímida, amable pero firme en su necesidad de traducir el mundo a la escritura. Evoco sobre todo su voz juvenil que no ha cambiado con el paso de los años, esa voz que materialmente la hace joven y la mantiene así gracias a su permanente e inconforme lucha con la palabra. Ahí está, en el taller literario de Alicia Trueba, donde conocí a dos de sus maestros, Gonzalo Celorio y Hugo Hiriart, también admirables escritores cuya alquimia verbal honra a esta Academia.

Tras la partida de su fundadora, el taller literario “Alicia Trueba” ha perdido la preposición para ganar sus merecidas comillas, sus galones. Era y continúa siendo un espacio que privilegia la tercera vocal: intenso, insoportable, insustituible. Es, como dice el clásico, un mundo raro. En él prolifera toda clase de criaturas y en el instante imprevisto salta la metáfora inolvidable, la historia de amor, el verso único, el libro que va a emprender, desde su nacimiento, una larga carrera.

Una generación de escritores o un taller literario es como un pelotón de atletas necesitados mutuamente para permitir que uno solo se desprenda del enjambre y logre llegar en primer lugar. Tal fue el caso de Silvia Molina. Apenas rebasada la tercera década de su vida, con la escritura de su primera novela, *La mañana debe seguir gris*, obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia. A 37 años de su primera publicación, la novela resulta tan vigente como entonces. Ejemplar en ella es la manera sobria y honesta en que la narradora se acerca a la anécdota que la sustenta: el enamoramiento por José Carlos Becerra, el retrato intelectual y humano que de él se traza, las dudas de una muchacha y de toda una generación que veía en el amor la única manera de subvertir el mundo y de cambiarlo. El amor como terremoto, incertidumbre necesaria, punzante soledad en compañía.

Nadie perdona el talento. Menos cuando es joven y bello. Silvia Molina soportó la tempestad de la imprevista y pasajera fama, que sin sabiduría puede convertirse en obstáculo. Aceptó lo que venía y se sentó a escribir, consciente de que la página que nos espera mañana será la que estamos destinados a lograr.

A la novela inicial siguió *Leyendo en la tortuga*, tratado sobre una de las hermanas de planeta más antiguas y amadas, y donde Silvia hace alarde de su capacidad de investigadora y ensayista, de editora en el mejor de los sentidos del término, pues a ese trabajo ha dedicado parte considerable de sus energías. Hace poco regresé a ese pequeño gran libro suyo que ostenta el afortunado título *Lides de estaño*. En los cuentos que lo integran, Silvia se acerca al universo infantil y sus combates, heroicos y efímeros como los cohetes de papel plateado con los que llevaba a cabo la conquista del espacio. Las niñas de sus relatos descubren la bondad del mundo o su inaudita maldad. De todos, recuerdo el que me marcó desde su primera lectura, “Amira y los monstruos de San Cosme”, retrato de la ciudad de México de mediados del siglo xx desde las pupilas de una escolar. La frecuentación de ese país llamado infancia ha tenido diferentes acercamientos en la escritura de Silvia Molina, como lo demuestra el libro *Mi familia y la bella durmiente cien años después*, que recibió el Premio Nacional de Cuento Infantil Juan de la Cabada, o la reconstrucción de la guerra de castas a partir de la leyenda del niño indígena Ascención Tun. Recientemente recibí la bella edición de un libro donde la batalla del 5 de mayo y sus antecedentes son vividos y registrados por una niña del siglo xix.

El *Diccionario de escritores mexicanos* dice en la primera línea de su entrada dedicada a Silvia Molina: “Hija de Héctor Pérez Martínez”. Pocas veces ha sido tan justa esa definición para referirse a quien, por una parte, dejó a nuestra escritora la búsqueda permanente del padre y, por la otra, sembró en ella la obsesión por el enigma, el amor por la Historia y de manera más precisa, el amor por Campeche. Ella lo enunció en su introducción al discurso, pero quiero detenerme en ese vínculo, pues de él se desprenden varias de las mejores virtudes de la prosa de Silvia Molina y su comprensión del devenir mexicano desde la microhistoria de la patria chica que fue de su padre y que ella ha sabido hacer un territorio propio. En un fragmento de ese libro admirable que es *Imagen de Héctor*, el personaje llamado la hija menor descubre entre objetos y papeles que guardan el aroma y la memoria del padre, un relámpago que la ilumina en las palabras: “Todo tiene en Campeche un aire de inmutabilidad: las piedras y los hombres. La garra de los años no ha podido herir hondamente a mi vieja ciudad”. En efecto. En Campeche el tiempo parece no transcurrir. Que ha decidido detenerse para que mejor sintamos su presencia. La lectura de las primeras páginas de su novela *El amor que me juraste*, que mereció el Premio Sor Juana Inés de la Cruz correspondiente a 1998,

me desconcertó al principio, pues se desarrolla en una ciudad llamada San Lázaro. Allí están los baluartes, el mar que en pocas otras partes merece el nombre de Pacífico, los barcos camaroneros que vuelven con su mercadería fosfórica. Mi ignorancia me impidió saber entonces, como luego me lo hizo saber la autora, que San Lázaro fue el primer nombre que Francisco Hernández de Córdoba dio a la ciudad, pues llegó a Can pech el día de San Lázaro, 22 de marzo de 1517.

El texto que nos ofrece está dedicado a Luisa Josefina Hernández, que si no está en esta Academia, es por error o nuestra omisión. Por fortuna, Silvia Molina la trae esta noche hasta nosotros para recordarnos, desde las primeras líneas de su excelente retrato de la escritora, que, al igual que ella misma, se aleja de los reflectores y el triunfo efímero. No se trata exclusivamente del retrato literario de una de nuestras autoras más importantes, sino de una biografía con paisaje. En los trabajos de Luisa Josefina Hernández, particularmente las obras de teatro que vertebran el trabajo que hemos escuchado, el trópico es amo y señor de las pasiones. Como nos hace saber Silvia Molina, se trata de una saga familiar en la que aparecen “verdades familiares, verdades políticas y verdades interiores”. Con esa poética aparentemente elemental, la dramaturga ha hecho de esa ciudad del sureste mexicano un emblema universal.

Doble acierto ha sido el de Silvia Molina al dedicar su discurso de ingreso a una mujer y escritora admirable y a un aspecto específico de su obra: la presencia de Campeche, la traducción de sus códigos y aromas, la omnipresencia del calor que condiciona muebles, vestido, arquitectura, alebresta pasiones y nos obliga a respetar cada uno de nuestros movimientos. Como Luisa Josefina Hernández, Silvia Molina nos enseña que Campeche es un nombre pero más profundamente un estado del alma, un bastión inconquistado por los siglos, un conquistador del tiempo en el espacio. Por todo lo anterior, la Academia consideró que no existía mejor embajadora para ese estado hermano.

Querida Silvia Molina: es un privilegio darte, en nombre de nuestros compañeros, bienvenida formal a la Academia Mexicana de la Lengua. Estamos seguros de que tu honestidad y tu talento serán benéficos para los trabajos de esta corporación que hoy se llena de orgullo con tu entrada por la Puerta de Tierra hacia un mar inagotable y proceloso.

LA PALABRA Y LA CIUDAD*

Jesús Silva-Herzog Márquez

Comienzo con lo obvio pero no es un trámite. Agradezco sinceramente a quienes han tenido la confianza de invitarme a esta casa de las letras mexicanas. Muy particularmente doy las gracias a Julieta Fierro, a Fernando Serrano Migallón y a Eduardo Lizalde por haberme propuesto para ocupar una silla de esta Academia. En la emoción que siento en esta ceremonia se entrecruzan ideas y sentimientos, me visitan presencias entrañables. La primera emoción proviene del asombro de ingresar a esta casa que fue de Justo Sierra, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Julio Torri, Carlos Pellicer, Salvador Novo, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, José Gorostiza, Juan Rulfo. Recorrer los nombres de esos académicos de antes, ver y escuchar a los académicos de hoy profundiza el sentido de mi gratitud. Ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua es para mí, no un reconocimiento, sino un regalo. Muchas gracias.

Es una grata coincidencia que esta reunión suceda hoy pues precisamente hace 139 años, el 11 de septiembre de 1875 se celebró, en casa de su bibliotecario, la primera sesión de la Academia Mexicana de la Lengua. Estamos, pues, en fiesta de cumpleaños. No es casualidad, sino un segundo acto de generosidad de la Academia que la silla que ocupo sea la silla en la que se sentó mi abuelo, la silla número XIX. La coincidencia me transporta de inmediato a los recuerdos más antiguos, donde la voz gravísima, solemne, sentenciosa de mi abuelo oficiaba una ceremonia semanal. Nunca he sentido el embrujo de la palabra como en aquellas reuniones familiares. El 17 de octubre de 1956 ingresó mi abuelo a esta Academia con un discurso sobre la crítica social en

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como académico de número. Texto leído en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes el 11 de septiembre de 2014.

Don Quijote de la Mancha. Su discurso no lo leyó él. Los ojos no se lo permitieron. Fue mi padre quien leyó ese retrato de Cervantes, el inconforme. Al recordar esto no desarrollo hilos de linaje. Sé bien que ingreso a una casa republicana. Si lo digo es solamente para acentuar la profundidad de una emoción íntima y las raíces de mi gratitud. Desde aquel año de 1956, la silla XIX ha sido ocupada por un entendido en la “sombria ciencia”, como Carlyle llamó a la Economía. En 1987 Leopoldo Solís, el autor del clásico sobre la realidad económica mexicana, el extraordinario promotor de la profesionalización de la disciplina económica ingresó a la Academia.



La palabra no es solamente la voz que entretiene y comunica, el vocablo que transmite información, deseo, recuerdos, órdenes. La palabra es nuestra casa. El lenguaje es una habitación que nos esculpe. Residencia, la palabra moldea, en su voz, nuestra experiencia. Es el puño de una jaula o el aire de una plaza. La filosofía política ha trazado a lo largo de los siglos arquitecturas penitenciarias de la palabra. Ahí está la República de Platón, sin poetas; el Leviatán de Hobbes, sin comediantes; la democracia de Rousseau, sin actores. No hay tiranía que no reconozca el inmenso poder de nombrar y que no trate, en consecuencia, de imponer un lenguaje. Todo despotismo aspira a ser un regimiento de palabras. Fuera el poeta que reinventa el lenguaje; fuera la metáfora que subvierte los significados; fuera los discutidores que riñen; los conversadores que opinan, los comediantes que provocan risa, los dibujantes que ridiculizan. El súbdito demuestra su rendición repitiendo las palabras muertas del poder.

Dos escritores mexicanos han levantado, con palabras, otra arquitectura común. Vivificando nuestro lenguaje nos ofrecen otra república. No me refiero a la república de las letras, a la sociedad de los escritores, a la mafia de los intelectuales, al universo de la letra impresa. Creo que en las páginas, en los poemas, en las notas, en los ensayos de Alfonso Reyes y de Octavio Paz hay un modelo de convivencia, una estancia para el encuentro y la divergencia, una casa del entendimiento y un lugar para la controversia. Algo nos dicen hoy esas construcciones cuando vivimos en casa rota.

Paz y Reyes no se empeñaron solamente en su obra. Estaban convencidos de que esa obra literaria se insertaba en otra, de carácter público. “No es

lo mismo escribir en un país que se da por hecho —dice Gabriel Zaid—, en una cultura habitable sin la menor duda [...], que escribir sintiendo la urgencia de crearlo o recrearlo todo”.¹ Tiene razón Zaid, Reyes y Paz están sellados por un denso sentido de responsabilidad nacional: lo que se escriba puede hacer de México un país más habitable. Su relación comienza a finales de los años treinta.

Muchas cosas los acercaban a pesar de la diferencia de edades. Escritores refugiados en la diplomacia, descendientes de hombres incendiados por la pasión política, escribieron poesía y ensayo buscando, cada uno a su modo, poner al país en diálogo con el mundo y proyectar a México fuera de su mapa. Su epistolario muestra la cercanía y el cariño, la admiración mutua. Admiración certera, hay que decir porque atina como nadie en el blanco del elogio. En París, el 26 de julio de 1949, Octavio Paz le escribe a Reyes: “Por todas partes encuentro sus huellas —le dice—. No hablo del escritor, sino del hombre. Y sólo hasta ahora puedo comprender de veras la tristeza que alguna tarde —en Industria 122— me dejó ver. Tristeza, ya sé, sin amargura. Es cierto; aparte de lo que le debemos todos como aprendices de literatos y poetas, su mejor lección ha sido su incapacidad para el rencor y la envidia”.

Nunca apareció el tuteo pero el abrazo es auténtico y hondo. Los dos brazos se abren al terminar cada carta. Al recibir uno de los primeros ejemplares de *El laberinto de la soledad*, publicado en 1950 por *Cuadernos Americanos*, Reyes le agradece así el envío, con los signos de admiración por delante:

¡Qué libro tan claro y noble, querido Octavio Paz, su *Laberinto de la soledad*! Qué probidad, qué justicia y qué elegancia! (¿no serán lo mismo en el fondo?) Me resisto a empañar la expresión de mi enhorabuena con agradecimientos de orden personal. Pero ¿cómo evitarlo, si lo quiero de veras y ninguna palabra suya me deja indiferente?

Ya va Ud. por su camino derecho. Desde mi cansancio y mi alegre vejez, le abro los dos brazos, efusivamente.

Su

Alfonso Reyes

¹ Gabriel Zaid, “Octavio Paz y la emancipación cultural”, *Reforma*, 24 de marzo de 1994.

En el ensayo que Paz dedica a Reyes tan pronto recibe el telegrama con la noticia de su muerte, el poeta aclara las fuentes de la admiración, al tiempo que esboza el origen de sus distancias. Vivimos un mundo que perdió respeto por la forma. Las frases hechas lo inundan todo. Por eso, dice Paz, “el amor de Reyes por el lenguaje, a sus problemas y sus misterios, es algo más que un ejemplo: es un milagro”. Reyes es el enamorado de la mesura y la proporción. Hombre para quien todo ha de resolverse en equilibrio. “En una época de discordia y uniformidad —dos caras de la misma medalla— Reyes postula una voluntad de concierto, es decir, un orden que no excluya la singularidad de sus partes.” Pero ese afán de concordia es también motivo de distancia. Paz advierte tibieza en su carácter; debilidad, indecisión, reprobables silencios. Cauteloso siempre, se negó aventura, incluso las más seductoras de su tiempo: la aventura del arte moderno, la aventura de la poesía contemporánea; la aventura de la denuncia. Si se asomó a la nueva poesía lo hizo fríamente, sin pasión amorosa.

En esta estampa necrológica está la pista de una disyuntiva vital y literaria, la bifurcación de las dos vocaciones intelectuales más fértiles del siglo xx mexicano. No son solamente dos acentos literarios, dos intensidades, dos tonos; dos concepciones del papel del intelectual en la vida pública. Se trata de una controversia sobre la naturaleza misma de la ciudad, un desacuerdo implícito sobre la textura que la palabra debe tener en la plaza. Palabra tersa o punzante; escritura conciliadora o belicosa. Crema que alivia o ácido que corroe.



Tomemos un librito de poemas de Alfonso Reyes publicado en 1948 con título justo: *Cortesía*. Lo ilustran dibujos del propio Reyes quien busca rescatar en ese volumen la costumbre de los versos de ocasión. Habría que tomárnoslos más en serio, dice. O sea: en broma. “Desde ahora te digo —le advierte al amigo que abra el libro— que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar; que quien sólo trata en versos para las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas. Déjate vencer poco a poco [...] Haz cuenta que charlamos un rato, y ponte cómodo.”

El autor de la *Ifigenia cruel* es maestro de la cuartilla acerca de nada, escribió Hugo Hiriart. “Reyes está disperso en la delicada orfebrería de sus pequeñas obras maestras.” La dispersión, la variedad de sus temas, la suavidad con

la que los aborda y se desprende de ellos, la juguetona curiosidad con la que abre los ojos y deja correr la tinta, la cordialidad de su pluma, siempre clara y generosa muestran al escritor como “el centro atractivo de una sociedad de inteligencias”. La fórmula que Reyes encuentra para describir a Montaigne le es perfectamente aplicable: sus textos lo retratan como una comunidad de sensibilidades, una congregación de múltiples percepciones, un coloquio de agudezas.

La pluma de Alfonso Reyes se alegra en excursiones, no en alegatos. No pretende imponer una idea, lucir lecturas, dar lecciones. Se maravilla de la inteligencia de un comprador de jamón, encuentra en su organismo pistas para una filosofía, comparte su trato con los libros, reconstruye las conversaciones de la calle, observa insectos, microbios, el polvo. Es un comentarista de lo mundano que aprecia el necesario desorden de una casa o los milagrosos oficios de los barredores. Un amigo que tiene siempre presente a sus amigos:

cuando temo que me he documentado imperfectamente se me aparece como un reproche la cara de Menéndez Pidal; cuando no me expreso con precisión veo a Pedro Henríquez Ureña, cuando quiero más sensibilidad viene Azorín, cuando me pongo un poco cursi llega Borges y me reprocha en silencio. Y cuando me pongo un poco pedante aparece, en protesta, ese gran maestro de sencillez que fue Enrique Díez Canedo.

Alfonso Reyes es un moralista que encuentra en la sonrisa el verdadero signo de inteligencia. Un sensualista que acaricia los misterios de la piel. Un pícaro. Es también un hombre que se asoma a la teología: un filósofo que medita sobre el derrumbe cósmico. Ahí está, tal vez, la circunferencia que Borges exaltó: de la curvatura de la sonrisa al abismo universal. Todo —el cuerpo, los libros, la casa, la amistad, el barrio y el universo— bordado con la calidez de la palabra diaria.

Reyes, la indescifrable Providencia
que administra lo pródigo y lo parco
nos dio a unos el sector o el arco
pero a ti la total circunferencia

En una de sus briznas —señor director— podemos encontrar una sugerencia que bien valdría registrar para la señalización de la nueva casa de la Academia

Mexicana de la Lengua en Coyoacán. Los nombres que se usan en castellano para el w.c. o *restroom* o son del todo impropios (como “el baño”) o son del todo abominables. Proponemos un nombre noble, inocuo... y evocador: “los alivios”. “—¿A dónde ha ido Fulana?”. “—Ahora vuelve, fue a los alivios.” Ahí tenemos una sugerencia que podría comentarse desde ya con los constructores de nuestra futura sede.

El aro que Borges ubica como el regalo que los dioses obsequiaron a Reyes corresponde a una sabiduría que bien vale llamar doméstica. Saber ver, saber leer, saber reír, saber expresar, saber convivir. No es la sapiencia que se desprende de la hazaña, el conocimiento que descende de la teoría, la victoria que alardea el eficaz. Es lo más lejano a una doctrina, a la ciencia envanecida por su hallazgo: es la sabiduría de un escéptico que no se establece en la certeza. La escritura fluye así en el vaivén de la conversación: platiquemos un rato, es lo que nos propone Reyes.

Esa conversación que se presenta, a veces, como botana, como un bocadillo para abrir boca, es cimiento de país. Dibujo de otro país. La plática, más que pasatiempo, representa un “ideal de sociabilidad” que, como apuntó Benedetto Craveri,² “se convierte en emblema y modelo para la nación.” Frente a la brutalidad de los instintos y el imperio de la fuerza, la cortesía del intercambio. Frente a la arrogancia del dogma, la modestia fértil de la duda. Si hay un mensaje en la obra de Reyes es éste: seamos, como estas líneas, conversación.

Se acusa al paseante de no haber concentrado su talento en la elevación de una torre magnífica que expresara el genio de su pluma. Pero ¿cómo habría de condensarse quien hizo de la dispersión el mensaje? En su sátira del sistemático hizo que un bobo dijera:

Yo quiero mirar el mundo
por aquel agujerito:
como estará más redondo,
parecerá más bonito

La divagación, como nos enseñó Montaigne, también es método. Es la luz de la razón vacilante. El paseo es el único camino del escéptico: para advertir los vaivenes del mundo hay que vivir “con el trasero en la montura”. Pasear: avanzar,

² *La cultura de la conversación*, Siruela, Madrid, 2003.

dar la vuelta a la izquierda, chapotear en el lago, permanecer un tiempo bajo el árbol, retroceder, virar a la derecha. En el paseo se viven los azares de una conversación, tan negada al itinerario como ese viaje de caprichos. La palabra de Reyes es por ello una imagen de civilización en donde no hay voz que se imponga sobre otras, donde no hay plan que destierre el azar, ciencia que suplante la prudencia, ni itinerario que esclavice al tiempo. La palabra de Reyes levanta la ciudad conversada: no busca la verdad, aspira a la convivencia; no destruye ideas, las enlaza, las concilia. Supone una diversidad de voces, una multiplicad de tonos y acentos pero un código común de concordia. El filósofo conservador Michael Oakeshott dijo que lo que distingue al ser humano del animal y al civilizado del bárbaro no es la profundidad de sus razonamientos ni la complejidad de sus herramientas sino “su habilidad para participar en una conversación”. La palabra de Alfonso Reyes es la esperanza mexicana de esa civilización.

Encuentro un ejemplo perfecto para ilustrar esto: la discusión que Alfonso Reyes no tuvo con José Ortega y Gasset. En abril de 1932, el filósofo español publicaba en la *Revista de Occidente* un ensayo sobre Goethe bajo la forma de carta a un alemán. El texto irritó profundamente a Reyes quien veía en Goethe su modelo vital. Pero no levantó la voz para expresar públicamente su molestia. Sólo acertó a desahogarse con el argentino Eduardo Mallea a quien envió una carta que debía mantenerse en secreto. Ortega será un seductor, pero es un sofista y un arbitrario, le dice. Y emprende la crítica:

El ensayo de Ortega y Gasset es el fruto de dos sentimientos que él lleva a una temperatura de sublimidad: la soberbia y la envidia. La soberbia es casi otro nombre de la filosofía: yo me forjo una idea *a priori* de la realidad y comienzo por establecer que es la única idea legítima. Luego, si la realidad no la cumple, trato a puntapiés a la realidad. ¿Entender a la realidad en sí misma? ¿Aceptarla siempre como hizo Goethe? ¡Eso ni por asomo se me ocurre!

Reyes desarrolla en una carta larga, intensa, vehemente, su rechazo a la lectura que Ortega hace de Goethe. Puntualmente recoge ocho tesis centrales de su ensayo y las hace polvo. El texto del filósofo hace aguas por todos lados: son párrafadas pedantes que siguen la moda; frases cautivadoras que sirven para tapar la realidad. Un ensayo simplón e ignorante. Una pieza polémica ejemplar que, significativamente, Reyes aborta. Al final de la carta le insiste a Mallea:

Y ahora ¿puedo esperar de usted que guarde esta carta como secreto? Mire que no quiero hacer junto a Ortega y Gasset el papel que él hace junto a Goethe. Mire que discutir públicamente con Ortega y Gasset quien se siente menor que él y no tiene siquiera posibilidad de combate periodístico, quien al fin lo quiere y admira de veras, quien quizá siente que choca con él por un fenómeno de “adoración”, quien nunca se acercó a él sin utilidad y provecho en pro o en contra, sería absurdo.

La polémica muere antes de nacer porque la palabra en la que Reyes creía era la que se desprendía de cualquier principio de hostilidad. Y en la polémica Reyes veía un combate que no quería librar. Estaba enfáticamente contra el uso belicoso de las letras. Su labor era la otra, armonizar.



“Tomar partido es lo peor que podemos hacer”, escribe Reyes en su *Discurso por Virgilio*. “No estoy en el crucero: elegir es equivocarse”, dice Paz, como si confirmara la idea. Pero la voluntad de conciliación que se encuentra tan presente en Paz, se expresa de modo radicalmente distinto. Sí: toda su obra es búsqueda de la conciliación de los contrarios. Pero el lenguaje paciano tiene otra textura y cumple otra función en la ciudad. Las palabras se hacen y se habitan pero son, en Paz, residencia en estallido permanente. Su escritura no apacigua: corta; no conforta, carcome. La poesía es hendidura, le dice a León Felipe en una carta-poema: “ruptura instantánea, instantáneamente cicatrizada, abierta de nuevo por la mirada de los otros”. Herida, costra, herida. Alguna noche soñó con un lenguaje de “cuchillos y picos, de ácidos y llamas. Un lenguaje de látigos.” No es el lenguaje de la avenencia, sino el de la cisura: “un lenguaje guillotina”, dice en los *Trabajos del poeta*. Paz acomete las palabras:

Dales la vuelta,
cógelas del rabo (chillen, putas),
azótalas,
dales azúcar en la boca a las rejegas,
ínflalas, globos, pínchalas,
sórbeles sangre y tuétanos,

sécalas,
cápalas,
písalas, gallo galante,
tuérceles el gazzate, cocinero,
desplúmalas,
destrípalas, toro,
buey, arrástralas,
hazlas, poeta,
haz que se traguen todas sus palabras.

La contrastante arquitectura verbal levanta otra ciudad. Su adobe es la pasión crítica, esa paradoja que nutre lo moderno. Pasión crítica, dice Paz: “amor immoderado, pasional, por la crítica y sus precisos mecanismos de desconstrucción, pero también crítica enamorada de su objeto, crítica apasionada por aquello mismo que niega”. El poema aparece aquí como una máquina de antihistoria, un artefacto que disuelve todo lo que se presume permanente, que niega cualquier principio, afirma el cambio perpetuo y ama el ahora. Pasión crítica: ambas palabras son cruciales: lenguaje ardiente, palabra cortante.

La crítica y la pasión dan a la escritura de Paz (lo mismo en poesía que en prosa) una vehemencia polémica única en nuestras letras. No es el conversador que aborda un tema sin querer sujetarlo, sino el polemista que afila su argumento en la disputa. Paz estaba constituido para la confrontación. Le gustaba discutir. Y es que la crítica es la pulpa misma de nuestro tiempo. Nada es sagrado, nada intocable para el pensamiento. Sin crítica no hay razón libre, no hay creación que valga, no hay sociedad sana. La palabra hace ciudad precisamente cuando la interroga y la condena; cuando la insulta y dismantela. Ese es el servicio de la palabra: desencajar todo lo venerable: familias, templos, bibliotecas, cárceles, burdeles, colegios, fábricas, academias, juzgados, bancos; la revolución, la justicia, la fe.

Al celebrarse los 100 años de Octavio Paz, el ensayista francés Marc Fumaroli lo describió como una especie de Montaigne moderno. El elogio es desafortunado. Lo es porque el ensayo del mexicano no es un paseo sin rumbo, un vaivén de conjeturas, un mirarse a sí mismo para apiadarse de los otros. Es, siempre, toma de posición en una controversia. El ensayo de Paz pertenece, desde luego, a otra tradición. No el ensayo cordial y vacilante, sino el ensayo de confrontación. No el ensayo personal, sino el histórico, escritura implicada

en su tiempo, fascinada por el sacrilegio y la blasfemia, anhelante de comunidad, celoso de su independencia.

La poesía que en Reyes aparece a veces como pasatiempo, como ejercicio amistoso de cortesía es, en Octavio Paz, una auténtica pasión revolucionaria. No es una forma de pasar el rato, un obsequio de cumpleaños. Videncia, profecía: el rival del pensamiento religioso. No es distracción: es saber. “El poeta, dice Paz en *Los hijos del limo*, es el geógrafo y el historiador del cielo y del infierno.” La palabra del poeta no es un mensaje en el florero, es la palabra de la fundación y de la desintegración. Pero el poema, dice Paz de muchas maneras, no es sólo un acontecimiento de palabras: es acto. “El poeta dice y, al decir, *hace*.” Puesto así, la responsabilidad de las palabras es otra. Ya no es el esmero ecológico de quien vela por el equilibrio, la prudencia de quien modula voz y tono para no desgarrar el fino tejido de la comunidad, sino el afán de descifrar el mundo, la determinación de subvertirlo. “Si el arte es un espejo del mundo, ese espejo es mágico: lo cambia.”

Hasta en la erótica de Paz hay combate. Todo amor, dijo, es una transgresión, un crimen social: “todo amor es inmoral”, Por ello saluda el delito en *Piedra de sol*:

mejor el crimen,
 los amantes suicidas, el incesto
 de los hermanos como dos espejos
 enamorados de su semejanza,
 mejor comer el pan envenenado,
 el adulterio en lechos de ceniza,
 los amores feroces, el delirio,
 su yedra ponzoñosa, el sodomita
 que lleva por clavel en la solapa
 un gargajo, mejor ser lapidado
 en las plazas que dar vuelta a la noria
 que exprime la substancia de la vida,
 cambia la eternidad en horas huecas,
 los minutos en cárceles, el tiempo
 en monedas de cobre y mierda abstracta;

Para Alfonso Reyes la política fue el reino de las disyuntivas salvajes. La palabra evocaría en él la imagen de su padre acribillado. No era sólo distancia: era

pavor. La marca que le dejó, según confesó alguna vez, fue la imposibilidad de pensar políticamente, esto es “insistir en un solo aspecto de las cuestiones, fingiendo ignorar todo lo demás”.³ Afirmar la hospitalidad de la palabra lo llamaba a evadir la política, a renunciar al debate. Para Paz, nuestro peligro es otro. No la guerra, la abdicación. Que el mundo muera y ni siquiera estalle. El monstruo de la apatía se alimentaba en el barroquismo de nuestras formas, la solemnidad de nuestro trato, el griterío y la repulsiva costumbre del ninguneo. Paz sabía que discutir es una forma elemental del respeto. Que polemizar es tejer otra trama de comunidad, tan valiosa, tan digna como la malla de la conversación. Sus personajes más cercanos comparten esa fibra crítica: Sor Juana y Duchamp; Rousseau, Tamayo y el marqués de Sade; Baudelaire, Marx. La familia de los disidentes. Mientras Reyes teme a la violencia, Paz teme, como Tocqueville, la sedación. La pesadilla de los hombres huecos que describe T. S. Eliot.

Somos los hombres huecos
 Los hombres rellenos de aserrín
 Que se apoyan unos contra otros
 Con cabezas embutidas de paja. ¡Sea!
 Ásperas nuestras voces, cuando
 Susurramos juntos
 Quedas, sin sentido
 Como viento sobre hierba seca
 O el trotar de ratas sobre vidrios rotos
 En los sótanos secos
 Contornos sin forma, sombras sin color,
 Paralizada fuerza, ademán inmóvil;
 Aquellos que han cruzado
 Con los ojos fijos, al otro Reino de la muerte
 Nos recuerdan —si acaso—
 No como almas perdidas y violentas
 Sino, tan sólo, como hombres huecos,
 Hombres rellenos de aserrín

³ De la carta a Martín Luis Guzmán del 17 de mayo de 1930, recogida en Alfonso Reyes, *Cartas mexicanas (1905-1959)*, p. 225.

Discutir era, tal vez, la verdadera forma de dialogar.

Mi abuelo, al tomar café
me hablaba de Juárez y de Porfirio,
los zuavos y los plateados.
Y el mantel olía a pólvora.
Mi padre, al tomar la copa,
me hablaba de Zapata y de Villa,
Soto y Gama y los Flores Magón.
Y el mantel olía a pólvora.
Yo me quedo callado:
¿De quién podría hablar?

La política, lejos de ser ocupación fugaz, fue presencia constante. En algún momento Octavio Paz lamentó volver a hablar de política y abordar los asuntos del día. “Me había propuesto ya no hablar nunca de política pero aquí estoy, volviéndolo a hacer”. Paz se disculpa pero reincide. En realidad, la política fue, a pesar de todas las advertencias, su idea fija, su preocupación constante. ¿Es acaso una casualidad que *Itinerario*, el prólogo que escribiera para sus reflexiones políticas fuera el más extenso de todos? De ninguna manera, Paz lograba entenderse en el espejo de la historia del siglo xx, ante el cristal de la política mexicana y mundial. Si el poeta cree que la palabra no es un decir sino un *hacer*, reconoce en su escritura una forma de hacer historia y de rehacerla. Un terreno, sobre todo, para combatirla.

Reyes se equivoca cuando señala al polemista como un tramposo simplificador: subrayar un ángulo y *pretender* olvidar todos los demás. El filo polémico de Paz no lo empujó en ningún momento a ese engaño. Si, como dijo Gracián en el *Crítico*n, “todos tropezamos con nuestro pero”, Octavio Paz aloja siempre un sin embargo en su argumento. La vehemencia argumentativa de Paz no lo lleva nunca al olvido de la verdad contraria, esa fuente tan común de la soberbia racional, como advirtió el sabio Pascal. Discute con otros pero discute también consigo mismo. No se detiene a cuidar la idea pensada, no se aferra a lo dicho. El viejo cuestiona al joven pero no lo traiciona. Si se equivocó fue porque arriesgó, porque el arte de la crítica es, como dijo en su ensayo sobre Duchamp, un juego de cuchillos.



Dos casas frente a frente: la casa de la conversación, la casa de la polémica. Paradoja de los nombres: Reyes: un ciudadano de la cordialidad; Paz: un guerrero de la confrontación. Tal vez sea necesario decir que ambas residencias nos son necesarias. Aprender los dos tonos del diálogo. Palabras para la comprensión y palabras, también, para la indignación.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ*

Hugo Hiriart

Nuestro orador, don Jesús Silva-Herzog Márquez proviene, como saben, de una familia prócer. A su abuelo, el economista, periodista, historiador, político, escritor, don Jesús Silva-Herzog (nacido 1892) lo vi una sola vez. Era impresionante, me pareció alto, corpulento, vociferante con voz de profeta, “en México hay hambre, hay hambre...”. Mi hermano, que estudiaba economía era admirador suyo y me llevó a oírlo en una conferencia, si no me acuerdo mal porque sucedió hace muchísimos años. Mi hermano tenía graves deficiencias visuales, y yo supongo que eso lo unía más a don Jesús, que como se sabe, padecía también agudas limitaciones de la vista, porque don Jesús era un ejemplo, si él había podido llegar tan lejos, ¿por qué no había de poder mi hermano?

El siguiente ancestro, el padre de nuestro orador, es el político y economista don Jesús Silva-Herzog Flores, que como secretario de Hacienda encaró la horrenda crisis financiera en el gobierno de López Portillo, entre otras diversas responsabilidades políticas, que incluyeron embajador en Estados Unidos o candidato a jefe del Departamento del Distrito Federal. Ya no siento hacia la grilla otra cosa que indignación, pero recuerdo de don Jesús que combatía la pompa e innecesaria solemnidad común a los políticos, con cierto humor e ingravidez frescas y reconfortantes. No hay que olvidar que toda solemnidad oculta estrategias de dominio. Recuerdo también haber visto desde lejos a don Jesús padre, no cuando atendía sus muchas responsabilidades, sino relajado, con amigos, algún viernes en el Club Suizo, en la

* Respuesta al discurso de ingreso de don Jesús Silva-Herzog Márquez a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes el 11 de septiembre de 2014.

colonia Del Valle, ya demolido, cuando iba yo ahí a beber copiosamente con mi maestro y amigo del alma, el incomparable Pancho Liguori.

El joven Silva-Herzog ha logrado sostener el peso de mantener viva esta tradición de notabilidad. Y, según parece, hasta ahora ha cumplido ampliamente con esta expectativa. Después de estudiar Derecho en la UNAM y la maestría en Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia, en el Upper West Side de Nueva York, volvió a México y se colocó a velocidad vertiginosa entre los periodistas políticos más leídos y comentados. En sus artículos ha mantenido la fresca virtud de mostrarse impredecible, esto es, no podemos pronosticar cuál va a ser la actitud o la respuesta de don Jesús ante un asunto dado. Lo que, además de hacer sus escritos siempre buscados e interesantes, quiere decir que no es doctrinario ni rígido, sino libre y espontáneo. Impredictibilidad, sutileza, honradez, imparcialidad, son características que están muy lejos de ser comunes en el periodismo mexicano.

Otra rareza de don Jesús es su cultura. No se restringe a ser comentarista de la coyuntura política, sino que el universo de sus curiosidades y ambiciones es más amplio: es encarnizado lector de libros y ensayos, novedosos o tradicionales acerca de los más diversos e inesperados asuntos. Por este camino ha escrito varios libros dotados de elegante malicia.

Estos dos aspectos divergentes pueden constituir una encrucijada ante nuestro joven orador. Por un lado está la ley de fierro del periodismo, que dice que en tanto mayor es la oportunidad, la coyuntura aprovechada de un artículo, menor es su vigencia, su duración vivo, y más rápida su obsolescencia y reducción a la nada. El artículo oportuno muere con la oportunidad.

Pero no hay que olvidar que en México sólo entusiasmo verdaderamente al llamado gran público la política. Si don Jesús se aleja de la glosa política, el número de sus lectores se desploma, y con el derrumbe desaparece la oportunidad de influir en las conflictivas trayectorias de la política nacional.

Los escritos culturales, por su parte, pueden despertar en México el entusiasmo incomprensible de cuatro gatos, en comparación con los ansiosos artículos coyunturales. Esta es la mala noticia acerca de estas colaboraciones culturales. La buena es que, en cambio, el artículo cultural abre la posibilidad de la duración, sin obsolescencia alguna, y si su factura es cuidadosa puede encontrar su destino en un libro.

A mí de plano me gustaría, como es natural, que don Jesús ampliara el teclado de sus colaboraciones hasta hacer, más que colaboraciones de actualidad

en los perecederos *tiquismiquis* políticos, artículos acerca de la vida social, de la cultura y, bueno, también a veces, de la política, hasta alcanzar a ser una suerte de cronista crítico de la existencia del país en el siglo XXI, pero aunque lo deseo, espero que don Jesús no me haga caso, no porque lo que le sugiero sea menso, sino porque no creo que en asuntos como éstos don Jesús deba hacer caso de los consejos de nadie.

Paso ahora a formular tres observaciones acerca de la ponencia. Son observaciones sencillas, de humildad franciscana. La primera es una cosa que oí decir a Vasconcelos, cuando era yo joven, casi niño, y que cuadra, creo, con las diferencias de actitud entre Reyes y Paz. Vasconcelos formuló una distinción: unas personas se entienden con los demás peleando, otras se entienden con los demás, por las buenas, negociando; las dos formas son buenas, y con ellas pueden alcanzarse muchas cosas, lo que debe evitarse es que un peleonero nato quiera actuar como sosegado y manso, o que, peor todavía, y más peligroso, es que un apacible, suave y tolerante, quiera entenderse con los demás peleando. Cosa que no recuerdo que les haya sucedido ni a Reyes ni a Paz. Y de Paz quisiera recordar que si bien no se dejaba de nadie y era discutidor, tenía cuando era necesario una gran mano izquierda, y que es una de las personas, que haya yo conocido, que tenía, no sólo más conocidos, sino más amigos.

¿Y no sé si hayan observado ustedes que Reyes pareció siempre más grande, con más años, de los que tenía? Casi adolescente disertó sobre tragedia ática, poesía de Mallarmé y del gran neoclásico Manuel José Othón, sobre una novela recóndita de los Siglos de Oro, y no sé cuántas cosas más. Esta precocidad se pasa de *nerd*, ¿no es cierto? ¿Es ese sabio regordete propiamente un joven o nació, como la diosa, ya adulto del vientre de su madre?

En cambio Paz fue un joven perpetuo que conservó hasta el final el entusiasmo por lo nuevo y la omnívora curiosidad, la agilidad mental al ceñir temas o lanzar formulaciones inesperadas y brillantes. Cuando, con dolor, encontré enfermo al poeta, hallé que estaba doblegada la fábrica de su cuerpo, pero no el espíritu que hasta el final lo animó. Viejo nunca lo vi.

Y ya decía Aristóteles en su *Retórica* que los jóvenes son audaces, impulsivos, revolucionarios, mientras que los viejos, son casi siempre conservadores y asustadizos.

Una última observación, ésta sobre la conversación. En el tema de la conversación no se había gastado mucha tinta, hasta que vio la luz el gran artículo

de Paul Grice, filósofo de Oxford, titulado *Lógica y conversación*. Este *paper* vino a establecer que, en la aparente y gozosa arbitrariedad de la conversación, había, no dice *reglas*, es demasiado sutil para eso, sino dice, *prácticas*, que pueden describirse y codificarse en ciertas máximas. Estas prácticas mínimas, curiosas, todos las observamos, sin percatarnos, desde luego, al conversar. El principio general es que toda conversación es resultado de la cooperación entre quienes la entablan. Por ejemplo, si te saludan preguntando “¿cómo has estado?”, la práctica es que la respuesta ha de ser breve, una, dos, tres palabras, “bien, no muy bien, *so, so*”, y viola la práctica de responder, por ejemplo, “¿Cómo estás?”, “Lunes estuve bien, martes, muchos disgustos, miércoles volvió el insomnio y perdí mi conejo...”. Esta respuesta viola la práctica porque proporciona más información de la que se ha solicitado. Este es un ejemplo sencillo, pero el asunto rápidamente se complica. Por ejemplo, supongamos que A y B conversan acerca de un amigo común, C, que está trabajando en un banco. A pregunta a B cómo le va a C en el banco y B responde “le va muy bien, se lleva muy bien con sus colegas y todavía no lo meten a la cárcel”. Aquí B está diciendo algo sin decirlo, y A está entendiendo lo que B sugiere. ¿Cómo es esto posible? A esto llama Grice *implicatura*.

Desde luego se ha continuado la investigación sobre el asunto abierto por Grice y se ha avanzado considerablemente.

Gran tema el de la conversación, aunque sea por su liga con el tema de la amistad; la amistad, la más serena, y al mismo tiempo más intensa, felicidad de nosotros, los pobres humanos. ¿Qué sería de nosotros sin amigos? ¿Y en qué se sustenta la amistad si no es en la conversación? ¿Qué hacen los amigos si no conversar? ¿hay algo mejor que conversar floja y libremente con los amigos?

Aristóteles estudió la amistad en su *Ética nicomaquea*, no en uno, sino en dos libros, estimados por mi maestro Gaos como insuperados en los 2 500 años que van desde su redacción hasta ahora. La verdad, la duración invicta de Aristóteles en este asunto, no es tan gran hazaña porque muy pocos, poquísimos, se han percatado de la importancia del tema de la amistad y han escrito sobre él.

Y este lugar al que llegamos, el lugar de la amistad, es bueno para poner un hasta aquí a esta intervención, y la terminamos con una felicitación a nuestro joven e ilustre orador don Jesús Silva-Herzog Márquez.

HOMENAJES



JOSÉ G. MORENO DE ALBA,
*IN MEMORIAM**

Gonzalo Celorio

UNO

Qué doloroso poner como subtítulo de estas líneas la frase *in memoriam* cuando todavía oigo el timbre exacto de su voz y veo el brillo inteligente y escéptico de su mirada y siento la calidez de su abrazo y escucho la risa que le producen sus propios sarcasmos; cuando aún mi espalda recoge sus consejos y el caballito de tequila que sostienen mis dedos brinda con el suyo. Cómo, tan pronto, reducir su imponente y fluida biografía a un currículum académico, a la importancia de su legado, a la continuidad de su sabiduría en los alumnos que formó. No me bastan ni me consuelan los lugares comunes de la ley de la vida, la oquedad que deja, el vacío irrellenable, los zapatos grandes.

Apenas hace una semana lo vi en su nueva casa de la colonia Florida, cuya amniótica biblioteca ya no pudo disfrutar, acostado en su cama, arropado por el cuidado diligente y el amor sereno de Cecilia, asistido por sus hijos Mauricio y Rodrigo, bendecido por sus nietos Priscila y Bruno —que acaba de llegar al mundo como emblema de la renovación de la estirpe—; concentrado virilmente en su dolor, pero lúcido y afectuoso.

Le hablé de los muchos saludos que le enviaban de España, donde yo había permanecido mes y medio alojado, gracias a su inveterada generosidad, en su apartamento de Madrid, durmiendo en su cama, comiendo en su mesa, escribiendo en su escritorio, metida mi ropa entre sus sacos y sus pantalones. Hubiera querido decirle que su último libro, *Notas de morfología dialectal*, que a

* Texto leído en la sesión pública solemne con motivo del homenaje luctuoso a don José G. Moreno de Alba, en el Museo Rufino Tamayo el 7 de agosto de 2014.

instancias de Cecilia les llevé a José Manuel Blecua, a Víctor García de la Concha, a Ignacio Bosque, todavía dedicado por él aunque con una letra trémula y diminuta, había sido recibido con aprecio y admiración. Pero ya no le dije nada. Sentí que era un intruso en la soledad obligada de su dolor y me despedí.

—¿Ya te vas, Gonzalo? —me alcanzó a decir, abriendo un solo ojo.

—Sí —le contesté, sabiendo que el que se iba era él y no yo. Y que se iba para siempre.

Aunque haya seguido paso a paso las miserias de su enfermedad, que arrojó con dignidad de centurión; aunque me haya despedido de él tres días antes de su muerte; aunque haya estado en su sepelio y haya visto cómo cuatro empleados, fingidamente consternados, retiraron de la sala el ataúd, entre decenas de coronas de flores, para proceder a la cremación de su cuerpo, va a pasar mucho tiempo antes de que pueda asimilar su partida.

Quizá empiece a percatarme de que ha muerto cuando vea que no llega a la Comisión de Consultas de la Academia Mexicana de la Lengua y no haya a quién preguntarle si ese *porque* va junto o separado, o dónde la palabra *bolillo* asume el nombre de *birote*, o si realmente es más aconsejable decir, como recomiendan los editores, *la década de los sesenta* en singular que *la década de los sesentas* en plural, como él sostiene en una de sus *minucias del lenguaje*; cuando no tenga con quién reír ese chiste lingüístico o con quién disfrutar un *whisky* que aquí nunca escribiremos *güisqui* como quieren los académicos españoles por la sencilla razón de que así escrito, según lo convinimos Pepe y yo, pierde treinta grados Gay-Lussac y sabe a limonada; cuando no pueda incluirlo más entre los invitados a mi cumpleaños o a la celebración del Grito de la Independencia en la terraza de mi casa de las alturas de San Nicolás Totolapan; cuando no escuche su voz del otro lado del 55 63 64 45.

Es demasiado pronto para hablar en pretérito perfecto acerca del investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, el doctor José G. Moreno de Alba; del académico de la lengua don José G., como siempre lo llamó José Luis Martínez; de mi queridísimo amigo Pepe. Pero a pesar de la cercanía y del dolor de su muerte, que me ofuscan, debo escribir este texto, dedicado, ay, a su memoria.

Tal vez debería circunscribirme, en estas páginas, a describir y ponderar el perfil académico de José G. Moreno de Alba. Pero al hablar de su obra no puedo hacer caso omiso de otras facetas que completan su personalidad y que llegué a conocer y reconocer tras 45 años de colaboración y amistad sostenidas.

Fui alumno de José Moreno de Alba en el año aciago y esperanzador de 1968, cuando se desempeñaba como ayudante del doctor Juan M. Lope Blanch en el curso de Español Superior que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Nacional. Lope Blanch daba la clase teórica los lunes y los miércoles, y Moreno hacía los ejercicios de análisis gramatical los viernes. Los aplicaba con una precisión y una claridad tales que los entendían y disfrutaban hasta los jóvenes poetas —acérrimos detractores, por principio, de la gramática— que asistían a clase en calidad de alumnos regulares. Ahí conoció a mi compañera de banca, GUTIÉRREZ ARRIOLA Cecilia, según la nombraban los profesores al pasar la lista de asistencia, con quien años más tarde habría de casarse, es decir establecer una relación sintagmática, para formar una familia realmente paradigmática.

Al año siguiente fui su compañero de trabajo (y también de desayuno), cuando ambos estábamos adscritos a sendos proyectos de investigación en El Colegio de México, sito entonces en el edificio marcado con el número 125 de la calle de Guanajuato de la colonia Roma, devastado tiempo después por los terremotos de 1985. Él trabajaba en el proyecto del *Atlas lingüístico de México*, dirigido por Juan M. Lope Blanch y, grabadora Uher en mano, recorría la república, como sus compañeros, para detectar las variedades dialectales fonéticas, morfológicas, léxicas y sintácticas del español hablado en nuestro país y definir las isoglosas, esas fronteras lingüísticas intangibles de nombre misterioso que separan a los que aspiran las eses de quienes las pronuncian, o a quienes preguntan “¿ocupa pluma?”, frente a los que dicen “¿necesita pluma?”, o a los que dicen “el mar” de los que, por ser hombres de mar, dicen, amorosamente “la mar”; y yo, como bisoño ayudante de investigación en un proyecto de enseñanza de español a hablantes de lenguas indígenas adscrito al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de esa institución.

Fui su colega en el Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, afincado también en El Colegio de México, que dirigía Gloria Ruiz, esposa de Víctor Bravo Ahúja, el gobernador de aquella entidad, que después fue titular de la Secretaría de Educación Pública en el sexenio de Luis Echeverría. Años más tarde, fui su secretario de Extensión Académica cuando la Junta de Gobierno de la UNAM lo designó en 1980 director de la Facultad de Filosofía y Letras, a él, que si bien había estudiado en la facultad y ahí ejercía la docencia por cuenta propia desde que dejó la ayudantía que le prestó a Lope Blanch temporalmente, procedía del

apacible Instituto de Investigaciones Filológicas, fundado y dirigido entonces por nuestro maestro Rubén Bonifaz Nuño, y tuvo que enfrentarse a la complejidad académica, administrativa y política que la vida de una facultad como la de Filosofía y Letras entraña.

Fui después, ¡quién lo diría!, su jefe, cuando el rector José Sarukhán me nombró coordinador de Difusión Cultural de la UNAM en 1989 y a él director del Centro de Enseñanza para Extranjeros, una antigua escuela universitaria de fundación vasconcelista, anterior a la propia Facultad de Filosofía y Letras, que fue dirigida por nadie menos que Pedro Henríquez Ureña, y en la que Moreno de Alba desempeñó un papel de trascendencia internacional.

También lo invité a formar parte del Comité Editorial del Fondo de Cultura Económica cuando tuve el privilegio, ciertamente efímero, de dirigir esa institución, en la que él habría de perseverar hasta el fin de sus días, no sólo como autor de sus sumadas y multiplicadas *Minucias del lenguaje*, tan famosas y socorridas, y de obras cuyos títulos mismos apabullan, *El español en América* y *La lengua española en México*, sino como asesor de la prestigiosa colección Lengua y Estudios Literarios.

Fui su colega en la Academia Mexicana de la Lengua y, cuando él fue elegido director de esa institución en 2003 y hasta 2011, nuevamente fui su subordinado, como en rigor nunca dejé de serlo. Pero por encima de todo este ping-pong académico fui su amigo: aprendiz constante de su sabiduría, interlocutor de su palabra, depositario de su confianza, cómplice de su sentido del humor —ácido y no siempre comprendido—, deudor de su generosidad y compañero de muchas andanzas, de muchas mesas —salvo las de póker, a las que él era muy afecto y yo no— y, más que de muchas mesas —redondas, ovales y cuadradas—, de muchas sobremesas, sesudas unas, jocosas otras, sabrosas todas.

Lo que más admiré de José Moreno de Alba fue su extraordinaria capacidad sintáctica en el sentido metafórico y amplio de la palabra: el talento para combinar en la vida, sin conflicto, sin escisión, sin incongruencia actitudes que en principio podrían considerarse discrepantes o incompatibles. La gestión administrativa en varias dependencias de la Universidad y la carrera estrictamente académica. El gusto por el canto gregoriano, que rastreó en conventos, monasterios y catedrales de media Europa, y la afición a la fiesta brava (quizá inseminada, como la del juego, en el ámbito de la Feria de San Marcos de su Aguascalientes natal), que lo llevó a comprar un pequeño piso en el convulso

barrio de Malasaña de Madrid para poder asistir tranquilamente, además de a las reuniones académicas, a las corridas de toros de San Isidro. Los placeres dionisiacos de la mesa (era capaz de tomar un ferry en Buenos Aires y cruzar el Río de la Plata para comer, aunque fuera solo, en un restaurante de Colonia en el Uruguay) y los apolíneos de las mesas redondas: si no era demasiado afecto a participar en actos públicos fue capaz de organizar importantes encuentros académicos como el magno Congreso Internacional sobre el Español de América en 1986 (cuyo cartel, alarde de un panhispanismo anticipado, era un naípe memorable, en el que de un lado figura, como reina de corazones, sor Juana Inés de la Cruz y, del otro, como rey de espadas, Miguel de Cervantes). La paz sedentaria de tres comidas al día y rutina dominical, y las aventuras del viaje: año con año él y su familia visitaban con gran regocijo y minuciosa planeación los lugares más ignotos del planeta. La flexibilidad con la que siempre consideró la norma lingüística, sin supeditarla a criterios de autoridad o de corrección purista, y la estricta observancia de los estatutos que rigen el funcionamiento de los cuerpos colegiados que presidió. El rigor científico de sus estudios, en los que toda hipótesis es comprobada con trabajo de campo y datos estadísticos, y los juegos de azar, porque José G. Moreno fue jugador; un rarísimo jugador que sabía contenerse y considerar, como lo sostuvo Julio Cortázar en cada uno de sus cuentos, que lo perdido en el juego es el justo pago por haber jugado. Igual que en la vida.

Dos

José G. Moreno de Alba cursó sus estudios de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, hizo su maestría en Letras y se doctoró en Lingüística Hispánica en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. No había obtenido todavía su licenciatura cuando se incorporó, como becario primero y como profesor e investigador inmediatamente después de haberse titulado, a nuestra casa de estudios, en la que desarrolló sus labores ininterrumpidamente y alcanzó los más altos reconocimientos que la Universidad otorga a los miembros de su planta académica: obtuvo el Premio Universidad Nacional en el campo de Investigación en Humanidades y fue designado Investigador emérito de la UNAM, estatus, por cierto, que también le confirió el Sistema Nacional de Investigadores. En efecto, desde 1967 y hasta su muerte, fue profesor de

la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Centro de Lingüística Hispánica —del que fue cofundador y que, andando el tiempo, pasaría a formar parte del Instituto de Investigaciones Filológicas— Moreno de Alba, además, cumplió eficazmente las muchas responsabilidades académico-administrativas que la Universidad le encomendó. Fue director de todas las modalidades académicas de la institución: de dos centros de extensión, el de Lenguas Extranjeras y el de Enseñanza para Extranjeros; de una facultad, la de Filosofía y Letras; y de un instituto, el de Investigaciones Bibliográficas al cual están adscritas la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales. Estas tareas, no siempre suficientemente valoradas y reconocidas —y a veces incluso estigmatizadas—, nunca fueron óbice de su trabajo académico, que cumplió con excelencia en los ámbitos de la investigación, la docencia y la difusión de la cultura.

A lo largo de los años Moreno de Alba construyó una obra sólida y sobresaliente, valorada en nuestro país y fuera de él, que ha contribuido de manera significativa a la descripción científica de la lengua española, especialmente en lo que se refiere a sus modalidades americana en general y mexicana en particular. Entre los años de 1967 y 1980 trabajó, levantando encuestas en todo el país y procesando cartográficamente los datos obtenidos, en la elaboración del *Atlas lingüístico de México*, que es, hasta ahora, el repositorio más extenso de los rasgos lingüísticos (fonéticos, gramaticales y léxicos) del español hablado en México. Sobre el español mexicano y el español capitalino publicó varios libros y numerosos artículos, y presentó las ponencias del caso en múltiples congresos nacionales e internacionales.

Pero Moreno de Alba siempre supo que con la sola labor de investigación, así ésta poseyera los timbres de la excelencia, no bastaba para cumplir a cabalidad las obligaciones que la Universidad exige a sus investigadores. Estaba convencido de que la generación de conocimiento debía incidir en la comunidad académica y, sobre todo, en la formación de las nuevas generaciones a través de la docencia, que él ejerció con admirable entrega. Si bien es cierto que su enseñanza en el campo de la dialectología se concentró en los seminarios que dirigió y en las numerosas tesis que asesoró en el posgrado de Lingüística Hispánica, no dejó de dar clases en la licenciatura, donde impartió, durante décadas, los cursos de Español superior, Filología hispánica y Lingüística española e hispanoamericana a los estudiantes de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas. A lo largo de los años dedicados a la docencia, cientos de estudiantes recibieron las enseñanzas de su magisterio, muchos de los cuales, siguiendo

sus pasos, se dedicaron a la investigación en los campos de la filología y la lingüística. Y no sólo en nuestra casa de estudios, sino allende nuestras fronteras nacionales, pues Moreno de Alba fue profesor invitado de prestigiosas universidades de Europa y de los Estados Unidos de América.

Una de las muchas formas en que Moreno de Alba cumplió la encomienda universitaria de difundir lo más ampliamente posible los beneficios de la cultura fue la redacción de breves y amenísimos artículos periodísticos, que se cuentan por centenas, referentes a la lengua española y sus entresijos: las ya famosas *minucias del lenguaje*, que escribió y publicó desde antes de 1987, cuando por primera vez reunió en un tomo así titulado, *Minucias del lenguaje*, sus comentarios a diversos aspectos lingüísticos de interés general. Hoy son varios los volúmenes que recopilan estos útiles y sabrosos artículos de divulgación. El último, *Suma de minucias del lenguaje*, data de 2003.

También fue muy relevante el papel que desempeñó Moreno de Alba en la Academia Mexicana de la Lengua. Su candidatura fue propuesta por Francisco Monterde, Manuel Alcalá y Ernesto de la Torre Villar, en abril de 1977, cuando dirigía la institución Agustín Yáñez, y votada favorablemente el 8 de julio de ese mismo año. El 10 de marzo de 1978 don José G., como se le suele decir en la Academia en obediencia a una añeja tradición que sustituye títulos, grados y apellidos con el familiar nombre de pila antecedido y matizado por un respetuoso *don*, leyó su discurso de ingreso en la vieja casona de la calle de Donceles, en el centro histórico de la ciudad de México, donde hasta hace unos cuantos años tenía sede la institución. El discurso se tituló “Unidad y variedad del español en América” y fue respondido por su maestro, Rubén Bonifaz Nuño.

Aquella alocución ofrecía un panorama de las diversas modalidades que la lengua española ha adoptado en América, al tiempo que destacaba la extraordinaria unidad que ha mantenido, sobre todo en la norma culta, en la vastedad del territorio donde se habla. La importancia de ese discurso, en mi opinión, reside en el rigor científico, propio de la lingüística moderna, con el que Moreno de Alba se enfrentaba a las variedades dialectales de nuestra lengua en el continente americano. En el decurso de los años aquellas consideraciones tuvieron muchos frutos, tanto en las investigaciones personales de don José G. como en su proyección institucional. Sus planteamientos de entonces desembocaron con posterioridad en obras de enorme valía para el conocimiento de la lengua española en este lado del Atlántico, como *El español en América* (1988) y *La lengua española en México* (2003), ambas publicadas por el Fondo

de Cultura Económica, y contribuyeron notablemente al buen desempeño de los trabajos emprendidos por la Academia Mexicana de la Lengua. El equilibrio entre el fortalecimiento de la unidad de la lengua española, por un lado, y el respeto a sus variedades locales, por otro, expuesto por Moreno de Alba en su discurso de ingreso sigue siendo, en esencia, el que ha animado los más enjundiosos trabajos de las 22 academias de la lengua española.

En ese cónclave de escritores, filólogos, historiadores, políglotas, juristas, filósofos, científicos que es la Academia Mexicana destacó, desde entonces, la presencia de un lingüista —el primero que se incorporó a la institución— dedicado a la dialectología y en especial al español en América y, más particularmente aún, al español que se habla en nuestro país.

Es de señalarse que el crédito editorial que comparten la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española en las obras de carácter lingüístico publicadas últimamente —el *Diccionario panhispánico de dudas* (2005), la *Nueva gramática de la lengua española* (2009), y la *Ortografía de la lengua española* (2010)— no es una concesión graciosa que hace la institución española, en su condición de hermana mayor, a las otras 21 academias, sino el justo reconocimiento a un trabajo interinstitucional. La Academia Mexicana de la Lengua participó decididamente en la elaboración de estas obras. Auspició que el *Diccionario panhispánico de dudas* asumiera como correctos, en buena medida gracias al doble concepto de norma —como uso frecuente y como regla gramatical— que Moreno de Alba planteó en repetidas ocasiones, los peculiares usos lingüísticos de la norma culta mexicana. Trabajó intensamente en la configuración de la *Nueva gramática*, que incluye, por supuesto, las modalidades fonéticas, morfológicas y sintácticas del país que cuenta con el mayor número de hablantes, y actuó a favor del consenso de todas las academias para que finalmente se publicara la *Ortografía*, en la que por primera vez se justifica la regla con razonamientos gramaticales e históricos. Pues bien, en todas estas obras la participación de Moreno de Alba fue determinante. Decían en el ámbito de la Asociación de Academias de la Lengua Española que cada vez que había alguna discusión a propósito de la aceptación de tal o cual palabra o acepción o giro gramatical Moreno, para avalarlos o rechazarlos, echaba por delante a los más de 100 millones de mexicanos que, según el caso, los usaban o no los usaban. Efectivamente, con la representación simbólica de la cuarta parte de los hablantes de español, participó de manera asaz empeñosa en la elaboración de estas obras.

A lo largo de los 35 años que sirvió a la Academia Mexicana de la Lengua —como académico de número, como censor estatutario, como bibliotecario-archivero y finalmente como director— Moreno de Alba aportó sus conocimientos para que la institución pudiera realizar las funciones lingüísticas que le son inherentes y prioritarias.

TRES

Con su muerte, se me traba la lengua, enmudezco. Soy yo, que estoy de luto. Pero también ella, la lengua, está de luto. Se traba y enmudece.

JOSÉ G. MORENO DE ALBA. MAESTRO, COLEGA, JEFE Y AMIGO*

Concepción Company Company

José G. Moreno de Alba fue mi maestro, mi colega, mi jefe y mi amigo. En todas esas facetas de nuestra relación fue un hombre comprometido, cabal, eficiente y probo.

EL DR. MORENO DE ALBA. EL MAESTRO

Conocí a José G. Moreno de Alba en 1976, recién ingresada a la licenciatura en la Universidad Nacional Autónoma de México, la UNAM, y casi recién llegada a México. El Dr. Moreno de Alba, Moreno como le decíamos en los pasillos, me dio Español superior. Fue verdaderamente un excelente y ordenadísimo maestro, era riguroso como él sólo, una tarea cada día, pero paciente, capaz de responder con paciencia y sin inmutarse a cualquier dislate de pregunta. Debo decir, y lo he puesto por escrito en más de una ocasión, que yo aprendí Gramática del Español con Moreno. Puso orden en aspectos varios de nuestra lengua que yo había aprendido mal —probablemente me los enseñaron mal— e hizo muy claras y simples algunas estructuras y relaciones de nuestra lengua sobre las que algunos gramáticos y bastantes gramáticas se empeñan en explicar de manera oscura y compleja. Años más tarde, cuando yo le decía que había aprendido español con él, Moreno —renombrado ya Pepe—, muy serio pero con una cierta mirada de sorna, tan característica de él, me decía: “o yo no era buen maestro o tú no eras buena alumna, porque como que no terminas de dominar el buen español”. Innecesario aclarar a qué español se refería.

* Texto leído en la sesión pública solemne con motivo del homenaje luctuoso a don José G. Moreno de Alba, en el Museo Rufino Tamayo el 7 de agosto de 2014.

Años más tarde, ya en el posgrado, Moreno me dio dos materias: Español de América y Dialectología con técnicas de trabajo de campo. Volvía a ser el excelente y ordenado maestro que yo conocía, pero esta vez, además, ameno, divertido incluso, y lleno de anécdotas siempre iluminadoras para las tareas de Dialectología y Lecturas que nos dejaba semana tras semana.

Fue mi sinodal en mi examen profesional y en los dos exámenes de grado. Llegó siempre con las tesis totalmente leídas, llenas, abarrotadas, de *post-its* que se asomaban por los bordes de las páginas de las tesis —el susto era mayúsculo, desde luego, cuando se le veía llegar por el largo pasillo de la facultad con las tesis coloreadas por las múltiples marcas y más susto, claro, porque se veía venir el chubasco—. Sin duda, a uno se le olvidaba instantáneamente todo lo que había investigado, pensando en las múltiples preguntas con que iba a ser fulminado, pero debo decir que sus críticas y preguntas siempre fueron más que acertadas y que me permitieron madurar, matizar y mejorar esos trabajos cuando las tesis tomaron la forma de publicación. Y debo decir también que la maña de los múltiples *post-its* nunca se le quitó, y así siguió apareciendo hasta unos meses antes de su muerte en las muchas tesis de alumnos míos de las que él fue el presidente del tribunal, o de tesis en las que coincidimos como sinodales. Moreno siempre ganaba en *post-its* a los demás sinodales. Su última aparición con *post-its* fue precisamente en el examen de maestría de su nuera, Samari, esposa de Mauricio, su hijo mayor, a finales de 2012; nunca lo hubiéramos imaginado.

MORENO DE ALBA. EL COLEGA

Con el paso de los años me volví su colega. Allá en un pequeño congreso en Oaxaca, corría el año 1990, me dijo: “Puede usted tutearme”. Por supuesto, le seguí hablando “de usted” por algunos años más, con algún tímido y ocasional tuteo, y un día amablemente me prohibió hablarle “de usted”.

Moreno de Alba fue sin duda un excelente, muy ordenado e infatigable investigador. Fue un promotor incansable de la enseñanza de la gramática, un gran difusor de la lengua española —recordemos sus cientos de minucias del lenguaje, recogidas en varios libros homónimos— y fue, además, director de varias dependencias de nuestra UNAM —centro, facultad e instituto—, así como director de la Biblioteca Nacional de México.

Prueba de su incansable labor de investigador son las 16 páginas a espacio cerrado, en letra impresa de nueve puntos, que recogen la bibliografía de su *Homenaje*, publicado en 2006 por la UNAM. Esa bibliografía muestra que desde 1970 hasta 2006 no hay ni un solo año en que Moreno de Alba no publicara, al menos, dos o tres trabajos. En bastantes años la lista llega a 11 o 12 entradas. Por supuesto siguió trabajando a ese ritmo después de 2006, hasta que una terrible enfermedad disminuyera sus energías, pero incluso muy enfermo no dejó de trabajar, como muestra su último libro, *Notas de gramática dialectal* (2013, UNAM), publicado y presentado días antes de su fallecimiento.

Resaltaré dos virtudes del Moreno de Alba colega. Una. Como investigador tenía una gran capacidad y suma habilidad para poner orden en problemas lingüísticos. Sus estados de la cuestión son paradigmáticos de cómo jerarquizar y esclarecer un panorama lleno de problemas, sea porque el fenómeno lingüístico es problemático en sí, sea porque ha sido abordado por muchos autores desde perspectivas o posiciones teóricas muy distintas, sea porque el problema tiene demasiadas aristas. Moreno lograba con enorme habilidad mental y experiencia de oficio ordenar los problemas.

Citaré tres libros en que se ven perfectamente esos estados de la cuestión modélicos de cómo hacer un *status quaestionis*. Sus *Valores de los tiempos verbales* en el español de México, del año 1978 (UNAM), que fue su primer libro, una reelaboración y enriquecimiento de su tesis doctoral, tiene un estado de la cuestión modélico además de muy hábil en el modo de plantearlo. O sus libros *El español en América* (2001, Fondo de Cultura Económica, México) e *Introducción al español americano* (2007, Arco/Libros, Madrid), son ellos mismos estados de la cuestión porque cada capítulo es en sí mismo un impecable estado del arte del problema abordado.

Moreno de Alba en sus 46 años de labor docente y de investigador cultivó tres líneas básicas de investigación: la *dialectología*, en sus modalidades americanas en general y mexicana en particular, la *gramática general* y la *sintaxis histórica*. Sin embargo, aunque abarcó estas muchas facetas gramaticales, su disciplina fue, como se sabe, la variación lingüística, primero la sincrónica, es decir, la dialectología —y como dialectólogo se le identifica y reconoce en el ámbito internacional— y, como es lógico en la investigación lingüística, la variación sincrónica lo llevó a la variación diacrónica o histórica, y no son pocos sus trabajos en sintaxis histórica del español.

Dos. Aunque ocupó muchos cargos directivos dentro y fuera de la UNAM y por muchos años, ello no le impidió seguir investigando y publicando, no le impidió estar al día en la investigación, no le impidió asistir a congresos especializados y exponer investigación en proceso, y nunca dejó de dar clase. Me parece que esta capacidad de combinar la gestión directiva con la investigación es un gran mérito y es poco común en nuestro entorno.

Con el paso de muchos más años trabajamos juntos en algunos asuntos. Por ejemplo, organizamos juntos un congreso internacional, de esos gigantesco, el VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, celebrado en 2006, que aunque séptimo era el primero que se realizaba en tierras americanas porque siempre se había hecho en España, y por ello ambos teníamos muy claro, aunque nunca lo hicimos explícito entre nosotros, que había que poner muy alta la vara americana y dejar muy en alto a nuestro país. El congreso fue más que accidentado, porque iba a ser en Oaxaca, pero tras dos largos años de cuidados, casi exquisitos preparativos de toda índole, a última hora, por razones no académicas sino políticas —Oaxaca se había convertido en un foco rojo, tomada y sitiada por los maestros de cierto sindicato magisterial— tuvimos que moverlo a Mérida. Su medida, su capacidad de gestión y su compromiso siguieron inquebrantables. Merece la pena rescatar la hermosa palabra, casi desaparecida de nuestra lengua, *morigerado*, que significa “de buenas costumbres”, “medurado”, porque describe fielmente a Moreno en cada una de las etapas de su vida, y morigerado se manifestó en las difíciles tomas de decisión del congreso en cuestión. Fue agotador y estresante a más no poder aquel 2006, pero Pepe no perdió su sentido del humor: sirvió para convivir, tomar tequilas juntos, él, *whisky* por las noches, y sirvió, sobre todo, para fortalecer nuestra amistad. Justo es decir que la magia de realizar en menos de tres meses un congreso que llevaba tres años de preparación no hubiera sido posible sin la eficiente y generosa intervención de Fausto Zerón-Medina, gerente de la Academia en ese entonces.

Moreno de Alba fue también mi colaborador en un proyecto casi gigantesco en el que yo me había embarcado en el 2000 y había embarcado a muchos especialistas. El proyecto consistía —y digo consistía porque todavía no concluye aunque hayamos publicado algunos miles de páginas— en realizar la primera *Sintaxis histórica de la lengua española*. Moreno de Alba volvió a comprometerse, entregó en tiempo —cosa asimismo poco común—, realizó las correcciones sugeridas por los dictaminadores, prueba de que era un

verdadero profesional; y su extenso capítulo sobre la historia sintáctica de los tiempos verbales fue publicado en 2006 en la primera parte de esa *Sintaxis histórica* (Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, México). Cuando convoqué la segunda parte, Moreno de Alba volvió a comprometerse, y esta vez incursionó en un tema casi nuevo para él. Es decir, con su estatus de investigador emérito, con un premio Universidad Nacional y con otro Premio Nacional de Ciencias y Artes en su haber, y con pesada gestión a sus espaldas, entró a hacer nueva investigación, como un investigador más. Entregó de nuevo en tiempo y forma, volvió a hacer los ajustes sugeridos por los evaluadores y en 2009 apareció un segundo extenso capítulo suyo sobre los complementos adnominales (Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, México). Me había dicho “sí” para la tercera parte de la *Sintaxis histórica*, ahora en prensa (Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, México), pero en 2012, por allá de abril o mayo, no recuerdo bien, cuando todavía no sabía que estaba muy enfermo, me dijo: “Concepción, estoy muy cansado, no sé qué me pasa, pero tengo ganas de descansar, ya me voy a retirar; creo que hay tiempo para buscar a otro investigador para ese tema”. Una muestra más de su profesionalidad: avisar a tiempo.

DON JOSÉ G. EL JEFE

En 2004 el doctor José G. Moreno de Alba pasó a ser mi jefe porque fui nombrada miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y él era su director. Como jefe —si así se le puede llamar a ser el director de la Academia Mexicana de la Lengua y yo uno de sus miembros—, don José G., o José G, como se le conocía y llamaba, y como todavía muchos académicos lo llaman, fue excelente. Llevó a cabo, sin duda, una importante labor de profesionalización en las tareas y comisiones de esa corporación, logró mejorar la inserción social y cultural de esa institución dentro y fuera de México y realizó una constante labor de difusión para el reconocimiento internacional de la corporación. Señaló una y otra vez que la Academia está preocupada por el buen uso, pero más, si cabe, por las buenas descripciones gramaticales sin cargas normativas.

Lo más importante en esta tercera faceta de “jefe”, sin duda, fue que como director de la Academia inyectó un renovado dinamismo en la institución y

la vinculó con las tareas culturales de México. Tres aspectos lo muestran. En primer lugar, la Comisión de Consultas, que operaba esporádicamente y con mucho rezago en las respuestas, pasó a estar integrada por jóvenes profesionales de la lengua, posgraduados egresados de la UNAM. Presidida a partir de 2005 por Gonzalo Celorio, más integrada por otros comprometidos académicos, más con el impulso y compromiso de estos jóvenes, esa comisión se puso al día en respuestas y se hizo presente en la sociedad para ayudar e iluminar cuestiones gramaticales. La Comisión de Lexicografía, la más antigua de la Academia, también tomó nuevo impulso con jóvenes profesionales, y durante la dirección de don José G. la Academia publicó el *Diccionario de mexicanismos* (2010), la primera obra de autoría corporativa y de sus características en México. En segundo lugar, don José G. hizo que la Academia se volviera visible para la sociedad mexicana, ya que además de estar él siempre presente en los medios de comunicación, nos motivó a todos a involucrarnos con la corporación y a resolver inquietudes relacionadas con la lengua en los medios cuando éramos requeridos. En tercer lugar, la Academia de México se volvió una hermana, hermana menor por su juventud, pero hermana y no una simple subordinada, de la Academia de Madrid.

Como académico de la Lengua, y de manera individual ya, José G. fue integrante de la Comisión de Gramática, que llevó a cabo la *Nueva gramática de la lengua española* realizada por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española (2009, Espasa, Madrid), también trabajó de modo incansable en la realización del *Diccionario panhispánico de dudas* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española (2005, Espasa, Madrid), propiciando que se incorporaran y reconocieran usos americanos como normativos, entendiendo como norma, como tantas veces lo escribió, el doble sentido de uso frecuente o más extendido a la vez que uso correcto. Participó, además, en muchas otras comisiones interacadémicas, como la de Ortografía.

PEPE. EL AMIGO

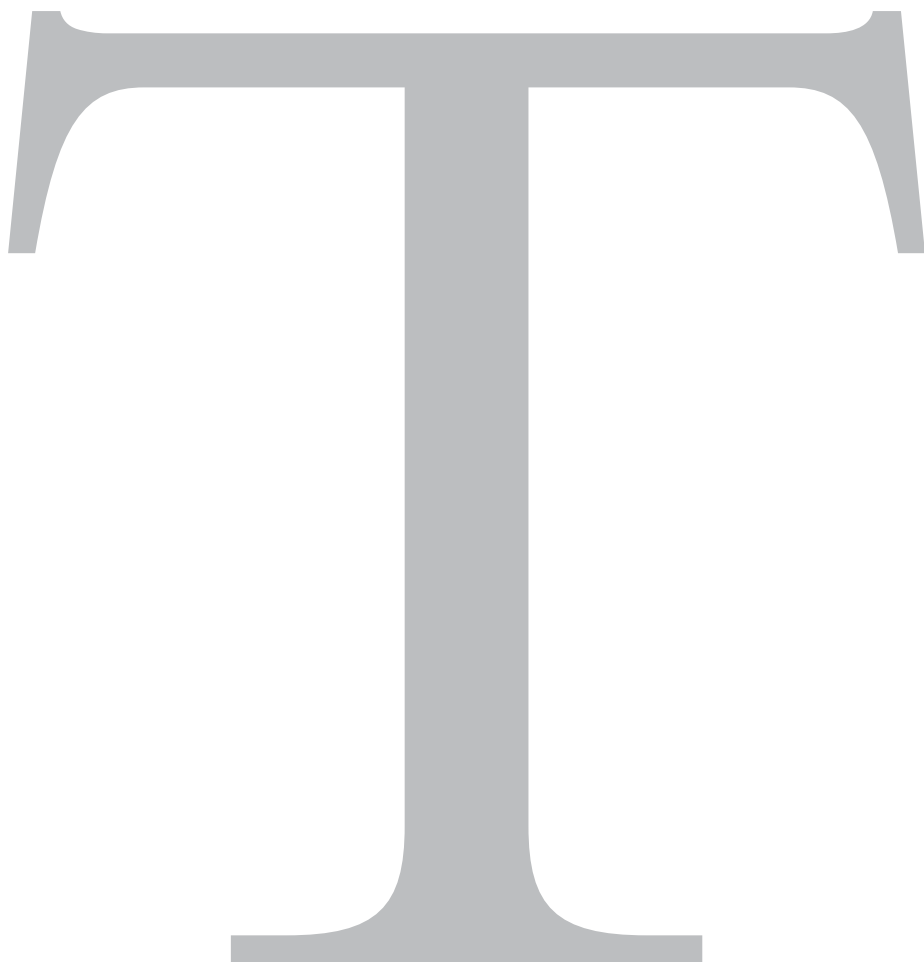
Moreno de Alba, Pepe, fue un amigo querido para mí. Tenía una plática ágil y amena, cargada de un gran sentido del humor, humor ácido a más no poder, agazapado tras una seriedad y tranquilidad inalterables, que se ocultaba aún

más con la barba —con barba lo conocí desde mi etapa de alumna—, y con la impertérrita seriedad de su cara, pero que afloraba en una mirada chispeante. Era amigo de contar buenos chistes y los contaba con gracia. Aunque siempre prudente y mesurado, tenía un anecdotario interesante y divertido. Me voy a permitir repetir una anécdota académica, por supuesto, sin nombres; ojalá no pudiera contarla, señal de que estaría entre nosotros. Una diputada hace una consulta a la respectiva comisión de la Academia sobre la corrección o incorrección de ciertos usos en masculino o femenino, con el fin de modificar la redacción de ciertas leyes y hacer propuestas para modificar, a futuro, la redacción de la Constitución. Dice Pepe: “Mujer, diputada y feminista, ¿tiene algún defecto más la consultante?”. Siento si alguna dama aquí presente se molesta, pero la anécdota es, a mi modo de sentir, de lujo y refleja bien a Pepe, el amigo.

Era amigo de la buena y refinada mesa; con él siempre se compartía una excelente mesa. Y también se bebía bien. Haciendo honor al oxímoron, a los opuestos inherentes en sus dos apellidos, *Moreno* y *Alba*, él sólo tomaba vino tinto y tequila blanco... ah, y *whisky*. Ordenado en sus hábitos de vida, como lo fue, la bebida también tenía un orden en su vida: el tequila correspondía a la hora en que el sol estaba en el cenit y el *whisky* a la hora de ponerse el sol; el vino tinto, si correspondía, los seguía. Siempre le pregunté la razón de tal cronograma etílico, y siempre me adujo varios sesudos argumentos, que, debo decir, no me terminan de convencer. Era amigo de las largas sobremesas, gratas en mi recordación.

Hoy, un momento triste pero gozoso porque los seres queridos y respetados traen buenos recuerdos, he querido recordar a los varios José G. Moreno de Alba que yo conocí: al maestro, al incansable trabajador, al colega respetado y al hombre cien por ciento institucional. Pero sobre todo, y en suma, a un año de su fallecimiento he querido recordar a un ser humano íntegro y a cabalidad.

TRABAJOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS



FILOSOFÍA Y POESÍA. UNA ONTOLOGÍA COMPROMETIDA *

Mauricio Beuchot

Al ser únicamente se le puede comprender plenamente viviéndolo. De manera total. Es lo que hacen los poetas. No basta —sería una cosa absurda, lejanísima— destilarlo de nuestra percepción sensorial, que se desliza sobre las cosas haciéndolas pasar por el alambique de nuestro intelecto. Hay en el fondo de este acto un amor a lo que se conoce, movimiento de voluntad que acompaña a la inteligencia, en un conocer mejor lo que se ama y amar con más vehemencia aquello en cuya comprensión se avanza. Pero esto no a modo de factor irracional ni prerracional, sino en la estrecha concomitancia del afecto y la razón.

Es necesaria la mayor clarividencia, “ver claro” todo el ser a través del cristal de nuestra propia presentación como seres. Vigoroso sentido del lenguaje el de los hebreos para quienes el conocimiento se plenificaba con el amor. Además, una etimología —forzada si se quiere— de los neoplatónicos hacía derivar del enamoramiento la especulación. Esta concepción fue heredada por el cristianismo, esta conexión del conocer con el amor fue también el sentir de los místicos. ¿Por qué esta coyuntura de la inteligencia y la voluntad en la captación del ser en la filosofía? Porque somos esencialmente totalidad, no laberinto disgregante que incomunica nuestras esferas. El amor viene a completar nuestro conocimiento intelectual. Se tocan y se funden ambas intencionalidades en la plenitud de la vivencia. Solamente el fluir vital de nuestra persona y su permanencia esencial nos brindan el punto de partida de nuestro conocimiento sobre el ser.

Pero ¿se puede admitir tal existencia de integración? Más aún, ¿es buena tal apariencia de irracionalismo vitalista? No hay motivo para verlo. Es la

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de enero de 2014, en la sede la Academia Mexicana de la Lengua, Esparza Oteo 144, sexto piso, colonia Guadalupe Inn.

inteligencia la que abstrae nuestra noción de ser, pero ella va enriqueciéndose y completándose a medida que nuestra vida avanza —pues tal parece que evoluciona con ella— mediante los nuevos contenidos que le brindan. Pero, podrá decirse, esos contenidos y acontecimientos fenecen y quedan en el reducto del pasado. Nada más falso, pues el ser siempre es presente, presencia perenne. El ser como proyecto futuro, según decía Heidegger, y como recuerdo pasado, según Vattimo, de manera inevitable se dan en el presente.

En los poetas encuentro este paso intermedio e insensible de la metáfora imaginativa, que sin darse cuenta está rozando el lenguaje conceptual, todavía a modo de traspolación individua —metáfora imaginativa— de lo que es, a un tiempo, lo más concreto y lo más abstracto, el ser. Curiosamente, a este nivel de metáfora poética el ser es vislumbrado como principio y ámbito, como principio de identificación de lo diverso y como ámbito distendido de lo omnipresente; es lo más ontológico. Un ejemplo es el poema *Mirlo fiel* de Juan Ramón Jiménez:

Quando el mirlo, en lo verde nuevo, un día
vuelve, y silba su amor, embriagado,
meciendo su inquietud en fresco de oro,
nos abre, negro, con su rojo pico,
carbón vivificado por su ascua,
un alma de valores armoniosos
mayor que todo nuestro ser.

No cabemos, por él, redondos, plenos,
en nuestra fantasía despertada.
(El sol, mayor que el sol,
inflama el mar real o imaginario,
que resplandece entre el azul frondor,
mayor que el mar, que el mar.)
Las alturas nos vuelcan sus últimos tesoros,
preferimos la tierra donde estamos,
un momento llegamos,
en viento, en ola, en roca, en llama,
al imposible eterno de la vida.

Él alude a los antiguos cuatro elementos, pero no sólo a eso, se siente aquí la omnipresencia del ser como habitándolo todo, llenando la realidad (y lleno de realidad), con su estatura gigantesca arraigando en todas las cosas con sus manos venosas, al mismo tiempo arrebatadas y apacibles. Acontece que el ser es forma distinta, como lo vemos en filosofía, pero de orillas inflamadas, como lo captamos en la poesía, gracias a nosotros que tratamos de sujetarlo como a un viento. De este perfume del ser que se aspira nace la plenitud de nuestro ánimo. Y sigue diciendo Juan Ramón Jiménez:

La arquitectura etérea, delante,
con los cuatro elementos sorprendidos,
nos abre total, una,
a perspectivas inmanentes,
realidad solitaria de los sueños,
sus embelesadoras galerías.

Pero la metáfora no excluye la metonimia, la capacidad de ir de los efectos a las causas. Esta alegría de nuestro contacto con el ser es, por su estado elemental cruda, bruta e incipiente; pero va robusteciéndose de comprensión cognoscitiva y de amor intelectual por el que el hombre viene a conocer —como decía Spinoza— como totalidad intelecto-voluntad, todo ello resumido en el espíritu, que nos impulsa a verlo en la naturaleza, como en un icono en el mirlo. Vuelvo a citar el poema *Mirlo fiel*:

Y el mirlo canta, huye por lo verde,
y sube, sale por lo verde, y silba,
recanta por lo verde venteante,
libre en la luz y la tersura,
torneado alegremente por el aire,
dueño completo de su placer doble;
entra, vibra silbando, ríe, habla,
canta... Y ensancha con su canto
la hora parada de la estación viva,
y nos hace la vida suficiente.

Aquí podemos ver, en estos versos, cómo se da la hora detenida en la metafísica, en la poesía ontológica que hemos usado como ejemplo. Y continúa:

¡Eternidad, hora ensanchada,
paraíso de lustror único, abierto
a nosotros mayores, pensativos,
por un ser diminuto que se ensancha!
¡Primavera, absoluta primavera,
cuando el mirlo ejemplar, una mañana,
enloquece de amor entre lo verde!

Ese mirlo es allí el icono del ser, el ejemplar o paradigma suyo que lo representa todo desde el pequeño fragmento que él es. Y es también el modelo de captación del mismo ser, de comprensión del ser desde un pequeño instante en el que se da con toda su plenitud y trasciende el tiempo. ¿Por qué esta penetración con el ser? Porque sentimos nuestro oculto y legítimo apego a él, al ser, como el primer y más marcado instinto, como el más poderoso y arcaico anhelo, como nuestra inclinación al sentido antepuesta al mero existir individual (de la cual no puede despojarse ni el suicida). Algo de esta misma iconicidad del ser en uno de sus fragmentos o detalles, tal vez mínimos, como lo siente Juan Ramón Jiménez respecto al mirlo, se ve en un poema muy extraño de Luis Rosales en el que se habla de la última chispa de luz que entronca la tarde con la noche:

Eres de cielo hacia la tarde, tienes
ya dorada la luz en las pupilas,
como un poco de nieve atardeciendo
que sabe que atardece.
Y yo querría
cegar del corazón, cegar de verte
cayendo hacia ti misma
como la tarde cae, como la noche
ciega la luz del bosque en que camina
de copa en copa cada vez más alta,
hasta la rama isleña, sonreída
por el último sol,

¡y sé que avanzas
porque avanza la noche! y que iluminas
tres hojas solas en el bosque,
y pienso
que la sombra te hará clara y distinta,
que todo el sol del mundo en ti descansa,
en ti, la retrasada, la encendida
rama del corazón en la que aún tiembla
la luz sin sol donde se cumple el día.

Esta es la iconicidad de esa última luz que, al apagarse el día, representa a todas las luces, a la luz misma concentrada en esa luz pequeña que se extingue. Todo esto nos hace, por fin, alcanzar a vislumbrar nuestra diferencia individual respecto al ser total en el que estamos imbuidos. Nos hace captar su naturaleza omnipresente y su soledad silenciosa y augusta; y el ensordecedor palpitar de sus manifestaciones y nosotros dentro de él. Esto es y más todavía el ser para la filosofía y la poesía. Nuestra labor vital, nuestra tarea histórica, es encontrar todos sus aspectos, desembolsar todos sus rostros pero, sobre todo, nos conduce a querer ver con una especie de mística y religiosidad supremas ese rostro del ser omnipresente, pero antes o tal vez simultáneamente nos hace adoptar una opción ética, contraer un compromiso moral con los otros; nos establece en una ontología comprometida.

LAS HONRAS A DOS
MAGNOS POETAS CENTENARIOS.
OCTAVIO PAZ ALABA A MANUEL PONCE*

Tarsicio Herrera Zapién

Se anuncia ya en los suplementos culturales de enero de 2014 que se prepara un programa digno del centenario de Octavio Paz, el vate capitalino nacido el 31 de marzo de 1914. Habrá ediciones, lecturas públicas, revistas culturales. En nuestra Academia se programa ya para esa fecha una sesión pública y solemne para el único Premio Nobel mexicano en Letras, Octavio Paz.

En cambio, no ha habido más que una discreta sesión literaria en Bellas Artes, a fines del año pasado, para Manuel Ponce Zavala, poeta nacido un año antes que Octavio, el 19 de febrero de 1913 en Tanhuato, Michoacán. Y esta Academia sólo fue invitada a anexar a un orador, que fue el recién laureado poeta Hugo Gutiérrez Vega.

Por todo ello veo oportuno realizar en esta mi fecha de lectura anual una sesión intensa, pero respetuosa, en mi carácter de biógrafo y exégeta del patriarca de la poesía mística de nuestra costa occidental, don Manuel Ponce, pues ya he creado en su honor medio ciento de páginas de mi entusiasta libro *Dos patriarcas sonrientes: Manuel Ponce y Octaviano Valdés*.¹ Aquí recordaré varios felices sucesos de la vida de Manuel Ponce, poeta paralelo a Octavio Paz quien nació sólo un año después que Manuel y le sobrevivió no más de cuatro años. Subrayo, además, que el propio Octavio Paz disertó emotivamente en una ocasión en honor de Manuel Ponce.

Es esta mi admirativa y conciliadora semblanza de las prendas líricas de don Manuel Ponce Zavala.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 23 de enero de 2014 en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Esparza Oteo 144, sexto piso, colonia Guadalupe Inn.

¹ Tarsicio Herrera, *Dos patriarcas sonrientes, Manuel Ponce y Octaviano Valdés*, Buena Prensa, México, 1994.

PONCE SALE A LA PALESTRA

En efecto, en 1940 era presentado en el capitalino Café París el álbum lírico juvenil, mas ya relevante, del vate michoacano Manuel Ponce Zavala y lo tituló *Ciclo de vírgenes (poemas)*.

Este *Ciclo de vírgenes* ya había despertado inquietudes: que si eran demasiado gráficas las referencias a la virginidad tratándose de un ciclo de santas. Parecía demasiado sensorial aquella “voz del mundo”: “Tiradme vuestros rasos / para cubrir mi desnudez”.² Incluso, parecía muy llamativa la sinécdoque: “Quillas contra el viento / sus mellizos, / cabellera de relámpago asido”.³

Pero saltaron entonces los egregios poetas Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte y encontraron chispeantes los poemas de ese Manuel Ponce que había aprendido a franquear más de una barrera y —como escribiría luego Gabriel Zaid, apologista sin par de Ponce— “sabía ser católico y a un tiempo ser poeta lírico moderno”.⁴ Por ello los Méndez Plancarte editan ese *Ciclo de vírgenes* “bajo el signo de Ábside” en 1940.

Es entonces cuando el poeta Manuel Ponce Zavala presenta su álbum poético inicial ante un grupo selecto de sus colegas líricos. Allí estaban las flamas hispanas: León Felipe, el vate iluminado; José Moreno Villa quien calificó a Manuel Ponce como “el mayor poeta de acá del Atlántico”; y el teórico marxista Adolfo Sánchez Vázquez. Pero también estaba con ellos el vate del “páramo de sueños”, el académico Alí Chumacero, y sobre todo campeaba allí con sus sentencias rotundas Octavio Paz, que era —decíamos— prácticamente gemelo de Manuel Ponce.

Era el “todo México” poético. Y todos lo aplaudieron 37 años después, cuando Alí Chumacero fue el padrino que dio la bienvenida en la Academia a don Manuel Ponce y recordaría todo lo dicho en aquella velada del “Café París”.

² *Poesía de Manuel Ponce*, Universidad Nacional Autónoma de México—Gobierno de Michoacán, México, p. 25.

³ *Ibidem*, p. 21.

⁴ Gabriel Zaid, *Tres poetas católicos (López Velarde, Pellicer, Manuel Ponce)*, El Colegio Nacional, México, 1993.

EN EL CENTENARIO DE DON MANUEL

Ahora bien, don Manuel Ponce fue festejado —desde luego que en la Sala Ponce— el pasado mes de noviembre de 2013 por una sólida corona de poetas mexicanos; ante todo, Javier Sicilia, prologuista del volumen de la UNAM, *Poesía de Manuel Ponce, 1940-1984*, también por el citado poeta Hugo Gutiérrez Vega y por Enrique Díez Canedo y, además, por la mayor estudiosa del homenajeado, la maestra María Teresa Perdomo, autora del ya clásico volumen nicolaíta, *La poesía de Manuel Ponce*, que se remonta a 1994, el año en que Ponce fallece. Allí en la Sala Ponce se contaron buenas anécdotas sobre el inspirado Manuel. Se refirió que una vez le preguntaron a Salvador Elizondo: “¿No quieres participar en una sesión de poetas?”. Y Elizondo contestó con su ronca voz: “Sólo si asiste el mejor poeta de México”. “¿Carlos Pellicer?”. “No. ¡Manuel Ponce!”. Sólo faltó referir ese día que siempre estaban confundiendo al poeta Manuel Ponce con el compositor Manuel M. Ponce.

Se ha contado que cierta noche, luego de una ceremonia, invitaron a don Manuel a cenar. Éste aceptó tranquilamente. Y al terminar la cena le pidieron: “Ahora sí, maestro Ponce, tóquenos al piano su *Estrellita*”. En vez de explicar las frecuentes confusiones el poeta se sentó al piano —otra de sus aficiones— y tocó un par de mazurcas de su compositor homónimo. Así resolvió la confusión.

Si hasta en la Biblioteca Nacional de Washington —nos solía contar don Manuel a sus amigos— leí en los ficheros que le adjudicaban a Manuel M. Ponce mi *Ciclo de vírgenes*, no menos que mi *Jardín increíble*. Y, a mí —claro— me adjudicaban la *Estrellita* y el célebre *Intermezzo* en mi menor al cual, por cierto, mi amigo Tarsicio le ha anexado un poema suyo que comienza así: “Almas gemelas en las plácidas auroras, / almas gemelas en las más oscuras horas”.

A este respecto recuerdo la solemnidad con que le celebraron a nuestro poeta Manuel Ponce en la Basílica de Guadalupe sus Bodas de Oro sacerdotales. Quien aquí habla acudía como invitado a la Basílica cuando de pronto recordó que no llevaba ningún regalo para su admirado poeta.

Pero bueno —pensé—. Voy a pergeñarle un epigrama acerca de las confusiones frecuentes entre los dos Manuel Ponce. Y fui escribiendo:

LOS DOS PONCE

Un Manuel Ponce canta a una “Estrellita”
 y otro engendra poemas sobrehumanos.
 A ambos Ponce la Patria necesita:
 En el cielo vio aquél, chispa infinita;
 pero éste pone el cielo en nuestras manos.

Terminé de crear fatigosamente mi epigrama. Luego, ya en el comedor para invitados de la Basílica, tras felicitar a don Manuel Ponce, ofrecí leer para los asistentes mi epigrama.

Me propusieron leerlo ante la mesa principal en cuya cabecera estaba don Manuel Ponce. Me aplaudieron con buen humor, pero entonces el festejado me dijo: “Tu epigrama son mentiras, Tarsicio, pero suenan muy bien. Te presentaré a los amigos del otro extremo de la mesa para que se los repitas”. Lo repetí y fue bastante aplaudido. Hasta un buen fotógrafo me filmó recitando mi epigrama *Los dos Ponce*.

LA DISCRETA CELEBRIDAD LÍRICA DE DON MANUEL

¿Y en qué se basa la celebridad de Manuel Ponce entre sus amigos? Primero en su sencillez. Ante todo, durante 25 años fue maestro de filosofía, apologética y retórica en el seminario de Morelia. Allí publicaba un sencillo periodiquito que fue el antecedente de la revista *Trento*, que él mismo fundó, misma que fue despertando noble admiración, pero de la cual él decía a secas: “Yo la fabricaba, otro la imprimía y otro la vendía”.

Don Manuel prescindía de decir que él iba publicando allí sus más geniales poemas sacros.

Luego pasó a la capital a dirigir la Comisión Nacional de Arte Sacro que él mismo fundó a petición del Arzobispado. Pero pasados los años el prestigio de aquellos poemas de la revista *Trento* indujeron a que el diario *Excelsior* le organizara en 1959 un recital poético, de nuevo en Bellas Artes, con al austero título de “Cristo”.

Allí declamó sus admirables tercetos obsesivamente monorrimos, titulados *Ojos de Cristo*:

[...]

Ojos que me penetran como espadas,
y, si corro por sendas extraviadas,
me mueven una guerra de miradas.

Ojos que si sucumbo en la contienda,
son a mis daños: vino, aceite y venda,
buenos samaritanos en mi senda.

[...]

Porque no quiero daros más enojos,
¡romped, ojos de Cristo, mis cerrojos!
pues me lleváis el alma tras los ojos.

[...]

Dos años después, en 1961, don Manuel complementó su visión redentora en el recital “María” donde destellan estrofillas como aquellas “Por los siete pecados capitales”:

Suspende tus siete quejas
herida por siete roces,
salterio de siete cuerdas,
señora de los dolores.

¡Ay, tu corazón me guarde!
¡Ay, tu corazón me libre!
¡Ay, tu corazón me ampare!

Pero ¿qué homenaje mejor se le puede hacer a esos haikáis, o haikús marianos, sino recitarlos contemplativamente?

Del árbol de la muerte
al árbol de la vida.

De la manzana muerta
a la manzana viva.

¿Y qué visión lírica hay comparable a aquel sabor alejandrino de Salvador Díaz Mirón persiguiendo en éxtasis “a los peregrinos de Emaús”, hasta llegar a ese impagable retrato del Mesías?: “Y la planta le brilla / que, surgida, es de luz”. Pues Manuel Ponce vuelve a ese símil marino en su “Camino del Calvario” de los *Misterios dolorosos*:

Los mástiles inclinados
en mar de mares y linos,
surcando sus pies marinos;
huellas de sus pies sagrados
¡qué peces de los caminos!

Y Manuel Ponce sabe manejar magistralmente unas deliciosas estrofas impalpables, que flotan sostenidas sólo por sustantivos y adjetivos. Nótese que están exentos del verbo que es acción, y por ello resultan *oraciones nominales* que son sustantivos en acción ellas mismas, apoyadas en la magia del ritmo.

Contémplese *La oración en el huerto*, labrada con solas oraciones nominales, en que no hay ni un solo verbo:

Tal claror y tal amor,
tanta luna y tanto olivo,
tanto cielo fugitivo,
tanto mundo corredor
y tu corazón, cautivo.

Añadamos que don Manuel Ponce era sabio en el manejo de cierta forma de “poemínimos”, no similares a aquellos de Efraín Huerta: “Del dicho al lecho / hay mucho trecho”. O bien a este otro: “No desearás la poesía / de tu prójimo”.

Los de Ponce sólo son poemas mínimos en la métrica. Así, en un Congreso Internacional de Arte sacro que él mismo organizó en el Museo Nacional de Antropología, en 1992, dos años antes de su muerte, dictó una conferencia lírica cuyo tema era su poemínimo *Qué taller*, que imagina a Cristo como pintor. Cada una de sus estrofas Ponce la iba desarrollando ágilmente. Dice así:

QUÉ TALLER...

¡Qué taller
del Pintor
de Belén!

El alma
de los hombres
¡qué mural!

En sus dedos
de luna
¡qué pincel!

Restaurar
el rostro
divinal:

¡Qué labor
del pintor
de Belén!

Y aquí va otro poemínimo basado en lo que se llama calambur, o sea, el libre intercambio de sílabas. Sus versos son cuadrisílabos:

LA VELA

Una vela / en la ola
Se revela / sola.
¡Hola!
Vela. Ola / ¡Oh, la vela!
Ve la ola / o la vela.

¡HÁGASE LA MÚSICA!

Y henos ahora aquí en el mágico volumen de don Manuel *El jardín increíble*. El soneto “A la música de una joven intérprete” es una pieza que nos evoca a López Velarde, en especial en los tercetos conclusivos:

[...]

Mi cuerpo se te queda viendo a las manos,
y sin romper el hilo de su costumbre,
queda preso en los círculos cotidianos.

El alma es la que rompe la servidumbre,
y la llevan tus diez pilotos arcanos
en sus evoluciones de cumbre a cumbre.

¿Quién que lea ante esta pianista el dodecasílabo de Ponce “Mi cuerpo se te queda viendo a las manos” no recuerda otras manos líricas, aquellas a las que les cantó Rubén Bonifaz Nuño para subrayar el poderío de la dibujante Elvira Gascón?: “En la línea que come de tu mano”. Y una vez que Manuel Ponce recordó frente al piano a su homónimo, el compositor Manuel M. Ponce, evocó nuevamente en su álbum *El jardín increíble* la celebridad intercontinental de la *Estrellita*, que inducía a naciones enteras a disputársela. Había franceses que decían que era del maestro francés Monsieur Ponce. Y había italianos que reclamaban que la había compuesto el *maestro napoletano Ponche*.

El poeta Manuel Ponce entona unas liras salmantinas para su homónimo, en tanto que evoca también a fray Luis de León. Así nace el poema del vate michoacano titulado: *Oda a la música del ciego Salinas: Manuel M. Ponce*.

Así suenan sus estrofas primera y última:

La noche es una estrella,
la estrella es una rosa ensimismada,
amigo, cuando huella
tu planta electrizada
los confines dichosos de la nada.

[...]

La voz que te prohíja
como número más en su programa,
como una estrella fija
del vasto pentagrama:
ya estrellita, ya pájaro en su rama.

LLANTO LÍRICO ANTE LA TUMBA

Y llego ya a mi última página. Ante el catafalco de don Manuel Ponce se celebraban unas exequias en el templo capitalino de Roma y Londres. Cada uno de los tres celebrantes le expresó su afecto a don Manuel desde el presbiterio. Tras oírlos a ellos se anunció: “Y ahora, a nombre de la Academia Mexicana de la Lengua, el doctor Herrera Zapién dirá su oración fúnebre desde la tribuna”. Sorprendido por la distinción subí a leer los conceptos que ya había yo pronunciado en tres ocasiones ante esta Academia y, conteniendo las lágrimas, culminé diciendo: “Ahora procedo a declamar el *Madrigal en la cruz* que tanto amaba don Manuel. Pero no lo proclamaré solo. Muchos buenos amigos de don Manuel lo tienen aprendido. Los invito a declamarlo conmigo. Y así sonó como poesía coral:

Al infinito Amor
no duelen prendas, y por eso quiso
que un ladrón le robara el Paraíso.

Yo, triste pecador,
sé que en amor divino no hay mudanza,
y en ser ladrón se funda mi esperanza.

Y aún esto no fue todo. Un mes después del deceso de don Manuel Ponce se le realizó otro funeral, ante la emperatriz de América. Los celebrantes eran ahora tres obispos: Luis Mena Arroyo, Francisco Aguilera y Manuel Pérez Gil. Y después de oír cantar al coro de la Unión Nacional de Filarmónicos, así como a la soprano Eugenia Elías a quien me complacé en acompañar al órgano, los

obispos declamaron de memoria el *Llanto por Juan Jesús Posadas* del inolvidable Manuel Ponce. Así suena esta elegía para el cardenal Posadas:

Hacia las tres de la tarde,
¡qué noche de mediodía!
y en sus ojos el engaste
de tu Perla Tapatía.

Te taladraron el cuerpo
las andanadas de plomo,
te perforaron el alma
las embestidas del odio.

¡Oh, tu torre de alegría,
tu edificio de virtudes,
tu prestigio de jazmines,
tu boca de claridades!

Las plañideras del templo,
los conciliábulo sórdidos,
las cordilleras del llanto
se reparten tus escombros.

Sólo los ángeles buenos
que llevamos con nosotros,
para darte nueva vida
[o: después de más de cien truenos]
recogen los vidrios rotos.

Y medio año después de crear estas coplas para el cardenal Posadas, don Manuel voló a declamárselas cara a cara en el Paraíso.

LA INEVITABLE RELATIVIDAD DE LA NORMA GRAMATICAL. CAMBIO LINGÜÍSTICO Y VALORACIÓN SOCIAL*

Concepción Company Company

INTRODUCCIÓN: EL PROBLEMA

La lengua y sus hablantes funcionan, como es sabido, en solidaridad y en recíproca necesidad, pero se trata de una solidaridad enfrentada cotidianamente, nunca equilibrada y, por ello, nunca resuelta. La razón es que en ese funcionamiento solidario interactúan tres variables, no siempre bien sincronizadas ni bien avenidas: la estructura gramatical, la dinámica usual de transformación de la estructura, es decir, el cambio lingüístico, y la valoración que los hablantes hacen de los resultados de esa dinámica.

Por un lado, consustancial a la estructura gramatical es —como bien nos enseñó el estructuralismo— que ésta es ajena, neutra o indiferente a asuntos de calidad; es decir, en la gramática no existen ni buenas ni malas estructuras, ni mejores ni peores construcciones, todas están presentes por algo y todas operan a la perfección en tanto que los hablantes logran comunicarse exitosamente con ellas, y la prueba de ese éxito comunicativo es que el oyente-interlocutor responde y reacciona de manera adecuada a lo que quiere o solicita el hablante. Es decir, las voces *correcto* o *incorrecto* no caben en la gramática, sólo le son pertinentes *gramatical* o *agramatical*. Por otro lado, consustancial a los hablantes es el sentido y la búsqueda de corrección lingüística, en tanto que somos seres insertos en sociedad, en convivencia social cotidiana, y nos importa, y mucho, la valoración que el otro haga de nosotros, de ahí que preguntas importantes

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 10 de abril de 2014 en la sede la Academia Mexicana de la Lengua, Esparza Oteo 144, sexto piso, colonia Guadalupe Inn. Publicado anteriormente en *Español Actual. Revista de Español Vivo*, núm. 100, pp. 11-39.

y frecuentes en todo hablante sean: ¿qué está mejor dicho?, ¿cómo suena mejor?¹ Podría resumirse la razón de la preocupación de los hablantes por la calidad lingüística con la paráfrasis de un conocido refrán: “Dime cómo hablas y te diré quién eres”, ya que el modo de hablar es una variable importante en el “diagnóstico” que el otro hace de nosotros.

La pregunta en términos de calidad no es gratuita ni banal porque bajo ella subyacen dos objetivos sociales inherentes al hablar: *ser aceptado* el hablante en su grupo, esto es, ser uno más del grupo, a la vez que *sobresalir* del grupo, esto es, parecer diferente, más original, más brillante, etc. Ambos objetivos son complementarios en cualquier hablante y, en opinión de Keller,² constituyen dos metas, conservadora e innovadora, respectivamente, de naturaleza sociolingüística que condicionan el comportamiento lingüístico cotidiano. Los conceptos “conservador” e “innovador” pueden variar según el tiempo, según las zonas geográficas y según la economía, escolarización o cultura del grupo en cuestión; es decir, pueden variar acordes con los tres tipos de variación lingüística: diacrónica, diatópica y diastrática.

En suma, la neutralidad de la estructura gramatical y la búsqueda de corrección lingüística son dos aspectos, contrapuestos pero reales, de la lengua y de sus hablantes, y los dos se enfrentan y crean una verdadera tensión, aunque imperceptible las más de las veces, en el funcionamiento lingüístico diario. Tal tensión se agudiza cuando se incorporan la variación social y la variación dialectal, y se agudiza aún más si en la sincronía quedan residuos del acontecer diacrónico de una determinada forma o construcción.

El objetivo de este trabajo es examinar cómo la variación, diacrónica y dialectal, condiciona la normatividad y la valoración lingüística. Como resultado

¹ Estas preguntas son las que, al parecer, motivaron la creación de las comisiones de consultas existentes en las Academias de la Lengua. El consenso en estas comisiones, posiblemente no acordado de manera explícita, es que, para ser políticamente correctos, como hoy se dice, siempre, en primera instancia, se le dice al usuario consultante que cualquier estructura gramatical y modo de habla son correctos, pero que la valoración de la estructura o modo de habla en cuestión dependen del lugar, situación social, etc. en que se vayan a usar. Por lo general, al menos en la Academia Mexicana de la Lengua, en más de 80% de ocasiones, el usuario, no satisfecho con la explicación “estructuralista” vuelve a consultar y pregunta directamente qué está mejor dicho, cuál suena mejor, etc., razón por la cual la segunda respuesta de la comisión de consultas termina siendo prescriptiva y normativa.

² Cf. Rudi Keller, *On Language Change*, Routledge, Londres, 1994 [1990], especialmente el cap. 2.

del análisis de este objetivo veremos que la búsqueda de corrección y normatividad lingüística es inherente al comportamiento de los seres humanos en sociedad. Veremos, asimismo, que la valoración estigmatizada o no va de la mano de la normatividad, pero que no necesariamente ésta precede o es la causa de aquella, sino que, con alguna frecuencia, la estigmatización lingüístico-social se produce primero en el tiempo y, como consecuencia, se regula o norma el uso. Y veremos, finalmente, que tanto la normatividad como la estigmatización son, como ha sido señalado muchas veces, absolutamente relativas y lábiles, ya que dependen de variables sincrónicas y diacrónicas, internas y externas, sometidas a constante transformación, tales como, entre otras, el lugar donde se habla la lengua, la profundidad histórica de la forma o construcción en cuestión, la existencia o no de centros culturales con sólidos mecanismos de difusión, edición e información; o el respaldo o no que un Estado otorgue a acciones de educación y difusión en una determinada variante dialectal.

Para lograr el objetivo plantearé ciertos conceptos a manera de marco de reflexión teórica como punto de partida, y analizaré cinco construcciones en perspectiva diacrónica. Comprobaremos que hay dos variables fuertemente asociadas a la valoración lingüística: profundidad histórica y variación dialectal. La segunda ha sido bien identificada y estudiada en relación con la normatividad lingüística, pero la primera, hasta donde sé, no ha sido abordada en la perspectiva que ahora convoca este número monográfico de *Español Actual*. En efecto, muy similares construcciones, en cuanto a su estructura y a su distribución, generan muy distintas valoraciones porque unas son de vieja data y otras muy recientes; es decir, la *profundidad histórica* es una variable muy ligada a la valoración lingüística. Asimismo, la *variación diatópica* es un factor clave de la valoración lingüística. Por ejemplo, lo que está bien valorado en el español de España resulta anormativo, afectado o incluso ridículo en muchos dialectos de América, o viceversa, lo que está bien valorado en el español de este continente produce una mala valoración, con muy diversos matices añadidos, en el español peninsular. Así, las construcciones estándares y normativas del español peninsular *le informamos de que...*, *la mayoría de los invitados vinieron*, *entrad adentro*, *lapso de tiempo* (resalto en negritas la parte de la construcción que genera la valoración negativa) son valoradas como incorrectas las dos primeras, y totalmente redundantes, además de incorrectas y hasta jocosas la tercera y la cuarta en el español americano, tanto en México como en muchas otras variedades; y, por el contrario, las construcciones estándares y normativas del español mexicano y de

otras variedades americanas de América central, *el doctor da consulta hasta las seis* (“empieza a dar consulta a partir de las seis”), *recién supe que te casaste*; o *siempre no lo voy a hacer, siempre sí te puedo prestar el dinero* (“definitivamente no lo voy a hacer”, “definitivamente te puedo prestar”) son valoradas como anómalas e incluso no se entienden en el español castellano. En suma, la *inevitable* y bien conocida y muchas veces comentada *relatividad de la norma gramatical*.

Este trabajo, además de la presente introducción, está organizado en tres apartados. En el segundo apartado abordo seis conceptos: norma, valoración, elección ~ cambio lingüístico ~ prestigio y frecuencia de empleo cuya exposición es necesaria para enmarcar y analizar los datos. En el tercer apartado presento y analizo cinco construcciones cuyo acontecer histórico o diferente estandarización dialectal muestran bien el carácter relativo de la valoración lingüística. Cierran unas conclusiones en el cuarto apartado, a manera de un muy breve resumen y reflexión final.

UN MARCO DE REFLEXIÓN Y ALGUNOS PRELIMINARES TEÓRICOS

El concepto de norma

El *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, mejor conocido como *DRAE*, contiene cinco acepciones de la voz *norma*, de las cuales la 4 y la 5 son las que nos interesan para los fines de este trabajo: “4. Ling. Conjunto de criterios lingüísticos que regulan el uso considerado correcto. || 5. Ling. Variante lingüística que se considera preferida por ser más culta”; la tercera acepción, aunque referida al derecho, incorpora el sustantivo *precepto*: “precepto jurídico”, interesante también para nuestros fines.³ De las dos definiciones lingüísticas me parecen destacables las voces *conjunto*, *correcto*, *variante*, *preferida* y *culta*, porque las cinco están presentes, implícita o explícitamente, en la mayoría de las definiciones de norma en la bibliografía. *Conjunto* y *preferida* son asociables a “lo más común” o “mayoría”; *correcto* se asocia con “valoración positiva” además de con “regla”, “precepto” y “obligación”; *variante* limita la

³ Cf. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, en línea <www.rae.es>, s.v. *norma*.

aplicabilidad de la norma a dialectos específicos, y *culta* sugiere que los ámbitos de uso o registros, popular y no cuidado, entre otros, quedarían fuera de la normatividad. Por tanto, las dos acepciones del *DRAE* “gozan” de bastante polisemia y de cierta vaguedad, ambas casi inevitables en el huidizo, pero útil, sustantivo *norma*.

En la abundante bibliografía sobre la relación entre norma y gramática se reproducen la polisemia y la vaguedad de las definiciones del *DRAE*, aunque pueden extraerse, a mi modo de ver, dos acepciones centrales, no excluyentes entre sí aunque no del todo compatibles: a) uso más extendido en un determinado dialecto, y b) uso valorado como correcto, sin especificar por lo regular qué se entiende por corrección, ni si esa corrección tiene aplicabilidad en el interior de un dialecto o es en un nivel panhispánico, y sin especificar quién o qué organismo sancionan los usos como correctos o incorrectos. Para fines operativos del análisis en este trabajo lo emplearé solamente en la primera acepción, *uso extendido*, y usaré *valoración* para todos los aspectos asociados con “corrección”, entendiendo por corrección una valoración lingüística positiva.

Soy consciente de que el concepto de “norma” es mucho más complejo que la simplificación aquí realizada, ya que desde el concepto abstracto coseriano ubicado en un diastema tripartito de lengua-norma-habla,⁴ hasta el mucho más concreto centrado en el buen uso y en su puesta en práctica en la escritura, que implícita o explícitamente está en los manuales de español correcto,⁵ existen otros varios conceptos intermedios de norma, ubicables en otros varios niveles intermedios en un continuum de concreción-abstracción.

Soy consciente de que, sin duda, *norma* y *normal* distan de ser lo mismo, porque *normal* remite a *habitual*, uso extendido en un dialecto, y *norma* remite a *regla* y a *precepto*, uso correcto. Soy consciente de que para que un uso habitual se convierta en norma-regla-precepto se requiere un aval social, un reconocimiento o respaldarazo social que, las más de las veces, viene dado por organismos estatales —por ejemplo, las academias de la Lengua, particularmente, la Real Academia Española hasta hace muy poco— o por sectores de la sociedad que se erigen como autoridad —por ejemplo, ciertos medios de comunicación, prensa

⁴ Cf. Eugenio Coseriu, “Sistema, norma y habla”, *Teoría del lenguaje y lingüística general. Cinco estudios*, Gredos, Madrid, 1973, pp. 11-114.

⁵ Cf., por poner dos ejemplos, Leonardo Gómez Torrego, *Manual de español correcto*, Arco Libros, Madrid, 1996; y Fundación del Español Urgente, *Manual de español urgente*, Cátedra-EFE, Madrid, 2005 [1976].

y editoriales sobre todo, en las últimas dos o tres décadas—, y es bien sabido que erigirse como jueces del buen uso y sancionar otorga poder, “imponer” el uso lingüístico es tener poder e imponerlo. Pero soy consciente también de que estos mecanismos de poder no surgen porque sí ni de la nada, sino que atrás están los hablantes y su inherente búsqueda de ser aceptados y bien valorados a través de su modo de hablar —o eso es, posiblemente, lo que nos han hecho creer por siglos.

La preocupación por la norma, entendida como corrección, va de la mano de un problema nodal y muy complejo que atañe a las disciplinas de la lingüística aplicada y a la sociedad toda: la necesidad de establecer una lengua estándar en la que enseñar y con la que educar: ¿qué norma lingüística debe enseñarse? y ¿en qué dialecto o en qué dialectos? El problema de estandarización excede por completo los objetivos de este trabajo, pero es muy posiblemente uno de los grandes telones de fondo, si no es que *el* telón de fondo, de todas las discusiones y reflexiones sobre normatividad lingüística.

Dado que el objetivo de este trabajo no es el concepto de norma en sí mismo paso por alto las numerosas aristas que sería necesario acotar para su cabal definición, y adopto por ello una definición operativa. Por tanto, consideraré la *norma* como el *uso convencional y establecido por siglos* en una determinada comunidad lingüística, que, en consecuencia, constituye el uso más extendido en esa comunidad y que es *no marcado* en esa comunidad.⁶ Un par de ejemplos bastará para dejar claro el punto de partida en este trabajo. 1. Las oraciones *te lo he dicho* *hace un instante* y *te lo dije* *hace un instante* son perfectamente gramaticales, ambas, en la lengua española, pero la primera es la usual, convencional y no marcada del español peninsular castellano y la segunda es la convencional, usual y no marcada de todos los países hispanoamericanos, con la única excepción de Bolivia que emplea *he dicho* y se aproxima, con ello, a la norma del castellano. 2. Es sabido que un objeto directo masculino singular puede ser codificado con el clítico de acusativo *lo*, a *Juan lo vi ayer*, *el teléfono cuélgalo*, o con el clítico de dativo *le*, a *Juan le vi ayer*, *el teléfono cuélgale*. La pronominalización con *lo* es etimológica, la realizada con *le* no lo es, pero ambas, sin duda,

⁶ El concepto de norma como uso convencional sedimentado históricamente se recubre bastante bien con el término *ejemplar* que emplea Moreno de Alba, entendido como aquel uso que es el paradigmático y usual en un determinado dialecto. Cf. José G. Moreno de Alba, “Corrección lingüística”, *La lengua española en México*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 109-148, en especial pp. 111-115.

son gramaticales en el español. Ahora bien, la primera es el uso convencional, la norma, de todo el español en América y la segunda es la norma del castellano del centro-norte peninsular; de hecho, el denominado *leísmo referencial* es totalmente desconocido en el español de este continente y en buena parte del español de la península ibérica.

La valoración lingüística

Algunos hechos bien sabidos, pero que quizá por obvios suelen pasar desapercibidos son los que se consignan en los incisos a)-e) líneas abajo. Aunque conocidos, los resumo porque son necesarios para entender por qué a los seres humanos nos es tan importante la corrección lingüística, y con ella la consecuente valoración o evaluación que hacemos del otro a través de su modo de hablar.

a) Lengua, pensamiento y visión de mundo son tres aspectos inseparables del ser humano, indisolublemente unidos de manera casi imperceptible. Es decir, la lengua es el soporte de nuestra visión de mundo y de nuestra identidad o, en otras palabras, somos como somos porque hablamos una determinada lengua. Este sutil vínculo tiene consecuencias directas en los mecanismos sintácticos empleados “elegidos”, inconsciente o conscientemente, por los hablantes para hablar y escribir una lengua.

b) La realidad existe porque tenemos capacidad de nombrarla y hablar de ella. Todas las tradiciones culturales están llenas de referencias orales y escritas que dan sustento a este postulado. Se hace, por ejemplo, patente en la tradición judeocristiana en los pasajes bien conocidos de la Biblia, *Génesis* (1:1): “Dijo Dios: ‘haya luz’. Y hubo luz”, o *San Juan* en su inicio: “En el principio fue el verbo” (1:1), y surge en la prosa alfonsí, cuando en la primera parte de la magna *General estoria* leemos: “y como empezaron a desacordar en las lenguas, así començaron a desacordar en las voluntades y luego en las costumbres” (pp. 44.20-25a, edición de Antonio G. Solalinde). Esto es, gracias a la palabra existe el mundo, y hablar en unas determinadas palabras —no *desacordar en las lenguas*— nos otorga una identidad y un modo particular de entender, percibir y sentir.

c) El sentimiento de identidad cultural y de adscripción cultural y adscripción social a una comunidad está en la base del funcionamiento de toda lengua. Lo esencial, lo trascendente de la capacidad de hablar una lengua es que, gracias a ella, somos seres históricos. Todos los seres humanos, cosa sabida, hemos recibido la lengua que hablamos como una herencia del pasado que, además de permitirnos la comunicación con nuestros semejantes, nos hace depositarios también de la cultura y de la visión de mundo de los seres que la utilizaron antes de nosotros. La historicidad está cargada de rutinas repetidas ritualmente a lo largo de siglos y generaciones, está cargada de hechos convencionales; está cargada también de innovaciones, de creación léxica y metafórica y de adaptación constante a nuevas necesidades culturales. Ese conjunto de rutinas o hábitos aprendidos y, sobre todo, heredados por los hablantes, transmitido de padres a hijos, es en esencia la lengua. Hablar una determinada variante dialectal nos hace ser seres con una determinada identidad, manifestada en unas coordenadas espaciales regionales específicas, nuestro terruño, y en unas coordenadas temporales específicas, nuestra breve o larga vida y la de nuestros predecesores, coordenadas espaciotemporales distintas de las coordenadas de otros dialectos.

d) Sin restar un ápice a las finas y diversas variantes dialectales identitarias, todos y cada uno de los hablantes del español somos dueños, creadores y transformadores del ESPAÑOL a lo largo de nuestras vidas. Hablar ESPAÑOL es un hecho integral a la vez que local, de manera que un *español panhispánico* existe pero no existe. La lengua española, como ocurre con la literatura tradicional, vive en sus variantes y se enriquece de ellas y con ellas.

e) Para las ciencias del lenguaje no existen lenguas completas ni incompletas, ni mejores ni peores, ni bonitas ni feas; no existen, en consecuencia, como ya dijimos, sonidos, palabras, estructuras ni significados malos o buenos, peores o mejores. Cualquier lengua tiene absolutamente todo lo que necesita para cumplir rigurosamente con todas sus funciones sociales, no le sobra ni le falta nada. La valoración positiva o negativa que se haga de los hechos de lengua surge a partir de las estrategias identitarias de las personas, de los hablantes, porque en cada hablante y en cada acto de habla confluyen lengua y sociedad, pero la aceptación o el rechazo no están en las lenguas ni surgen de ellas.

En resumen, valoración y sentido de corrección lingüística están directamente relacionados con historicidad e identidad porque ambas nos otorgan conciencia de ser nosotros mismos, nos hacen saber en qué somos iguales y en qué diferentes del otro, nos hacen herederos de ciertas convenciones y nos sitúan en un espacio y un tiempo diferentes de los del otro. De esa toma de conciencia del “yo” deriva la necesidad de valorar lingüísticamente al “otro”. La valoración, por tanto, es externa a la gramática, pero puede y suele, en no pocas ocasiones, terminar rediseñando la estructura de la gramática.

Elección, cambio lingüístico y prestigio social

De nuevo expongo en este inciso algunos hechos bien sabidos del funcionamiento del cambio lingüístico, pero que por estar muy relacionados con el problema y concepto de normatividad, es útil abordarlos una vez más para comprender mejor los datos que se examinan en el tercer apartado.

a) El cambio es continuidad + discontinuidad gramatical. Lo esencial de la gramática es su sorprendente estabilidad, ya que ésta garantiza que el sistema siga operando. Sin embargo, paradójicamente, consustancial también a la gramática es el hecho de que cambia constante e imperceptiblemente. Un cambio lingüístico es una transformación, un microquebre funcional, un reajuste en un sistema dado que garantiza que la lengua siga manteniendo su función básica comunicativa.⁷ Un cambio lingüístico no es una descompostura del sistema sino una innovación creativa que logra éxito comunicativo, eficiencia comunicativa y que garantiza que se preserve la comunicación.⁸

Una explicación del cambio bajo este enfoque sería la siguiente: la nominalización que todo el español americano hace de oraciones bitransitivas,

⁷ Este planteamiento coincide, básicamente, con el de la teoría de las catástrofes que, aunque formulada para la geometría y topología, se aviene bien con los procesos de cambio lingüístico. Cf. René Thom, *Paraboles et catastrophes*, Flammarion, París, 1983, especialmente cap. 1.

⁸ Cf. Concepción Company Company y Javier Cuétara Priede, *Manual de gramática histórica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, cap. 3; y Concepción Company Company, “Historical Morphosyntax and Grammaticalization”, en I. Hualde, A. Olarrea y E. Rourke (eds.), *Handbook of Hispanic Linguistics*, Blackwell, Londres–Nueva York, 2012, pp. 673–693, en particular p. 675.

cuando el OD es singular y el OI plural, con una marca de plural *-s* en el clítico OD, *eso ya se los advertí* —en lugar de la establecida en las gramáticas *eso ya se lo advertí*— se debe a una innovación creativa que permite codificar explícitamente al participante más prominente de la bitransitiva, el OI, usualmente humano, “aprovechándose” del participante menos prominente, el OD, usualmente inanimado. El hablante, dada la opacidad que el pronombre dativo invariable *se* tiene para toda información referencial del OI, incorpora creativamente una *-s* de plural en el OI y codifica con ella y hace explícita la presencia, pluralidad, datividad e importancia discursivo-pragmática de ese argumento OI.⁹ No es, desde ningún punto de vista, una anomalía ni un solecismo que debe ser evitado, como suele aparecer consignado en muchas gramáticas, sino que es la norma estándar, la convención, del español americano todo, ampliamente documentada en la literatura desde hace al menos 300 años,¹⁰ y usada cotidianamente en todo tipo de registros, desde los más cultos, formales y distantes, hasta los coloquiales y próximos.

b) La variación sincrónica, la variación en el hoy, es la causante del cambio histórico. Si no hubiera dos o más seres humanos hablando de manera distinta en puntos distintos de la geografía o si un mismo ser humano no hablara de manera distinta en momentos y situaciones distintas de su vida, no existiría el cambio lingüístico, no existiría la historia de la lengua y no tendrían vida las lenguas. Sin cambio y sin variación, cualquier lengua pasa al estatus de lengua muerta y, por ello, debe ser aprendida en la escuela y en los libros y, por ello, nadie puede, como es lógico, hablarla. No obstante lo anterior, la tendencia a fijar la lengua, establecer unas normas como identitarias y descartar las otras alternativas son comportamientos lingüísticos inherentes al ser humano.

c) Relacionado con el inciso anterior es que no hay cambio si no hay *elección*, y esta es la causa de la valoración y de la estigmatización lingüísticas. En efecto, para que se produzca un cambio en la lengua es requisito indispensable que

⁹ Cf. Concepción Company Company, “The Interplay Between Form and Meaning in Language Change. Grammaticalization of Cannibalistic Datives in Spanish”, *Studies in Language*, vol. 3, núm. 22, 1998, pp. 529-565, especialmente pp. 539-540.

¹⁰ Cf. Concepción Company Company, “El español en América. Rasgos morfosintácticos generales”, en J. Gutiérrez-Rexach (ed.), *Enciclopedia de lingüística hispánica*, Routledge, Londres, en prensa.

sincrónicamente exista posibilidad de elección en algún punto de la lengua: bien que haya diferencias entre dos hablantes para expresar un determinado referente —por ejemplo, un hablante, argentino, dirá *vos no sabés nada de la vida*, otro, no argentino, dirá *tú no sabes nada de la vida*—, bien que un mismo hablante pueda optar entre dos estructuras para expresar un “mismo” contenido referencial —por ejemplo, cualquier hablante americano puede emplear *señora, ¿la ayudo?* y *señora, ¿le ayudo?*, un mismo hecho referencial con distintos contenidos pragmáticos—, o bien que un hablante opte por una estructura en una determinada situación social comunicativa y por otra estructura en otra situación comunicativa —por ejemplo, un mismo hablante mexicano podría usar *esa es su vida de Juan*, siempre en la computadora en una situación coloquial o familiar, y *esa es la vida de Juan* en una situación más cuidada, menos coloquial—. Es decir, si no existen contendientes lingüísticos sincrónicos, no se producirá un cambio lingüístico diacrónico. El cambio puede residir bien en que una de las estructuras o formas contendientes se generalice y la otra reduzca o pierda su aplicabilidad, bien en que las dos formas modifiquen su distribución hacia ámbitos muy distintos, discursivos o geográficos, o bien, mucho más raro, en que las dos estructuras se pierdan.

d) El síntoma de que hay un cambio en proceso es la *sensibilización* por parte del hablante ante una determinada estructura lingüística. *Sensibilización* es un término técnico, iluminador en mi opinión, acuñado por la sociolingüística hace ya décadas concretamente por Labov.¹¹ Sincrónicamente se observa que hay un cambio en marcha cuando el hablante muestra sensibilización lingüística ante una forma o construcción; el síntoma de tal sensibilización es que o bien pregunta *¿cómo se dice?* o bien vacila en el uso de dos formas alternantes o bien corrige, ya sea a él mismo ya a su interlocutor, una de las formas alternativas. Así, se puede preguntar *¿cómo se dice: fuertísimo o fortísimo?*, *¿peor o más malo?*, y esas preguntas son síntoma de que se trata de una zona de cambio en el sistema, pero nunca nadie pregunta *¿cómo se dice: mesa o...?* *¿cantar o...?*, lo cual es señal de que estas formas se han mantenido estables a lo largo de más de dos milenios de historia de nuestra lengua. Por tanto, la sensibilización genera elección y ésta produce, por lo general, valoración: *fortísimo* es “mejor” que *fuertísimo*,

¹¹ Cf. William Labov, *Sociolinguistic Patterns*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1972, especialmente el cap. 8.

o viceversa, etc. En cambio, formas que carecen de alternantes posibles, *mesa*, *cantar* no generan elección, y para ellas no hay sensibilización ni valoración en la comunidad lingüística.

La diacronía de las formas y su diatopía de empleo inciden, sin duda, en la tríada *sensibilización ~ elección ~ valoración*. Como es lógico, elección implica *descartar* “desvalorar” la estructura alternante; sensibilización implica que se tienen dudas de la corrección y del carácter estándar de una de las dos formas o construcciones involucradas en la duda o en la pregunta que hace el hablante, e implica que la forma elegida, o aconsejada, está convencionalizada como “buena”. En suma, los conceptos *elección* y *sensibilización* son inherentes a la variación y son los dos grandes motivadores de valoraciones lingüísticas en términos de corrección.

e) Una de las relaciones más complejas de la diacronía, y por extensión, de la relación entre norma y gramática, es aquella que se establece entre cambio y prestigio social, porque éste puede propiciar o inhibir dinámicas de cambio que, desde un punto de vista estructural y gramatical, son muy similares. Veamos, un principio operativo de la lingüística histórica, sustentado en una fuerte base empírica, es que los cambios rescatan la transparencia de los signos, y que en general, las lenguas tienden a evitar signos opacos. Con todo, signos con un alto grado de irregularidad, y no tan frecuentes en el uso, se mantienen por siglos en la lengua, no obstante que son totalmente opacos en cuanto a sus relaciones en el paradigma al que pertenecen. En consecuencia, requieren un gran componente de memoria, tal es el caso, por ejemplo, de *anduve* en lugar del natural y bien integrado *andé* —documentado, por cierto, en el manuscrito de la *Vida de san Alejo*, ca. 1380, pero sustituido por *anduve* en testimonios impresos del siglo xvi—. Hay que preguntarse por qué persiste la irregularidad. Creo que dos causas están en juego en estas zonas de irregularidad persistente inusual: una de naturaleza interna y otra de naturaleza externa. Por un lado, la irregularidad es semiótica, en el sentido de que otorga peso propio al signo lingüístico, a la palabra, y la independiza del paradigma, con la irregularidad la palabra muestra su prominencia estructural como unidad fundamental de las lenguas. Por otro lado, el control de las irregularidades da prestigio social y evita la estigmatización, de ahí que un cambio pueda inhibirse o pueda progresar fácilmente en una comunidad si otorga prestigio social a los hablantes. La noción de prestigio social es, desde luego, dependiente del tipo de sociedad usuaria de la lengua.

f) Dos tendencias subyacen en la simultánea continuidad + discontinuidad definitorias del cambio lingüístico. Por un lado, una tendencia a la regularidad, de naturaleza conservadora, mediante la cual los hablantes tienden a eliminar formas irregulares y a emplear, por analogía, las correspondientes regulares, ya que éstas son más fáciles de usar y de retener en la memoria; y, por otro, una tendencia, de naturaleza innovadora, a realizar reinterpretaciones, ya que las innovaciones en general otorgan nueva fuerza expresiva y mayor transparencia a los contenidos y formas de la lengua. Ambas tendencias causan cambios lingüísticos y ambas aportan eficiencia comunicativa.

Un par de ejemplos ayudará a mostrar esta simultánea dinámica. Muestra de la primera tendencia, conservadora, es el empleo “incorrecto”, ya comentado, de pretéritos como *andé* en lugar del “correcto” *anduve*, o *dijistes*, *pusistes*, con *-s* final, en lugar de los “correctos” *pusiste* y *trajiste*. Un ejemplo de la segunda tendencia, innovadora, es el empleo “indebido” del verbo *haber* concordando con un sustantivo en plural: *pueden haber problemas*, *han habido muchas muertes*, *habían muchas personas*, *hubieron inundaciones*, en lugar de los “correctos” *puede haber problemas*, *ha habido muchas muertes*, *hubo inundaciones*, *había muchas personas*.

Los tres usos valorados como “incorrectos” son, desde un punto de vista gramatical y diacrónico, totalmente naturales y exitosos comunicativamente. El pretérito *andé* tiene apoyo en los pretéritos regulares del tipo *canté*, *amé*, mucho más frecuentes sin duda que los pretéritos irregulares *tuve* o *supe*, sobre los que se forma *anduve*. Por su parte, los pretéritos del tipo *dijistes* tienen apoyo en el hecho bien sabido de que todas las segundas personas singulares del verbo en español acaban siempre en *-s*, a excepción, justamente, del pretérito; y, a su vez, la concordancia de *haber* sigue la pauta sintáctica bien establecida en la lengua española según la cual un verbo con un único argumento suele establecer concordancia de número entre él y el sustantivo, ya que a éste le corresponde la función de sujeto o se interpreta como si fuera el sujeto; en el caso de *haber*, el sustantivo concordante es reinterpretado como su sujeto y el verbo es reanalizado como intransitivo inacusativo. En resumen, gramaticalmente *andé* es más transparente y natural que el irregular *anduve*; *dijistes* resulta más natural y transparente que el correcto *dijiste*, y *han habido problemas* es más transparente y natural que el correcto *ha habido problemas*. Pero las tres construcciones son rechazadas en casi todo el ámbito panhispánico.

Inmediatamente surgen algunas preguntas: *i*) ¿por qué, en la historia de las lenguas, no suelen prosperar las formas regulares creadas por analogía? Hay poquísimas acuñadas y aceptadas a lo largo de la historia del español; *ii*) ¿por qué se estigmatizan y rechazan muchas innovaciones naturales? —la concordancia de *haber*, por poner un caso—; y *iii*) ¿por qué, a pesar de los pesares, se mantienen las formas irregulares en las lenguas, no obstante la dificultad de control y el esfuerzo de uso correcto que conllevan? —es el caso de los pretéritos *dijiste*, *pusiste*, etc.—. La respuesta no está en la gramática sino en los usuarios de la lengua, los hablantes, inmersos en su sociedad. La lengua es una herramienta de identidad social y, sin duda, como vimos en el inciso *e*) anterior, el control de las irregularidades gramaticales proporciona prestigio social a los hablantes; esto es, aporta éxito social, el cual es tan importante, o más, que el éxito comunicativo.

Frecuencia de uso

La frecuencia de empleo de una forma o construcción incide en, al menos, tres aspectos de la variación: en la generación de un cambio, en la forma o construcción resultante de ese cambio y en la valoración que el hablante haga del resultado del cambio. La frecuencia es un condicionamiento del cambio bastante paradójico en cuanto que logra dos efectos opuestos: estabiliza y erosiona; he calificado la frecuencia como un arma de dos filos en otros trabajos.¹² En efecto, la alta frecuencia fija el uso, lo *rutiniza*, otorga apoyo paradigmático y crea estabilidad en el sistema, pero también los signos más frecuentes son los que están expuestos a mayor erosión, y son los que más pronto experimentan cambios, ya que la mucha frecuencia genera alomorfia y una morfofonémica compleja; en realidad, las grandes zonas irregulares de las lenguas son, como se sabe, las de uso más frecuente. Por su parte, la baja frecuencia suele ir de la mano de un bajo control de las formas o construcciones por parte de la comunidad usuaria, de equivocaciones en el uso de esas formas, y es un factor determinante para que esas

¹² Cf. Concepción Company Company, “¿Qué es un cambio lingüístico?”, en F. Colombo y A. Soler (eds.), *Normatividad y cambio lingüístico*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003, pp. 13-32, en particular pp. 25-29; y “Gramaticalización y frecuencia de uso. Los paradójicos sintagmas con artículo + posesivo en el español medieval”, *Revista de Historia de la Lengua Española*, núm. 1, 2006, pp. 5-31, en particular pp. 5-8.

formas y construcciones sean sometidas a nivelaciones paradigmáticas que, por lo regular, reciben valoraciones no positivas por parte de los hablantes.

Un ejemplo bastará para mostrar este carácter paradójico. El verbo *hacer* es altamente irregular pero es también muy frecuente, su elevada frecuencia de uso garantiza que los hablantes controlen bien la irregularidad, y en efecto, este verbo lleva siglos sin cambiar, ningún hablante nativo de español tiene problemas a la hora de usar las diferentes formas irregulares: *hago, hice, haré*, etc. El compuesto de *hacer*, en cambio, *satisfacer*, dado que es mucho menos frecuente que su verbo base, empieza a mostrar cambios, y cualquier hablante dudará entre si el futuro correcto es *satisfaré* o *satisfaceré*, si el pretérito es *satisfice* o *satisfací*. Veamos, por tanto, que al bajar la frecuencia de uso de una forma empieza a haber dudas respecto de su empleo; empieza, por tanto, a darse la posibilidad de elección sincrónica la cual, como ya señalamos, es requisito indispensable para que se produzca un cambio, y las formas resultantes empiezan a ser valoradas: en el caso del compuesto de *hacer*, los resultados sometidos a nivelación analógica, *satisfací, satisfaceré*, son valorados como menos correctos que los irregulares etimológicos, *satisfice, satisfaré*.

El concepto de frecuencia de uso, además de estar estrechamente relacionado con cambio y valoración lingüística, es una herramienta teórica y metodológica indispensable porque la mayoría de las diferencias diatópicas existentes en la lengua española no es absoluta —en términos de presencia/ausencia de una forma, construcción o significado—, sino relativa: un mayor o menor empleo que puede generar dialectos diferentes cuando se llega a un elevado índice de diferencia frecuencial. Por tanto, la frecuencia incide en el diseño de las gramáticas, de ahí que la haya incorporado en estos preliminares.

DOS VARIABLES DEL CARÁCTER RELATIVO DE LA NORMA: LOS DATOS

Examinaré en este apartado algunas construcciones del español, cuya valoración difiere mucho de otras construcciones similares en estructura y distribución o difiere de un dialecto a otro. Los ejes del análisis son dos variables: la *profundidad histórica* de una forma y la *variación dialectal*, sean por separado, sean en interacción, según lo requiera la mejor comprensión del dato.

La alternancia de a con otras preposiciones

Un rasgo distribucional caracterizador de la preposición *a* es que entra en alternancia con otras preposiciones en unos mismos o muy similares sintagmas prepositivos, en casi estrictos pares mínimos: **con** el fin de / **a** fin de; **en** el nivel de / **a** nivel de; (con) respecto **de** / (con) respecto **a**; **en** nombre de / **a** nombre de, etc., como se aprecia en el punto 1. Las dos preposiciones alternantes forman locuciones con distribución idéntica y significado muy similar. La alternancia está documentada desde antiguo, aunque muchas de ellas se registran con mayor frecuencia o por primera vez a partir del siglo XIX.¹³ En el inciso 1 la preposición *a* corresponde al segundo ejemplo de cada subinciso.

1. a) “[...] encargan al corregidor [...] que determine en la demanda que promueve Juan de Santillán [...], **con el fin de** recuperar una mula” (anónimo, *Documentación medieval abulense*, 1485-1488. CORDE).
 “[...] sienbran en ello vna o dos tierras o más **a fin de** hacer prender a los ganados” (anónimo, *Ordenanzas de Ávila*, 1485. CORDE).
- b) “[...] le repugnaba esta dependencia del espíritu **con respecto de** la materia” (Clarín, *Su único hijo*, España, 1891. CORDE).
 “El punto capital visible de la oposición era la dirección que **con respecto a** México debía dársele” (José Donato de Austria, *Memooria sobre la necesidad*, México, 1800. CORDE).
- c) “[...] yo vine **en nombre de** mi padre” (Gonzalo García de Santa María, *Evangelios*, ca. 1485. CORDE).
 “[...] y **a nombre del** tribunal, os felicito por el valor que habéis mostrado en el prendimiento de ese monstruo” (Enrique Serna, *Ángeles del abismo*, Joaquín Mortiz, México, 2004, p. 481).

El esquema 1 muestra algunos sintagmas prepositivos frecuentes del español, en muchos de ellos interviene la preposición *a*; asimismo, se ve en el esquema que

¹³ Cf. Concepción Company Company y Rodrigo Flores Dávila, “La preposición *a*”, en Concepción Company (dir.), *Sintaxis histórica de la lengua española. Tercera parte: adverbios, preposiciones y conjunciones. Relaciones interoracionales*, Fondo de Cultura Económica–Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015.

esta preposición alterna con otra u otras preposiciones en varias locuciones; todas están documentadas en corpus (Corpus Diacrónico del Español de la Real Academia Española, CORDE; Corpus de Referencia del Español Actual, CREA; y Google Libros).¹⁴ La columna derecha, con asterisco, indica aquellas expresiones que son reprobadas por la norma académica.¹⁵

Esquema 1

Competencia de *a* con otras preposiciones en locuciones
(*apud* Company y Flores en prensa)

Aceptadas por la Academia	No aceptadas por la Academia
<i>con base en</i>	* <i>con base a</i> / * <i>en base a</i>
<i>con vistas a</i>	* <i>en vistas a</i> / * <i>con vistas en</i>
<i>con arreglo a</i>	* <i>en arreglo a</i> / * <i>en arreglo con</i>
<i>con relación a</i> / <i>en relación con</i>	* <i>en relación a</i>
<i>con motivo de</i> / <i>por motivo de</i>	* <i>con motivo a</i>
<i>a manos de</i>	* <i>en manos de</i>
<i>en manos de</i>	* <i>a manos de</i>
<i>en aras de</i>	* <i>en aras a</i>
<i>por motivo de</i>	* <i>por motivo a</i>
<i>en honor a</i> / <i>en honor de</i>	
<i>en razón a</i> / <i>en razón de</i>	
<i>en torno a</i> / <i>en torno de</i>	
<i>de acuerdo a</i> / <i>de acuerdo con</i>	
<i>de vuelta a</i> / <i>de vuelta de</i>	

Es notable que la gran mayoría de las locuciones consideradas incorrectas contiene la preposición *a* (75%, 9/12); otras locuciones admiten tanto *a* como otra preposición sin que la Academia se pronuncie respecto de la corrección o incorrección de alguna de ellas. La estigmatización que recibe la preposición *a*

¹⁴ Para un amplio listado de alternancias de *a* con otras preposiciones desde el más temprano español cf. Real Academia Española, *Diccionario histórico de la lengua española*, vol. 1, *Letra A*, Hernando, Madrid, 1933. Consulta en línea www.rae.es.

¹⁵ Cf. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario panhispánico de dudas*, Santillana, Bogotá, 2005, s.vv. la palabra léxica de las distintas locuciones, y *Nueva gramática de la lengua española*, Espasa, Madrid, 2009, §29.9m.

(esquema 1) es señal, a mi modo de ver, de que esta preposición entró recientemente a competir con las otras preposiciones en esas expresiones; es decir, *a* tiene en esas locuciones menor profundidad histórica que las preposiciones alternantes *y*, por ello, la construcción con *a* se percibe como anómala e incorrecta; y, en efecto, locuciones muy estigmatizadas como *a nivel de*, *en base a*, *en relación a* son de muy reciente acuñación en lengua escrita, siglo XIX, lo cual no significa, como se sabe, que no estuvieran vivas desde mucho antes en la lengua oral. La estigmatización que reciben las expresiones con *a* es señal también de la extensión estructural de *a*, ya que esta preposición invadió espacios funcionales que no le correspondían en sus orígenes y ha estado desplazando progresivamente a otras construcciones prepositivas, como muestran los datos aportados por Company y Flores en el trabajo mencionado en la nota 13.

Por lo tanto, parece existir una relación bastante directa entre valoración negativa y “juventud” diacrónica de una construcción, ya que desde un punto de vista estrictamente gramatical no hay razón para rechazar unas formas y aceptar otras, cuando todas ellas se emplean en contextos semejantes, despliegan la misma distribución y tienen significados muy parecidos como es el caso de los sintagmas prepositivos aquí examinados.

Voy por pan / voy a por pan

La escasa profundidad diacrónica de un cambio puede, desde luego, no causar valoración lingüística negativa, cosa que ocurre, sobre todo, si la innovación aparece en una zona geográfica cuyo dialecto goza de prestigio social con fuertes respaldos oficiales y culturales. Tal es el caso de la relativamente reciente introducción de *a* en las construcciones con verbos de movimiento, *voy a por agua*, *paso a por ti*, etcétera.

Una de las construcciones formadas por la preposición *a*, que constituye una isoglosa absoluta y no frecuencial, entre América y España, es el uso de la locución prepositiva *a por*: *voy a por pan*, *regresan a por ti*. Es exclusiva del español peninsular y totalmente desconocida en el español americano, al punto de que *a por* está considerado un caracterizador dialectal, un españolismo, que se identifica en América con el habla de hispanohablantes peninsulares.¹⁶ La secuencia

¹⁶Para un análisis de esta isoglosa y datos históricos remito de nuevo a Concepción Company Company y Rodrigo Flores Dávila, “La preposición *a*”, *op. cit.*

a por está siempre precedida por verbos de movimiento, como *ir, venir, salir, correr, regresar, volver*, etc., y el término de la locución prepositiva puede ser cualquier sustantivo, cualquier pronombre o cierto tipo de cuantificadores, *voy a por más, van a por todo*; el término puede ser animado o inanimado, concreto o abstracto, sustantivo común o propio, como se ve en el inciso 2; es decir, *a por* está generalizada. En el resto de países de lengua española, como digo, estas expresiones de movimiento van únicamente con la preposición *por* como dejan ver los ejemplos del punto 3. Sobre la construcción *a por* ni el *Diccionario panhispánico de dudas* (s.v. *a*) ni la *Nueva gramática académica* (§29.5), ya referidos en la nota 15, realizan comentario valorativo alguno, señal de que la consideran estándar y correcta —como, en efecto, lo es para el español peninsular.

2. a) “Pos entonces, **vete a por** leña —le dijo su mujer” (Marciano Cu-
riel Merchán, *Cuentos extremeños*, España, 1944. CORDE).
- b) “Juan Abuela, **vaya a por** los chicos, nosotros caminamos hacia el
Metro” (Lauro Olmo, *La camisa*, España, 1962. CORDE).
- c) “Alberto Berasategui **corre a por** una pelota en el partido de ayer”
(*El Mundo*, España, 30 de mayo de 1995. CREA).
- d) “Para la próxima temporada si los técnicos me piden que fichemos
a Henry, **iremos a por** Henry” (*El Mundo*, España, 9 de diciembre
de 2003. CREA).
3. a) “[...] mejor **voy por** leña para tener que hacer algo” (David Martín
del Campo, *Las rojas son las carreteras*, México, 1976. CREA).
- b) “[...] **debía ir por** los médicos de la familia a Londres” (Louis A.
Ducoudray, *Los ojos del arrecife*, Costa Rica, 1992. CREA).
- c) “Después **vengo por** los trescientos pesos” (Mario Mendoza, *Sata-
nás*, Colombia, 2002. CREA).
- d) “**Regresa por** un vaso de vino” (Vicente Leñero, *La noche de Her-
nán Cortés*, México, 1992. CREA).

A la diferencia formal de una versus dos preposiciones corresponde una diferencia semántica: en el español de España el hablante codifica y pone de relieve primero la meta del movimiento mediante *a* y después el trayecto-finalidad mediante *por*, de ahí que “meta” + “trayecto”/“finalidad” = *a por*; mientras que en el resto del mundo hispanohablante sólo se codifica “trayecto”/“finalidad”, por lo tanto, únicamente *por*. Desde un punto de vista semántico se trata de dos diferentes modos de conceptualizar y codificar el movimiento, la meta y el desplazamiento de ese movimiento. Es decir, estamos ante dos visiones distintas del movimiento en el espacio, dos maneras de percibir que reflejan la estrecha relación, ya comentada, entre lengua, cultura y visión de mundo (véase supra inciso 2.b), y que, en esta zona de la gramática, gestaron dos identidades lingüísticas distintas. Además *a por* es resultado de varios cruces y reinterpretaciones de construcciones de movimiento del español, como se analiza en Company y Flores en la obra antecitada en la nota 13.¹⁷

En cuanto a la profundidad histórica de *a por*, el CORDE no arroja datos anteriores al siglo XVI. Las primeras documentaciones (inciso 4.a) corresponden a este periodo y son solamente tres ejemplos, los tres procedentes de textos en prosa, los tres con verbos de movimiento y los tres con sustantivos inanimados como término; el siglo XVII (inciso 4.b), arroja tres ejemplos más en prosa, dos del mismo autor. No existe *a por* en ninguno de los grandes escritores áureos. Para el siglo XVIII el CORDE no documenta casos. En el siglo XIX la estructura aparece en el CORDE ya totalmente generalizada con muchos verbos de movimiento y con términos nominales y pronominales diversos (inciso 5). Puede decirse, por lo tanto, que es una innovación bastante reciente que pudo haber estado presente en la oralidad y que se generalizó de manera sorprendentemente rápida en un solo siglo, el XIX.

4. a) “[...] cuando se le haya de **venir a por la madera** conste al rejidor que la fuere a señalar” (anónimo, *Antiguas ordenanzas*, España, 1571. CORDE). “[...] sacó el pan como un perro de muestra, y tornó a correr con ellas en la boca hasta que se lo comió y después **volvía a por más**” (Francisco Narváez de Velilla, *Diálogo intitulado el capón*, España, 1597. CORDE).

¹⁷ La construcción *voy por ti* con el significado “voy en lugar de ti / voy en tu lugar” es otra muy distinta y tiene extensión panhispánica, con muy diferentes frecuencias según los países hispanohablantes.

b) “[...] el Sr. Procurador busque un mozo y mula que **vaya a por el organista**” (anónimo, *Documentos sobre música en la catedral de Sigüenza*, España, 1600–1713. CORDE).

“José Garrido 20 días de gracia para **ir a Cuenca a por su mujer**” (anónimo, *Documentos sobre música*, España, 1600–1713. CORDE).

5. “Sali cierto día en compañía de un criado que **iba a por leña**” (Santiago González Mateo, *Vida trágica de Job*, España, 1809. CORDE).

“[...] se asusta, **corre a por agua**, se la echa al rostro” (Braulio Foz, *Vida de Pedro Saputo*, España, 1844. CORDE).

“[...] **vengo a por la lámpara** para aviarla” (Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, España, 1885–1887. CORDE).

La rapidísima extensión y generalización de *a por* en España y la total ausencia de estigmatización, a pesar de su escasa profundidad histórica, son sintomáticas de que debió surgir, arraigar y estandarizarse primero en una zona castellana prestigiosa, el centro del país, donde radican los órganos del poder, que debió muy pronto recibir el respaldo de los libros de texto y de la literatura (los datos del corpus analizado por Company y Flores así lo indican), y de ahí se irradió a otras zonas de la península ibérica. Nunca rebasó las fronteras de España porque para la época de la generalización y estandarización de *a por* las repúblicas hispanoamericanas habían consolidado su independencia y se habían reducido los flujos migratorios masivos desde España hacia el continente americano.

Le ruego que haga este escrito / le ruego haga este escrito

En español las oraciones subordinadas sustantivas enunciativas de objeto directo, o completivas, pueden estar introducidas por la conjunción *que*, como se muestra en el inciso 6.a, o pueden ir yuxtapuestas a su oración regente, sin nexo alguno (inciso 6.b). Ambas manifestaciones de la subordinada completiva enunciativa pueden aparecer en un mismo fragmento con un mismo hablante, como se aprecia en el inciso 7. Ni la presencia ni la ausencia de *que* se producen bajo condiciones estructurales obligadas ni excluyentes entre sí, esto es, unos mismos contextos pueden tener completivas conjuntivas o completivas anexas, como se ve en el

inciso 6, pero la ausencia de *que* ha sido mucho menos frecuente que su presencia en todas las épocas del español,¹⁸ de manera que la ausencia de conjunción puede ser caracterizada como una relación de subordinación especial o marcada. La ausencia de conjunción suele producirse, como señalan las gramáticas de referencia, bajo ciertas condiciones: el verbo de la subordinada va en subjuntivo; el verbo de la oración regente es, por lo regular, de petición, ruego, mandato y “otras formas de influencia” (*Nueva gramática de la lengua española*, §43.3c), aunque también típicos verbos *dicendi* pueden regir una completiva anexuada, como se aprecia en el inciso 8. Ciertos géneros textuales caracterizados por su formalidad y distancia, como el administrativo, el jurídico y las cartas oficiales, propician la ausencia de conjunción, cuando se cumplen las condiciones gramaticales ya comentadas.

6. a) “Cuando usted vuelva **le ruego que vaya** a ver a Corina de mi parte” (Juan Valera, *Epistolario con Menéndez y Pelayo*, España, 1887. CORDE).
- b) “Luis y yo tendremos el gusto de hacer a usted una visita y ver a Pareda y a mi antiguo y excelente amigo D. Amós Escalante, a quienes **le ruego dé** cariñosas expresiones mías” (Juan Valera, *Epistolario con Menéndez y Pelayo*, España, 1896. CORDE).
7. a) “**Créame que** lo siento, señora, **le ruego acepte** mis condolencias” (Alfredo Márquez Campos, *Dalia*, México, 1953. CORDE).
- b) “**Espero sean** ustedes suficientemente responsables **y que no vuelva** a producirse esta incómoda situación” (habla espontánea, México, 2013).
8. “[...] **le dijo se fuese** de allí y no viniese a [...]” (Lope de Deza, *Gobierno político de agricultura*, España, 1618. CORDE).

Lo interesante para los fines de este trabajo es cómo la variación dialectal incide en lo que se considera normativo o convencional. Por un lado, el español

¹⁸ Cf. Georgina Barraza Carbajal, “Oraciones subordinadas sustantivas enunciativas de objeto directo”, en Concepción Company (dir.), *Sintaxis histórica de la lengua española...*, op. cit.

americano mexicano emplea la completiva carente de conjunción con una nada desdeñable frecuencia; incluso se usa en registros orales muy formales como se ve en el inciso 7.b, mientras que el español peninsular hace un muy escaso empleo de la completiva anexuada y sólo en soportes escritos. Por otro lado, la completiva anexuada recibe una muy distinta valoración según que se trate de España o de México.

En cuanto a la frecuencia los datos del CREA son reveladores. En una búsqueda de *le ruego* para 1975-2004 España arroja 98 casos y México 36, controlado ya que lo que sigue a *le ruego* sea una subordinada completiva. El número absoluto no es en sí mismo revelador porque hay muchos más documentos españoles que mexicanos subidos en este corpus electrónico, pero los números relativos de frecuencia sí que lo son: de los 98 casos españoles 69 llevan la conjunción *que*, es decir, los 29 casos carentes de conjunción representan 30% de completivas anexuadas en España; en México, de los 36 casos, sólo cinco llevan la conjunción *que*, es decir, hay 86% de completivas anexuadas. Es decir, si, como decíamos, la frecuencia es un síntoma de cómo se construye la gramática, la diferencia 30% vs. 86% de completivas anexuadas es iluminadora de que ambos países han convencionalizado una muy diferente norma. Esta extensión de empleo de completivas de objeto directo yuxtapuestas a su oración principal parece ser compartida por otros países hispanoamericanos, a juzgar por los muchos ejemplos americanos que proporciona la *Nueva gramática académica* (§43.3) para esta zona de la gramática con subordinadas sustantivas de objeto directo sin conjunción.

En cuanto a la valoración también hay diferencias interesantes. En primer lugar, no debe ser pasado por alto el hecho de que las gramáticas de referencia del español etiquetan la completiva anexuada como “omisión de *que*”, “supresión de *que*”, así en la *Nueva gramática académica* (§43.3), de lo cual debe inferirse que la ausencia de conjunción no es normativa o, al menos, es marcada y poco usual, hecho sin duda confirmado por los datos diacrónicos. En segundo lugar, en México está valorado como muy culto, muy formal y muy cuidado, e incluso en la escritura los hablantes cultos quitan conscientemente *que* cuando se quiere producir el efecto de un estilo más cuidado y, sobre todo, respetuoso para el interlocutor o lector. De hecho, las completivas anexuadas son totalmente desconocidas por los hablantes no cultos, que no las emplean ni en la escritura y mucho menos en su habla. En España, en cambio, como se infiere de las apreciaciones de antiguo y desusado actualmente con que la *Nueva gramática académica* se refiere a las completivas yuxtapuestas, parece ser (casi) una

antigualla, prácticamente desconocida y casi totalmente desusada. Un último comentario en este punto. Cabría pensar que el mayor uso y mejor valoración que tienen las completivas anexas en México se puede deber al supuesto carácter arcaico o conservador del español americano —calificativo ciertamente común hasta hace poco, y aún vigente en algunos estudios, para las variedades de este continente—, pero sería, a mi modo de ver, una apreciación errónea porque no puede ser arcaico ni residual un rasgo gramatical que es totalmente productivo en el habla culta de todo un país. Es, simplemente, una manifestación más de la inevitable relatividad de la normatividad gramatical.

Fortísimo / fuertísimo

De nuevo la variación dialectal surge como un parámetro fundamental para entender la distinta apreciación normativa de un cambio lingüístico. Todas las gramáticas normativas y de referencia del español señalan que el superlativo de *fuerte* carece de diptongación en la raíz porque esta pasa a ser átona ya que el acento se traslada al sufijo -ísimo, como herencia de la ley morfofonémica bien conocida del latín de que todos los sufijos eran tónicos en la lengua madre. Por tanto, en la forma elativa de *fuerte* “debe” inhibirse la diptongación histórica romance de una /o/ breve tónica latina en /ué/. Esta regla, aparentemente, se aplica a todo el ámbito panhispánico porque las gramáticas no establecen diferencias dialectales y estigmatizan como inculto e incorrecto la nivelación paradigmática analógica *fuertísimo*.

A nadie se le pasa por alto que esta regla de no diptongación por el desplazamiento del acento dista de ser regular, más bien es bastante “irregular” porque con idénticas condiciones estructurales el superlativo de *bueno* es *buenísimo* y no **bonísimo* —aunque éste esté documentado, y bastante, en textos anteriores al siglo xx—, y, en efecto, es *buenísimo* el superlativo que está considerado normativo y correcto en todo el español panhispánico.

Lo interesante para apreciar la incidencia de la variación dialectal y el lábil carácter relativo de las normas es cómo México, el país con el mayor número de hispanohablantes, forma el superlativo de *fuerte*. En esta variedad, la forma estándar del superlativo de *fuerte* es *fuertísimo* y no *fortísimo*; aquel y no éste es la norma general, culta y desde luego la popular, como muestran los ejemplos del inciso 9, procedentes de la literatura. También se emplea ocasionalmente *fortísimo* en la lengua escrita actual de México pero, sin duda, se ve raro, casi ajeno al

español de este país; esto es, *fortísimo* está estigmatizado en México, más aún en el habla, incluso en la culta y en situaciones comunicativas distantes.

9. “[...] y paso por el taller y me encuentro ahí a El Ulalume, el jefe de máquinas [...], **un prieto fuertísimo**, ex alcoholíco (Héctor Aguilar Camín, *Morir en el Golfo*, México, 1986. CREA).

“Era el ser más grande que Rodrigo había visto en su vida. Debía medir casi dos metros, era **corpulento y fuertísimo** (Guillermo Chao Ebergenyi, *De los altos*, México, 1991. CREA).

Tan es normativo *fuertísimo* en el español de México, que *fortísimo* se valora como “afectado” y “cursi”, de manera que los hablantes cultos mexicanos en no pocas ocasiones tienen que hacer una “hipercorrección a la inversa” y decir *fuertísimo* para no ser tildados de cursis ni afectados. Y, desde luego, muchos suelen cambiar de norma en cuanto salen del país para no ser tildados —ahora en otro país, España por ejemplo, y ahora a la inversa— de no haber pasado por la escuela y de no haber recibido la más elemental educación. Sin duda, una manifestación clarísima de la inevitable relatividad de la norma gramatical.

Quizá / quizás

El caso de la variación del adverbio modal de conjetura *quizá* ~ *quizás* hace evidente otro ángulo de la inherente imbricación de cambio lingüístico y valoración social. Otro ángulo en dos sentidos: uno de ellos deja ver que un idéntico proceso de cambio puede recibir simultáneamente dos valoraciones: una positiva, que hace que la forma que experimenta el cambio se vuelva normativa, se generalice en unas décadas y se estandarice en una comunidad; y una negativa, que estigmatiza e inhibe por completo la generalización. El otro ángulo es que la alternancia *quizá* ~ *quizás* es un caso paradigmático de cómo los hablantes otorgamos motivación y sentido a la variación sincrónica que resulta del cambio histórico. Es decir, la alternancia que ofrece este adverbio es un caso ejemplar de que primero se produce el cambio histórico y después los hablantes buscamos una explicación, una motivación, para dar un respaldarazo al resultado diacrónico. En suma, la alternancia *quizá* ~ *quizás* es una muestra perfecta de que la variación es semiótica para los hablantes. Examinemos ambos ángulos.

La forma etimológica, *quizá*, es una reducción de los antiguos *quĩcab*, *quĩcabe*, procedentes, al parecer, de la frase latina *quis sapit* “quién sabe”, según asienta Corominas en su *Diccionario etimológico*¹⁹ (s.v. *quizá*), etimología ésta que no deja de resultar controvertida entre los historiadores de la lengua, porque también se aduce una procedencia provenzal e igualmente una italiana,²⁰ pero es éste un aspecto en el que no entraremos porque no es el objetivo de este trabajo. Lo que nos interesa aquí es que la forma *quizás* despliega una *-s* adverbial analógica, basada en el modelo del adverbio *lejos*, y que *quizás* tiene una documentación relativamente tardía porque empieza a ser atestiguada con cierta frecuencia en la segunda mitad del siglo xvi, pero es ya muy frecuente en el xviii. Con anterioridad a 1500, el Corpus Diacrónico del Español de la Real Academia Española (CORDE) no registra ni un solo caso de *quizás* en ninguna de sus posibles graficaciones (*quizás*, *quisás*, *quĩcás*, con o sin tilde).

Resulta claro que esta *-s* es antietimológica y que es idéntica a la *-s* de los adverbios *fuera*s o *cerca*s, pero *quizás* gozó de mejor fortuna que los otros dos adverbios, porque muy pronto fue bien valorada, se difundió rápidamente, y aparece ya como la norma general a inicios del siglo xviii, como lo prueba el *Diccionario de autoridades*, de 1726-1739²¹ (s.v. *quizá* o *quizás*), que consigna esta voz con el doble lema “QUIZÁ o QUIZÁS”, muestra contundente de que en menos de 200 años el cambio fue bien acogido y la forma innovadora *quizás* se volvió normativa. Suerte muy distinta fue la que corrieron sus adverbios hermanos *fuera*s y *cerca*s, de idéntica creación analógica, que siguen totalmente estigmatizados y considerados usos subestándares en todo el ámbito panhispánico.

La forma *quizás* es ya totalmente normativa en el español peninsular actual, como prueban los ejemplos del inciso 10 procedentes de la literatura contemporánea, que podrían multiplicarse por cientos, y parece que se está rápidamente generalizando a expensas de la etimológica *quizá*. Los datos del Corpus de Referencia del Español Actual (CREA), de la Real Academia Española, años

¹⁹ Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, con la colaboración de José Antonio Pascual, 1980-1991, Gredos, Madrid.

²⁰ Para los problemas de reconstrucción histórica de la etimología de este adverbio cf. el reciente artículo de María del Mar Espejo Muriel y Rosa María Espinosa Elorza, “Quiçab, quĩcá, quizá”, en E. Montero Cartelle (ed.), *Actas del VIII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Meubook, Santiago de Compostela, 2012, pp. 749-760.

²¹ Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*, edición facsímil, Gredos, Madrid, 1990 [1726-1739].

1970–2004, contienen 12 002 casos de *quizá* y 3 655 de *quizás*, que representa casi una cuarta parte del empleo de este adverbio (23.4%), pero si restringimos la búsqueda a los años 2003–2004, los empleos cuantitativos de ambas variantes aparecen ya bastante nivelados.

El carácter absolutamente normativo de *quizás* en el español peninsular actual queda confirmado por el CORDE y el CREA, dos de los corpus electrónicos oficiales de la Real Academia Española, que usan *quizás* y no *quizá* como metalinguaje (del tipo *quizás quisiste decir...*; *quizás hay problemas en la búsqueda...*) cuando algún usuario se encuentra con problemas informáticos en la búsqueda.

10. “Como agente, como cómplice, o **quizás**, simplemente, como testigo” (Almudena Grandes, *Corazón helado*, p. 124).

“La ternura era, en el fondo, un desentenderse de lo que aún no era y **quizás** nunca podría llegar a ser” (Álvaro Pombo, *Una ventana al norte*, España, 2004. CREA).

El CREA contiene 3 655 casos de *quizás* y ni una sola ocurrencia de los adverbios *fuera*s y *cerca*s.²² Por lo tanto, mismo cambio, *cerca-s*, *fuera-s*, *quizá-s*, pero muy distinta valoración social y, como consecuencia, muy distinto impacto en las posibilidades de generalización de la forma y, en consecuencia, distinta capacidad para erigirse en norma lingüística, capacidad que viene dada no desde la gramática *per se* que, como ya dijimos, es aséptica o indiferente a asuntos de valoración, sino del respaldarazo de escritores, intelectuales, corporaciones e industria editorial.

El español americano otorga un distinto tratamiento a la variación *quizá* ~ *quizás*, tratamiento que ejemplifica el segundo ángulo del problema planteado en este inciso. El uso del español de México, en particular el uso que se hace de esta alternancia en las editoriales mexicanas es un ejemplo paradigmático de que la variación es semiótica para los hablantes. En muchos manuales internos de estilo de editoriales mexicanas,²³ y así lo creen y lo emplean —para mi sorpresa—

²² Contiene, por supuesto, la expresión *fuera de juego*, miles de ocurrencias de la forma verbal *fuera*s de los verbos *ser* e *ir* y la voz plural *cerca*s con el significado de *valla*.

²³ Véase, por ejemplo, Aurelio González, *Manual de estilo*, Letras Libres, México, 1999, elaborado para la revista *Letras Libres* y empresa editorial del mismo nombre; igualmente, *Manual interno de estilo* del Instituto Nacional de Bellas Artes, que llegó a mis manos como un cuaderno interno para los trabajadores de esa institución cultural, sin pie de imprenta.

escritores, periodistas y miembros del mundo intelectual de las humanidades en México, la variación sincrónica *quizá* ~ *quizás* ha sido reinterpretada, revalorada, por tanto, en términos de fonética sintáctica: “*quizá* si sigue consonante, *quizás* si sigue vocal”. Esto es, para editores y escritores mexicanos es normativa la expresión *quizá sí*, *quizá no*, pero incorrecta **quizás sí*, *quizás no*; y es normativa *quizás ahora*, pero incorrecta **quizá ahora*. En suma, de nuevo, la relatividad y labilidad de las normas gramaticales en su relación con las dinámicas de la diacronía y de la variación sincrónica, pero además, en este caso, doble carácter lábil y relativo, doble diacrónicamente y doble dialectalmente.

CONCLUSIONES

Hemos iniciado este trabajo planteando que la dinámica interna de la lengua y el uso que los hablantes hacen de ella generan una tensión, pocas veces equilibrada, entre gramática y corrección. Hemos definido, operativamente, el concepto de norma como el uso convencional, sedimentado y rutinizado por siglos en una comunidad lingüística dada y, a manera de marco introductorio, hemos revisado algunos conceptos teóricos, bien conocidos la mayoría, tales como norma, cambio lingüístico, valoración ~ estigmatización, prestigio social ~ prestigio lingüístico y frecuencia de uso, y hemos aportado algunos ejemplos paradigmáticos para apoyar la reflexión teórica.

Hemos mostrado que el establecimiento de normas es un hecho muy complejo que está en fuerte dependencia de variables diacrónicas, diatópicas y sociales. Hemos mostrado también, con base en cinco estructuras, tres sintácticas, una morfológica y una léxico-morfológica, que la normatividad tiene un carácter huidizo y lábil, y que es, sin duda, relativa, tanto a épocas como a zonas dialectales.

No obstante esa labilidad hemos planteado que el sentido normativo y de corrección lingüística es consustancial a los hablantes porque subyacente a las convenciones lingüísticas está el sentido de identidad, y en esa búsqueda de identidad, inherente a los seres humanos, la lengua y sus normas son, posiblemente, las mejores herramientas identitarias de que disponemos, así sean estas últimas inevitablemente relativas y cambiantes.

SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS DEL ESPAÑOL, EN ESPECIAL LOS DE ORIGEN NÁHUATL*

Leopoldo Valiñas Coalla

Comienzo con una anécdota: hace tiempo, al terminar una de mis clases de náhuatl clásico, se me acercó una estudiante y me comentó (porque pensó —supongo— que el comentario sería relevante) que su hija se llamaba Atzin. Si yo me hubiera quedado callado y recibido simplemente el comentario, la presente anécdota no existiría. Pero hice el análisis gramatical del nombre de la niña, “[a:] es el núcleo de la palabra, significa ‘agua’ y [-tsin] es el sufijo ‘diminutivo’”. Atzin significa “agüita”. Y se lo dije. Pero ella, muy seria, me corrigió: “No. No significa ‘agüita’, quiere decir ‘gotita de agua’”. Muy pronto aprendí que meterse con los nombres propios era demasiado impropio.

Como sabemos o intuimos, en nuestro español (y hablo del mexicano) existe un número importante de nombres propios de origen náhuatl. Es evidente que los antropónimos son verdaderamente escasos, pero el número de topónimos es, por razones más que evidentes, muy considerable. Debo decir, categóricamente, que estos nombres son españoles, le pertenecen a la lengua española, aunque provengan de la lengua náhuatl, y eso hasta donde se puede saber. En la oración “Voy a Tlalpan”, Tlalpan no es una palabra náhuatl, es española. De hecho, su gentilicio es tlalpeño, en español (y no tlālpānēkatl, como lo sería en náhuatl). Incluso puedo decir “¡Ay, mi Tlalpancito!”. No importa lo complicado de su pronunciación, estos topónimos son españoles. También Ajusco, Chapultepec, Zumpango o Texcoco hasta Xalatzintla, Eloxochitlán, Totocuitlapilco y Atlihuacan, por citar algunos de pronunciación algo complicada.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 14 de agosto de 2014 en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Esparza Oteo 144, sexto piso, colonia Guadalupe Inn.

Pero no me interesa defender o entercarme en la hispanidad de los nombres españoles. No, lo que pretendo presentar hoy es un conjunto de reflexiones en torno a tres *comportamientos* o *actitudes* que tenemos los hablantes de español en relación a los nombres propios de origen náhuatl. Dos de estos comportamientos en realidad se le dedican en general a cualquier nombre propio, pero uno no. Antes de comenzar nomás quiero insistir que este es un texto con pretensiones descriptivas. No incluye valoraciones ni estéticas ni morales ni tampoco toco lo políticamente adecuado porque para mí el argumento de la adecuación política es políticamente no adecuado.

PRIMER COMPORTAMIENTO

La pronunciación. Si bien por lo regular los nombres se pronuncian muy “hispanicamente”, por alguna extraña razón parece existir la necesidad de pronunciar los nombres como la gente cree que son pronunciados en su lengua original. Miami y Ohio son dos bonitos ejemplos. El primero es pronunciado en México por lo general como [mayámi] (no [miámi], como también es pronunciado) y el segundo, como [oháyo] y no [óhio]. Porque, supongo, así los escuchamos y los pronunciamos en lugar de leerlos.

Pero pretender pronunciar los nombres en su lengua originaria es un verdadero absurdo. Por lo general no se sabe ni esa lengua original ni se conoce en términos estrictos su pronunciación. Pero ¿a quién le importa? El chiste es dar la apariencia de que uno sabe “más”. Y esto no es raro. Siento (porque no tengo evidencia) que en los últimos tiempos esto se ha acentuado. Alguien pronuncia un nombre francés y lo hace en francés, en *su* francés. Alguien pronuncia un nombre que proviene de un idioma que no sea el español y lo pronuncia, según ese alguien, en su idioma de origen. Así, por ejemplo, Michel puede ser pronunciado como [mišél], si por ahí cree que es francés; o [mihaíl], si cree que es austriaco; [máikl], si cree que su origen es inglés o [michel] si lo ve como español. Un ejemplo futbolero reciente es el del jugador colombiano James (pronunciado [xámes] y no [yéims]).

El exceso, si es que existe tal nivel, se da en los medios masivos de comunicación, donde la voz es la reinante (es decir, en el radio y la televisión). La secuencia hablada en español por parte del locutor se ve interrumpida de repente por algo que pretende provenir de algún otro idioma. Tres breves ejemplos:

A. Cuando yo era niño existía el Hombre Araña (era básicamente en historieta, que en los sesentas y setentas se llamaban *cuentos*, ahora se llaman *comics*). El tiempo pasó, el Hombre Araña entró a la televisión (o salió en ella) y poco a poco, sin sentirlo, se convirtió en [espáider man]. Todavía pronunciado en español. Pero tiempo después, cuando nos invadieron las iniciales y las abreviaturas (DVD, CD, USB, etc.) [espáider man] pasó a ser [espéidrman] y, por supuesto, su nombre de no-héroe [píter páker] pasó a ser [pírer páker], con unas erres “extrañas”.

B. En el radio, esto quizás a partir del bum de la FM (otras iniciales), el asunto comenzó a ser todavía más curioso y más regular. Un locutor radiofónico, con un acento chilango (que por otro lado pretende ocultar) llega en su monólogo al nombre del grupo o de la canción y él se transforma: “Qué les parece, amigos, si ahora escuchamos un verdadero jit. u2 [yu t̥u] con su ya clásica *But I still haven't found what I'm looking for* e inmediatamente después, *Police* con su rola *Every little thing she does is magic*” con una pronunciación —digamos— inglesa.

C. En el mundo antropológico o histórico también se descubre esta tendencia en la pronunciación de los topónimos de origen náhuatl. Y hay hasta quien nos corrige: “No se dice Teotihuacán, se dice Teotihuacan... al igual que no se dice Tenochtitlán; es Tenochtitlan”. Independientemente de que la gente que dice Teotihuacan ignora evidentemente la existencia de las vocales largas y del saltillo: solo “mueven” el acento, eso lo “hace más” náhuatl. Pero los alcances son muy muy limitados. Jalapa sigue siendo Jalapa (aunque se escriba con equis inicial), Chapultepec, Tenayuca, Tacuba, Ajusco o Juchitán siguen siendo Chapultepec, Tenayuca, Tacuba, Ajusco o Juchitán y no Chapôltepêk, Tenan-yôkân, Tlakopan, Âxôchko o Xôchitlân (y todas con acento grave).

Hay detalles en esta práctica que pueden hacernos creer que sí existe la pronunciación, la única, la adecuada. Olvidando que ésta, la pronunciación (y las actitudes hacia ella), está estrechamente ligada a cuestiones de identidad, de prestigio, de estilo y de norma social. Judith puede ser [xudít] o [yudít], pero Jacaranda nomás [xakarânda].

Un paréntesis. Estando en la Universidad de Sonora, en Hermosillo, me dijo un amigo al ver pasar a una persona: “Mira, ese Fulanito es el maestro de teatro de la UNISON. Es muy bueno, pues en su clase se empeña en que pronunciemos la ch”. Nomás le pregunté que si también les enseñaba a pronunciar “como debía ser” la ce, la zeta, la erre, la jota y la elle... ¡Cuánta tontería!

Regresando a los nombres nahuas, quizás habría que saber primero en qué náhuatl se cree que se va a pronunciar. Así uno podría decir, por ejemplo,

“Voy a Tatelulco” (dicho Tlatelolco como se escucha en el náhuatl del sur de Veracruz) o “Vivo en Lacupa” (Tacuba con pronunciación del náhuatl de la costa de Michoacán) o “Qué bonito es Gobitepék” (como se escucharía Cuautepec dicho en el náhuatl de la sierra de la costa chica de Guerrero). Estos tres ejemplos están efectivamente pronunciados en español, pero “copiando” la pronunciación de alguna de las lenguas nahuas modernas.

SEGUNDA ACTITUD

La lectura. Por la eficacia escolar, lo que hacemos al leer es apelar a los detalles gráficos que pensamos pueden dar pie a que nos corrijan (para leerlos “correctamente” —o sea, pronunciarlos— y evitar que nos corrijan). Como la lectura aparece como la garante de nuestra inteligencia, pues hay que leer bien (según lo que creemos que es leer bien: de hecho se nos enseña a oralizar, no a comprender. Bueno, pero esa es otra historia).

Cuando uno habla de Tlaxcala, o de la mixteca baja, pronuncia las palabras de origen nahua con equis: [tlakskála] [mikstéka], porque tienen equis en su nombre. En México decimos México y Texas con jota, para decirlo con referencia alfabética (que son las formas evolucionadas de [téšas] y [meší'ko] de los siglos novohispanos) donde los gringos dicen [téksas] y [méksikou], porque ellos los leyeron; se basaron en su escritura.

Texas tiene equis y es raro que un mexicano la pronuncie [téksas]. Al igual que Magdalena Mixiuhca, aunque aquí la equis se empeña en tener un sonido [š], semejante al que tiene en el náhuatl ... y que tuvo el castellano medieval (la etiqueta que uso para nombrar el conjunto de idiomas que llegaron durante los siglos xv y xvi de España a América).

Los sustantivos comunes (y varios nombres propios) de origen náhuatl que tenían [š] —y por lo tanto estaban escritos con equis— y que se habían incorporado muy temprano al castellano medieval evolucionaron con él, como parte del castellano medieval. Al irse conformando el castellano novohispano, la [š] evolucionó y se hizo [x], nuestra actual jota: el color [róšo] pasó a ser el color [róxo]... bueno, en el Altiplano, porque en las costas es [róho]. Así, éšo:tl, šilo:tl y ši:tómatl se hicieron, en castellano, ejote, jilote y jitomate. Se dio un conjunto de cambios ortográficos en el naciente español, entre ellos el empleo de la <j> “i larga”, ya entonces jota, en lugar de la letra equis. Pero se

les olvidó (o no quisieron hacerlo) cambiar la letras equis que cerraban sílaba a <s>, que es el cambio que siguió la [š].

Aquí, además, se ve un valor identitario: la equis tiene como que un efecto folk y nadie duda en ponerlo en algún nombre de origen náhuatl, aunque no la lleve. Ahí está, por ejemplo Mixquic (que algunos escriben con equis) o Ixtla (el “otro” nombre del Iztaccíhuatl) o Texcoco.

Estas palabras entraron muy temprano al castellano novohispano y evolucionaron a la par de todas las demás palabras del castellano. La <x> del castellano medieval —que representaba un sonido [š]— se cambió predominantemente por la <j> en las palabras comunes (y en algunos casos, a [s]). En los nombres propios dependió del grado de asimilación. Juchitán muestra una total inmersión en el español, Xochitlán, nomás lo necesario. La evolución de la /š/ del castellano se dio, si iba a principio de sílaba hacia /x/ (escrita principalmente con <j> y si iba a final de sílaba, hacia /s/). Jalisco es un bonito ejemplo. En náhuatl fue muy seguramente [ša:lí:ško], al entrar al castellano novohispano pasó a ser [xalísko].

Una constante es la pronunciación (porque se lee) de una <u> que nunca jamás fue vocal. En palabras como Tlahuizcalpantecutli lo normal es leerlas en español. La parte final, tecutli, es pronunciada [tekútli], acentuando una <u> que jamás en náhuatl fue vocal; en español, sí. La forma en náhuatl era bisilábica [tékʷtli].

TERCERA ACTITUD

El significado. Este comportamiento, el hacer referencia a su significado, es como que “obligado” cuando se trata de nombres propios de origen náhuatl y casi exclusivo de ellos, al menos en México. De entrada debemos recordar que los nombres propios en realidad *no* significan. Su “sentido” se ubica más allá de su literalidad ya que, más que significar, evocan directamente a su designado, a su “señalado”. Un nombre propio no es un *símbolo*, es un índice, pues siempre se refiere al *mismo objeto*, siempre apunta a su *mismo* y único objeto. Como señala Herrera:¹ “Pareciera ser un tipo de signo insensible al contexto, de tal forma

¹ Carmen Herrera Meza, “Valores metafóricos de *po:c-tli* ‘humo’ en los antropónimos nahuas”, en Mercedes Montes de Oca (ed.), *La metáfora en Mesoamérica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004, pp. 95-122.

que si el intérprete ha de entender a qué o a quién se refiere el nombre, debe estar en capacidad de identificarlo ya sea señalándolo u ofreciendo una serie de descripciones que permitan su identificación. Por esto, los nombres propios son una de las figuras de la identidad” (p. 100).

De hecho, si buscamos su significado vía la literalidad, vía sus componentes léxicos, lo que en realidad hacemos es abrir la puerta al “sinsentido transformado”, ya que gracias a un conjunto de capacidades lingüísticas innatas le hallamos significado hasta a lo que no lo tiene. Aunque, debemos reconocer, lo que predomina es armar significados pretendidamente metafóricos y darles una lectura entre mística y poética o, mejor dicho, lo que creemos que es místico y poético.

Así, si se habla de Moctezuma Ilhuicamina se puede agregar “cuyo nombre significa ‘el flechador del cielo’”, o si es de Moctezuma Xocoyotzin “cuyo nombre significa Moctezuma el menor”, aunque bien pudimos haber optado por un “Moctezuma el benjamín” o “Moctezuma el socoyote”. Aunque le seguimos diciendo [moktesúma], no moték^wsoma], pero ¿quién lo nota? ¿A quién le importa?

Y esta actitud se une a las dos anteriores. Así Coatlicue es “la de la falda de serpientes” aunque su pronunciación se hace en una sola palabra cuando en realidad son dos yuxtapuestas: Kôwâtl Ik^wê, pero eso tampoco importa.

Es raro que se dé el significado o la etimología de algún nombre que provenga de otra lengua. Nadie da la etimología o el significado de Hidalgo o Allende, ni el de Guerrero, ni el de Díaz ni el de Zedillo ni el de Salinas. Eso sí, se les dan otros nombres, Padre de la Patria, Benemérito de las Américas o Siervo de la Nación.

Tampoco se da el significado ni la etimología de Einstein, de Shakespeare, de Bush o de Hipócrates. Pero de los personajes nahuas... Veamos algunos ejemplos de este comportamiento.

A. Witsilopôchtli. Se ha dicho que significa el “Colibrí de la izquierda” (Pilar Máynez) o el “colibrí del sur” (*México Desconocido*), significados que, más que ser imprecisos son ambiguos ya que por lo regular necesitan una amplia explicación: ¿Colibrí de la izquierda; izquierda de quién o de qué? En una página de internet se lee: “Su nombre, del azteca *huitzilín*, que significa colibrí. Esto simboliza la creencia del pueblo azteca en la cual los guerreros muertos renacerían como colibríes”.²

² En: <<http://proton.ucting.udg.mx/temas/conozca/fatima/mexico/huitzilopochtli.html>>.

En otra página de internet se dice que su nombre significa “Colibrí Azul a la Izquierda”. ¿Azul? Esto, en la página *Ventanas al Universo*.³

Pero el significado que “gana”, el que se oye por aquí y por allí es el de “Colibrí zurdo”. ¿Zurdo? Volaría dando vueltas.

B. Otro caso es K^wāwtemôk. Cuando yo era niño significaba “águila que cae”. Como lo dice (o decía) la inscripción que está colocada al pie de su monumento en la avenida Reforma:

CUAUHTÉMOC 1502-1525 ÁGUILA QUE CAE.
ÚLTIMO EMPERADOR AZTECA.

Luego cambió y ahora ya hay varias propuestas: leo algunas recogidas por aquí y por allí: “Águila que descendió” [o en náhuatl *cuāuhtēmoc*, ‘el águila que desciende’ *‘cuāuhtli, águila; tēmoc, descender, caer, bajar’*] —aunque el verbo *descender* no tiene la e larga, es la o—. En otra lugar, “El nombre de Cuauhtémoc significa ‘Uno que ha descendido del cielo, al igual que un ‘águila’ en el momento que pliega sus alas y cae en picada hacia abajo para golpear a su presa, por lo que este es un nombre que implica agresividad y determinación”.⁴ Otro es “Águila descendente”; también el nombre del último emperador mexicana.⁵ Hay casos más poéticos o patéticos: “Este gran sacerdote, apodado [¿apodado?] como ‘el águila que cae’, es considerado como un héroe nacional en su país por la constante defensa de la identidad y de los valores de la cultura azteca”.⁶ Otro más: “[...] Cuauhtémoc quiere decir ‘águila que cae’, ‘águila que desciende’. Un águila soberana que cae suavemente (‘caer’ en el sentido de descender, planear; no en el sentido de caer o derrumbarse o desplomarse abruptamente).⁷

K^wāwtemôk es, por cierto, uno de los nombres del sol. El que portaba cuando comenzaba su descenso luego de pasar por el mediodía. Como lo advierte José Luis Domínguez (de la Sociedad de Estudios Históricos de Cuauhtémoc “Victoriano Díaz” A.C., Ave. Morelos 1335 altos, Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua) en su *Historia de Cuauhtémoc*:

³ En: <http://www.windows2universe.org/mythology/huitzilopochtli_sun.html&lang=sp>.

⁴ En: <<http://www.historiacultural.com/2010/07/biografia-cuauhtemoc-azteca.html>>.

⁵ Cf. <significadodelosnombres.org>.

⁶ En: <<http://www.manuales.com/manual-de/cuauhtemoc-el-ultimo-emperador-azteca>>.

⁷ En: <<http://www.venamimundo.com/GrandesPersonajes/Cuauhtemoc.html>>.

“Cuauhtémoc, en nahuatl significa “Águila que descende” y proviene de los vocablos quauhtli-águila y temoc-que descende, que baja, aludiendo así, al sol en el lapso en que declina del cenit al poniente, una clara alegoría al dios sol que descende hasta los hombres, y no como todos creemos, “Águila que cae.”⁸

C. El sol. Pero Tōnatiw, el sol, también se llamaba K^wāwtlêwani: cuando comenzaba su ascenso, en la mañana. Pero aquí el drama es otro. Rémi Simeon⁹ registra quauhtleuamitl (cambiando la <n> de la sílaba final por <m>) y lo define como “s. Término para designar el sol, cuya salida era saludada todos los días con invocaciones de tonameitl, xiuhpiltontli, quauhtleuamitl, rayo, niño de todas las edades, águila de flechas de fuego (Sah)”. Gracias a su <m> hechiza, la presencia de las flechas tiene toda la justificación, aunque, gramaticalmente no.

Algo semejante hace Adela Fernández¹⁰ en su *Diccionario ritual de voces nahuas*, cuautlehuamitl: “águila de dardos de fuego”, “Sol del Alba naciente”; o Edith González Fuentes: “Cuautlehuamitl —águila que tiene flechas de fuego— es el término con el que los antepasados designaban al sol para saludarlo todas las mañanas”, copiado tal cual del *Diccionario de mitología nahua*, de Cecilio A. Robelo, publicado en varias partes en los *Anales del Museo Nacional de México*.

A diferencia de K^wāwtēmōk (que es un sustantivo compuesto), K^wāwtlêwani es un sustantivo yuxtapuesto pero además reanalizado como sustantivo. Algo normal en el comportamiento lingüístico de los nombres propios (ejemplos hay muchos en español: Marugenia, Joseluís, Anamaría, etc.). La yuxtaposición de cierta manera dificulta su análisis.

D. Nesawalkoyōtl. La carga ideológica de este nombre es mayor. Se le relaciona con el llamado rey poeta o con el municipio más poblado del Estado de México o con la ciudad asociada con estigmas negativos. Sus traducciones o etimologías son una belleza de ingenio: “coyote que ayuna o coyote hambriento”, entendiéndose el ayuno como una forma de sacrificio. El tránsito de ayuno a hambriento se justifica por los estereotipos que se reproducían (y

⁸ En: <<http://historiadecuauhtemoc.blogspot.mx/2008/04/cuauhtemoc-el-nombre.html>>.

⁹ Rémi Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana. Redactado según los documentos impresos y manuscritos más auténticos y precedido de una introducción*, Siglo XXI, México, 1988 [1885], p. 415.

¹⁰ Adela Fernández, *Diccionario ritual de voces nahuas*, Panorama Editorial, México, 2004, p. 45.

reproducen) de Ciudad Nezahualcóyotl. El ayuno que está involucrado en la palabra no es alimentario, es abstinencia básicamente sexual. Pero ayuno es ayuno... hambre. Lingüísticamente hablando, la traducción está mal construida pues contiene al ayuno como sustantivo, no como verbo. Curiosamente, en la página de internet Significadodelosnombres.org, se da una definición apegada a lo lingüístico: **coyote de ayuno**; también nombre de un rey de Texcoco. Como se ve, la traducción más literal es la menos clara: ¿coyote de ayuno?

Y si nos quejamos de sus traducciones, qué decir de su ¿foto? en los billetes de 100 pesos.

E. Termino esta exposición con uno de los nombres de la primera veintena del Sêsempôwallapôwalli o calendario mexica: Kwawitl Êwa. Algo que en teoría es más académico, alejado de las ideologías y cosmovisiones, aunque, es evidente que no.

Las traducciones que se dan (porque es, insisto, una como condición: dar el significado de los nombres) son muy variadas. Veamos algunos ejemplos:

“Palo se alza” o “Se alza el árbol”	(Garibay); ¹¹
“The Raising of the Pole”	(Sullivan); ¹²
“Enhiestan el madero”	(López Austin) ¹³
“Los árboles se alzan”	(Launey); ¹⁴
“Levantamiento de los postes”	(Broda); ¹⁵
“El árbol o los árboles se levantan”	(Jiménez Moreno); ¹⁶

¹¹ Ángel María Garibay, *Historia general de las cosas de la Nueva España, escrita por fray Bernardino de Sahagún*, introducción, paleografía y glosario por Ángel María Garibay, Porrúa, México, 4 vols., 1981 [1956], vol. iv, p. 330.

¹² Thelma Sullivan, *Primeros memoriales*, paleografía del texto náhuatl y traducción al inglés por Thelma Sullivan, University of Oklahoma, Norman, 1997.

¹³ Alfredo López Austin, *Juegos rituales aztecas*, versión, introducción y notas de Alfredo López Austin, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967, p. 17.

¹⁴ Michel Launey, *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992 [1979], p. 368.

¹⁵ Johanna Broda, “Ciclos agrícolas en el culto: un problema de la correlación del calendario mexica”, en Anthony Aveni y Gordon Brotherston (eds.), *Calendars in Mesoamerica and Peru Native America Computations of Time*, Norman Hammond, Oxford, 1983, p. 151 (BAR International Series 174).

¹⁶ Wigberto Jiménez Moreno, *Primeros memoriales de fray Bernardino de Sahagún*, texto en náhuatl, traducción directa, prólogo y comentarios de Wigberto Jiménez Moreno, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1977, p. 19.

“El árbol se endereza”

(Graulich);¹⁷

“Se levantan los palos”

(López Austin y García Quintana).¹⁸

El meollo de todo esto es que, por alguna razón que ignoro, la gran mayoría de las traducciones que se dan ignoran los sentidos y la gramática del náhuatl. En este último caso, el verbo involucrado es el *intransitivo* êwa, “partir”, “irse” y no el *transitivo* “parar, alzar o levantar”. Literalmente, si queremos parafrasear sus significados, sería algo así como “los árboles o los palos o la madera se levantan para irse”, pero no tiene mucho sentido, ¿como sí lo tienen las traducciones de los verdaderos especialistas?

¹⁷ Michel Graulich, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1991, p. 268.

¹⁸ Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin; índice analítico de Josefina García Quintana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 3 vols., 2002, vol. 3, p. 1261.

OTRA POSIBLE AUTOBIOGRAFÍA DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ Y LA VERDADERA HAGIOGRAFÍA DE INÉS DE LA CRUZ*

Margo Glantz

La hagiografía, lo sabemos bien, no puede ser considerada como una verdadera autobiografía. Los textos que sor Juana escribió y que podrían ser considerados como autobiográficos no lo son totalmente pues se inscriben dentro del llamado relato hagiográfico que en sí mismo es un metadiscurso, como lo asegura Michel Certeau en su libro *La escritura de la historia*.

Al final de la historiografía, como su tentación y su traición, existe otro discurso. Podemos caracterizarlo con algunos rasgos que tienen por fin únicamente situarlo dentro de un ambiente, como el constitutivo de una diferencia. Esencialmente, este discurso ilustra una significación adquirida, aunque pretenda tratar únicamente de acciones, *Acta, res gestae*. Sulpicio Severo, en su *Vita Sancti Martini*, tiene como fundamental la oposición *res, non verba* —cosas, no palabras—. Ahora bien, los “hechos” son más bien significantes al servicio de una verdad que construye su organización “edificando” su manifestación. Las *res* son las *verba* a las que el discurso tributa el culto de su sentido recibido. Parece como si de la historia se desprendiera la función didáctica y epifánica.

¿HAGIOGRAFÍA O AUTOBIOGRAFÍA?

Aunque no lo cumpliera en todos los aspectos e innovara, como siempre lo hacía, sor Juana, como monja profesa, debía respetar el canon del discurso

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de octubre de 2014 en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Eparza Oteo 144, sexto piso, colonia Guadalupe Inn.

hagiográfico en los dos textos que podrían considerarse como más notoriamente autobiográficos: la *Carta al padre Núñez* y la *Respuesta a sor Filotea*. En este escrito pretendo cotejarlos con la *Vida de Inés de la Cruz* —verdadera muestra del discurso hagiográfico— donde se narra el transcurso vital de una aspirante a la santidad, incluida con leves modificaciones por don Carlos de Sigüenza y Góngora en su libro *Paraíso occidental* de 1584:

copiada del original que se conserva en el religiosísimo convento de San José de Carmelitas Descalzas de esta ciudad, con advertencia de ser más algunas palabras que se añadieron o porque se necesitaban en el contexto o porque para necesarias noticias las juzgué precisas, omitiéndose también algunas en otras partes por ser inexcusablemente necesario que así se hiciese.

Sigüenza aceptó la misión de escribir la historia del convento concepcionista de Jesús María, en verdad, uno de los pocos libros que pudo publicar por falta de mecenas y, por tanto, de dinero para sufragar los gastos de imprenta, de lo que a menudo se quejaba. Sin lugar a dudas se trata de un discurso edificante: construye a la vez edificios y cuerpos santos: en primer lugar —por ello recibió el encargo—, dar cuenta de la fundación e historia del convento de Jesús María, agregando también el relato de la fundación en 1616 del convento carmelita de San José, por Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación, dos de las monjas más visitadas en el libro, junto con Marina de la Cruz. Y, en segundo lugar, narrar las vidas de las monjas más destacadas de su convento, asimismo una labor que le permitía erigir modelos de santidad para la edificación de los creyentes.

He trabajado en otros textos este tema, enfocándome no sólo en las cartas de sor Juana, sino en el resto de su obra para intentar esbozar una autobiografía según ella misma nos la propuso. Ahora haré un trabajo diferente y trataré de establecer cuáles son las coincidencias y las principales diferencias entre un discurso específicamente hagiográfico, insisto, el de sor Inés de la Cruz, y las cartas de sor Juana Inés que arriba he mencionado, es decir, un discurso determinado fundamentalmente por la retórica, sobre todo en la *Respuesta a sor Filotea*, como lo prueba Rosa Perelmutter en “La estructura retórica de la *Respuesta a sor Filotea*”, de su libro *Los límites de la femineidad en sor Juana Inés de la Cruz*. Y sobre todo porque reviste la forma de una autodefensa, aprovechando las reglas del discurso oratorio y, dentro de éste, las del discurso

forense. Intentaré trazar las coordenadas en donde las vidas de estas dos monjas se tocan y a la vez se apartan definitivamente, es decir, definir los elementos hagiográficos de cada uno de los textos y sus diferencias.

Y asocio a las dos monjas por varias razones: por su casi identidad onomástica, cercanía que hizo que don Vicente Riva Palacio, al escribir su novela *Monja, casada, virgen y mártir*, las confundiera e hiciese que fuera sor Juana Inés de la Cruz quien fundara el convento de carmelitas descalzas, mejor conocido como Santa Teresa la Antigua. Y, en segundo lugar, porque cuando sor Juana decidió profesar en agosto de 1667, siguiendo las directivas de su confesor en el siglo y luego en el claustro, el jesuita don Antonio Núñez de Miranda, entró a San José, escoltada por los marqueses de Mancera, virreyes de México, para ser religiosa de una regla excesivamente severa. De dicho convento salió por enfermedad —un tabardillo o tifo exantemático— antes de profesar en el convento de San Jerónimo, de regla mucho más mitigada, en 1669, donde pudo continuar su vocación y dedicarse a sus estudios. Y también porque probablemente sor Juana tomó el nombre que la consagraría para siempre del de la madre Inés de la Cruz, añadiéndole el de Juana. Pues ¿no se llamaba sor Juana en el siglo solamente Juana?

CUANDO ME RAYÓ LA LUZ DE LA RAZÓN

Las acciones destacadas en la hagiografía sólo cuentan si sirven para hacer de lo sucedido un relato ejemplar, casi intemporal, de alguna manera ya previsto, pues:

Las res gestae —vuelve a decir de Certeau—, no son sino un léxico. Debemos considerar cada “vida de santo” —o de aspirantes a la santidad en la Nueva España, añado yo— más bien como un sistema que organiza una manifestación, gracias a una combinación topológica de “virtudes” y de “milagros”.

El relato que Inés de la Cruz hace de su vida se apega en gran medida a los parámetros del discurso hagiográfico, aunque también se relatan algunas acciones específicas que nos ilustran sobre aspectos singulares de la vida monacal y también secular en la Nueva España. Los textos de sor Juana ofrecen varias discrepancias que trataré de señalar, pero ambos se originan en un mandato, el de

un sacerdote que les ordena escribir su vida y hacerla pública por considerarla ejemplar. En el caso de Inés es su confesor Gaspar de la Figuera, relato luego recuperado por Sigüenza y Góngora para inscribirlo en su historia del convento de Jesús María. En el de sor Juana es notorio que fue el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz quien travestido de sor Filotea le ordena a la jerónima escribir la muy conocida y hasta manoseada *Respuesta a sor Filotea*.

Casi podríamos decir que hay una topología y una cronología exactas que textos de este tipo deben tocar necesariamente: el primer dato importante en el relato de Inés de la Cruz es, según ella, un aviso celestial que la prepara desde el inicio de su vida para la vida monacal, y aún más, le revela que será la fundadora de un convento de carmelitas; en efecto, su abuela Quiteria de San José espera su nacimiento y su bautizo antes de tomar el hábito en un convento de descalzas en Toledo: “Buen pronóstico de que el Señor me prevenía de misericordias para ser suya”. La segunda acción se inscribe en el momento en que ambas monjas —insisto, Inés de la Cruz y Juana Inés de la Cruz— tuvieron “uso de razón” e iniciaron el aprendizaje habitual de las niñas que iban a la escuela. Inés dice:

Iba con mi hermana mayor a la maestra donde me enseñaban a leer y labrar, y *deprendí muchas oraciones*, y en brazos me llevaban por toda la vecindad [...] pareceme tendría entonces cuatro, o cinco años, porque una cuesta que había bajaba a gatas por no caer. Deprendí con gran brevedad a leer.

He subrayado la frase *deprendí muchas oraciones*, dato hagiográfico evidente en Inés y polivalente en el relato de sor Juana. Aunque ambos textos relaten una anécdota parecida, su iniciación escolar, el texto de la primera Inés subraya inequívocamente su vocación religiosa, el de sor Juana su interés por conocer. Volveré a ello. La monja jerónima dice por su parte, y me excuso por volver a utilizar estos fragmentos de su *Respuesta*, utilizados *ad nauseam*, pero no tengo otro remedio:

no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viéndolo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre or-

denaba me diese lección [...] Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuándo lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto [...] —y concluye este párrafo con esas significativas palabras— aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y *puede testificarlo*.

Otro de los elementos comunes en estos dos textos y en los hagiográficos en general coincide en el tipo de aprendizaje que recibirán las niñas y en el número de lecciones necesario para asimilarlo: las dos monjas aprenden latín en 20 lecciones, Inés porque se lo ordena su padre y Juana Inés porque su confesor Antonio Núñez de Miranda contrata al maestro Martín de Olivas para que imparta precisamente esas 20 lecciones, número en verdad cabalístico. Pero Inés confiesa más tarde que ha olvidado completamente esa lengua cuando hubo la necesidad de utilizarla en su convento. Sor Juana no sólo lo lee, sino que su discurso está trufado de citas perfectamente coherentes en latín, como los sermones o los escritos teológicos de los más famosos religiosos del periodo.

Podría yo anotar en el relato de la carmelita un dato curioso de tipo hagiográfico, con algunos breves atisbos cercanos a la autobiografía: cuando aún muy niña Inés de la Cruz barrunta que su destino es el ser religiosa huye de su casa imitando a santa Teresa y a los santos eremitas para irse al desierto:

No entendí que había más mundo que sólo Toledo, y que fuera de la ciudad era todo desiertos, y allí determiné huirme a ser ermitaña, y a pocas calles me perdí y no dejaba de andar pensando saldría de la ciudad, hasta que fue de noche y me recogieron en una casa muy lejos, y aunque me preguntaban quiénes eran mis padres no lo supe decir. Otro día oí preguntar: que quién había visto una niña con un faldellín verde, y nunca dije porque me había huido.

Imitar a los eremitas forma parte de un repertorio de acciones comunes, pertenece a una muy vieja tradición de vidas de santos e Inés no hace más que consignar un dato conocido con diversas variantes, reiterado en las hagiografías; el único dato que podríamos considerar autobiográfico aquí sería el lindo faldellín verde, una vestimenta cuyo detonante color es el síntoma de una singularidad.

Asimismo, la declaración explícita de sor Juana de que su maestra aún vive y puede testificar la verdad de ese proceso tan acelerado de enseñanza —lo que denota la precocidad de la alumna— hace que este fragmento participe a la vez de lo hagiográfico —por ser un dato repetitivo en todas las hagiografías— y de lo histórico, es decir, de lo que le sucede a una persona específica en el proceso de contar su vida, no ya como una vida modelo, sino como una vida particular, y por tanto, única.

El aprendizaje del latín en sor Juana va aparejado a una serie de acciones manejadas como penitencia, una penitencia ligada al ayuno, esa anorexia sagrada de la que ha hablado con tanta elocuencia y profundidad Rudolph M. Bell. Dice sor Juana:

Acuérdome que, en aquellos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderosos en los niños.

Reitero, este pasaje da cuenta de ciertas acciones cercanas a las disciplinas habituales que en los conventos se practicaban con el deseo de alcanzar la santidad, pero en sor Juana se advierte otra motivación: su deseo de aprender latín.

Por su parte, Inés declara que en su casa y de niña, al prepararse para la vida conventual, inicia su aprendizaje de martirio:

procuré abstinencia con achaque de que no podía comer ni caldo, ni carne, ni otras cosas guisadas, sino pan y cosas secas, que era lo que pudiera tener en un desierto y porque no entendiesen que ayunaba me pasaba con lo que tenía sin procurar nada.

Cuando niña, todavía en Toledo, y en la caballeriza de su casa o en las iglesias a las que asiste, Inés de la Cruz se aísla para practicar en secreto las *res gestae* que definirán las acciones ineludibles que la conducirán por el camino de la santidad: “estar en una suspensión la voluntad embebida en Dios, sin discurso, que no podía tenerle, ni rezar vocalmente, y en esto me estaba muchas horas alegrándome en Dios con gran deleite”. Practica la flagelación y el ayuno, y prefigura el rechazo que tendrá por la comida mexicana: “atole

no le tomaba, menos chocolate que no he podido en mi vida tomarlo, ni probarlo, y no por virtud, sino que me parece purga”. Dato curioso: en el futuro convento que Inés habría de fundar, las monjas decidieron añadir un quinto voto a los cuatro tradicionales de castidad, pobreza, clausura y obediencia: el de no tomar chocolate.

Insisto, estos episodios —la abstinencia, no comer cosas sólidas, huir del chocolate en Inés, y en Juana no comer queso— con ser los mismos o semejantes no llevan en absoluto el mismo propósito. Cuando sor Juana se despoja de sus cabellos con el fin de aprender latín parecería que practica la misma acción que Inés cuando desde niña se flagela con abrojos y se aísla para ingresar en un convento imaginario. En ésta es el principio de una vida destinada a la ascesis y, en aquélla, una vida consagrada al conocimiento:

Empecé a deprender gramática —reitera sor Juana— en que creo no llegaron a veinte lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza.

Aprender latín es para sor Juana un requisito fundamental para proseguir sus estudios:

Oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias en México; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a México, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad.

Por voluntad de su padre Inés de la Cruz recibe las mismas 20 lecciones de música (ciencia que no es de mujeres, asegura su maestro); aprende a paupar para suplir su falta de aptitud para este arte, ocupación que junto con el de contadora le será muy útil en el convento, sin caer, como ella misma dice, en los peligros que acechaban a las cantoras. Sor Juana no sólo sabía música, sino que componía exquisitos tratados musicales de los que ella misma nos dio noticia en un romance.

EL ESTRUENDO DE LA FAMA

Como oía decir que Dios no oye a los pecadores —explica Inés de la Cruz— no podía entender cómo era, y en viéndome sola le daba de gritos y lloraba hasta tanto que sentía en el alma consuelo de que me había oído.

Venir a América, enfermar en el barco y, como consecuencia, hacer votos para profesar, son el tipo de acciones que se identifican en las hagiografías; le permitirán a Inés de la Cruz iniciar el camino de la santidad y pasar del ámbito de lo privado al ámbito de lo público. Para conseguirlo debía publicitar sus acciones, hacerse notar, así lo ha dicho Inés con todas sus letras; para ser escuchada por Dios —o más bien por sus representantes en este mundo— era fundamental llamar la atención, *gritar*, aunque pretendiera que su principal cualidad para ser recibida en Jesús María había sido su humildad. En efecto, el deseo de Inés de la Cruz de agrandar su figura fue tan vehemente que muy bien podría aplicársele en sentido positivo la frase acuñada por el jesuita español Diego Calleja —con el que sor Juana sostuvo una larga correspondencia todavía perdida—, cuando aseguraba que la jerónima había vivido en religión “sin los retiros a que empeña el estruendoso y buen nombre de extática”.

El estruendo provocado por Inés fue enorme durante su estancia en el convento de Jesús María, allí ocupó el cargo de eminencia gris de dos de sus preladas, una de las cuales olvidó paulatinamente leer y escribir y la otra se volvió ciega. Desde su puesto de contadora y de secretaria o apoderada de las madres superiores, Inés logró controlar absolutamente todas las actividades del convento, regular la vida de las monjas, limitar la actividad de los devotos, ordenar sus finanzas y, como ya se dijo más arriba, fomentar una relación muy estrecha con las principales figuras de la burocracia civil y eclesiástica del virreinato para, finalmente, lograr ser la fundadora de un convento de carmelitas descalzas.

Como muestra bastan algunos ejemplos, el siguiente es característico del discurso hagiográfico: durante los terremotos de 1611 que conmocionaron a México, gobernaba la Nueva España el arzobispo-*virrey* fray García Guerra. Convencida Inés de la Cruz de que esos trastornos terrestres eran el castigo que Dios le imponía a la ciudad porque el *virrey* organizaba corridas de toros en viernes santo y en el Palacio virreinal, decide pedirle a Ana de San Miguel, entonces la madre superiora del convento, que enviase una carta al *virrey*

advirtiéndole que “él era ocasión de esos temblores”. La superiora rehúsa, Inés escribe la carta y la envía por medio del vicario del convento, para arrepentirse de inmediato de su acto:

cayó sobre mi tan gran desconsuelo y congoja que no me conocía [...] y pasé la más terrible noche que puede ser [...] Por la mañana di gracias a Dios que había amanecido con vida, y el solo alivio que aquella noche tuve fue pensar que me llevaría Dios antes de amanecer; vino la luz de Dios y desaparecieron las tinieblas, supe no se levantó más el arzobispo, y quedé advertida en conocer las astucias de nuestro enemigo.

La mano de Dios ha castigado al virrey, gracias a la intervención de otra mano, la de una simple religiosa.

Ya en el convento carmelita y después de una larga enfermedad que la llevaría a la muerte, cuenta Catalina de Cristo —otra de las monjas a quienes le da la palabra Sigüenza y Góngora— que, dato biográfico:

Reverenciaban los Virreyes Marqueses de Cerralbo a nuestra Madre Inés de la Cruz como si fuese santa, y en su última enfermedad se venía la Marquesa a servirla de rodillas y con sus propias manos sacaba las bacinillas y ella le administraba la comida que traía guisada de Palacio; y el Marqués ya que no podía entrar acá se venía a la Iglesia a saber por momentos de su disposición. Sintieron con extremo su muerte y pidió el Marqués sus papeles para vincular (como decía) en ellos un mayorazgo.

Es evidente que, en este sentido, sor Juana Inés de la Cruz gozó de los mismos privilegios: tuvo la protección de las figuras más eminentes del virreinato, baste mencionar a los marqueses de Mancera, virreyes de la Nueva España durante la juventud de sor Juana, quienes, como dije más arriba, la acompañaron cuando entró como novicia al convento de San José en 1667; fray Payo de Rivera, el arzobispo-virrey de México de 1673 a 1680, quien le encargó, además de varios villancicos, el Arco de la Catedral de México que habría de erigirse en honor de los marqueses de la Laguna. Su fama pública se extendió, como bien explicaba el padre Calleja, por todas las Españas, es decir la metrópoli, los virreinos y también a Portugal. El primer volumen de sus obras fue publicado con el pomposo nombre de *Inundación Castálida*, gracias a los oficios de la

condesa de Paredes, virreina en México de 1680 a 1686. También se enaltece su nombre en el *Segundo volumen* de su obra, publicado en Sevilla bajo los mismos auspicios, y en el tercero que, para reiterar su celebridad, fue bautizado como *Fama y obras póstumas*.

Su fama no había surgido ciertamente —como la de Inés de la Cruz— de su aspiración a la santidad, a pesar de que cuando profesó en el convento de San Jerónimo ese documento culmine con estas palabras: “Dios me haga santa”, fórmula retórica común en ese tipo de escritos legales. En su carta al padre Núñez sor Juana remacha la diferencia que para ella hay entre el saber y el ignorar:

Pues ¿por qué para salvarse ha de ir por el camino de la ignorancia si es repugnante a su natural? ¿No es Dios como suma bondad, suma sabiduría? Pues ¿por qué le ha de ser más acepta la ignorancia que la ciencia? Sávese San Antonio con su ignorancia santa, norabuena, que San Agustín va por otro camino y ninguno va errado.

APRENDER A CONTAR

Como Inés de la Cruz, también sor Juana fue contadora de su convento, otro de los oficios que ambas desempeñaron. Inés ocupó ese puesto para suplir a un mayordomo que se apoderó de cuatro dotes pertenecientes a unas novicias. A pesar de que sabía perfectamente que desde niña había sido muy hábil en estos menesteres, Inés se lamentaba de “Tener la misma ocupación y ejercicios que tuvo Judas, ¡Oh qué tribulación tan terrible!”.

Y, con todo, esa habilidad aumentaba su influjo en el convento “porque —advierte— yo predominaba sobre el dinero”; y al ser nombrada superiora de Jesús María, Francisca Evangelista, otra monja que pasaba por ser una santa, “no quiso entrarse en su poder un real por evitar las sospechas de cómo lo gastaba”, por lo que se ratifica a Inés en ese puesto, quien en flagrante contradicción con su queja anterior confiesa en otro momento de su narración lo que su madre contaba: “cuando me criaba lloraba mucho, y en cobijándome en la cuna con algo que tuviese oro callaba luego”.

Sor Juana cumple con el oficio de contadora durante 12 años; muy poco oímos de su boca enaltecerse por ello y apenas mencionarlo; en cambio, la madre Inés se vanagloria a menudo de su habilidad administrativa y de que su

buen manejo de los fondos del convento permitió su bonanza, aunque quizá también fuera este el caso de nuestra jerónima, siempre muy bien remunerada además por sus versos escritos por encargo. Baste mencionar el dinero que sor Juana recibió por haber contribuido con el texto poético *Neptuno alegórico* que acompañaba al arco efímero de la Catedral, construido para recibir en 1680 a los marqueses de la Laguna quienes luego se convertirían en sus mecenas.

¿TABARDILLO O TABARDETE?

Los conventos de monjas eran insalubres. Tanto sor Inés como sor Juana sufrieron de las enfermedades que propiciaba la vida conventual. Inés sufre de convulsiones, males estomacales, intoxicación por los medicamentos que los médicos le recetaban, y también de males imaginarios. ¿Cómo diferenciarlos? ¿Cómo saber si esos males no eran solamente producto de su imaginación?

Como el espíritu peleaba con la flaca naturaleza y ella no lo podía soportar, dióme tantos estremecimientos en el lado del corazón que meneaba toda la cama, dieron en decir que era melancolía, y tenía yo alegría para repartir con todo el convento. Curáronme muchos médicos y mi padre envió los mejores de la ciudad, pero todos ellos me iban matando, porque ni tenía ni calentura ni lo entendían y pensando que era melancolía mandáronme poner una cama muy galana, y en una semana me dieron seis purgas y se aumentaban cada día los remedios, pareciendo milagro el que de algunos muy rigurosos me librase Dios. Lo que gané en la cura fue dejarme los médicos desahuciada.

Y sin embargo Inés de la Cruz murió a los 66 años en 1633.

Sor Juana menciona a menudo su falta de salud. Un tabardillo la obliga a abandonar el convento de San José y a escribir uno de sus más famosos romances donde le pide a fray Payo que la confirme como una especie de antídoto contra la muerte. Y cuando le responde a sor Filotea con su famosa *Respuesta* se queja de la demora en hacerlo debido a su precaria salud, misma que habrá de fallarle cuando en 1695 se contagia en una epidemia de tifo que la exterminó a ella y a varias de sus hermanas en el convento.

Inés de la Cruz rompe uno de sus votos, el de clausura, al salir del convento de Jesús María para fundar otro y participar en la solemne procesión que el arzobispo ha organizado, ritual que antecedió siempre a ese tipo de ceremonias:

Un muy buen sacerdote, y muy celoso de la honra de Dios, decíame: “Señora Inés de la Cruz plegue a Dios le dé un tabardete, porque se excuse la vanidad de esta procesión”; y en verdad que se engañaba, porque a mí me parecía cosa de risa el poder tener vanagloria.

Al salir del convento y mientras duran la procesión y la misa pública Inés avisa que perdió el sentido y no se dio cuenta del mundo, para no violar su voto de clausura pronunciado al profesor en Jesús María: “no parece estaba en mi sentido, ni me acordaba de nada, ni atendía a cosa Entrando en el convento me hallé buena”.

Sería interesante profundizar más en este tema: casi no hay texto hagiográfico donde la enfermedad no esté conectada con la búsqueda de la santidad, sobre todo en lo que respecta a las mujeres, me remito a los estudios de Carolyn Walker Bynum.

El paso de sor Juana por el convento de carmelitas descalzas fue descrito por el jesuita Juan Antonio de Oviedo, en su libro sobre Antonio Núñez de Miranda, el confesor de sor Juana, no como un dato ejemplar, sino como un dato más de la vida de la monja que produjo consecuencias, buscar un convento de regla más mitigada para poder profesar:

Fue tanta la falta y quiebra de su salud, que juntándose al parecer de los médicos de que no era su complexión para proseguir en los rigores y austeridades que profesaba aquella regla, le fue forzoso salir a buscar puerto en donde, atendiendo con menos peligros de enfermedad a la regular observancia, se viese libre de las muchas olas que la amenazaban.

Aquí se puede citar otro texto donde la propia sor Juana habla de este acontecimiento de forma más bien retórica, un romance probablemente escrito en 1673, dedicado a fray Payo de Rivera, en donde cuenta que “ha pasado un tabardillo”: “Yo, Señor (ya lo sabéis), / he pasado un tabardillo / que me lo dio Dios, y que / Dios me lo haya recibido”.

LOS MILAGROS Y LAS VISIONES

Es habitual que en el discurso hagiográfico las aspirantes a la santidad hagan mención tanto de sus visiones como de su capacidad de hacer milagros. Como otras monjas, Inés de la Cruz ve visiones. En ellas se le aparecen el Crucificado, la Virgen María, varios santos, y también las monjas de su convento, aquellas que tuvieron fama de santas, pero nunca fueron canonizadas como Marina de la Cruz, su maestra y protectora, a quien a menudo ha visto “elevada”. Una de las visiones más significativas se refiere a la fundación del nuevo convento:

y me sucedieron algunas cosas en que Dios me lo dio a entender, pero por no acordarme bien y no decir cosas encontradas no las pongo. Una vez me pareció estábamos en una iglesia en que se hacía gran fiesta, y aguardaban al Predicador, que fue Nuestro Señor, el cual se subió en el púlpito y traía en las manos dos como bolas del tamaño de una cabeza, de piedras riquísimas, y desde allí las arrojó, una llegó a la madre Mariana (de la Encarnación) y otra a mí, y para sólo esto había sido toda la fiesta, y entendí éramos las escogidas para la fundación [...]

Parecióme un día vía a la Santísima Trinidad (digo entendiéndolo, porque no vide nada) en una gloria como globo, y Nuestra Señora estaba de rodillas pidiéndole a su Hijo esta fundación, y se la concedió.

Inés y Mariana son las elegidas por Dios para fundar un convento; sin embargo, según se deduce de su propio relato, Inés fue la señalada, es a ella a quien Dios ha comunicado aquello que confirma su deseo, deseo expresado desde la infancia, pronto convertido en realidad, en suma, una visión profética —o transmitida por el entendimiento, como dice por precaución la monja— confirma su misión primordial, intuita cuando todavía era niña y vivía en Toledo.

Al morir Inés, Sigüenza y Góngora da cuenta de otra profecía. En ésta es la propia santa Teresa de Jesús quien ha vaticinado que Inés será la continuadora de su obra en la Nueva España: “Véase ahora si profetizar la gloriosa santa Teresa el que se fundaría en México convento de las Carmelitas de la misma manera que si ella lo hiciese, dio bastante margen para poderse comparar con ella (Inés) quien lo fundaba”. Y Sigüenza concluye con precaución: “Tócale al historiador referir los sucesos desnudamente, vístalos el lector de ponderaciones si de ello gusta”.

Estas visiones podrían también denominarse milagros y son características del discurso hagiográfico. En los escritos llamados autobiográficos de sor Juana es imposible encontrar visiones o milagros, a menos de considerar que en su más grande poema la monja nos relate una visión. El hecho mismo de haberlo titulado *El sueño* debe disuadirnos de que pudiera ser así.

Es más, en la *Respuesta a sor Filotea* los milagros provienen de las narraciones evangélicas y son utilizados por sor Juana para reforzar sus argumentos en su defensa contra las acusaciones del obispo. Hace mención de la resurrección de Lázaro, pero jamás alude a ninguna visión que ella haya tenido durante su vida como monja y mucho menos que hubiese, como Marina o Inés de la Cruz, realizado algún milagro:

¿No va Cristo a hacer un milagro? Pues ¿qué mayor peligro? Menos intolerable es para la soberbia oír las reprensiones, que para la envidia ver los milagros. En todo lo dicho, venerable señora, no quiero (ni tal desatino cupiera en mí) decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro.

LA OBEDIENCIA DEBIDA

Algunos comentaristas destacan el hecho de que en su acta de profesión del 24 de febrero de 1669 y en la recién publicada *Protesta de la fe*, firmada probablemente no mucho antes de morir, sor Juana enumere los cuatro votos reglamentarios empezando así: “de vivir y morir todo el espacio de mi vida en obediencia, pobreza, sin cosa propia, castidad y perpetua clausura”, con lo que el voto de obediencia sería definitivamente el que más hubiese querido o debido honrar.

No lo dudo, no dudo que en sus últimos años sor Juana haya decidido ser solamente una monja quien firmaba con su sangre su total entrega a la Iglesia católica. Con todo, si se revisa con cuidado su vida salta a la vista que no cumplió al pie de la letra esos primeros votos. Sabemos de sus propiedades, aunque en el acta de profesión asegura que no tendrá cosa alguna. Sabemos que no era hija legítima y en su acta de profesión así lo proclama. Y en la *Carta al padre Núñez* y aun en la *Respuesta a sor Filotea*, donde tuvo que ser mucho más cauta

porque su contestación estaba dirigida a un prelado de muchísima significación y poder en la Nueva España, existen párrafos donde reivindica su derecho a disentir de las autoridades. ¿No ha disentido ella del padre Vieyra en su *Carta atenagórica* o *Crisis de un sermón*?

Si el crimen está en la *Carta Atenagórica*, ¿fue aquélla más que referir sencillamente mi sentir con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad, no me lo prohíbe, ¿por qué me lo han de prohibir otros? ¿Llevar una opinión contraria de Vieyra fue en mi atrevimiento, y no lo fue en su Paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento tal cual ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar? ¿Es alguno de los principios de la Santa Fe, revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados? Demás que yo ni falté al decoro que a tanto varón se debe, como acá ha faltado su defensor [...] ni toqué a la Sagrada Compañía en el pelo de la ropa; ni escribí más que para el juicio de quien me lo insinuó [...] Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata? Y con eso él quedará vengado y yo contenta, que aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta [...]

Antes, mucho antes, cuando escribió la *Carta al padre Núñez*, allá por los 82 años del siglo XVII, decía:

Y así le suplico a v. r. que si no gusta ni es ya servido favorecerme (que eso es voluntario) no se acuerde de mí, que aunque sentiré tanta pérdida mucho, nunca podré quejarme, que Dios me crio y me redimió [...] que del cielo hace muchas llaves y no se estrechó a un solo dictamen, sino que hay en él infinitad de mansiones para diversos genios, y en el mundo hay muchos teólogos, y cuando faltaran, en querer más que en saber consiste el salvarse y eso estará más en mí que en el confesor.

¿Cuál es la máxima autoridad, la del confesor, la del arzobispo, la del virrey o la de Dios?, parece preguntar sor Juana aquí y aún en la *Respuesta*. A esto se siguió el arco de la iglesia.

Esta es la irremisible culpa mía a la cual precedió habérmelo pedido tres o cuatro veces y tantas despedídome yo hasta que vinieron los dos señores jueces hacedores que antes de llamarme a mí, llamaron a la Madre Priora y después a mí y mandaron en nombre del Excmo. Señor arzobispo lo hiciese porque así lo había votado el Cabildo pleno y aprobado Su Excelencia.

Ahora quisiera yo que v. r. con su clarísimo juicio se pusiera en mi lugar y consultara ¿qué respondiera en este lance? ¿Respondería que no podía? Era mentira. ¿Qué no quería? Era inobediencia [...].

En este sentido, es interesante asimismo escuchar a Inés de la Cruz quien también juró obediencia a sus superiores y quien discrepó muchas veces de la priora de su convento, de su virrey-arzobispo y hubiese quizá seguido el ejemplo que más tarde en 1650 hizo que las carmelitas solicitaran la independencia del ordinario y la obediencia directa a la orden del Carmen, por lo que fray Payo de Rivera castigó duramente a la orden.

¿A quién, pues, obedecer? ¿Cómo y por qué renunciar al albedrío, una de las premisas más importantes de la Iglesia de ese tiempo? Premisa que parece desconocer el padre Núñez cuando pide que las monjas renuncien al albedrío y obedezcan a su confesor como si fuese el mismo Dios: parecería que sor Juana no quiso aceptar este precepto durante la mayor parte de su existencia y quizá se vio obligada —o lo decidió— a hacerlo los tres o cuatro últimos años de su vida.

BALBINO DÁVALOS.
DIPLOMÁTICO, HOMBRE DE LETRAS
Y UNIVERSITARIO*

Fernando Serrano Migallón

Hay hombres de gran eminencia que se dedican a muy distintas profesiones, con particular notoriedad y éxito en todas y cada una de ellas. Su versatilidad es no solamente objeto de admiración, sino también un modelo a seguir y algo que debe difundirse a las nuevas generaciones, en estos tiempos en que, cuanto mayor la especificidad de una profesión, supuestamente, mayor también el éxito augurado, cosa que no es necesariamente cierta para todos.

El colimense Balbino Dávalos Ponce, también conocido como “Balkim”, nacido en 1866 y fallecido en 1957, fue uno de esos eruditos que sobresalieron en más de un arte. En esta Academia de la Lengua don Balbino ocupó la silla XV, que dentro de pocos meses será el sitio de otra personalidad que destaca en muchos talentos, don Eduardo Matos Moctezuma. Dávalos, abogado de profesión y uno de los miembros más ilustres de la Barra de Abogados de México fue a un mismo tiempo poeta modernista, reconocido por Rubén Darío y Amado Nervo; agudo crítico literario cuyo ejercicio iba a la par con su ventajosa condición de extraordinario políglota; traductor, considerado simplemente el mejor de su generación; diplomático, destacándose tanto en la diplomacia porfiriana como en la revolucionaria con igual compromiso hacia su patria; hombre político, ocupando uno que otro cargo en la administración pública federal y puestos de elección popular; y universitario, condición en la que dirigió instituciones fundamentales del saber como la propia Universidad Nacional de México, durante un periodo breve pero turbulento, y la Facultad de Filosofía y Letras, que encabezó durante tres años sin cobrar un solo peso.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 11 de diciembre de 2014, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Esparza Oteo 144, sexto piso, colonia Guadalupe Inn.

Vale la pena arrojar algo del contexto en el que nace esta figura intelectual y la manera en que se va formando desde joven, puesto que su origen apuntaba a otros destinos. Por unos cuantos días, entre el 27 de marzo y el 11 de abril de 1858, la ciudad de Colima fue el centro de operaciones del bando liberal durante los inicios de la Guerra de Reforma. El presidente constitucional de la República, Benito Juárez, se instaló en aquella tierra entre un volcán y el océano en ese breve periodo, procedente de Guadalajara, para finalmente embarcarse en Manzanillo, huyendo de las fuerzas conservadoras de Félix María Zuloaga y Miguel Miramón. El estado de Colima cambiaría de manos cinco veces en dos años, recuperada al fin por los liberales en 1860.

Una vez terminada la contienda civil, la pequeña entidad fue presa de la ambición política de distintos personajes hasta la designación de Ramón R. de la Vega quien tuvo a bien poner en orden la hacienda de la entidad, crear la Dirección de Instrucción Pública, fundar el Liceo de Varones y expedir la Ley de Instrucción Pública del estado, además de establecer escuelas normales para hombres y mujeres. Por decreto del presidente Juárez se otorgó a Colima, durante la administración de De la Vega la potestad sobre el archipiélago Revillagigedo. No obstante estos logros, el advenimiento del Segundo Imperio mexicano tuvo, por supuesto, repercusiones en Colima, que fue tomada por el general francés Félix-Charles Douay en diciembre de 1864. La administración imperial no fue del todo popular en la región, tanto por la fuerte represión de los imperialistas sobre quienes se opusieron a ella, como a causa del desbordamiento de los tres grandes ríos que cruzaban la capital.¹

En este contexto el 30 o 31 de marzo de 1866, cuando las tropas imperiales comenzaban a sufrir constantes descalabros en la zona, nace en la ciudad de Colima el niño bautizado como Balbino Adolfo Dávalos Ponce, hijo de don Mariano Dávalos Anguiano y doña Crescenciana Ponce Baldovinos quienes mueren cuando él aún es un infante, en 1873. Balbino y su hermano menor, Ausencio, nacido un año después del nacimiento del primero, quedarán al resguardo de sus abuelos. Se ha comprobado que Balbino no era hijo del general Bibiano Dávalos, militar nayarita, liberal y porfirista, como algunas

¹ Paulina Machuca Chávez y José Miguel Romero de Solís, *Historia breve de Colima*, Secretaría de Educación Pública—El Colegio de México—Fondo de Cultura Económica, México, 2010, pp. 96-105.

fuentes erróneamente sugieren.² Balbino estará entre las primeras generaciones que se beneficiaron de la obra del gobernador De la Vega, pues fue inscrito en el Liceo de Varones, una vez restaurada la República —y con ella restituido en su puesto dicho mandatario—, donde aprenderá francés, hacia 1880. Antes de ello, sin embargo, ingresará en el Seminario Conciliar Tridentino de Colima donde aprenderá con mucha facilidad italiano, griego y latín, lenguas en las que destacará posteriormente como traductor y gran erudito. El joven Balbino es expulsado del seminario a los 14 años no en vista de que portaba una pistola, como escribe a un amigo presbítero, sino “[...] debido a que en una ceremonia de retiro se me sorprendió leyendo, en absorta meditación, en lugar del habitual devocionario, un inocente tomo del *Montecristo* de Dumas”.³ A esa edad compone también su poema inicial, *Primera emoción*, con notables influencias naturalistas y románticas y solidifica su enamoramiento de la vida y del amor.

Posteriormente fue arropado por su pariente, el ex arzobispo de México en tiempos de Maximiliano, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos a quien el presidente Juárez permitió volver al país en 1871, y que gozaba de enormes conexiones en la capital de la República. Resulta curioso que esta figura religiosa sea quien le abriera las puertas al adolescente, en 1884, para ingresar en una institución secular y juarista como la Escuela Nacional Preparatoria en la que estudia con un estipendio otorgado por el gobernador de Colima, Esteban García. Con apenas 20 años se convertirá al mismo tiempo en docente de dicha institución, impartiendo Prosodia y versificación latinas. Más tarde ocupará en ella los cargos de profesor de Latín, a secas, desde febrero de 1894, y de Lengua nacional en enero de 1897, y llegó a publicar un manual de 96 páginas, titulado *Curso primario del idioma inglés*, en 1898.⁴ Tendrá también a su cargo, hasta 1924, las cátedras de Lengua española y Lengua comentada en la Nacional Preparatoria.

Mientras iniciaba sus estudios, en 1884, Balbino Dávalos presencié directamente las manifestaciones callejeras contra el gobierno de Manuel González,

² Gustavo Jiménez Aguirre, “Balbino Dávalos y Amado Nervo, distantes simetrías”, *Literatura Mexicana*, t. XI, núm. 2, 2000, p. 253. Bibiano Dávalos murió en 1897, mientras que Balbino, oriundo de una familia colimense, quedó huérfano desde temprana edad.

³ Felipe Garrido, “Balbino Dávalos”, en Balbino Dávalos, *Las ofensas*, Gobierno del Estado de Colima—Universidad de Colima—Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colima, 2002, p. 15.

⁴ *Idem*.

en incremento conforme se discutía la deuda inglesa en la Cámara de Diputados. A sus 18 años comenzaba de esa manera una concientización política en el joven preparatoriano, un apego al estudiantado y a las instituciones universitarias que conservaría el resto de su vida. El episodio debió parecerle más extraño, de hecho, al ser el hijo del presidente, Manuel González Horn, uno de sus amigos más cercanos. En la Escuela dos profesores de latín, materia en la que sobresale por encima de cualquier otra, dejarán honda huella en él: don Rafael Ángel de la Peña, miembro de esta Academia de la Lengua y gran filólogo elogiado por Menéndez Pelayo, y don Félix Cid del Prado, creador intelectual del Liceo Juárez, en la ciudad de Toluca.

Al concluir sus estudios, en 1889, y mientras combinaba su escritura con la docencia, decide entrar dos años después en la Escuela Nacional de Jurisprudencia para cursar la carrera de Leyes, graduándose en 1895. Sin embargo, tanto su ingreso en el Servicio Exterior Mexicano, en 1897, como su vocación docente retrasan por unos años su titulación como abogado. Finalmente, el 26 de noviembre de 1902, el talentoso Balbino Dávalos, rondando ya los 36 años de edad, sustenta su examen profesional para licenciarse como abogado. De manera un tanto extraña lo hace ante el Supremo Tribunal del Estado de Colima, con lo que se le dispensaron los exámenes previos y demás requisitos exigidos por la ley. Aunque era un notable jurista graduado con honores, su amor por la lírica lo acercará mucho más al proyecto prohiado por Justo Sierra de crear una Escuela Nacional de Altos Estudios, y quedará vinculado a ella desde 1910 hasta 1945 cuando se le nombra profesor honorario y se le otorga su jubilación.

El poeta colimense formará parte, desde temprana edad, de la Sociedad Literaria Cuauhtémoc, fundada por Eusebio Almonte y Guillermo Prieto con la intención de preservar los valores nacionales, así como del Liceo Mexicano Científico y Literario organizado por Luis González Obregón, entre otros, que buscaba continuar la obra de la Academia de Letrán. Frecuentó también el Liceo Altamirano de Manuel José Othón y José Joaquín Pesado, basado en el folclor y las tradiciones populares. De ese modo, el joven poeta se nutrió de clubes tan selectos como variados. El 30 de mayo de 1892 Balbino Dávalos es nombrado vicepresidente del Liceo Mexicano, siendo su presidente Ezequiel A. Chávez quien 38 años después responderá su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

EL DIPLOMÁTICO

Balbino Dávalos será un destacado diplomático. Ingresó en el Servicio Exterior en 1897, con el Porfiriato en su máximo esplendor. Su primer cargo fuera de México comenzará ese mismo año; la posición que logra Dávalos revelará su amplio sentido del profesionalismo y compromiso, así como el valor de sus incipientes contribuciones a la política exterior de la nación, cuando se convierta en oficial segundo de la Embajada de México en Washington, formándose a la vera del ilustre embajador Matías Romero. Presumiblemente, unos meses después vuelve a México para convertirse en secretario particular del secretario de Relaciones Exteriores, el oaxaqueño Ignacio Mariscal, quien compartía con el joven colimense su pasión por la escritura, la poesía e incluso la traducción. Entre Dávalos y Mariscal se formará una amistad sólida conforme el segundo, en sus ratos libres, traduzca a Shakespeare, Longfellow y Byron gracias a su profundo conocimiento del inglés. Mariscal incursionó de hecho en la poesía y será el propio Dávalos quien de manera póstuma, en 1911, un año después de morir el canciller en ejercicio de sus funciones, seleccione, compile y edite sus *Poesías*, publicadas dicho año en Madrid.⁵

En julio de 1904 Balbino Dávalos será electo diputado federal por Colima, cercano al grupo de los científicos en la Cámara baja. Su quehacer legislativo a menudo entrará en conflicto con el diplomático.⁶ En junio de 1905 el tabasqueño Joaquín Demetrio Casasús González, notable jurista, economista, político y escritor perteneciente a esta Academia de la Lengua y quien fuera su director entre 1912 y 1916, condiciona su designación como embajador en Washington a que sea Dávalos el encargado de Negocios. Un año más tarde, al separarse don Joaquín del cargo, Balbino se convertirá en la cabeza interina de la Embajada en Estados Unidos como encargado de Negocios *ad interim*, desde donde será el principal punto de apoyo de Porfirio Díaz en la relación bilateral, en ocasiones fungiendo como agente secreto encargado de

⁵ Andrés Henestrosa, “Ignacio Mariscal”, en José Luis Martínez (ed.), *Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas*, Academia Mexicana–Fondo de Cultura Económica, México, 2003, pp. 314–315.

⁶ Carlos Ramírez Vuelas, *Balbino Dávalos: notas para la recuperación de un poeta modernista. Nieblas londinenses y otros poemas (edición crítica de su poesía dispersa)*, tesis de maestría en Letras mexicanas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, p. 55. Disponible en línea, en: <<http://132.248.9.195/pd2006/0605848/Index.html>>.

proporcionar información sobre las actividades de los Flores Magón, exiliados en el país norteamericano. Dávalos permanecería en el cargo hasta el 3 de marzo de 1907 cuando arribó a la capital estadounidense el nuevo embajador, Enrique Creel Culty, gobernador porfirista de Chihuahua.

En 1907 Dávalos viaja a Londres para convertirse en encargado de Negocios mientras se desempeña como embajador el veracruzano Miguel Covarrubias Acosta, personaje detestable, a decir de don Balbino, con quien también tendrá que trabajar más tarde en Rusia. En un pasaje de sus *Memorias* Dávalos recuerda cómo viajó a España en 1909 para “descansar” tanto de la Embajada como del embajador, al tiempo que se preparaba la publicación de *Las ofrendas*:⁷

Hallábame en Madrid, en 1909, en viaje para descansar de las brumas de Londres y del intolerable ministro a que por entonces me tenía condenado mi cargo diplomático en Inglaterra. Y en España, por insinuación de Amado Nervo, me animé a publicar mi primer libro de versos, *Las ofrendas*. Su-miso a las sugerencias de Nervo, seleccioné entre los manuscritos que me acompañaban lo que me pareció menos desechable de coleccionar, salvo dos engendros que Amado se encaprichó en librar de la parricida alevosía con que destruí toda mi obra.

Al iniciarse el siglo xx, la monarquía portuguesa había trasladado a su primer secretario en Washington a México, por lo que Porfirio Díaz respondió nombrando a Dávalos, que tenía el mismo cargo en Lisboa. El estallido de la Revolución mexicana sorprenderá a Balbino allí, en 1910, mismo año en que se instaura la Primera República portuguesa. Dávalos será encargado de Negocios con el embajador Juan Antonio de Béistegui, y más tarde sustituido en esa función, durante un breve periodo, por Leopoldo Blázquez Margáin, diplomático de gran cuño. Dávalos será llamado a México en 1911 por Francisco I. Madero al tratarse de un funcionario de antiguo régimen, pero tras una entrevista con el presidente regresará a Lisboa al año siguiente. En los ficheros de la Secretaría de Relaciones Exteriores se registra que Dávalos fue nombrado encargado de los Archivos de la Legación mexicana en Lisboa el 6 de septiembre de 1912, presentando cartas credenciales ante el presidente de la República, don Manuel de Arriaga, en noviembre.

⁷ Felipe Garrido, *op. cit.*, p. 17.

Su estancia en Portugal resulta interesante porque es allí, a la par que cumplía sus deberes diplomáticos, que don Balbino va dando forma a lo que terminará siendo su discurso de ingreso a esta Academia Mexicana de la Lengua. Se trataba en un principio de un ensayo que versaba sobre los contrastes lingüísticos entre el portugués y el español. Así lo dice nuestro protagonista:⁸

Hallábame entonces en Portugal, y la ocasión a cuyo señuelo aludo, me la ofrecía alucinantemente en su lenguaje aquella noble y encantadora tierra tan popularizada en el mundo literario por Eça de Queiroz. Qué mejor, pensé entonces, que intentar un ensayo, por somero que me resulte, de los contrastes que observo entre la lengua de estos “excelentísimos” portugueses y la mía, ensayo en que intentase investigar en qué consiste que el común caudal de vocabulario y locuciones de ellos y nosotros, haya venido a tan raras divergencias, ya no fonéticas ni morfológicas, es decir gramaticales, que para ello bastaría consultar a Meyer-Lübcke, sino de genuina y usual significación, de manera que siendo dichas locuciones y vocablos frecuentemente los mismos por aspecto y origen, antójanseme a veces como desemparentados de los nuestros y aun en opuesta enrevesadura semántica [...] púseme a coleccionar curiosos datos; a requerir contrastes en conversaciones y lecturas; a acumular citas de añejas y recientes autoridades; a reunir, en suma, cuanto a mano venía, y sin más dilación, di comienzo a mi mamotreto, titulándolo presuntuosamente: “Antinomias lingüísticas hispanolusitanas”.

Sin embargo, como sucede en las vicisitudes cambiantes de la vida, las *Antinomias lingüísticas hispanolusitanas* quedarán en borradores, o como él mismo dijo, “expirando en su cuna”, pero la idea de este ensayo evolucionará hacia un tema similar y distinto a la vez: “La rima en la poesía clásica romana”. Al salir de Portugal, un nuevo horizonte se abre en su carrera diplomática cuando es nombrado, desde el 30 de diciembre de 1913, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en San Petersburgo, capital del Imperio ruso. Balbino Dávalos será el último embajador mexicano en presentar cartas credenciales al zar Nicolás II, el 25 de junio de 1914, tan sólo un mes antes de iniciarse la Gran Guerra, tan

⁸ Balbino Dávalos, *Discursos leídos ante la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en la sesión solemne con motivo de la recepción pública del señor don Balbino Dávalos el día 23 de julio de 1930 en la Barra Mexicana de Abogados*, Labor, México, 1930, pp. 7-8.

funesta para la dinastía Romanov. Pero su gestión terminará en agosto, iniciada ya la primera Guerra Mundial, en cuanto el gobierno constitucionalista de Venustiano Carranza ordene el cese de todo el personal diplomático.

Dávalos jamás vería con buenos ojos al maderismo, pero sí profesaría mucha devoción al presidente Carranza. Por ello fue que en 1920, cuando es considerado para convertirse en subsecretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de De la Huerta, Dávalos niega el ofrecimiento a Juan Sánchez Azcona. El colimense llegaría, en cambio, a la República de Weimar para sustituir en el cargo de embajador en Berlín a Isidro Fabela, amigo suyo, presentando cartas credenciales al presidente Friedrich Ebert el 26 de agosto de 1921. De nueva cuenta, su estancia como embajador no sería muy larga, pues su misión termina en junio del año siguiente, cuando lo reemplaza Alfredo Catu-regli. Según Carlos Ramírez Vuelvas, don Balbino renunció por el escándalo de enredarse con una viuda que rentaba el piso de la legación diplomática⁹. Se dice que Balbino rentó un edificio de tres pisos, el cual fue la sede de la Embajada mexicana. En el primer piso ubicó el despacho oficial, el segundo piso era la estancia familiar y el tercero estaba reservado para la dueña del local, una viuda con quien Dávalos pasaba las noches. Por las mañanas bajaba al segundo nivel para recibir el desayuno y, más tarde, quizás a mediodía, despachaba en la primera planta. Por la noche se tomaba una copa de coñac y fumaba un par de cigarrillos acompañado de la viuda, para más tarde salir con ella a ver una función de teatro.

La Embajada en Alemania era en aquel entonces concurrente en Suecia y Dávalos viaja a Estocolmo una vez concluidas sus funciones para aprender sueco como único motivo, lengua que gracias a su dominio del alemán aprende en tan sólo seis meses. Dicha proeza le valió una condecoración especial de manos del rey Gustavo V.¹⁰

Termina así la carrera diplomática de Balbino Dávalos, que abarca 25 años, y en la que se destacó como un profesional de primer nivel. No significaba cualquier cosa, durante aquellos momentos en que comenzaba a despuntar la novel diplomacia mexicana, ser designado a tan altos cargos en países clave para la política exterior del Porfiriato y, sobre todo, de la Revolución mexicana, como tampoco era asunto fortuito que se le designara para suplir a un

⁹ Carlos Ramírez Vuelvas, *op. cit.*, p. 88.

¹⁰ Felipe Garrido, *op. cit.*, p. 16.

personaje de la talla de Isidro Fabela. Dávalos fue un diplomático a la altura de toda circunstancia, uno de los más altos servidores de la Patria en las primeras décadas del siglo pasado; es una lástima que su actuar diplomático no haya sido prácticamente analizado hasta fechas recientes.

EL HOMBRE DE LETRAS

La mayoría de los que saben consideran a Balbino Dávalos como “poeta menor”, lejos de destacar más que en unas cuantas líneas. Pero al mismo tiempo coinciden en que su obra como traductor es de una calidad altísima e inigualable. Max Henríquez Ureña, en su obra seminal *Breve historia del modernismo* —que de breve tiene muy poco— publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1954, daba la siguiente semblanza de Balbino Dávalos:¹¹

[...] fino poeta, autor de *Las ofrendas*, volumen en el que figuran bellas composiciones, como *Odas nuevas*, *Cristal marino* y *Las rocas y los árboles hablaron*, no debió su prestigio literario al mérito de su producción original, por otra parte muy digna de aprecio, sino a su labor sorprendente como traductor. En la lengua española ha habido muy pocos traductores que puedan hombrarse con él. Entre sus traducciones más acabadas se cuentan dos de Théophile Gautier: *El arte*, síntesis de un credo estético, que cierra el volumen de *Esmales y camafeos*; y la *Sinfonía en blanco mayor*, de la cual logró hacer Dávalos casi un calco, que a la vez que maravilla por la exactitud tiene el mismo encanto, la misma galanura, la misma maestría de forma que el original francés. Otras de sus traducciones notables: del francés, *Las ingenuas*, de Verlaine; *La caída de las estrellas*, de Leconte de Lisle; del inglés, *Maud Muller*, de Whittier, y diversas composiciones de Swinburne, Edgar Allan Poe, Longfellow y Walt Whitman; del italiano, un manojito de rimas de Stecchetti. Dávalos tradujo también *Afrodita*, de Pierre Louÿs y *Monna Vanna*, de Maeterlinck.

Si bien *Las ofrendas* —dedicado a Ignacio Mariscal, a Justo Sierra, a Casasús y a Manuel González Horn— se publica en 1909 se trata de una compilación de

¹¹ Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª reimp., 1978, pp. 483-484.

poemas escritos al menos desde 1880, cuando Balbino era un muchacho de 14 años. En la *Invocación* del volumen se asoma ya el modernismo literario con todas sus características: la rebeldía creativa, el anhelo por escapar del tiempo presente, el acercamiento a las artes y el uso de helenismos. Abre así la *Invocación*:

¡Oh, soberana Musa
de la intuición artística
difunde tu eucarística
irradiación en mí;
niégales raptos líricos
a mis fugaces versos;
mas púlelos cual tersos
tallados de un rubí.

Y, más tarde, prosigue de esta manera:¹²

quiero, olvidado y solo,
buscar la inútil rima
que pulimenta y lima
la dulce ociosidad;
con arabescos frívolos
bordar sonoros huecos
donde encerrar los ecos
sin alma de esta edad.

No lamentéis, vulgares
censores sistemáticos,
la ausencia de dramáticos
tonos en mi canción:
sólo de razas úberas
las máquinas secretas
generan los poetas
de ardiente inspiración.

¹² Baldovino. Dávalos, *Las ofrendas*, op. cit., pp. 19-20.

Estos versos pueden leerse como consolidación de Dávalos dentro del movimiento modernista. Desde que pusiera pie en la capital del país con tan sólo 15 años, el joven Balbino adiestra la pluma traduciendo poemas del francés de Baudelaire y Verlaine, influencia notable en el modernismo latinoamericano. En 1888, con 22 años, se convertirá en el principal traductor del diario *El Partido Liberal*. En otros periódicos como *El Universal*, *El Siglo XIX*, *El País* y *El Mundo*, así como en las revistas *Azul* y *Revista Moderna de México y Arte*, banderas del modernismo literario en México, publicará sus pulcras traducciones de autores como Leconte de Lisle, Théophile Gautier, Hélène Vacaresco, Sully Prudhomme, Jean Richepin o François Coppée, entre otros, poetas simbolistas y parnasianos, casi todos miembros de la Academia Francesa. Dávalos menciona en sus *Memorias* cuán emocionado se encontraba Manuel Gutiérrez Nájera, el “Duque Job”, la voz cantante del modernismo en México, al leer su traducción del poema “La tristeza del ídolo, del francés Auguste Génin:¹³

Trabajaba oscuramente yo en otro periódico: *El Universal* [...] cuando laboriosamente escribíamos acodados a nuestras modestísimas mesas de aquellas improvisadas instalaciones, entró de pronto y pomposamente el “Duque Job”, como de acostumbre se le veía por las avenidas: puro en risitre, levita de irreprochable corte británico y engardenizada solapa.

Tras dos tres vueltas silencioso por la pieza, detúvose y preguntó con cierto tonillo discretamente autoritario, dirigido a nosotros: “¿Quién es Balbino Dávalos?”. Alcé la vista sorprendido y puesto a contestarle, cuando él agregó: “El que tradujo *La tristeza del ídolo*”.

A esas palabras, mi “yo señor”, que a punto estuve de emitir, se me encascotó en la garganta, me giró en el cerebro la casa entera y se me enturbiaron los ojos [...].

Alguien me señaló, pues yo estaba falto de aliento. Y aquel tremendo prócer, con toda la gentileza de su alcurnia intelectual y aquella sonrisa entre festiva e irónica que le sesgaba y que, más tarde, ya en la intimidad, me fue siempre muy interesante observarle, se me acercó diciendo: “¡Quiero darle a usted un abrazo! Su interpretación es magnífica [...]”. Y así, en lugar de la olímpica reprimenda que yo me aguardaba, continuó

¹³ Cit. en Carlos Ramírez Vuelvas, *op. cit.*, p. 15.

él agregando palabras tan cariñosas, que prefiero omitirlas, aunque vivas en la memoria y en mi gratitud.

De ese modo, Balbino Dávalos pertenece como poeta a la generación de Gutiérrez Nájera, quien además funda la revista *Azul* y lo invita a escribir en 1894; de Luis Gonzaga Urbina, a quien prologará sus *Retratos líricos* de manera póstuma, y demás bardos de la época como Carlos Díaz Dufoo, Rafael Delgado, José Juan Tablada, Enrique Fernández Granados y Amado Nervo. Un soneto póstumo de Urbina, incluido en los *Retratos líricos* que Rafael López heredó antes de morir a Alejandro Quijano, sintetiza la camaradería de estos y otros poetas modernistas:¹⁴

Rubén, Julio, Leandro, Balbino, caballeros
de la *Tabla redonda* de este pródigo Artur,
preparad el banquete. Llegarán, los primeros,
Ciro, el mordaz, y el rubio y elocuente Jesús.¹⁵

El rey preside el goce de los aventureros
de la Ilusión y el Arte; y tiene, en su inquietud,
—derrochador de vida, de gracia y de dineros—
el corazón, de oro, y el cerebro, de luz.

De pronto, una invisible mano oscura le asesta
golpe mortal. Un huésped cruel entró en la fiesta
y derramó las cráteras y apagó la alegría.

El rey yace en el lecho, callado e inconsciente,
sin una sola idea que le ilumine su frente.
Está seco su cráneo como copa vacía.

No sólo Urbina reconoce a Dávalos al invitarlo a su mesa redonda. Sobre la *Invocación* de *Las ofrendas*, mucho más extensa de lo que aquí he presentado, dijo Tablada que podría ella ser “la armoniosa obertura que ha abierto nuestros

¹⁴ Luis G. Urbina, “Soneto v”, *Retratos líricos*, Stylo, México, 1946, pp. xxxii-xxxiii.

¹⁵ Se trata del poeta Rubén M. Campos (1876-1945), el ilustrador Julio Ruelas Suárez (1870-1907), el pintor Leandro Izaguirre (1867-1941), el escritor Ciro Bernal Ceballos (1873-1938) y el periodista Jesús Urueta (1867-1920).

cantos”, sugiriendo así que Dávalos podría ser la puerta a todos los poetas modernistas de su generación. Tablada sentenciaba de esta manera su interpretación de la obra del colimense:¹⁶

Eran pocas sus poesías y sus paráfrasis, porque la pieza más pequeña, la más leve estrofa, representaba una tarea exquisita y minuciosa, tarea delicada de miniaturista y orfebre. Sobre el campo amarfilado de un pensamiento melancólico o en el oro de una bella idea, va incrustando las palabras o aplicando los vocablos como armoniosos esmaltes. ¡Y limadas las excrecencias, frotadas las facetas de las pedrerías erizadas, aquella joya se sacude con estremecimientos sonoros y vibraciones argentinas, llena de música y de colores, como el collar de una odalisca agitado en un rayo del sol de Oriente!

A estas generosas palabras, el propio Balbino respondía así:¹⁷

Tablada, a lo que calculo, tendría por entonces alrededor de unos veinte años [...] Se justifica su lirismo.

Pero el entusiasmo no se limitó a Tablada: fue contagioso. Tras él, o simultáneamente con José Juan, me espetó un galano artículo Chucho Urueta y Pepe Peón del Valle, el de la lira heroica-clásica-romántica me destinó unos quintetos de los que (¡ingrata memoria mía!) sólo recuerdo estos dos versos:

“Clava (o hunde) en mí tu pico agudo
Cuervo del decadentismo...”

[...] En suma, me declaré, o más bien nos declaramos decadentistas, nada a sabiendas, sino meramente al tanteo.

El reconocimiento de la obra de Balbino Dávalos trascendió también las fronteras mexicanas. En junio de 1909, aprovechando sus viajes entre Lisboa y Madrid, don Balbino recita sus poemas donde se le ofrezca oportunidad, y es Mariano Miguel de Val quien lo recomienda para la Medalla Alfonso XIII “por sus

¹⁶ Cit. en Libertad Menéndez Menéndez y Héctor Díaz Zermeño (coords.), *Los primeros cinco directores de la Facultad de Filosofía y Letras 1924-1933. Semblanzas académicas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2007, p. 111.

¹⁷ F. Garrido, art. cit., p. 13.

aportes culturales a la lengua española”, que recibe en ese mes.¹⁸ Y el mismo Rubén Darío, cuando llegó a sus manos uno de los pocos ejemplares de *Las ofrendas*, advirtió en ellas una mezcla de corrientes literarias, no sin dejar escapar sus elogios:¹⁹ “La cultura de este poeta es tan firme como variada. Posee un vocabulario rico y una airosa elegancia de composición. Es múltiple y, sin embargo, personal. Es clásico, es romántico, es parnasiano, es simbólico en veces. Ha tenido el don de comprenderlo todo y de verter su alma según la iniciación del instante”.

Entre 1911 y 1913, mientras se encontraba aún en Lisboa, don Balbino tiene la inquietud de publicar una compilación de traducciones de poemas franceses, muchos de los cuales ya habían aparecido décadas atrás en las revistas *Moderna* y *Azul*, entre otras. En sus cartas titulará este compendio *Mis versiones*, pero finalmente verá la luz con el rótulo *Musas de Francia: poesías, versiones, interpretaciones y paráfrasis*. Por “musas” se refiere a los autores de aquellos versos, de quienes hará también una pequeña semblanza biográfica previa a cada traducción. Es interesante y reveladora la historia de la aparición de este volumen. Para publicarlo, primero pide ayuda a Amado Nervo, el 31 de julio de 1911:²⁰ “Mucho te agradecería, si te fuese posible, que me encuentres en París un editor, Ollendorff, por ejemplo, para el libro de mis versiones. No me vendrán mal algunos francos, pero más que todo deseo la utilidad de la propaganda”.

Más tarde, insiste sobre esta publicación a Nervo en una nueva carta que por desgracia no tiene fecha ni firma —aunque todo apunta a que se escribió a principios de 1912—, en la cual también vierte su molestia al tener que dejar la Legación en Lisboa por órdenes del presidente Madero:²¹

Salgo el 31 para Vigo, sin recibir noticias de Ollendorff; sea en buena hora ya las tendré en México o en ninguna parte. Siento infinitamente más que no hubieses venido siquiera un día a Lisboa y hubieses visto qué verdadera, noble y bien constituida Legación organicé, que en un momento ha ve-

¹⁸ Carlos Ramírez Vuelvas, *op. cit.*, p. 68.

¹⁹ Cit. en Felipe Garrido, *op. cit.*, p. 13.

²⁰ Balbino Dávalos a Amado Nervo. Lisboa, 31 de julio de 1911. “Siete cartas de Balbino Dávalos a Amado Nervo”, en Santiago Cortés Hernández y Gustavo Jiménez Aguirre (edición y notas), *Literatura mexicana*, t. XI, núm. 2, 2000, p. 273.

²¹ Balbino Dávalos a Amado Nervo. Sin fecha ni firma. “Siete cartas de Balbino...”, *op. cit.*, pp. 275-276.

nido a desmoronar la imbecilidad antipatriótica que parece desencadenada en forma de represalias inconcebibles. Hasta ahora mi actitud va triunfando: la renuncia exigida se convirtió en licencia, tuve viáticos por telégrafo y salgo de aquí entre abundantes y expresivas demostraciones de simpatía, presenciadas por Blázquez [su sucesor], resuelto a todo, inclusive a la inanición, menos a someter mi honradez ni mi entendimiento a nada que se me antoje vil.

Finalmente, en abril de 1913, reinstaurado en Lisboa, Dávalos se resigna para la publicación de *Musas de Francia* en una última y exquisita misiva a Nervo, no sin mostrar su enojo una vez más por el suceso:²²

Mi objeto era saludarte, pagándote vieja deuda epistolar; agradecerte tu intervención en el asunto de mi libro, aún inédito, y referirte, por más que sea extemporáneo, lo que resolví en este particular. En vista de la propuesta de tu amigo Gibes o Gibbes, no recuerdo su ortografía, pero que hace muy bien en no firmarse Gives, a la inglesa, ya que tan poco dadivoso parece, preferí retirarle el manuscrito. Hícelo así, no porque me pareciera poco la oferta de 250 francos, cantidad misma que me hubiera hallado dispuesto a renunciar, sino porque me pareció ver en ello un pretexto, desde el momento en que pedía se le dejase tiempo indefinido para la publicación. De suerte que he acabado por resolverme a continuar siendo mi propio editor, ya que lo único que buscaba, que era la propaganda, no es posible. Te agradezco de todos modos el empeño que tomaste en que mis pasatiempos literarios, pues jamás los he reputado otra cosa, fuesen más ampliamente dispersados.

La historia de la publicación de *Musas de Francia*, lo mismo que esta última epístola de Dávalos a Nervo, son dato importante porque resumen perfectamente por qué al primero, y a muchos otros, se les ha considerado “poetas menores”. La erudición de Balbino Dávalos no alcanzó a ser conocida fuera de sus contemporáneos. Su enorme potencial poético y traductor se resumió al final en unos cuantos versos poco conocidos debido a actitudes como las de los editores franceses a los que hace referencia en sus cartas. El grave problema de autores

²² Balbino Dávalos a Amado Nervo. Lisboa, 12 de abril de 1913. “Siete cartas de Balbino...”, *op. cit.*, pp. 277-279.

como Rafael Delgado, Enrique Fernández Granados y el propio Dávalos fue que escribían en gacetillas y revistas tanto de escasa como de breve circulación. Son contadas las bibliotecas en México que pueden darse el lujo de poseer un ejemplar de la poesía y otras obras de estos últimos. Pero ha sido gracias a esfuerzos de enormes académicos que recientemente se ha recuperado la mayoría de éstas. La Universidad de Colima, por ejemplo, ha reinventado a Balbino Dávalos mediante coloquios, publicaciones inéditas y comentarios muy útiles que acompañan sus textos, en un esfuerzo verdaderamente descomunal.

A pesar de las decepciones *Musas de Francia*, la compilación y selección de años de trabajo editorial y de traducción, vio la luz, aunque una muy tenue, gracias a la editorial portuguesa A Editorial Limitada —cuyo nombre sintetizaba su alcance—, en una edición que ni siquiera incluía colofón.²³ Rubén Darío no logró contener su entusiasmo al leer uno de los pocos ejemplares, y el 2 de agosto de 1913 escribe a Dávalos lo siguiente:²⁴

Balbino, mi noble Balbino, todo este libro es *suyo*: si el busto sobrevive a la ciudad, la traducción, como usted la hace, es decir, cosa propia, multiplica la gloria. ¡Qué placer el del gran Théo[phile Gautier] si pudiera ver...

No le digo más, porque me guardo para una cabeza de [la revista] *Mundial*. Sepa sí, que, como poeta y como orfebre —j'en suis!— me he complacido grande y deliciosamente con su libro.

Y es que la traducción de Dávalos será tan pulcra que recurrirá a todas las herramientas existentes de la versificación española para la adaptación de la métrica y rima francesas, conservando así el sentido lírico de los originales. Llegó, incluso, a inventarse palabras para concordar las rimas. Así lo dice el doctor Ramírez Vuelvas, catedrático de la Universidad de Colima:²⁵

En el poema “En invierno” de François Coppée, el traductor amplió nueve endecasílabos a los treinta del original, manteniendo la armonía sensual y lenta de la composición. Lo mismo sucede en la versión [de] “Noche de

²³ Carlos Ramírez Vuelvas, “Nota del editor”, en Balbino Dávalos, *Musas de Francia*, Universidad de Colima, Colima, 2007, p. 17.

²⁴ Rubén Darío a Balbino Dávalos, París, 2 de agosto de 1913. Cit. en Felipe Garrido, *op. cit.*, p. 14.

²⁵ Carlos Ramírez Vuelvas, *op. cit.*, p. 19.

invierno” de Henri Guérin, que Dávalos interpretó en ciento veintiocho versos [por] los noventa y cinco del original. No conforme, el exegeta se esforzó en obtener una versión más acorde a las rimas internas y muchas veces se permitió el uso de arcaísmos, derivaciones del latín o de vocablos novedosos, inventados por él mismo. En “El viejo lebrón” de Jean Richepin, Dávalos glosó como “cojicojea, cojicojea” la aliteración “clopin-clopant, clopant-clopin”, así como consintió el uso de, por ejemplo, “osífrago”, “burjaca” y “matujos” —las dos primeras palabras derivaciones latinas, y la última un arcaísmo— para presentar una interpretación cercana al original.

En vida nuestro protagonista colimense no publicaría mucho más. Al *Curso primario del idioma inglés*, que escribe para la Escuela Nacional Preparatoria en 1898 —y del cual se guarda una copia en la Biblioteca Nacional—; a *Las ofrendas*, de 1909 y a *Musas de Francia*, de 1913, se suma un texto poco menos conocido, publicado en 1901, guardado en perfecto estado y en edición original, en la colección especial de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México, titulado *Ensayo de crítica literaria*. Este tratado es, mejor dicho, un comentario sobre la traducción que Joaquín Demetrio Casasús realizó, con el nombre de *Algunas odas de Quinto Horacio Flaco*, sobre los versos del poeta romano.

El *Ensayo* de Dávalos es una verdadera delicia; la forma en que su pluma se desborda por sus páginas es testimonio fiel de un conocedor absoluto, no sólo sobre la poesía romana y el arte lírico en general, sino también acerca de la lengua española. Allí, don Balbino define la principal tarea del traductor al hablar del propio Horacio, dando a entender su propia convicción y su propio actuar al trasladar versos de varios idiomas al castellano:²⁶

En efecto, para imitar a los griegos y rivalizar con ellos, no bastaba tomarles sus ideas, reproducir sus creaciones, servirse de sus asuntos para temas; preciso era también introducir los ritmos sabios y expresivos de aquellos eternos maestros, y convertir el idioma en lengua literaria. Por manera que la mayor parte de los poetas de esa época son especialistas en materia de lenguaje y versificación. La nimia preocupación del estilo parece haberles

²⁶ Balbino Dávalos, *Ensayo de crítica literaria*, La Europea, México, 1901, p. 24.

sido familiar. Particulares distinguidos como Lucilio, grandes personajes como César, soberanos como Claudio, no desdennan el disertar sobre la declinación y el alfabeto, pues la gramática, jurisprudencia de las palabras, convenía a aquellos temperamentos de legistas.

En 1930, año en que ingresa en la Academia Mexicana de la Lengua ocupando la silla xv, Balbino Dávalos publica *Musas de Albión y otras congéneres*, en donde, como el título indica, reúne sus traducciones de poetas ingleses, entre los que destacan los románticos Percy Shelley, esposo de la autora de *Frankenstein*; John Keats y Lord Byron, así como otros más cercanos a su tiempo: Henry Wilde, Kipling, Whitman, Poe y Longfellow. El mundo anglosajón dejaría también honda impronta en el colimense, puesto que durante su estadía como encargado de Negocios en Londres escribió más de un centenar de poemas que han sido recopilados por Ramírez Vuelvas y publicados de manera póstuma, con el título que les dio su autor en vida: *Nieblas londinenses y otros poemas*. En él se recuperan 57 poemas inéditos, escritos entre 1891 y 1954 y publicados en 2007.²⁷

Nada más publicaría Balbino Dávalos, salvo algunos discursos en la Academia de la Lengua, aparte de aquellos que se guardan en las *Memorias* de esta institución. Como traductor, destacó también en el traslado al español de importantes volúmenes como la *Afrodita* de Pierre Louÿs (1898), *Relato de una hermana* de Pauline Marie Craven (1900) y la obra *Monna Vanna* de Maurice Maeterlinck (1902). Asimismo, Dávalos tradujo en 1904 *El México desconocido*, importante libro del etnógrafo noruego Carl Lumholtz, publicado en inglés dos años antes, que recoge la vida de varias comunidades indígenas en la Sierra Madre Occidental. En 1975 su familia publicaría un volumen de nombre *Poesías selectas*. Desde entonces y hasta el año 2007, en que se publica *Nieblas londinenses*, la figura de Dávalos pasó prácticamente desapercibida salvo por algunos rescates de Andrés Henestrosa, Hugo Gutiérrez Vega, Vicente Quirarte y José Emilio Pacheco.

²⁷ Balbino Dávalos, *Nieblas londinenses y otros poemas*, edición y notas de Carlos Ramírez Vuelvas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2007.

EL UNIVERSITARIO

Balbino Dávalos fue también un universitario dedicado a su alma máter, la Universidad Nacional, incluso antes de reconstituida ésta en 1910, desde que se erigió como uno de los pilares de la Escuela Nacional Preparatoria en el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX; estudiante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y profesor luego de la de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras.

Tenemos conocimiento de que tras concluir su labor diplomática en 1915 regresa a México, durante la guerra de facciones entre convencionistas y constitucionalistas. Sin embargo, por la situación general que vivía el país, don Balbino saldrá de México y será catedrático en las universidades de Minnesota donde impartirá cursos en el Departamento de Lenguas Romances junto con Pedro Henríquez Ureña, y Columbia, donde enseñará Lengua y literatura castellanas. También impartirá cursos de francés en el City College de Nueva York por espacio de un año.

Tan poco conocida es la vida y obra de Balbino Dávalos, que se ha dicho que entre 1919 y 1920 fue diputado federal por el Estado de México, cosa que él mismo niega en sus *Memorias* a pesar de haber recortes de prensa que así lo califican. En realidad, es precisamente en 1919 cuando acepta la invitación para convertirse en director del Instituto Científico y Literario del Estado de México en sustitución de Gabriel Durán. Luego del asesinato del presidente Carranza, en mayo de 1920, y seguramente en virtud de su prestigio y de la posición administrativa que ostentaba, será don Balbino el elegido por el Consejo Universitario de la Universidad Nacional de México para encargarse de la Rectoría de forma interina. Sustituyó así a José Natividad Macías, conocido carrancista, quien acompañó a don Venustiano en sus últimos días camino a Veracruz. El 7 de mayo de 1920 Antonio Caso es nombrado rector de la Universidad, con la única encomienda de esperar a don Balbino, quien toma posesión el día 11. Dávalos tampoco permanecería mucho tiempo en el cargo, sino sólo 22 días, hasta el 2 de junio.

La tarea de Dávalos durante este brevísimo periodo será tan corta como importante. Su labor consistirá en conservar a flote la Universidad Nacional en un momento de incertidumbre nacional, y al mismo tiempo mantenerla estable y lo más neutral posible frente a los cambios políticos que vivía el país. Cabe recordar que la Universidad aún no contaba con su preciada

autonomía en estos años, pero sin duda el hecho de mantenerla lo más independiente posible de las ambiciones políticas de los caudillos revolucionarios fue un grano de arena más en el proceso autonomista que tendrá un punto de llegada en 1929. A pesar de la brevedad de su rectorado logró negociar un acuerdo para que los estudiantes de la Preparatoria anexa a la Facultad de Altos Estudios no pagaran la cuota de servicios escolares. Además, sabiendo que no tenía mucho tiempo, se preocupó en hacer nombramientos para la posteridad: Guillermo Parra como director de la Escuela de Medicina y Alejandro Quijano en Jurisprudencia; ratificó a Antonio Caso en la Escuela de Altos Estudios y evitó la remoción de Mariano Moctezuma de Minería. Por si fuera poco logró la anexión del Conservatorio a la Escuela de Arte Teatral.²⁸ Según Guadalupe Appendini, Balbino Dávalos es “el creador del ideal universitario”, desprendido de un discurso del colimense como rector:²⁹ “El ideal universitario, en mi sentir, no puede ser otro que el de escudriñar insistentemente la verdad posible en la investigación experimental científica, con la tendencia espiritual de hacer cada vez más realizable el bien humano”.

A decir de Felipe Garrido don Balbino “tuvo un sentido del deber y de solidaridad con su universidad, que lo llevó a aceptar delicadas comisiones, porque así lo exigían las circunstancias. Su enorme autoridad moral y el respeto que lo rodeaban, le permitieron llevarlas a buen término [...] durante [...] difíciles días que sorteó con mano firme”.³⁰ De ese modo, Dávalos será el encargado también de entregar a José Vasconcelos, a quien por cierto no tenía en muy buena estima, una Universidad sólida en sus convicciones de libertad. Dirá Dávalos al término de su rectorado que fue “un ensayo en trascendencia intencional”.

Su siguiente tarea, que comenzó de manera inmediata, fue hacerse cargo de la Escuela Nacional de Altos Estudios, que los gobiernos de Adolfo de la Huerta y, posteriormente, de Álvaro Obregón desdeñaban abrumadoramente; y del Departamento Universitario de Bellas Artes. Prácticamente nada se halla escrito sobre los escasos meses en que Dávalos fue director de estas instituciones, que coincide con su nombramiento como embajador en Alemania en sustitución de Isidro Fabela. Sin embargo, en 1925 don Balbino regresará a la

²⁸ Carlos Ramírez Vuelvas, *op. cit.*, p. 87.

²⁹ Guadalupe Appendini, “Balbino Dávalos, autor del ideal de la Universidad, fue recordado”, *Excélsior*, t. v, año lxxxiii, 12 de octubre de 1999, p. 11.

³⁰ Felipe Garrido, *op. cit.*, p. 15.

Universidad para hacerse cargo de la misma escuela, recién refundada como Facultad de Filosofía y Letras, cuyo presupuesto también incluye para esta época la Facultad de Graduados y la Escuela Normal Superior. Tristemente, en enero de 1925 la antigua Escuela de Altos Estudios había quedado acéfala y se había decretado su cierre temporal por falta de presupuesto.

Será en este momento cuando Balbino Dávalos nos regale sus mayores muestras de apego y cariño al saber y a la propia Universidad, puesto que aceptará ser director honorario de la mencionada facultad, es decir, sin goce de sueldo, desde el 26 de marzo de 1925 hasta julio de 1928. La inestable situación económica durante el gobierno de Plutarco Elías Calles provocó que la facultad no recibiera un solo peso y a punto estuvo de cerrar sus puertas de manera permanente a la juventud mexicana. No obstante, la notable influencia y prestigio de don Balbino Dávalos, quien exhortó a sus colegas a seguir trabajando sin percibir recursos, fue de vital importancia para dar continuidad, aun sin dinero, al saber universitario, en una Facultad que para Justo Sierra era el centro mismo del conocimiento universal. Asimismo, este notable director tuvo, conforme crecía el ambiente autonomista en el seno de la Universidad, la inteligencia para separar los quehaceres de la Facultad, propiamente dicha, y de la Escuela Normal Superior, definiendo perfiles distintos para cada instancia en 1928, lo que constituye quizás el mayor legado de Dávalos al frente de la institución —después de la incommensurable tarea de mantenerla a flote sin recibir financiamiento.

Luciana Menéndez arguye que don Balbino convocó a interminables reuniones de profesores y estudiantes con el fin de no abandonar los cursos. Simplemente no iba a dejar que la recién formada facultad y sus dos escuelas afines quedasen en el olvido. Formó comisiones *ex profeso* encargadas de revisar los planes de estudio y de sugerir las modificaciones necesarias para fomentar una vida académica fresca, que hablara por sí sola en el aula universitaria. En ese turbulento año de 1925 solamente se expidió un título de doctor en Filosofía, uno de maestro en Artes y uno de profesora académica. En 1926 la Facultad de Graduados renovó su programa de estudios, enfocando su formación en el quehacer técnico, “de importancia social” conforme el régimen lo exigía, en especial en el área agraria. En la estructura de la Normal Superior, durante el periodo de Dávalos, se dispuso como requisito que la titulación debía basarse en una tesis, además de haber practicado al menos tres años la docencia. Asimismo, la impronta de Dávalos se dejó sentir en la invitación a que John

Dewey impartiera una conferencia sobre filosofía y educación, la impartición de pequeños cursos por parte de especialistas —como uno de Miguel Ángel de Quevedo sobre biología y salud—, o incluso en comprometerse a que los laboratorios de zoología contaran con microscopios.

Al terminar esta noble obra —sin recibir un solo peso, recordémoslo— Balbino Dávalos, ya con 62 años de edad, se dedicaría exclusivamente a la docencia en la Universidad. Durante las siguientes dos décadas impartirá los cursos de Lengua y literatura castellanas, Filología románica, Literatura latina y Literatura griega. En aquel momento los “Contemporáneos” como Villaurrutia o Novo irrumpieron en la vida literaria del país, emplazando a los viejos modernistas como Dávalos a un papel ya muy reducido. Fuera de la docencia universitaria a don Balbino ya no le quedaban las aspiraciones de juventud de buscar publicidad para sus poemas, por lo que se limitó a escribir sus *Memoorias*. Al terminar su periodo como director honorario de la Facultad regresó a su natal Colima en calidad de jefe de la Oficina Federal de Hacienda. Sin embargo, uno de sus últimos poemas, escrito en este tiempo, revela el contraste entre aquel espacio de tierra entre el mar y el volcán y la flamante ciudad de México. En el pequeño estado “Pasan ocasiones / vacas, mulas, burros / indios en calzones / o zafios baturros”, mientras que en la capital del país “El ser humano / disfruta orgulloso / confort a la mano / deleite copioso”.³¹

Todavía en 1934 su nombre fue sugerido para hacerse cargo una vez más de la Rectoría de la Universidad Nacional de México, ahora Autónoma. En ese año el rector Ocaranza renunció en protesta por la insuficiencia presupuestaria ante la política educativa del presidente Cárdenas. Algunas fuentes dicen que Balbino Dávalos estuvo dos semanas como interino,³² pero otras afirman que nunca llegó a tomar posesión aunque sí fue nombrado.³³ La crisis universitaria se resolvería con el nombramiento de Luis Chico Goerne quien sustituyó al poeta colimense.

Don Balbino terminará sus días escribiendo anécdotas de juventud en *Excélsior* y frecuentando grupos espiritistas; acaso será en esos años, los treinta y cuarenta del siglo xx, cuando adopte el sobrenombre misterioso de “Balkim”, con el que se le conoce y que muchos han llegado a anteponer erróneamente

³¹ Cit. en Carlos Ramírez Vuelvas, *op. cit.*, p. 93.

³² *Ibid.*, p. 98.

³³ Guadalupe Pérez San Vicente, *La extensión universitaria*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979, t. I, p. 75.

como su segundo apellido. En abril de 1945 será nombrado profesor honorario de la Facultad de Filosofía y Letras, jubilándose luego de 51 años de labor universitaria. Escribirá cuatro libros más, aún inéditos, y se acercará, como en los principios de su vida, a la religión católica. Balbino Dávalos muere el 2 de octubre de 1957 en la ciudad de México, a los 91 años.³⁴



Balbino Dávalos ingresa en la Academia Mexicana de la Lengua desde 1902, pero no leerá su discurso de ingreso sino hasta el 23 de julio de 1930, titulado “La rima en la poesía clásica romana”, al que respondió Ezequiel A. Chávez. En su discurso, Dávalos demuestra su conocimiento de ocho lenguas distintas, de la métrica latina y toda una cátedra de escritura en castellano. Terminaba don Balbino con estas palabras:³⁵

Y cuando se haya calmado la marejada arrítmica que va sacudiéndonos, y los huracanes se aplaquen, y se tranquilicen los ánimos, y los oídos tornen a deleitarse escuchando en feliz tranquilidad las eternas armonías de la Naturaleza, ¡cuántas sorpresas, cuántas emociones y cuántas enseñanzas no habrán de dar los todavía incomprendidos poemas del primer Imperio Romano!

Ésta es, a grandes rasgos, la figura fascinante de uno de esos hombres que, a pesar de dedicarse a más de una profesión, terminan por ser francamente olvidados; sus nombres apenas sobreviven en unas cuantas calles y colonias de la nación. Si se busca en internet sobre Balbino Dávalos será abrumadora la cantidad de calles con su nombre y la ignorancia al respecto; no así las biografías, obras y actos de un mexicano que fue, junto con sus amigos, Gregorio Torres Quintero y Felipe Sevilla del Río, el mayor escritor y poeta originario de las faldas del volcán colimense.

³⁴ Muchas fuentes afirman que falleció en 1951, lo que contribuye a la profunda ignorancia sobre su vida. Sin embargo, Carlos Ramírez Vuelas encuentra su obituario en *Excélsior* fechado el 2 de octubre de 1957. Carlos Ramírez Vuelas, *op. cit.*, p. 99, n. 240.

³⁵ Balbino Dávalos, “Discursos leídos...”, *op. cit.*, p. 34.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abreu Gómez, Emilio: 97
 Acuña, René: 141
 Adib, Víctor: 177
 Aguilar Camín, Héctor: 275
 Aguilera, Francisco: 249
 Alcalá, Manuel: 221
 Alejandro Magno: 160
 Almagro, Diego de: 41
 Almonte, Eusebio: 308
 Altamirano, Ignacio Manuel: 45-46
 Alvarado, Alonso de: 41
 Álvarez de Toledo y Rojas, María de: 42
 Amorgos, Semonides de: 85
 Appendini, Guadalupe: 324
 Aquino, Tomás de: 115
 Arciniegas, Ismael Enrique: 48
 Argote de Molina, Gonzalo: 44
 Argüelles, Hugo: 178
 Aristóteles: 35-36, 211-212
 Armstrong Richards, Ivor: 165
 Arquíloco: 69
 Arredondo, Inés: 96, 175
 Arreola, Juan José: 177
 Arriaga, Manuel de: 310
 Artaud, Antonin: 80
 Asiain, Aurelio: 96
 Atero, Virtudes: 67
 Austria, José Donato de: 266
 Averroes: 22
 Avicena: 22
 Ávila Loya, Patricia: 175
 Azorín: 199
 Azuela, Arturo: 37-39
 Azuela, Mariano: 38
 Baranda, Joaquín: 184
 Barbachano, Miguel: 178
 Barreda, Gabino: 20
 Barthes, Roland: 28
 Bartra, Agustí: 33
 Bartra, Roger: 5, 7, 9, 15-16, 19, 27-28, 33-36, 154
 Batis, Huberto: 95-96
 Baudelaire, Charles: 93-95, 205, 315
 Bayo, Ciro: 57
 Becerra, José Carlos: 192
 Becerra, Luzma: 173, 180-181, 186-187
 Béistegui, Juan Antonio de: 310
 Bell, Rudolph M.: 294
 Bellini, Giuseppe: 94
 Bénichou, Paul: 68
 Bentley, Eric: 177
 Bergamín, José: 72, 77
 Bernal Ceballos, Ciro: 316
 Beuchot, Mauricio: 5, 7, 11, 16, 235
 Blanco, Alberto: 96
 Blázquez Margáin, Leopoldo: 310
 Blecua, José Manuel: 216

- Bloomfield, Leonard: 136
 Bolívar, Simón: 48
 Bonifaz Nuño, Rubén: 15, 116, 191, 218, 221, 248
 Borges, Jorge Luis: 91, 94, 151, 199-200
 Bosch, José: 74
 Bosque, Ignacio: 216
 Botticelli, Sandro: 106
 Bradú, Fabián: 96
 Bravo Ahúja, Víctor: 217
 Breton, André: 76, 91, 93, 95-97
 Broca, Pierre Paul: 155
 Broda, Johanna: 287
 Brown, Donald: 155
 Burham, Jeff: 138
 Butragueño, Pedro Martín: 136, 140, 142
- Cáceres, fray Pedro de: 141
 Calderón de la Barca, Pedro: 60
 Calleja, Diego: 296
 Calles, Plutarco Elías: 325
 Campos, Julieta: 175
 Campos, Rubén M.: 316
 Cannon, Walter: 148
 Capistrán, Miguel: 146
 Carballido, Emilio: 176-178, 185
 Carballo, Emmanuel: 177
 Cárdenas, Lázaro: 326
 Cárdenas, Nancy: 178
 Cárdenas de la Peña, Enrique: 146
 Carlos V: 43
 Carlyle, Thomas: 196
 Carranza, Venustiano: 312, 323
 Carrillo, Jerónimo: 43
 Carvajal, Francisco de: 41
 Casas, fray Bartolomé de las: 40, 42
- Casasús González, Joaquín Demetrio: 309, 313, 321
 Caso, Antonio: 195, 323-324
 Castañón, Adolfo: 5, 7, 9, 15, 93
 Castellanos, Laura: 177, 182
 Castellanos, Rosario: 175, 177, 180
 Castillo, Hernando del: 43
 Castro, Fidel: 88
 Catalán, Diego: 67-68
 Catalán Menéndez Pidal, Diego: 67
 Catulo: 69
 Caturegli, Alfredo: 312
 Celorio, Gonzalo: 5, 7, 10, 15, 192, 215, 230
 Certeau, Michel: 289
 Cervantes Saavedra, Miguel de: 71, 90, 196, 219
 César: 69
 Chao Ebergenyi, Guillermo: 275
 Chávez, Ezequiel A.: 308, 327
 Chico Goerne, Luis: 326
 Chomsky, Noam: 136, 156-157
 Chumacero, Alí: 177, 242
 Cid del Prado, Félix: 308
 Cieza de León, Pedro: 41
 Claudel, Paul: 91
 Colina, José de la: 96
 Colón, Diego: 42
 Comas, Juan: 136
 Company Company, Concepción: 5, 7, 11, 15-16, 65, 117, 119-120, 145, 225, 251, 259-260, 264, 266, 268
 Constantino el Africano: 22
 Coppée, François: 315, 320
 Cornejo, Mariano: 61
 Corominas, Joan: 276
 Cortázar, Julio: 219

- Cortés, Hernán: 40, 42
 Cortés Bargalló, Luis: 96
 Covarrubias Acosta, Miguel: 310
 Craven, Pauline Marie: 322
 Craveri, Benedetta: 200
 Cristo, Catalina de: 297
 Cruz, Marina de la: 290, 301
 Cruz, san Juan de la: 76
 Cruz, sor Juana Inés de la: 205, 219, 289-302, 304
 Cuauhtémoc: 285-286
 Cubria, Jorge: 96
 Cuesta, Jorge: 95, 97
 Curiel Merchán, Marciano: 269
 Cyrano de Bergerac: 71
- Dadá: 80
 Damasio, Antonio: 157
 Dante: 70, 82, 94, 120
 Darío, Rubén: 305, 318, 320
 Dávalos, Balbino: 11, 305-327
 Dávalos Ponce, Balbino: 306-307
 Dávila, Amparo: 175, 180
 Delgado, Rafael: 21, 316, 320
 Derrida, Jacques: 28
 Deutscher, Guy: 79
 Dewey, John: 325
 Díaz, Porfirio: 184, 309-310
 Díaz del Castillo, Bernal: 40
 Díaz Dufoo, Carlos: 316
 Díaz Gómez, José Luis: 5, 7, 10, 15, 145, 167-171
 Díaz González, Manuel: 170
 Díaz Mirón, Salvador: 246
 Díaz Roig, Mercedes: 52-55, 58-61, 66
 Díaz y de Ovando, Clementina: 19-20, 177
- Díez Canedo, Enrique: 199, 243
 D'Olessa, Jaume: 39, 52
 Dolujanoff, Emma: 180
 Domenella, Ana Rosa: 180-181
 Domínguez, Cristopher: 96
 Domínguez, José Luis: 285
 Doncel, Francisco: 122
 Douay, Félix-Charles: 306
 Duchamp, Marcel: 205-206
 Ducoudray, Louis A.: 269
 Dueñas, Guadalupe: 175
 Dumas, Alexandre: 307
 Dumézil, Georges: 34
 Dunbar, Robin: 153
 Durán, Gabriel: 323
- Ebert, Friedrich: 312
 Echeverría, Luis: 217
 Eco, Umberto: 151
 El Bosco: 87
 Eliade, Mircea: 34
 Elías, Eugenia: 249
 Eliot, T. S.: 205
 Elizondo, Salvador: 96
 Encarnación, Mariana de la: 290, 301
 Engels, Friedrich: 34
 Ennio: 35
 Enríquez, Martín: 122
 Enríquez de Guzmán, Alonso: 41
 Epicuro: 102
 Escobedo, Federico: 21
 Espinosa, Tomás: 178
 Evangelista, Francisca: 298
- Fabela, Isidro: 312-313, 324
 Feijóo, Samuel: 46-47

- Fernández, Adela: 286
 Fernández de Santa Cruz, Manuel: 292
 Fernández Granados, Enrique: 316, 320
 Fernández Violante, Marcela: 178
 Fernel, Jean: 22
 Fierro, Julieta: 145, 195
 Figuera, Gaspar de la: 292
 Flores, Ernesto: 16
 Flores Magón, hermanos: 310
 Fornaris, José: 47
 Foz, Braulio: 271
 Fra Angélico: 106
 Francés, Bernal: 41, 51, 53, 60
 Francia, Fernando de la: 60
 Frege, Gottlob: 150
 Frenk, Margit: 5, 7, 9, 15, 65
 Fuenllana, Miguel de: 43
 Fumaroli, Marc: 203

 Galeno: 22-23
 Gallegos Rocafull, José Ma.: 114
 Gaos, José: 114, 212
 García, Esteban: 307
 García Bermejo, Carmen: 177, 188
 García de la Concha, Víctor: 216
 García Guerra, fray: 296
 García Hurtado de Mendoza, marqués de
 Cañete: 43
 García Lorca, Federico: 145
 García Ponce, Juan: 96, 178
 García Quintana, Josefina: 288
 García Terrés, Jaime: 95
 Garcíadiego, Javier: 7, 16
 Garibay, Ángel María: 287
 Garibay, Ricardo: 177
 Garrido, Felipe: 307, 310, 312, 318, 320, 324

 Garro, Elena: 175
 Garvin, Paul L.: 136, 142
 Gascón, Elvira: 248
 Gautier, Théophile: 313, 315, 320
 Génin, Auguste: 315
 Gil Albert, Juan: 77
 Glantz, Margo: 5, 7, 11, 16, 289
 Godoy, Francisco: 41
 Goethe, Johann Wolfgang von: 201-202
 Góngora, Luis de: 60, 66, 70
 Gonzaga Urbina, Luis: 316
 González, Fernán: 44
 González, Manuel: 307, 313
 González, Otto Raúl: 177
 González Fuentes, Edith: 286
 González Horn, Manuel: 308, 313
 González Obregón, Luis: 308
 González Pérez, Aurelio: 5, 9, 37, 52,
 54-55, 59, 60-61, 65, 68, 277
 González Rojo, Enrique: 177
 Gorostiza, José: 191, 195
 Gracián, Baltasar: 206
 Grandes, Almudena: 277
 Graulich, Michel: 288
 Graves, Robert: 71
 Grice, Paul: 212
 Guardia, Miguel: 177
 Guérin, Henri: 321
 Guerrero, Eduardo: 60
 Gustavo V: 312
 Gutiérrez Arriola, Cecilia: 217
 Gutiérrez de Santa Clara, Pedro: 41-42
 Gutiérrez Nájera, Manuel: 315-316
 Gutiérrez Vega, Hugo: 7, 15, 19, 241,
 243, 322
 Guzmán, Martín Luis: 195, 205

- Hegel, Friedrich: 71
 Heidegger, Martin: 34, 236
 Henestrosa, Andrés: 309, 322
 Henríquez Ureña, Max: 313
 Henríquez Ureña, Pedro: 199, 218, 323
 Heráclito: 163
 Hernández, Efrén: 177, 179, 182
 Hernández, Luisa Josefina: 173-182, 185-189, 194
 Hernández de Córdoba, Francisco: 194
 Hernández Girón, Francisco: 41
 Hernández Puertocarrero, Alonso: 40
 Hernández Triviño, Ascensión: 5, 7, 10, 15, 119, 135
 Herrera Zapién, Tarsicio: 5, 7, 11, 241, 249
 Hesíodo: 103
 Hipócrates: 22-23
 Hiriart, Hugo: 5, 7, 9, 10, 15, 101, 113-117, 192, 198, 209
 Hobbes, Thomas: 71, 196
 Hockett, Charles: 136
 Homero: 97, 104-106, 108, 110-111, 115-116, 165
 Horacio: 72
 Horcasitas, Fernando: 137
 Hoz, Francisco de la: 44
 Huarte de San Juan, Juan: 22
 Huerta, Adolfo de la: 312, 324
 Huerta, Efraín: 246
 Humboldt, Wilhelm von: 156
 Humphrey, Nicholas: 153
 Hurtado de Mendoza y Cabrera, Andrés: 57
 Huysmans, Joris-Karl: 95
 Ibáñez, José Luis: 178
 Ibarzüengoitia, Jorge: 96, 176
 Izaguirre, Leandro: 316
 James, William: 159
 Jarry, Alfred: 80
 Jaynes, Julian: 154
 Jiménez, Juan Ramón: 236-238
 Jiménez de Quesada, Gonzalo: 49
 Jiménez del Río, Juan: 44
 Jiménez Moreno, Wigberto: 122, 133, 287
 Johnson, doctor: 117
 Joyce, James: 165
 Juárez, Benito: 183, 306-308
 Juvenal: 69
 Kant, Immanuel: 22-23
 Keats, John: 322
 Kipling, Joseph Rudyard: 322
 Koselitz, Henrich: 27
 Kott, Jan: 103
 Krauze, Enrique: 96
 Kripke, Saul: 150-151
 Kristeva, Julia: 79
 Labastida, Jaime: 5, 7, 9, 15, 19, 33, 135
 Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio de: 307
 Laguna, marqueses de la: 297, 299
 Lapesa, Rafael: 50
 Lastra, Yolanda: 5, 7, 10, 15, 119, 135, 136-143
 Launey, Michel: 287
 Lautréamont, conde de: 93-94
 Lavalle Urbina, María: 186
 Leconte de Lisle: 313, 315
 Leñero, Estela: 175-176, 188
 Leñero, Vicente: 16, 269

- Lenin, Vladimir: 77
 León Felipe: 202, 242
 León, fray Luis de: 99, 248
 León, Nicolás: 141
 Lévi-Strauss, Claude: 24, 34
 Liguori, Pancho: 210
 Lizalde, Eduardo: 7, 15-16, 96, 195
 Lledó, Emilio: 15
 Lobato y López, Francisco: 43
 Locke, John: 146, 151
 Lombardo de Caso, María: 180
 Longfellow, Henry W.: 309, 313, 322
 Lope Blanch, Juan M.: 217
 Lope de Deza: 272
 Lope de Vega: 60, 66, 70
 López, Rafael: 316
 López Austin, Alfredo: 287-288
 López de Zúñiga, Diego: 43
 López Páez, Jorge: 177
 López Portillo, José: 209
 López Velarde, Ramón: 95, 242, 248
 Lord Byron: 309, 322
 Lorenz, Konrad: 147
 Losa, Alonso: 44
 Louÿs, Pierre: 313, 322
 Luhmann, Niklas: 24
 Lumholtz, Carl: 322
 Lutero, Martín: 29

 Macías, José Natividad: 323
 Madero, Francisco I.: 310, 318
 Maeterlinck, Maurice: 313, 322
 Magaña, Sergio: 176
 Mairena, Juan de: 71
 Mallarmé, Stéphane: 211
 Mallea, Eduardo: 201

 Mancera, marqueses de: 291, 297
 Manrique, Leonardo: 138
 Mantegna, Andrea: 106
 Marcial: 69
 Mariscal, Ignacio: 309, 313
 Marlys, Michael: 147
 Marqués de Sade: 205
 Márquez Campos, Alfredo: 272
 Martín del Campo, David: 269
 Martínez, Alegría: 174, 187
 Martínez, Fernando: 186-187
 Martínez, Francisco: 44
 Martínez, Herminio: 16
 Martínez, José Luis: 216
 Marx, hermanos: 95
 Marx, Karl: 34, 75, 205
 Matos Moctezuma, Eduardo: 305
 Mauss, Marcel: 34
 Maximiliano: 307
 Mejía, Diego: 44
 Meléndez, Lucero: 129
 Melo, Juan Vicente: 96
 Mena Arroyo, Luis: 249
 Méndez Plancarte, Alfonso: 242
 Méndez Plancarte, Gabriel: 242
 Mendoza, Héctor: 177
 Mendoza, María Luisa: 175
 Mendoza, Mario: 269
 Menéndez, Luciana: 325
 Menéndez Pelayo, Marcelino: 308
 Menéndez Pidal, Ramón: 39, 45, 49, 61, 66-68, 199
 Merlín, Socorro: 176
 Michaux, Henri: 110
 Millán, María del Carmen: 20
 Miramón, Miguel: 306

- Moctezuma, Mariano: 324
 Moctezuma Ilhuicamina: 284
 Molina, fray Alonso de: 138
 Molina, Javier: 186
 Molina, Silvia: 5, 10, 15, 116, 173, 191-194
 Monod, Jacques: 36
 Monroe, Marilyn: 159
 Montaigne, Michel de: 199-200, 203
 Monte, Giovanni de: 22
 Monterde, Francisco: 221
 Monteros, Rosenda: 182
 Moreno, Luis: 178
 Moreno de Alba, José G.: 215-223, 225-231, 256
 Moreno Villa, José: 242
 Moreno Villarreal, Jaime: 96
 Morón, Alonso: 42
 Mucel Acereto, Joaquín: 184
 Muncy, Michele: 179
 Muñoz, Alonso: 43
 Muriá, Anna: 33
- Narváez de Velilla, Francisco: 270
 Narváez, Luys de: 40, 43
 Narváez, Pánfilo de: 40
 Nava, Fernando: 133
 Nebrija, Antonio de: 141
 Neruda, Pablo: 72, 77, 86, 88, 94, 145
 Nervo, Amado: 95, 305, 307, 310, 316, 318-319
 Nezahualcóyotl: 137
 Nicol, Eduardo: 163
 Nicolás II: 311
 Nieto, Dionisio: 146
 Nietzsche, Friedrich: 26-28, 103
 Novalis: 75
- Novo, Salvador: 95, 176, 195, 326
 Núñez (padre): 290, 298, 302-304
 Núñez de Miranda, Antonio: 291, 293, 300
- Oakeshott, Michael: 201
 Obras, Tomás: 43
 Obregón, Álvaro: 324
 Ochoa de Ondategui, Pedro: 43
 Ogden, Charles: 165
 O’Gorman, Edmundo: 146
 Olivas, Martín de: 293
 Orellana, Margarita de: 96
 Ormaechea y Ernáiz, Juan Bautista: 146
 Ortega y Gasset, José: 28-29, 201-202
 Othón, Manuel José: 211, 308
 Oviedo, Juan Antonio de: 300
- Pacheco, José Emilio: 16, 322
 Pachet, Pierre: 70
 Paredes, condesa de: 298
 Parra, Guillermo: 324
 Partida, Armando: 178
 Pascal, Blaise: 206
 Paso y Troncoso, Francisco del: 146
 Patiño, Maricruz: 96
 Paulhan, Jean: 76
 Paz, Octavio: 11, 15, 29, 31, 72-78, 80-84, 86-88, 90-91, 93-99, 196-198, 202-207, 211, 241-242
 Peirce, Charles: 150, 165
 Pellicer, Carlos: 191, 195, 243
 Peña, Ernesto de la: 38, 119-120
 Peña, Rafael Ángel de la: 308
 Peña Madrid, Juan de la: 43
 Peón del Valle, Pepe: 317
 Pepperberg, Irene: 152

- Perdomo, María Teresa: 243
 Pereda, Manuel: 21
 Perelmuter, Rosa: 290
 Pérez, Alonso: 40
 Pérez de Hita, Ginés: 44
 Pérez Galdós, Benito: 271
 Pérez Gil, Manuel: 249
 Pérez Martínez, Héctor: 193
 Pérez Tamayo, Ruy: 5, 7, 10, 15, 115,
 145, 167
 Pesado, José Joaquín: 308
 Petrarca: 70, 94
 Piña, Abel: 133
 Píndaro: 104
 Piñero, Pedro M.: 67
 Pinker, Steven: 156
 Pintado, José Manuel: 96
 Pizarro, Francisco: 41
 Plazas, Antonio: 77
 Pobeda, Francisco: 47
 Poe, Edgar Allan: 313, 322
 Pombo, Álvaro: 277
 Ponce Zavala, Manuel: 241-246,
 248-250
 Ponce, Manuel M.: 243, 248
 Poniatowska, Elena: 175
 Portilla, Jorge: 177
 Posadas, Juan Jesús: 250
 Prado, Gloria: 173, 180-181, 186
 Prieto, Carlos: 117
 Prieto, Guillermo: 45-46, 308
 Prudhomme, Sully: 315
 Ptolomeo: 22

 Queiroz, Eça de: 311
 Quevedo, Francisco de: 70, 72, 76, 94
 Quevedo, Miguel Ángel de: 326
 Quijano, Alejandro: 316, 324
 Quirarte, Vicente: 5, 7, 10, 15, 19, 191,
 146, 322
 Quiteria de San José: 292

 Rabelais, François: 94
 Ramírez Vuelas, Carlos: 309, 312, 315,
 318, 320, 322, 324, 326-327
 Ramón y Cajal, Santiago: 161
 Reyes, Alfonso: 195-202, 204-207, 211
 Ribera, Juan de: 56
 Richepin, Jean: 315, 321
 Rimbaud, Arthur: 80
 Riva Palacio, Vicente: 20, 30, 291
 Rivera, fray Payo de: 297, 300, 304
 Rivera, Luz María: 181
 Robelo, Cecilio A.: 286
 Rodhe, Erwin: 103
 Rodríguez de Sevilla, Ignacio: 44
 Romero, Rubén: 20
 Romero de Terreros, Manuel: 146
 Rooner, Charles: 176
 Rosales, Luis: 238
 Rossi, Alejandro: 114
 Rousseau, Jean-Jacques: 27-28, 196, 205
 Ruelas, Julio: 87, 316
 Ruge, Arnold: 75
 Ruiz, Gloria: 217
 Rulfo, Juan: 177, 195
 Ruy Sánchez, Alberto: 96

 Sabines, Jaime: 177
 Sahagún, fray Bernardino de: 133, 146
 Saint Victor, Paul de: 101
 Salgari, Emilio: 37

- Salmerón, Fernando: 114
 San Miguel, Ana de: 296
 Sánchez Azcona, Juan: 312
 Sánchez Vázquez, Adolfo: 242
 Sano, Seki: 176, 178
 Sartre, Jean-Paul: 88
 Sarukhán, José: 218
 Saussure, Ferdinand de: 149
 Savage-Rumbaugh, Sue: 152
 Schleiermacher, Friedrich: 29
 Schopenhauer, Arthur: 71
 Schyfter, Guita: 113
 Segovia, Tomás: 96
 Séneca: 31, 70, 72, 77, 90, 115
 Serna, Enrique: 266
 Serrano Migallón, Fernando: 7, 15, 195, 305
 Severo, Sulpicio: 289
 Sevilla del Río, Felipe: 327
 Shakespeare, William: 309
 Shelley, Percy: 322
 Sheridan, Beatriz: 95
 Sheridan, Guillermo: 5, 9, 15, 69, 93-99
 Sierra, Justo: 20, 195, 308, 313, 325
 Sigüenza y Góngora, Carlos de: 290, 292, 297, 301
 Silva-Herzog, Jesús: 209
 Silva-Herzog Márquez, Jesús: 5, 7, 10, 15, 195, 209-210, 212
 Simeon, Rémi: 286
 Sócrates: 35
 Soffia, José Antonio: 48
 Solalinde, Antonio G.: 257
 Solís, Leopoldo: 196
 Solón: 85
 Soriano, José Guadalupe: 140
 Spinoza, Baruch: 237
 Starkie, Enid: 95
 Suárez, Jorge Alberto: 137-138
 Sullivan, Thelma: 287
 Süß, Wilhelm: 70
 Swinburne, Algernon Charles: 313
 Tablada, José Juan: 96, 316-317
 Tamayo, Rufino: 205
 Tavira, Luis de: 176
 Teresa, santa: 293, 301
 Tipler, Angelika: 147
 Tocqueville, Alexis de: 205
 Torquemada, fray Juan de: 122
 Torre Villar, Ernesto de la: 221
 Torres Bodet, Jaime: 91
 Torres Quintero, Gregorio: 327
 Torri, Julio: 20, 178, 195
 Trager, Charles: 136
 Unamuno, Miguel de: 29
 Urbano, fray Alonso: 141
 Urueta, Jesús: 316-317
 Urueta, Margarita: 175
 Usigli, Rodolfo: 176-177
 Vacaresco, Hélène: 315
 Val, Mariano Miguel de: 317
 Valadés, Diego: 5, 7, 10, 15, 113
 Valdés (Plácido), Gabriel de la Concepción: 47
 Valera, Juan: 272
 Valiñas Coalla, Leopoldo: 5, 7, 11, 16, 119, 138, 279
 Vallejo, César: 94
 Vasconcelos, José: 30, 195, 211, 324

- Vattimo, Gianni: 236
 Vega, Ramón de la: 306-307
 Velázquez, Diego: 40
 Vélez Herrera, Ramón: 47
 Verduzco, Martha: 178
 Verlaine, Paul: 313, 315
 Verne, Julio: 37
 Vicens, Josefina: 175, 180
 Vieyra, padre: 303
 Vilalta, Maruxa: 175
 Villagómez Guzmán, Liborio: 16
 Villaurrutia, Xavier: 77, 95, 326
 Villegas, Óscar: 178
 Villon, François: 94
 Villoro, Luis: 16, 114
 Vygotsky, Lev: 150

 Waal, Frans de: 153
 Wagner, Fernando: 176
 Walde, Lillian von der: 65
 Walker Bynum, Carolyn: 300
 Walker Martínez, Carlos: 48

 Weil, Simone: 105, 110
 Weissmuller, Johnny: 103
 Whitman, Walt: 313, 322
 Whittier, John Greenleaf: 313
 Wilde, Henry: 322
 Wittgenstein, Ludwig: 150
 Wolf, Virginia: 165

 Ximénez de Quesada, Francisco: 42
 Xirau, Ramón: 114
 Xocoyotzin, Moctezuma: 284

 Yáñez, Agustín: 37, 221
 Yurkievich, Saúl: 86

 Zaid, Gabriel: 96, 197, 242
 Zaitzeff, Serge I.: 16
 Zavala, Silvio: 16, 101, 113
 Zavaleta, Martha: 178
 Zerón-Medina, Fausto: 228
 Zoroastro: 102
 Zuloaga, Félix María: 306

GABINETE EDITORIAL
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Alejandro Higashi
Responsable académico

Vicente Quirarte
Asesor editorial

Agustín Herrera Reyes
Coordinador editorial

Pablo Labastida
Diseñador responsable

Miliett Alcántar
Distribución

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua
tomo XI [2014]

se terminó de imprimir y encuadernar
en diciembre de 2018, en los talleres
de Mujica Impresor, S.A. de C.V.,
Camelia 4, Col. El Manto,
C.P. 09830, Ciudad de México.

En su composición se utilizaron los tipos
Bembo MT Pro en 9:11, 11:15 y 12:15 pts.

La edición, en papel Kromos ahuesado
de 75 g, consta de 200 ejemplares,
y estuvo al cuidado editorial
de *Rebecca Ocaranza*.

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

TOMO XL:

ROGER BARTRA	<i>Traducción, traición y tradición</i>
JAIME LABASTIDA	<i>Roger Bartra y la traducción</i>
AURELIO GONZÁLEZ PÉREZ	<i>El romancero en América: cómo las palabras de la tradición se hicieron nuestras</i>
MARGIT FRENK	<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Aurelio González</i>
GUILLERMO SHERIDAN	<i>Tráquea traquetea: la poesía y la furia</i>
ADOLFO CASTAÑÓN	<i>Respuesta al discurso de Guillermo Sheridan</i>
HUGO HIRIART	<i>Pompas fúnebres</i>
DIEGO VALADÉS	<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Hugo Hiriart</i>
YOLANDA LAstra	<i>Las terminologías de las fiestas religiosas en el área de San Miguel de Allende</i>
ASCENSIÓN HERNÁNDEZ TRIVIÑO	<i>Respuesta al discurso de ingreso de doña Yolanda Lastra</i>
JOSÉ LUIS DÍAZ GÓMEZ	<i>La naturaleza de la lengua</i>
RUY PÉREZ TAMAYO	<i>Respuesta al discurso de ingreso de don José Luis Díaz Gómez</i>
SILVIA MOLINA	<i>La presencia de Campeche en Los grandes muertos de Luisa Josefina Hernández</i>
VICENTE QUIARTE	<i>Respuesta al discurso de ingreso de doña Silvia Molina</i>
JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ	<i>La palabra y la ciudad</i>
HUGO HIRIART	<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Jesús Silva-Herzog Márquez</i>
GONZALO CELORIO	<i>Jose G. Moreno de Alba, in memoriam</i>
CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY	<i>José G. Moreno de Alba. Maestro, colega, jefe y amigo</i>
MAURICIO BEUCHOT	<i>Filosofía y poesía. Una ontología comprometida</i>
TARSICIO HERRERA ZAPIÉN	<i>Las honras a dos magnos poetas centenarios. Octavio Paz alaba a Manuel Ponce</i>
CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY	<i>La inevitable relatividad de la norma gramatical. Cambio lingüístico y valoración social</i>
LEOPOLDO VALIÑAS COALLA	<i>Sobre los nombres propios del español, en especial los de origen náhuatl</i>
MARGO GLANTZ	<i>Otra posible autobiografía de sor Juana Inés de la Cruz y la verdadera hagiografía de Inés de la Cruz</i>
FERNANDO SERRANO MIGALLÓN	<i>Balbino Dávalos. Diplomático, hombre de letras y universitario</i>